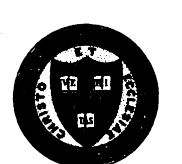

HD WIDENER
HW WKFH 4


VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE


EX LIBRIS
LUIS MONTT
CLOTILDE L. de MONTT

PARIS EN AMÉRICA.

PARIS

EN AMÉRICA

POR

EL DOCTOR RENATO LEFEBVRE,

PARISIENSE,

de la Sociedad de los Contribuyentes de Francia i de los Administrados de Paris;

DE LAS SOCIEDADES FILADELFICA I FILARMÓNIC A DE ALISE I DE ALAISE, ETC.;

DE LA REAL ACADEMIA DE LOS TONTOS DE GUISANDO;

Pastore nell' Arcadia in Brenta (detto Melibeo l'Intronato);

Mitglied des Grofs und Klein-Deutschen Narren-Landtags;
Mitglied der K. K. Hanswurst-Akademie zu Gänserdorf;

Miembro del Club Tarleton, en Coventry. F. R. F. S. M. A. D. D., etc.

Comendador de la órden gran-ducal Della Civetta;

CABALLERO DEL MIRLO-BLANCO (LXXXIX^{a} CLASE) CON PLACA
etc., etc.,

ÆGRI SOMNIA.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR M. EDUARDO LABOULAYE,

DEL INSTITUTO,

i traducida al castellano, de la sesta edicion francesa,

POR

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

SANTIAGO,

IMPRENTA DEL FERROCARRIL, CALLE DE LA BANDERA, NÚM 39.
Setiembre de 1864.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR.

Este hermoso libro, revestido de todos los atractivos de una interesante novela, envuelve un propósito sério i elevado. Poniendo frente a frente la vida política, social i doméstica de los Estados-Unidos i la de la Francia, nos hace asistir al curioso espectáculo que presenta un parangon animado e injenioso entre las ideas i costumbres americanas i las ideas i costumbres francesas. Por este medio nos permite sorprender el secreto de la grandeza i prosperidad de la patria de Washington, i el oríjen de los males que aquejan a la moderna Aténas, a la tierra de Voltaire i de Luis XIV. Con una independencia de criterio poco comun, M. Laboulaye analiza, demuestra i proclama, jugando con su asunto i encantando a sus lectores, *canendo et ridendo*, la excelencia de esa civilizacion americana, de esa democracia yankee, fundada en el imperio de la justicia i en la soberanía del individuo, hija de la libertad i del Evanjelio, madre del bienestar i de la riqueza de las naciones, de la ilustracion fecunda, de todas las virtudes públicas i privadas, gloria i dignifica-

cion de nuestra especie; i sin embargo, tan vilipendiada, tan difamada, tan calumniada, tan mal comprendida, objeto de terror para unos, de lástima para otros, de animosidad para muchos. I no es entre nosotros, no es en Chile, donde tiene ménos ciegos detractores, ménos enemigos gratuitos. Tampoco es en Chile donde ménos dominan las ideas francesas en política i organizacion social. La Francia, que nos ha enviado muchísimos bienes, no nos los ha enviado solos.

Escrito con un talento lleno de gracia, de penetracion i delicadeza, el libro de M. Laboulaye presenta en cada una de sus pájinas algo que admirar, algo que meditar, algo que aprender. Aquí una observacion profunda, allí un rasgo de la mas fina sátira, mas allá un dicho picaresco i oportuno, o una reflexion empapada en emocion i verdad. Ya se la considere bajo el aspecto literario, ya se atienda al alto fin que la ha dictado, la obra en cuestion es uno de los libros mas eminentes i dignos de ser leidos que de algun tiempo acá han visto la luz en esa Francia, patria de la intelijencia i del saber, inagotable editora de buenos libros i de ilustres escritores.

AL LECTOR.

Lector amigo, te presento este librito, escrito para darte gusto i dármelo a mí mismo. No lo dedico ni a la fortuna ni a la gloria; la fortuna es una damisela que, hace unos seis mil años, anda corriendo tras de los jóvenes; la gloria es una vivandera a quien no le gusta mas que estar con los soldados. Soi viejo, no he matado a nadie, de consiguiente ya no abrigo otro deseo que buscar la verdad a mi guisa i decirla a mi modo. Si no tengo toda la gravedad de un buei, de un ganso o de un......(pon el nombre que quieras), perdóname: bastante nos hacen llorar los primeros actos de la vida para tener derecho a reirnos ántes de que caiga el telon. Cuando hemos perdido las ilusiones de nuestros veinte años, no tomamos a lo serio ni la comedia, ni los comediantes.

Si te agrada este pequeño libro, me alegraré de ello; si te escandaliza, me alegraré mucho mas; si lo arrojas de las manos, harás mal; si lo comprendes, serás mas entendido que Maquiavelo. Sírvete de él como de un breviario de tus horas perdidas,

que no tendrás que arrepentirte: *Non est hic piscis omnium.* Las paradojas de ayer son las verdades de mañana. Al buen entendedor pocas palabras.

Algun dia quizá, alumbrado por mi linterna, verás toda la fealdad de los ídolos que hoi adoras; quizá tambien, por entre la oscuridad decreciente, divisarás, en todo el esplendor de su inmortal sonrisa, a la Libertad, hija del Evanjelio, hermana de la justicia i la compasion, madre de la igualdad, la abundancia i la paz. Ese dia, lector amigo, no dejes que se apague la antorcha que te encomiendo; alumbra, alumbra a esa juventud que ya nos estrecha i empuja, preguntándonos el camino del porvenir. Sea ella mas loca que sus padres, pero de otra manera: tal es mi voto i mi esperanza.

Con lo cual, ruego a Dios que te guarde de necios e ignorantes. Por lo que hace a los malos, eso corre de tu cuenta; la existencia es una batalla: defiéndete, pues naciste soldado; aun mas, recobra de los americanos la antigua divisa de la Francia: *¡Adelante! siempre i por dondequiera, adelante!*

Adios, amigo.

RENATO LEFEBVRE.

New-Liberty (Virjinia), 4 de julio de 1862.

PARIS EN AMERICA.

CAPITULO I.

UN ESPIRITADO AMERICANO (1).

«Mr. Jonathan Dream, *espiritado i medium* trascendente, de Salem (Mass.), os invita a una reunion *psíquica* i *medianímica* que tendrá lugar el mártes 1.° de abril próximo por la noche, en su casa, calle de la Luna núm. 33.

"Somnambulismo, éxtasis, vision, prevision, profecia, segunda vista, vista a distancia, adivinacion, penetracion, sustraccion del pensamiento, evocaciones; conversacion poesía, escritura extra naturales; pensamientos de ultratumba, arcanos de la vida futura descubiertos, etc., etc.

LAS PUERTAS SE CIERRAN A LAS OCHO EN PUNTO.

¡Pardiez! me dije volviendo a leer la carta, no me pesaria hacer relacion con un *medium americano*, con un cofrade de *pneumatolojía positiva* i *esperimental*; pues que yo tambien soi *espiritado*! Mal que pese a mi condicion de simple vecino de Paris, ya he evocado, como otro cualquiera, a

(1) En frances *spirite*, nombre que se dan i reciben ciertos adivinos i brujos contemporáneos mui en boga hoi dia, i que se ha traducido por la palabra de arriba a falta de otra mas propia.

(*N. del T.*)

César, a Napoleon, a Voltaire, a madama de Pompadour, a Ninon, a Robespierre, etc.; i si he de decir lo que mi modestia quisiera callar, esos ilustres personajes no me han eclipsado con su jenio: todos me han contestado como si yo hubiera sido su consueta. Vamos a ver si el señor Jonathan Dream, con sus pretensiones de ultra-mar, tiene mas *espíritu* (*sprit*) o mas espíritus que vuestro servidor Daniel Lefebvre, D. M. P., discípulo de *espiritismo* de Mr. Hornung de Berlin, de M. Reichenbach i del baron de Guldenstubbe. A espiritado, espiritado i medio.

En una hermosa habitacion, hácia el fondo de un salon herméticamente cerrado, pero resplandeciente de luces (lo que no es comun en nuestras reuniones *espiríticas*), encontré a Mr. Jonathan Dream sentado junto a una mesa redonda. Su mirada era melancólica, i su semblante el semblante inspirado de las sibilas. En frente de él i con aire de recojimiento ocupaban asiento unos seis adeptos: hombres nerviosos, mujeres no comprendidas, oficiales o viudas retirados; el público de siempre. Cada cual escribia en un papel el nombre de los difuntos a quienes queria interrogar; yo hice lo que cada cual.

Depositados los nombres en un sombrero, el primero que salió fué el de José de Maistre. Jonathan se recojió un momento dentro de sí mismo, se llevó la mano a la oreja para oir la voz que le hablaba al oido, i escribió rápidamente lo que sigue:

—«No hai conocimiento estéril; todo conocimiento se asemeja a aquel de que habla la Biblia: Adan conoció a Eva, i Eva alumbró.

—"Sin *Credo* no hai crédito."

—Hola! hola! me dije, no tienen mala cara esas paradojas, tan calaveras como su padre; pero me parece que ya las he visto otra vez; en Baader, si no me engaño. Al fin i al cabo, la propiedad literaria no debe de existir por allá arri-

ba, i es posible que se entretengan en hurtarse unos a otros las ideas.

Se presentó en seguida Hipócrates, que tuvo la cortesía de hablar en frances. Hé aquí lo que escribió su trujaman:

"El hombre que piensa mas, es el que dijiere ménos. En igualdad de circunstancias, el que piensa ménos, es el que dijiere mejor."

—Ai! decia una mujercita cuyo semblante escuálido quedaba perdido en un océano de cabellos canos, respuesta de médico, respuesta brutal, dada por los hombres i para los hombres. No es el pensar lo que mina el corazon, sino.... I suspiró.

Fué llamado Nostradamus, a quien se pidió su parecer sobre el porvenir de la Polonia, de la Francia i de la Italia. Hé aquí la respuesta del gran adivino, jenio sublime que deja siempre a los demas la tarea de comprender lo que dice:

En Francia, Italia i Polonia,
Mucho injenio, pudor poco;
En Polonia, Francia e Italia,
El que es cuerdo, ha sido loco;
En Polonia, Italia i Francia,
Ménos dicha que arrogancia.

Preciso fué contentarnos con ese oráculo, mucho mas profundo que claro. Despues del brujo provenzal, le tocó su turno a Kosciusko. El Washington polaco estaba aquella noche de tan mal humor, que no pudo sacársele mas que una divisa latina: *In servitute dolor, in libertate labor*, en servidumbre dolor, en libertad trabajo. Tres veces se le interrogó, i otras tantas dió esa brusca respuesta, tirándonos con ella a la cara como si nos hiciera un reproche que ya ni siquiera nos heria.

El último billete pedia que se interrogase a don Quijote, Tom Jones, Robinson o Werther, lo que dió que reir al

cenáculo, aunque, a decir verdad, no estaba de humor para ello. El autor de tamaña impertinencia, vergüenza me causa confesarlo, era yo. Tan disgustado estoi, de tiempo atras, de muertos i vivos, que me habria complacido en saber lo que pasa por la cabeza de los hombres que jamas existieron.

Jonathan Dream echó a la cesta el importuno billete, anunció que se levantaba la sesion i nos despidió con muchas cortesías. Cuando iba yo a salir, me puso la mano en el hombro i me rogó que me quedase.

Ya solos: — Sois vos, cofrade, me dijo sonriéndose de un modo singular, sois vos quien me ha hecho una peticion que aquellos profanos juzgan indiscreta; i acaso participais tambien de su opinion. ¡Ciego de vos, que jamas habeis sondeado los arcanos de la eterna verdad! ¿Os imajinais que don Quijote i Sancho, Robinson i Domingo, Werther i Carlota, Tom Jones i Sofía no han existido jamás? Cómo! el hombre no puede crear un átomo de materia, i sin embargo suponeis que puede crear de piés a cabeza unas almas que nunca han de perecer! ¿Por ventura no creeis mas en don Quijote que en todos los Artajerjes? ¿Por ventura no teneis a Robinson por un ser mas viviente que los Drake i los Magallanes?

—¿Con que ha vivido el injenioso don Quijote? ¿Así es que podria yo conversar con el discreto gobernador de la ínsula Barataria?

—Indudablemente. Acabad de comprender lo que es el poeta. Es un vidente, es un profeta, que se encumbra hasta el mundo invisible. Allí, entre los millares de seres que han pasado por el mundo sin dejar en él un recuerdo, escoje los que quiere hacer revivir en la memoria de los hombres. Los evoca, les habla, les escucha, escribe lo que le dictan. Cuanto la necia humanidad se figura una invencion del artista, no es mas que la confesion de un difunto desconocido; pero vos, espiritado, o que pretendeis serlo,

¿cómo es que no reconoceis una voz extra-natural? Por qué os dejais engañar como la multitud? ¿Tan atras estais en la carrera de la medianimidad?

Miéntras que así me hablaba, Jonathan Dream erguia la cabeza, i moviendo los brazos, abriendo i cerrando las manos, se adelantaba hácia mí, como para anegarme en su fluido.

—Cofrade, le dije, estoi viendo que sois un hombre de injenio *(sprit)*, aunque seais espiritado, i no dudo de que pudiérais escribirme un discursito a la don Quijote, o improvisar algunos nuevos proverbios dignos de Sancho. Pero estamos solos, i ámbos a dos somos augures; así es que tenemos derecho para mirarnos i aun reirnos cara a cara. No pasemos, pues, mas adelante; os deseo buena suerte. La cosa no es difícil en Francia: el pueblo que se crée el mas injenioso de la tierra, es naturalmente el mas fácil de ser llevado de una oreja. De nó, que lo digan las mujeres de Paris.

—Alto ahí! gritó el májico en tono furioso. ¿Estoi engañado? Sois un cofrade supuesto? Me estais tomando por un charlatan, por un embaucador, por un farsante? Tened entendido que Jonathan Dream jamas ha dicho una palabra que no fuese verdad. Hola! señor mio, dudais de mi poder. ¿Qué pruebas quereis? ¿Quereis que os quite todas vuestras ideas, lo que no es difícil; o que os haga dormir, o que os haga pasar por el frio, el calor, el viento, la lluvia; o que.... ?

—Nada de magnetismo, le dije; ya sé que ese es un fenómeno natural, hasta ahora mal conocido, i de que vos abusais. Si deseais convencerme, no comenceis por hacerme dormir. Aquí no estamos en la Academia.

—Pues bien, dijo, clavándome una mirada de fuego, ¿qué diriais si os trasportase a América?

—A mí? Querria verlo para creerlo.

—Sí, a vos, esclamó, i no como quiera a vos solo, sino

tambien a vuestra mujer, a vuestros hijos, a vuestros vecinos, vuestra casa, vuestra calle, i mas todavía, si os place, a Paris entero. Sí, agregó en medio de una ajitacion febril, sí, con tal que yo quiera, mañana al amanecer estará Paris en el Massachusetts, i no quedará a orillas del Sena mas que una llanura desierta.

—Mi querido brujo, bueno habria sido vender vuestro secreto al señor prefecto del Sena, con lo cual hubiéramos economizado talvez algunos millones. En ausencia de los parisienses, se les habria hecho un Paris flamante, tirado a cordel i monótono como Nueva York; un Paris sin pasado, sin monumentos, sin recuerdos: ello hubiera colmado de alegría a todos nuestros arquitectos i a todos nuestros administradores.

—Lo echais a risa, dijo Jonathan, porque teneis miedo.. ......Os lo repito: mañana, con tal que yo lo quiera, Paris estará en el Massachusetts, i con Paris, Versalles. Aceptais el desafío?

—Sin duda que lo acepto, respondí riéndome. I a pesar de todo, el aplomo de aquel demonio de hombre me desconcertaba. Bien sé yo lo que son fanfarronadas: leo al dia veinte diarios, i he oido a mas de un ministro hablando en la tribuna; pero aquella voz de iluminado me sobrecojia a pesar mio.

—Tomad esta caja, me dijo el májico en tono imperioso; destapadla i encontraréis dos píldoras: una para vos, otra para mí; escojed sin preguntarme.

—Estaba demasiado adelante para volverme atras. Tragué uno de los glóbulos, Jonathan tomó el otro, i me saludó diciéndome con voz cavernosa: Hasta mañana, en el otro lado del océano.

Cuando bajé a la calle, me encontré en un estado singular. Me sentia tan vivo, tan lijero, tan elástico como jamas se sintió criatura humana; me parecia que de un salto podia alcanzar los cuernos de la luna, que se alzaba

en el horizonte. Mis sentidos habian cobrado todos una penetracion increible. Desde la plaza de la Concordia, veia jirar los carruajes al rededor del arco de la Estrella, i oia el andar del gran puntero que marcaba la hora en el reloj de las Tullerías. La vida circulaba por mis venas con una rapidez i un ardor desconocidos; me preguntaba a mí mismo si alguna mano invisible no estaria ya llevándome allende el Atlántico. Para tranquilizarme, miré el pálido disco de la luna nueva que subia lentamente por el cielo; i con la certeza de no haber cambiado de meridiano, me recojí a casa, corrido de mi credulidad, i me quedé dormido riéndome de Mr. Dream i de sus locas amenazas.

CAPITULO II.

¿ESTOI SOÑANDO?

En la noche tuve un sueño.—¿Estaba soñando? Sentado a mi cabecera, Jonathan me miraba con aire burlon.

—I bien! decia, seor incrédulo, ¿cómo os ha ido en la travesía? Mui cansado estais del viaje?

—Qué viaje? murmuré; si no me he movido de mi cama.

—No; pero estais en América. No os arrojeis de la cama desatentadamente; dejadme daros ántes algunos informes para que no os mate la sorpresa. En primer lugar, he echado abajo vuestra casa. En un pais libre no se vive como en un cuartel, sin órden, tranquilidad ni decoro. De cada uno de esos cajones que llamais pisos, he hecho una habitacion a la americana, que he arreglado i amueblado a mi manera, agregándole un jardinito. Para componer así las cuarenta mil casas de Paris, he gastado cerca de dos horas, lo que no me pesa; ya sois dueño de vuestra casa, libertad que es la primera de todas. En adelante, ni vuestros vecinos os molestarán, ni vos molestaréis a vuestros vecinos. El olor a cocina i caballeriza, el gritar de los niños, de las mu-

jeres i de las ayas, el ladrar de los perros, el maullar de los gatos i de los pianos: todo ha concluido. Habeis dejado de ser un número de presidio u hospital, una sardina aprensada, para ser un hombre que tiene una familia i un hogar.

—¡Mi casa demolida! Estoi arruinado! I mis inquilinos? qué habeis hecho con ellos?

—Perded cuidado, que todos están ahí, cada cual en una cómoda casita. Se han vuelto ahora enfiteutas que por todo un medio siglo os pagarán el cánon, sin que cada tres años tengais que andar apelando a la sorpresa i a la astucia por una i otra parte. Os he puesto a la derecha a M. Leverd el lonjista, que ahora es M. Green. M. Petit, el banquero del primer piso, se ha convertido en M. Little, lo que no quita que siga siendo con sus millones un gran personaje. M. Reynard, el abogado del segundo piso, se llama el señor procurador Fox, sin perder por eso una sola de sus malicias. A la izquierda encontraréis al vecino del cuarto piso, al bravo coronel Saint Jean, que ha pasado a ser *the gallant colonel Saint-John*, con todos sus dolores reumáticos; i por fin, a M. Rose, el farmacéutico, que no es ni ménos importante ni ménos majestuoso desde que se llama M. Rose el boticario. En cuanto a vos, mi querido Lefèbvre, habeis pasado a ser, por derecho de emigracion, el señor Dr. Smith, i miembro de la familia mas numerosa que salió jamas del tronco anglo-sajon. Haced fortuna matando o sanando a vuestros enfermos del nuevo mundo, que no es amigos lo que os ha de faltar.

Queria gritar, i la mirada de mi terrible visitante me clavaba en la cama.

—No dejará de sorprenderos un poco, dijo riendo, el oir a vuestra mujer, hijos i vecinos, hablar ingles i hablarlo con las narices. Se han dejado la memoria en el antiguo mundo i están hechos todos unos yankees *pur sang*. Admirable efecto del clima, que ya habia observado el príncipe de los espiritados, el gran Hipócrates. Los perros ce-

san de ladrar cuando se acercan al polo; en el ecuador, el trigo no es mas que una estéril grama; un yankee en Paris se crée noble desde la cuna, un frances en los Estados-Unidos pierde el horror a la libertad. En cuanto a vos, señor incrédulo, os he dejado juntamente vuestras preocupaciones i vuestros recuerdos, pues me intereso en que juzgueis de mi poder con conocimiento de causa. Ya veréis si Jonathan Dream es un espiritado: por de pronto estais ensacado en la piel de un americano, de la cual no saldréis hasta que a mí me plazca.

—***But I cannot speak English***, esclamé (1); i me interrumpí bruscamente, asustado de ver que silbaba como un pájaro.

—No tan mal, dijo el intolerable zumbon; en ménos de dos dias confundiréis ***shall*** con ***will*** i ***these*** con ***those*** (2) con la misma facilidad i gracia que un escoces.—Adios, añadió poniéndose de pié; adios, que a las doce de la noche me espera la sultana favorita en el haren de Constantinopla: tengo que estar en Lóndres a las dos de la mañana, i veré salir el sol en Pekin. Una advertencia mas: recordad que el sabio no se maravilla de nada. Si veis a vuestro lado alguna figura estraordinaria, no griteis diciendo que es el diablo, pues os encerrarian con nuestros *lunatiques*: lo que no seria mui cómodo para vuestras observaciones.

—Me levanté sobresaltado; tres puñados de fluido, recibidos de frente en la cara, me pusieron inmóvil i mudo. Entónces, aquel traidor me saludó con sardónica risa, i tomando en seguida un rayo de luna que se arrastraba por el cuarto, se lo envolvió a la cintura, atravesó la ventana i se

(1) Pero yo no sé hablar ingles.

(2) *Shall* i *will*, ausiliares del futuro ingles que no pueden usarse promiscuamente; *these* i *those*, pronombres demostrativos que significan el primero *estos*, *estas*, i el segundo *esos*, *esas*, *aquellos*, *aquellas*.

(*N. del T.*)

desvaneció en los aires. Fuera espanto, magnetismo, o sueño, el caso es que me sentí postrado.

> I'venni men cosi com'io morisse,
> E caddi, como corpo morto cade (1).

CAPITULO III.

ZAMBO.

Cuando volví en mí, era de dia. Mi hijo estaba cantando a toda voz el ***Miserere*** del ***Trovatore***; mi hija, discípula de Thalberg, se ocupaba en tocar con incomparable ***brio*** las variaciones de Sturm sobre un tema variado de Donner. Mas allá mi mujer altercaba con el ama de llaves, que le respondia a gritos. Nada habia cambiado en mi apacible domicilio; las angustias de la noche no eran mas que un sueño vano; libre de quiméricos terrores, podia entregarme a mi buena costumbre de aguardar el desayuno soñando con los ojos abiertos.

A las siete, como de ordinario, entró el criado en mi dormitorio trayéndome el diario. Abrió la ventana, descorrió las persianas; el brillo del sol i la vivacidad del aire me produjeron el mas grato éfecto. Me volví hácia la luz; ¡qué horror! se me erizaron los cabellos i no encontré fuerzas para gritar.

Tenia delante de mí a un negro que bailaba i se sonreia, con unos dientes como teclas de piano, i dos enormes labios rojos que le cubrian la nariz i la barba. Vestido de blanco de piés a cabeza, como si hubiera temido no parecer bastante negro, se me acercaba el animal moviendo su crespa cabeza, volviendo sus grandes ojos.

---

(1) Dante, *Inf*, v. 141. Me desmayé como si fuera a morir, i caí como cae un cuerpo muerto.



—Massa (1) dormir bien, cantaba, Zambo estar mui contento.

Cerré los ojos para desechar la pesadilla; el corazon queria salírseme del pecho; cuando me aventuré a mirar, estaba solo. Echarme abajo de la cama, correr a la ventana, tocarme los brazos i la cabeza, todo eso fué obra de un instante. Veia al frente una série de casitas, dispuestas como castillos de naipes, tres imprentas, seis diarios, carteles por donde quiera, el agua desperdiciada desbordando de las acequias. Por la calle, jente atareada, silenciosa, corriendo con las manos en la faltriquera, en que sin duda ocultaban el *revolver*; ni ruido, ni gritos, ni ociosos, ni cigarros, ni cafés, i hasta donde alcanzaba la vista, ni un ajente de policía, ni un jendarme. ¡Era cierta mi desgracia! me hallaba en América, desconocido, solo, en un pais sin gobierno, sin leyes, sin ejército, sin policía, en medio de un pueblo salvaje, violento i codicioso. ¡Estaba perdido!

Mas aislado, mas desolado que Robinson despues de su naufrajio, me dejé caer en una poltrona, que al punto comenzó a dar vueltas conmigo. Me levanté todo trémulo, me busqué en el espejo, ai! ni siquiera me encontré a mí mismo. Enfrente de mí estaba un hombre flaco, de cabeza calva, sembrada de unos cuantos cabellos rojos, de semblante descolorido, encajonado en unas patillas flamíjeras que voltejeaban hasta los hombros. ¡A tan triste estado habia reducido la malicia de la suerte a un parisiense de la Chaussée-d'Antin! Estaba pálido, daba diente con diente, el frio me corria hasta la médula de los huesos. Es preciso ser hombre, esclamé, tengo una familia que sustentar, tengo que sustentar el nombre frances. Es preciso recobrar el dominio de los sentidos, que se escapa. ¡La adversidad es la que produce los héroes!

---

(1) *Master* (señor), en el patuá de los negros.

Trataba de llamar, i no habia campanilla; divisé un boton de cobre, que comprimí por si acaso. Al punto se presentó Zambo, como unos de esos diablos que salen de una caja, i saludan sacando la lengua.

—Fuego, esclamé, tráeme fuego, que quiero ver en la chimenea mucho fuego.

—Con que *Massa* no tiene fósforos, dijo Zambo señalándome un eslabon que habia en la chimenea. ¿Con que *Massa* no puede agacharse? añadió con tono de ironía. Despues, moviendo un tornillo abajo de la chiminea i pasando un fósforo por el leño preparado, hizo brotar mil lenguas de fuego.

—Por Dios! ¿es posible, esclamó al salir, que se moleste al pobre negro que está tomando el sol?

—¡Pueblo salvaje, murmuré acercándome al fuego i reanimándome a su grato i templado calor; pueblo salvaje, que no tiene paletas, ni tenazas, ni fuelles, ni carbon, ni humo; pueblo bárbaro, que ignora el placer de atizar! Torcer una llave para encender, apagar o acomodar el fuego, es cosa mui propia de una raza sin poesía, que no deja nada a la casualidad, i que tiene miedo de perder un minuto, porque el tiempo es dinero.

Cuando me hube calentado, pensé en el tocador. Habia junto a mí una mesa de caoba, recargada de cabezas de cisnes de cobre i de otros adornos de mal gusto, pero provista de esas lozas inglesas que alegran la vista con la riqueza del color i del dibujo. En la mesa habia, i con profusion, cepillos, esponjas, jabones, vinagres, pomadas etc, pero ni una gota de agua. Volví a comprimir el boton, i volvió a entrar Zambo de peor talante que al irse.

—Agua caliente i agua fria para lavarme; pronto, que estoi de prisa.

—Ya es demasiado, esclamó Zambo. ¿No puede *Massa* torcer la llave de agua fria ni la llave de agua caliente que estan ahí en el rincon? A fé que esto es para no volver

mas; no puedo continuar sirviendo a un amo que no vé las cosas. I salió dándome un portazo.

—Agua caliente a todas horas i en toda la casa, ello es cómodo, me dije, pero es invencion de un pueblo que no piensa mas que en su *comfort*; gracias a Dios, nosotros no tenemos eso. Ha de pasar uno u dos siglos ántes que la noble Francia caiga en tales estremos de molicie i afeminamiento.

Nada refresca tanto las ideas como el hacerse la barba. Cuando acabé de afeitarme, me sentí otro; aun principiaba a reconciliarme con mi larga cara i mis dientes delanteros.—Si me bañase, dije para mí, me tranquilizaria completamente; tendria mas ánimos para arrostrar la presencia de mi mujer i de mis hijos, que quizás ai! no estén ménos cambiados que yo.

Llamé, i volvió a presentarse Zambo con la cara toda demudada.

—¿Dónde habrá, amigo, una casa de baños? Enséñame el camino.

—¿Para qué quiere *Massa* casa de baños?

—Me encojí de hombros.—Para qué ha de ser, gaznapiro, sino para bañarme.

—Con que *Massa* quiere bañarse, dijo Zambo mirándome con cierta sorpresa mezclada de espanto. ¿I para eso me hace venir *Massa* desde el último rincon del jardin?

—Pues, para eso.

—Ya es demasiado, gritó el negro arrancándose un puñado de pelo. Cómo! hai un cuarto de baño junto a cada dormitorio, i *Massa* manda venir a Zambo para decirle: "Amigo, dónde podré bañarme?" No hai derecho para burlarse así de un Americano.

I empujando una puertecilla oculta en el empapelado, me introdujo el negro en un elegante gabinete, en que habia un baño de mármol blanco.

—Vamos, Zambo, cantaba en tono furioso i cómico,

tuerce llave para *Massa:* llave de agua fria, llave de agua caliente; revuelve el agua del baño, pon a calentar las sábanas; vuélvete nodriza, Zambo, que Massa no puede valerse de sus propias manos.

No me quedaba mas partido que callar: dejé a Zambo que desfogase su rabia, i aparenté no ver que me sacaba la lengua; pero maldije en voz baja las casas americanas, habitaciones insociables, verdaderas prisiones de que uno no puede salir, puesto que encuentra a la mano todo lo que en Paris tenemos el gusto de ir a buscar fuera de casa, a precio subido en verdad, pero mui léjos.

CAPITULO IV.

AT HOME.

Salí del baño sin haber recobrado el sosiego, i bajé todo pensativo la escalerilla que iba a dar al piso bajo. ¿Qué habian hecho con mi casa? En qué disfraz encontraria a mi familia? Entré en el comedor, i no habia nadie; pasé a la sala de recibo: nadie tampoco. Miéntras aguardaba miré las dos habitaciones para irme acostumbrando con el aspecto de mi nueva casa.

En el comedor, que estaba alfombrado, solo habia por todo adorno un viejo armatoste de caoba, cubierto de tazas de China i de teteras de metal ingles, mas brillante que la plata. Enfrente del aparador, tres grabados mediocres. En el medio, Penn tratando con los indios a la sombra del olmo de Shakamaxon; a la derecha, el retrato de cuerpo entero de Washington con su caballo i su negro; a la izquierda, la imájen del soberano *pro tempore*, el honrado i viejo Abé, en otros términos el honorable Abrahan Lincoln, antiguo cortador de estacas (1), ahora presidente de los Estados-Unidos.

(1) *Railsplitter;* la madera en rajas es la que se emplea para los *fences*, o enrejados, que cierran las propiedades en los Estados-Unidos.



—¿I son estos, esclamé, los jenios protectores de mi nuevo hogar, del hogar de un frances, educado para adorar en la fuerza i en la victoria? Un cuácaro pacífico, un jeneral que pudiendo ser emperador del nuevo mundo, se humilla hasta seguir siendo el primer majistrado de un pueblo libre; un obrero que se hace abogado a fuerza de trabajo, i presidente de su pais por casualidad: ¡tales son los héroes de América! En esta tierra semi-salvaje, la moral del comun de la jente es tambien la de los grandes hombres. ¿Qué puede aguardarse de una nacion imbuida en semejantes preocupaciones? ¡No será ella la que dé un César al mundo!

En la sala de recibo, habia un piano de palisandro, un bufete cubierto de papeles, un estante lleno de libros. Entre éstos figuraban tres o cuatro Biblias en medio de las obras de Francis Quarles, de Bunyan, de Jeremy Taylor, de Law, de Jonathan Edwars, de Channing, hombres mui de bien sin duda, pero cuyos nombres leia yo por la primera vez. No pasé mas adelante, siendo como soi poco aficionado a la teolojía, aun en las noches que no puedo dormir. Seguian despues algunos historiadores o moralistas, Franklin, Emerson, Marshall, Washington-Irving, Prescott, Bancroft, Lothrop-Motley, Ticknor; luego algunas novelas de mérito, i una multitud de poetas ingleses, americanos, alemanes, i hasta españoles. I la Francia, ¿dónde estaba? Ai! para representar a la patria, no encontré mas que un Telémaco con la pronunciacion figurada, o mas bien desfigurada, en ingles. ¡I pensar que algun dia, quizá para festejarme en mi cumpleaños, mi hija, mi querida Susana, me hubiera de recitar con sus lindos lábios: *Calepso ne povait se counsolère diou départe d'Ioulis!*

Despechado arrojé el libro i pasé al jardin: era éste un pedacito de terreno encerrado entre cuatro paredes cubiertas de hiedra i madreselvas; por todo él se veian lilas, rosa-

les, flores nuevas; en el fondo se encontraba un pequeño invernadero i un kiosco chinesco, cómodo abrigo para tomar el té, fumar un cigarro, o mirar las estrellas. Nadie habia en el jardin, escepto Zambo, acostado como una estatua de bronce en una mesa de mármol blanco. Con la cara al sol i cubierta de moscas, el negro descansaba roncando de las crueles molestias que yo le habia dado. El tunante se aprovechaba de estar a mi servicio para no hacer nada i dormir a pierna suelta.

Mi paseo solitario por aquella casa silenciosa empezaba a darme que pensar; iba a despertar a Zambo para tener el gusto de reñir a un cristiano, cuando oí voces que salian del medio-sótano de la casa, o, como en su patuá dicen los franco-americanos, del *basement*, vocablo que espero falte por mucho tiempo al diccionario de la Academia.

Al cabo de haber bajado algunos tramos, divisé en una gran cocina a dos mujeres tan atareadas, que no oyeron el ruido de mis pasos. La una, que me volvia las espaldas, pero a quien reconocí por la voz, era mi querida Jenny, la madre de mis hijos; la otra, a quien no tardaria en conocer, era una enorme i rubia criatura, con una talla de cinco piés ocho pulgadas, que mas tenia aire de granadero escoces que de hija de Eva. Era ésta Marta la cocinera, pensilvanesa de nacimiento, *tunkeriana* o *tunkerista* de relijion, una especie de cuácara; excelente mujer, que siempre estaba regañando, i que no tenia mas que un defecto, el de tratar como a pagano i publicano a quienquiera que llevase en sus vestidos un boton. Para aquella alma exaltada, no era la cruz, era un broche el símbolo del cristianismo.

A juzgar por el aire de gravedad de las dos mujeres i por la animacion con que hablaban, se llevaba a cabo en aquel instante una grande obra culinaria. Jenny (¿era en realidad madama Lefebvre?) ligaba un pedazo de masa informe envuelto en una servilleta, i lo colocaba con cuidado en una marmita llena de agua. A su turno, Marta in-

troducia el precioso vaso en una hornilla de fierro, que ocupaba todo un lado de la cocina. Era aquella una construccion monumental, con pisos como una casa, i con no sé cuántos cajones i armarios de donde salia el vapor. Horno para pan i pasteles, lavadero, sartenes, agua caliente, aire caliente, de todo habia en aquella hornilla mónstruo, que llevaba esta inscripcion, a guisa de arco de triunfo:

G. CHILSON'S COOKING RANGE, BOSTON.

Me parece que el diablo mismo, con todos los recursos de que dispone, no inventó jamás una hornilla mejor calentada.

Cuando todo estuvo en su lugar i despues de mover i alinear un ejército de ollas i calderos, mi mujer se volvió hácia mí i dió un grito de alegría al verme.

—Buenos dias, amor mio, me dijo; me parece que habeis dormido bien. Ya veis nuestros preparativos; es un *pudding* como el que os gustó en dias pasados. Yo misma acabo de prepararlo; conozco vuestro gusto mejor que Marta. Creo que estaréis contento de mí, i que me pagaréis todo el trabajo, o mas bien, todo el placer que me doi con serviros.

Así diciendo, se me acercó i me dió a besar la frente. ¡ Cosa rara ! era mi mujer, i sin embargo no era la misma. La misma cara, las mismas facciones que en el antiguo mundo, con escepcion de la punta de la naríz que se le habia puesto un poco colorada; pero al propio tiempo habia cierto reposo i transparencia en su mirada, cierta dulzura en su palabra, cierta afectuosa insinuacion en su jesto que no sabré decir, i que jamás habia notado en nuestra vida íntima del viejo Paris. Me veia amado, atendido, i esto me llegaba al corazon. Así es que, sin acordarme de Marta i de mis veinte años de casado, besé tiernamente

a madama Lefebvre, quiero decir, a mistress Smith. ¡ Perdon, esposos parisienses, que estaba en América !

—Marta, dijo mi mujer quitándose un delantal de cocina i dejándose caer el vestido de seda, que se habia levantado i prendido por detras; Marta, iréis al almacen de Mr. Green. Su último café no es bueno; es brasil, i a mi marido no le gusta mas que el mauricio; comprad del que tenga el grano pequeño i redondo, que yo misma lo tostaré. He visto en el mercado las primeras fresas; traed las suficientes para llenar una de esas buenas tortas que tan bien sabeis hacer, i que mi marido i mis hijos comian con tanto gusto el año pasado. Decid al florista Hofman, que hai claveles en todas partes, escepto en nuestro jardin, i que mi marido está aguardando las tres variedades nuevas que se me han prometido. Tampoco habeis de olvidar las lilas que escojí para Susana, i los jeranios que pedí para Enrique. Por último, comprad en la librería el último discurso del reverendo doctor Bellows *sobre el estado de la nacion*; es un trabajo elocuente i patriótico; mi marido, que sabe leer tan bien, nos lo leera esta noche. ¡ Nos dará con eso tanto gusto a los niños i a mí !

¡ Qué flaco es nuestro corazon ! aquella música desconocida, en que mi nombre i el de mis hijos se repetia a cada compas, me robaba el alma, me tenia encantado. Era mui diferente la nota que oia en Paris, de Francia. Mi mujer era un modelo de virtud, pero gracias a su estremada modestia, mi vida se hacia un poco pesada. ***Hacer lo que hacen todos*** era la divisa de madama Lefebvre; i ¡ Dios sabe lo que tenia que gastar para no singularizarnos ! Para vivir *como todos*, teníamos una habitacion a ciento diez tramos de altura, en una casa soberbia, es cierto, i con un portero que se burlaba de mí i tenia criado i limpiabotas. Para estar servidos *como todos*, teníamos por lacayo un solemne bribon, borracho i embustero, magnífico tuno con calzones de terciopelo de algodon i chaleco colorado, que me costaba

mui caro, me servia mui mal i no me dejaba hacer nada a mi modo, ni vestirme, ni comer, ni beber. Para estar prendidas *como todas*, mi mujer i mi hija necesitaban trajes de un precio exorbitante, crinolinas que llenaban una carroza i solo me dejaban asiento junto al cochero; finalmente, para asistir *adonde concurren todos*, tenia qne andar a caza de convites i poner buena cara a ciertas personas que en el fondo de mi corazon miraba con el mas soberano desprecio. Era de rigor. El buen tono exijia que uno adorase en la fortuna i se arruinase por hacer papel; i bien me guardaba yo de separarme de la buena sociedad, lo que habria sido una estravagancia, vicio del peor gusto que la Francia deja a los ingleses.

Gracias a mi mujer i a sus buenos consejos, me parece que desempeñábamos con propiedad un papel difícil; las personas que dia a dia nos veian en el Bosque (1) a una misma hora i en todo tiempo, debian hacernos justicia. Me atreveré a decir que sosteníamos en Paris nuestro rango, i que llevábamos con honor la vida mas ocupada que es posible imajinar: hacíamos por dia veinte visitas i no faltábamos a ninguna tertulia. Todo aquello estaba mui bueno; pero, si he de confesarlo, mi naturaleza grosera volvia a recobrar su imperio al encontrarme en un pais salvaje; estaba contento de no oir ya hablar de *lo que hacen todos*; me complacia de que mi mujer no se ocupase mas que en mí, ni viese nada fuera de su marido, de su hijos, de su casa. Me contemplaba rei en mi domicilio; i estaba tan satisfecho de mis súbditos i de su obediencia, que al subir la escalera abracé a Jenny por la cintura i besé otra vez a mi mujer, lo que la hizo ponerse excesivamente colorada. ***For shame, mister Smith*** (2), murmuró en un tono que

(1) Le *Bois de Boulogne*, paseo de Paris.
(2) Vaya! señor Smith.

me hizo creer que ella i yo nos habíamos quitado de encima unos veinte años.

CAPITULO V.

SIN DOTE.

Miéntras que Zambo se hartaba de sueño i mi mujer i Marta ponian la mesa i servian el almuerzo, me entretuve en leer el ***Paris Telegraphe***, enorme diario a poco precio, que llevaba por divisa estas palabras estúpidas : ***The world is governed too much:*** el mundo está gobernado en demasía. Disgustóme el tono grosero de aquel papel. Gracias a Dios, recibimos mejor educacion; seguro está que un gobierno protector del buen gusto nos dejase a nosotros adquirir la odiosa costumbre de llamar ***al pan pan i al vino vino.*** ¿Quién creyera, por ejemplo, que el ***Paris Telegraphe*** osaba tiznar con el nombre de ladron i aun de asesino a un honrado millonario que, por una equivocacion escusable sin duda, habia suministrado al ejército del norte sesenta mil pares de zapatos cuyas suelas eran de carton i no habian podido resistir a la humedad de los vivaques? ¡Con semejante experiencia, ponéos a negociar en un pais en que tan poco se respeta la especulacion en grande!

Todo el diario era por el mismo deplorable estilo. Nada se libraba de las invectivas de aquel insolente folletista, de aquel miserable gacetero. Esta lei era abominable, porque ponia trabas a la libre accion de los ciudadanos; aquel majistrado era un Jeffries i un Laubardemont, porque hacia caer en un lazo inocente al bribon que se fiaba de la justicia; el otro alcalde era un Verres o un necio, porque concedia a unos accionistas juiciosos un monopolio ventajoso para todos, como siempre son los monopolios. ¡I luego tomáos el trabajo de goberuar a los hombres, para recibir todos los dias semejantes denuestos!

—¡Infeliz folletista, esclamé, si tuvieses el honor de vivir entre el pueblo mas amable e ilustrado de la tierra, sabrias desde que naciste, que criticar la lei, al juez o al funcionario, es un crímen de lesa-majestad social! El primer dogma de un pueblo civilizado es la infalibilidad de la autoridad. ¡Maldito sea el inventor del diario, principalmente del diario libre i a poco precio! La prensa es como el gas, una luz que os hace arder los ojos i os envenena a un mismo tiempo.

—¿Por qué no almorzamos? pregunté bruscamente a mi mujer, para disipar ingratas ideas. ¿Dónde están los niños? Por qué no vienen?

—Han salido, amigo mio, i ya no tardarán en volver. Enrique pronuncia esta noche su primer discurso en la *Academia de los jóvenes lectores*, i ántes de hablar en público, ha querido cerciorarse de la sonoridad de la sala.

—¿I sobre qué tema perorará esta noche nuestro Ciceron de diez i seis años?

Aquí está el borrador, dijo Jenny, pasándome con el orgullo de madre un papel lleno de palabras rayadas por debajo, de interjecciones, de pausas i esclamaciones.

El título, escrito en grandes caractéres, me pareció mas respetable que claro:

DE LA MORALIZACION DE LAS MUJERES,
CONSIDERADAS COMO EDUCADORAS DEL JENERO HUMANO.

—¡Ya puede ahorcarse el demonio, esclamé, que el mundo va a acabarse a fuerza de virtud! Cuando yo tenia diez i seis años, si en algo pensaban los muchachos de mi edad, no era ciertamente, como mi señor hijo, en moral....

—Amigo mio, me dijo Jenny....Su vóz me tapó la boca, i tan a tiempo, que me mordí la lengua en la mitad de la palabra i conocí que a mi pesar me ponia colorado.

—Amigo mio, continuó mi mujer, que no habia notado

mi turbacion: me parece que va a haber un cambio en la situacion de Enrique. Todos los dias me está diciendo que hace demasiado tiempo que nos es gravoso, que ello debe molestar al gobernador.....

—¿Qué es eso del gobernador?

—Ya lo sabeis, es el título amistoso que nuestros hijos dan a su padre; en dos palabras, Enrique quiere tener una colocacion.

—Paciencia, madama Smith, tiempo hai para ello; ese cuidado es mio.

—Ya nuestro hijo tiene diez i seis años, amigo mio; todos sus camaradas están colocados, i es preciso que él no se quede atras. Hablad con él sobre el particular; nadie puede dirijirlo mejor que vos, en quien tiene plena confianza.

Me puse a pasear de un estremo a otro de la habitacion, miéntras que mi mujer miraba por la ventana si venian nuestros hijos.

—Oh hijo mio! me dije, sí, el cuidado de colocarte me toca a mí. Hace mucho tiempo que lo tengo todo dispuesto para tu felicidad. No en vano te escojí por padrino, hace diez i seis años, a mi amigo Regelman, entónces sub-jefe, i hoi jefe de oficina en el ministerio de hacienda, seccion de las aduanas. Sí, mi querido Enrique, sin saberlo ya eres cadidato para aspirar a una plaza de supernumerario del ministerio de hacienda. En dos años mas serás bachiller; dentro de tres años, si andas afortunado en tres o cuatro concursos i eres protejido vigorosamente, *tu Marcellus eris!* Ya me parece que te veo de sub jefe a los treinta i cinco años, con un sueldo de dos mil cuatro cientos francos, i condecorado como tu padrino; te veo como tu modelo, lleno de suavidad, humilde, bien criado, complaciente con tus superiores; severo, estirado, majestuoso con tus subordinados, i subiendo grado por grado a la direccion del personal. A los cincuenta años, si nada

frustra la orgullosa ilusion de un padre, serás el terror i la esperanza de diez mil casacas verdes. ¡Qué dicha i qué porvenir!

—Ahí viene Enrique, esclamó mi mujer, siempre a la ventana. Está conversando con Mr. Green; de seguro que le pide un buen consejo, i acaso algo mejor.

—¿Qué es lo que decis, querida mia? El lonjista Green? Mi hijo trata tal vez con esa jentecilla?

—Jentecilla, repuso mi mujer manifestándose sorprendida. Mr. Green es un hombre de bien, un buen cristiano, respetado por todos. *Vale* trescientos mil *dollars* i emplea del modo mas laudable la fortuna que debe a su trabajo.

—Mui bien! esclamé. Dichoso el pais en que los lonjistas son millonarios i dan consultas como los abogados, si no es que tambien den empleos como los ministros. Vaya, pues, mi hijo a solicitar de Su Excelencia el señor de las Ciruelas pasas i de la Melaza. Pero, llamad a Susana, quien no supongo que espere nada del honorable M. Green,

—Susana está en la clase de hijiene i anatomía.

—Anatomía, Dios mio! Mi hija, con diez i nueve años, aprendiendo anatomía! Estará disecando probablemente?

—¿En qué estais pensando, amigo mio? repuso mi querida mujer con una tranquilidad que me hizo volver a la tierra. Susana tendrá algun dia hijos. ¿Quereis que los eduque i los cuide a ciegas, sin conocer nada de su constitucion? No habeis dicho cien veces delante de ella que el estudio del cuerpo humano es parte necesaria de una buena educacion?

—¿I quién es el médico a cuya prudencia está confiado el cuidado de enseñar anatomía a las niñas?

—Es madama Hope, una de nuestras celebridades médicas.

—¡Mujeres médicos! Molière, dónde estás? Así pues, en este pais, constituido al reves de todos los demas, ¿no son los hombres los que prestan cuidados a nuestras ma-

dres, esposas e hijas? Son quizá mujeres las que asisten a las mujeres de buena sociedad? Esto no sucede en ninguna parte; esto es indecente, madama Smith, esto es indecente.

—A mí me parecia lo contrario, amigo mio, pero vos lo sabeis mejor. De consiguiente, si alguna vez tuviese nuestra hija algunas de aquellas indisposiciones que una mujer en medio de su pudor apénas se atreve a confesarse a sí misma, ¿ os gustará mas que envíe a llamar un médico?

—De ninguna manera; me entendeis mal, querida amiga. Solo queria decir que hai antiguas costumbres que son respetables, como todos los errores viejos. Es decir, nó; otro dia os esplicaré la cosa. ¿ Quién acompaña a Susana a la clase de anatomía?

—Nadie.

—Cómo nadie? A los diez i nueve años i siendo bella como un ánjel, ¿ anda mi hija por las calles sola, sin un criado que la acompañe?

—¿ Por qué habia de hacer lo que no hacen sus compañeras? Qué peligro corre con eso? Os imajinais que haya en América un hombre bastante criminal o bastante insensato para faltar al respeto que debe a la juventud i la inocencia? Padres, maridos, hermanos, o hijos, los brazos de todos se levantarian para castigar al miserable; pero jamás se ha visto indignidad semejante en este noble pais. Esas miserias i esos vicios están reservados para el antiguo continente.

—Por otra parte, agregó mi mujer con su dulce sonrisa, me parece que Susana está bien custodiada. Alfredo, el hijo menor de Mr. Rose, ha vuelto de las Indias; ayer le he visto paseando con su padre i sus ocho hermanos. Nadie me quitará de la cabeza que Susana i él están comprometidos de mucho tiempo atrás.

—Comprometidos! enamorada mi hija del noveno hijo de un boticario? I es su madre la que me da impasiblemente una noticia de tal especie?

—¿ Por qué no habia de casarse con el que ama ? me dijo Jenny clavándome sus hermosos ojos azules. Amigo mio, ¿no es eso lo que yo hice ? He tenido que sentirlo ? estais vos arrepentido ?

—Pero ¿ qué posicion, qué fortuna tiene ese jóven ?

—Perded cuidado, amigo mio; Alfredo es un hombre honrado, que no se casará con Susana hasta que tenga una posicion que ofrecerle. Susana esperará diez años si es menester.

—¿ I la dote ? madama Smith, ¿ habeis pensado en la dote ? Sabeis lo que exija ese jóven galante que compromete a nuestra hija ? Sabeis lo que podamos hacer i qué parte de nuestros cortos haberes tengamos que sacrificar ?

—No os entiendo, Daniel. ¿ Por acaso vamos a vender nuestra hija ? Hemos de pagar por ventura a un jóven, a un enamorado, para que se decida a aceptar por compañera a una criatura linda como un sol, i tan buena como hermosa ? De dónde habeis sacado unas ideas tan raras, que es la primera vez que oigo ?

—Sin dote ! esclamé, en un pais en que de la noche a la mañana todos están de rodillas delante de un dollar !

—En América, amigo mio, nos amamos, nos casamos porque nos amamos, i somos felices toda la vida repitiéndonos uno a otra que nos hemos casado por amor. Cada cual trae en dote su corazon, i espero que en una nacion libre, jóven i jenerosa como la nuestra, no se conozca jamás otra especie de dote.

—Sin dote ! me dije, sin dote ! Harpagon no carece de razon; la cosa cambia de aspecto. El matrimonio deja de ser un negocio. Rica o pobre, la prometida está segura de ser amada; van a casarse con ella, por ella misma i no por su dinero; el padre, que da temblando su hija, no teme a lo ménos entregarla a algun indigno especulador. Sin dote ! Sin saberlo, los pueblos bárbaros tienen de vez en cuando delicadezas como ésta que honrarian nuestra civilizacion.

—Ya está aquí Susana, gritó mi mujer, que habia vuelto a ponerse en acecho. Alfredo viene con ella, como yo habia adivinado.

Corrí a la puerta. ¡ Mi hija, mi querida Susana estaba mas hermosa que nunca ! Sus espesos cabellos rubios, que le caian por los hombros formando bucles, su risueña mirada, su aire lleno de confianza, su garboso andar le daban nuevos atractivos. Ostentaba juntamente la inocencia de un niño i la gracia de una mujer. Se me colgó del cuello como una loca; yo la estreché enajenado contra mi corazon i la llevé hasta el comedor entre mis brazos.

Solo allí vine a ver que Susana no habia entrado sola en casa. Estaba junto a ella el monstruo que queria arrebatarme mi alegría i mi ventura; Susana le tomó de la mano i me lo presentó con la mayor naturalidad.

—Mr. Alfredo Rose, querido papá, ¿no le reconoceis?

—¡ Demasiado bien reconocia al miserable, que era un lindo mozo ! Suspiré i dí un apreton de manos a aquel futuro yerno que queria hacerme el honor de elejirme por suegro, sin tomarse el trabajo de consultarme. Sin dote ! eso bastaba para que se creyese con derecho a casarse con la mujer que amaba. ¡ I ponéos a hablar de miramientos a una jente brutal que camina llevándoselo todo por delante !

CAPITULO VI.

EN QUE SE HACE RELACION CON MR. ALFREDO ROSE I EL VECINO GREEN.

Miéntras que Alfredo i yo permanecíamos cara a cara, en silencio i mirándonos uno a otro, las dos mujeres se hablaban en voz baja con singular animacion; la madre sonreia, la hija tenia suplicante la mirada.

—Amigo mio, dijo Jenny tomando de la mano a los dos

jóvenes, aquí teneis dos muchachos que con la ayuda de Dios quieren fundar una familia cristiana i os piden vuestra bendicion.

—Mi bendicion! He visto al Papa Pio IX bendecir a Roma i el mundo, con aquella apacible majestad que hace a los incrédulos doblar la rodilla; he visto a piadosos obispos bendecir la inocencia i el fervor de una comunion primera. Era aquello hermoso i grande, era la efusion de la santidad. Pero, yo pecador no me sentí con derecho para bendecir, ni aun a mi hijos. Abracé a Susana, abracé a Alfredo, junté sus manos con las mias, i lloré.

Los ingratos eran tan felices, que no vieron mis lágrimas; se desprendieron de mis brazos para correr a Jenny, que los recibió levantando la voz.

—¡ El Dios de Abrahan i Sara, les dijo, el Dios de Isaac i Rebeca, de Jacob i Raquel os bendiga, hijos mios, i os dé una vida cristiana!

—*Amen*, respondió una voz que me estremeció con su gravedad. Era la de Marta, que se acercaba con la mirada i el jesto de un profeta.

—Hombre, dijo, esta mujer es tu esposa ante Dios; mujer, este hombre es tu marido ante Dios, en la próspera como en la adversa fortuna, en medio de la buena salud como de las enfermedades, en la vida i en la muerte: no lo olvides, que el Eterno se acordará de ello.

—No, por cierto, no lo olvidaré jamás, esclamó Alfredo levantando la mano, i de ello tomo al Señor por testigo.

¿ Lo confesaré para vergüenza mia? a pesar de la excelente educacion que he recibido en Francia, i aunque desde niño se me haya acostumbrado a no tratar sériamente mas que las cosas frívolas, me sentí conmovido hasta lo mas íntimo del alma con la solemnidad de aquel acto. Me parecia que mi hogar se habia hecho sagrado como el de Abrahan, i que Dios, invisible i presente, bajaba a él para bendecir la union de mis hijos.

La entrada de Zambo ahuyentó tan graves pensamientos. Habia arrasado el jardin i el invernadero para ofrecer a la desposada un enorme ramillete; acompañó su presente de muecas tales i de cumplimientos tan burlescos, que me eché a reir a pesar mio.

—¿Cuándo serán las bodas, mi jóven amo? preguntaba el negro. Mañana, pasado mañana, dentro de ocho dias, Zambo quiere cantar, Zambo quiere bailar.

—¡Susana, esclamé mirando a mi hija, no se ha fijado el dia!

—Mi buen papá, esperamos lo que vos dispongais, respondió la señorita Susana con una finjida modestia que me hizo suspirar.

—I no esperamos otra cosa, dijo Alfredo; he alquilado i amueblado una casa, cerca de aquí, en el ángulo de la décima cuarta avenida. Todo está pronto para recibir a la que me hace el honor de compartir mi fortuna i mi nombre.

—Hijo mio, dije a Alfredo, i este nombre de hijo se me atravesó en la garganta, Susana os ha elejido, nosotros os adoptamos a ojos cerrados; pero, disculpad la lejítima curiosidad i la inquietud de un padre. ¿Desde cuándo amais a mi hija, i ya que hablais de fortuna, cuál será la posicion de entrambos en ese hogar cuya felicidad nos toca tan de cerca?

—Me seria difícil deciros desde cuando amo a Susana, respondió el jóven. Me parece que la amaba al nacer. Sin duda que ya la amaba cuando íbamos juntos a la escuela comun, i corríamos por todo el camino, ella mui niña i yo casi jóven. Despues de entónces, hemos jugado, hablado, rezado juntos tantas veces; la he visto tantas veces festiva, buena, amable; tantas veces hemos conversado con el corazon en la mano; tantas veces he podido ver la belleza de su alma, que al fin ha llegado un dia en que he conocido que Susana era la mujer que Dios en su bondad me habia elejido. Cuando Susana cumplió diez i seis años, le pedí que

me aceptase por esposo, i quedamos comprometidos: hé ahí toda la historia de nuestros amores.

—De manera, dije suspirando, que la amistad i el aprecio son los que os han llevado a lo que llamais el amor. ¿ Nada súbito, nada instantáneo como el rayo; ninguna poesía, ninguna pasion ?

—Tengo veinticuatro años, dijo el jóven, amo a Susana; jamás he amado ni amaré jamás a otra que a ella; la estimo como a ninguna persona de este mundo; la quiero mas que a mí mismo: ¿ es esto cordura, es esto pasion ? no lo sé, pero aguardo que Susana no me pida mas i me permita amarla del mismo modo hasta el fin de mis dias.

—Mui bien, hijo mio, sois un sabio; seréis feliz, como mereceis serlo, i tendréis muchos hijos. Hablemos ahora de dinero.

—No tenia fortuna, dijo Alfredo, lo que entorpecia mucho nuestros proyectos; tenia veintiun años, i estaba decidido a hacer pronto carrera; no dudaba del buen suceso.

—¿ Tendríais sin duda protectores poderosos ? la promesa de algun buen empleo en el gobierno ? Talvez vuestro padre habria hecho servicios al primo de la prima de un senador ?

—Tenia cabeza i brazos, respondió Alfredo, i la divisa de todo verdadero yankee: *Adelante ! no te inquietes por nada*; *no esperes sino en tí mismo* (1); i eso vale mas que un apoyo estraño. En un pais que prospera tan rápidamente como el nuestro, todo hombre que no es un necio i tiene voluntad, concluye siempre por encontrar un buen venero. Empleado como químico en el establecimiento de un rico mercader de añil, oia amenudo a mi patron quejarse de que los buques despachados para la India nunca iban cargados mas que a medias. Encontrar un nuevo artículo de flete, era la idea fija de nuestros armadores. Yo descu-

---

(1) *Go ahead! never mind; help yourself.*



brí uno, en que nadie pensaba i que era de salida segura: fué el hielo. Nunca se llevará a la India todo el que ella puede consumir. La dificultad estaba en conservarlo durante la travesía; era éste un problema por resolver. Gracias a mi padre, he sido educado en un laboratorio; la física i la química han sido mis primeros entretenimientos. Para aislar mis trozos de nieve necesitaba un cuerpo que fuese mal conductor del calórico. Ensayé el aserrin de madera, que entre nosotros no tiene ningun valor. La invencion estaba hecha; no faltaba mas que capitales.

Encontrar dinero para poner en ejecucion una buena idea, es cosa fácil en América; me acordé de Mr. Green, que hace grandes negocios de arroz, de café, de especias, de añiles; tuvo él confianza en mí i arriesgó una espedicion. Partí para Calcuta con mi cargamento; el hielo no se deshizo en la travesía, lo vendí ganando el flete de ida i vuelta, i estoi de regreso despues de haber hecho por allá contratos ventajosos por veinte años. A mi llegada, he recibido por mi parte ocho mil dollars, i héme ahora al frente de la casa Green, Rose i compañía. Es seguro el buen resultado. Si quiero, puedo vender hoi mismo el negocio. Diez a doce mil dollars anuales, tal es lo que puedo ofrecer a madama Alfredo Rose, sin perjuicio de lo que venga despues.

—¡Sesenta mil francos anuales! esclamé; qué buena cosa es el comercio, cuando se tiene suerte! Miré a mi yerno con mas atencion, i le encontré cara de jenio. En la frente i en la parte inferior del rostro tenia algo de Napoleon.

Me habia olvidado completamente de la botica de su señor padre, cuando Zambo nos anunció a Mr. Rose, que venia a tomar parte en la comun alegría. Por estimable que fuese el buen hombre, no era un boticario el suegro que ambicionaba yo para mi hija; habia soñado con un sub-prefecto; pero ¿qué hacer en un pais primitivo que todavía no ha conquistado aquella centralizacion que la Europa nos envidia?

Con Mr. Rose entró Mr. Green, seguido de Enrique. Habia reconocido al boticario por cierto aire médico que jamás se pierde; pero el lonjista con fraque negro i corbata blanca era para mí un monstruo desconocido. Su lenguaje i sus modales no eran ménos estraños que su traje. Green, el vendedor de aceite i café, hablaba con la autoridad i aplomo de un hombre que maneja millones.

—Vecino, me dijo con afectuosa franqueza, ya soi casi de la familia por causa de este jóven, yerno vuestro i asociado mio. No pararémos ahí. Enrique ha estado a verme, es un mozo intelijente i que me gusta, le he buscado una colocacion. Alfredo va a hacerse sedentario, pues nadie se casa para correr el mundo, i entretanto necesitamos un hombre de confianza en Calcuta. A pesar de su juventud, he pensado en Enrique. Nunca es demasiado temprano para entrar en los negocios. El se formará con tres años de residencia en las Indias; le darémos una parte que, si trabaja, llegará a cuatro o cinco mil dollars anuales. Vos me confiais un niño; en tres años os entrego un hombre. ¿Qué os parece mi proyecto? os gusta tanto como a Enrique?

—Oh hijo mio! me dije, otro era el porvenir que habia soñado para tí! Quizá éste te convenga mas; quizá no tienes ni el jenio político, ni la flexibilidad necesaria para encumbrarte al rango de un jefe de oficina. El dado está tirado, ¡no serás mas que un millonario!

Dí las gracias a Green, que me dijo en voz baja:

—Vecino, no pararémos ahí. Ya conoceis a Margarita, mi duodécimo hijo, una linda chiquilla que tiene diez años i un talle tan redondeado como una muñeca; tengo el pensamiento de que en seis o siete años mas la convirtamos en madama Enrique Smith. De aquí a entónces no perderémos de vista al jóven i su fortuna; descansad en mí.

Era ya demasiado! Yo, el doctor Lefebvre, yo, un sabio i hombre de cierta posicion en mi pais, llegar a ser parien-

te de un lonjista i a deberle servicios ! Ciertamente me gusta la igualdad; soi frances, tengo por evanjelio los principios de 1789. Que se proclame i ostente esa igualdad por todas partes, no pido otra cosa; que se la consigne en nuestras leyes, convengo en ello: las leyes apénas se aplican; pero que se haga descender esa igualdad hasta nuestras costumbres, jamás ! El hombre que no trabaja en nada, será siempre superior al que se ensucia los dedos trabajando.

Iba a deshacer el encanto i rehusar tan pérfida fortuna, cuando, a invitacion de mi mujer, cada uno de nuestros vecinos aceptó una lonja de jamon i una taza de té.

—Daniel, me dijo Jenny, ya estamos todos a la mesa, decid la bendicion.

—Querida mia, estoi tan conmovido que no sé hacer nada. Ocupad mi asiento i hablad por mí.

—Dios mio, dijo Jenny, bendecid esta casa i a todos los que están en ella. Bendecid sobre todo a los que van a dejarla, i ¡ojalá, Señor, que no encontreis entre ellos mas, que corazones puros i obedientes !

Cada cual respondió: *Amen*, i con voz tan sincera que mis ideas cambiaron de direccion. Miraba a mis amigos, a mis hijos, a mi mujer; a Green, que con tanta sencillez labraba la fortuna de mi familia; a Enrique, que a los diez i seis años, con la enerjía de un hombre i el ardor de un niño, queria a fuerza de trabajo conquistarse una posicion en la sociedad, i no se arredraba ni delante del peligro, ni delante del destierro; a Susana i Alfredo, que se amaban con un amor tan tierno i tan puro; por fin, a mi mujer, a mi buena Jenny, que no pensaba sino en los demas, solícita i pronta a sacrificarse, vida i alma de la casa, reina de aquella colmena de donde iba a volarse el enjambre!

I yo, zángano inútil, i que no sabia mas que murmurar, me decia que iba a quedar solo en aquella casa, poco há animada por la alegría de Susana i Enrique. Rose tenia

nueve hijos, Green tenia quince; Dios bendice las familias numerosas, i cuando queremos ser mas cuerdos que él mismo, confunde nuestra falsa prudencia, condenándonos al aislamiento que hemos buscado.

I miraba a mi mujer, todavía jóven, i fresca, i animada por una graciosa gordura; i me decia...... Ya no recuerdo lo que me decia, cuando empujaron la puerta i entró Zambo con la cara asustada gritando:

—Tocan a fuego! tocan a fuego! escuchad, es un incendio..

CAPITULO VII.

EL INCENDIO.

Al primer grito de Zambo el boticario corrió a la ventatana, i volviéndose en seguida a Green:

—Teniente, dijo, nos están llamando; el fuego es en la duodécima avenida.

—Sarjento, estoi a vuestra disposicion, dijo el lonjista levantándose. Doctor, añadió golpeándome el hombro, arriba! el carruaje no espera.

—Bueno! me dije viéndolos salir en compañía de Alfredo i Enrique, van a jugar a la guardia nacional. La guardia nacional! es un regalo que nos envió la América con el ciudadano Lafayette, i que nos ha sentado a las mil maravillas! ¡Corred a esa inútil parada, amigos mios, i que os haga buen provecho! En cuanto a mí, me quedo en casa. ¿Qué es ese carruaje de que ha hablado Green? Se imajina acaso que, como un papamoscas, voi a correr al espectáculo del incendio, estando en un pais en que, segun se dice, hai incendios todos los dias?

Me acerqué a la ventana; torbellinos de humo subian al cielo despidiendo centellas; cundia el fuego.

—Pronto, señor, pronto, el carruaje se acerca, me dijo Marta de repente.

Volví la cara i encontré delante de mí a Zambo, con una hacha en la mano, un casco de cuero curtido en la cabeza; Marta tenia una blusa de paño negro i un ancho cinturon jimnástico: ¡ era mi uniforme, mi uniforme de bombero!

Yo bombero! queria protestar de este nuevo insulto de la suerte; pero Marta se habia apoderado de mí. En un abrir i cerrar de ojos me encontré vestido, fajado, cubierta la cabeza, armado e izado hasta el techo de un ómnibus inmenso que llevaba a los costados una máquina de vapor encendida. Dos magníficos caballos negros arrastraban al galope bomba i bomberos.

—Nada temas, Daniel, gritaba Marta con el brazo levantado, vas a servir a Dios; el Altísimo te sacará de enmedio de las llamas, como sacó a sus servidores Sidroch, Misach i Abdenago.

Esta bendicion bíblica me dió escalofrios; olia a chamusquina.

—¡Singular ocurrencia, esclamé, aventurar el pellejo por jente desconocida, cuando se podria tener bomberos a sueldo!

—¿Qué estais diciendo, doctor? me interrumpió una voz desapacible que me dejó reconocer a mi vecino Reynard en el *attorney* Fox.—Ciudadanos, añadió recitando algun antiguo alegato, si quereis ser libres, servíos a vosotros mismos de policía i de ejército. Darse guardianes, es darse amos.—Querido amigo, continuó en tono natural, ¿dónde habeis bebido esas ideas del otro mundo? ¿no sois amigo de la libertad?

—¡La libertad ántes que todo! me apresuré a responder, un poco corrido de mi debilidad. Volar en socorro de sus conciudadanos es un deber i una satisfaccion que no cedo a nadie; ¡estoi orgulloso de ser bombero!

—No tanto como Green, querido vecino, replicó el hombre de la traza sutíl. ¡Ese sí que se alegra de ir al incendio! Es mui ladino, añadió hablándome al oido; ***devilish***

smart, repitió cuatro veces guiñándome un ojo, haciéndome jestos con la nariz i la barba.

Abrió la caja de rapé, suspiró, tomó lentamente dos narigadas: —Nuestro capitan, dijo, el bravo coronel Saint-John piensa retirarse, Green es teniente i ambicioso. Quiere ser capitan, para llegar mas arriba. Es mui astuto; pero por mas que esconda las cartas, conozco su juego.

No habia terminado Fox sus insidiosas confidencias, cuando ya habíamos llegado. Ni policía, ni precauciones de ningun jénero; un pueblo de curiosos estaba agrupado en las aceras i felizmente dejaba libre el medio de la calle. En un instante se instaló la máquina, se desencadenaron los émbolos, i todo se inundó de agua. Miéntras el teniente reconocia el punto principal del incendio i daba órdenes, me puse a dirijir la tripa con mi amable vecino.

En frente de nosotros habia una casa abrasada por el fuego; las llamas habian roto las ventanas i salian a torrentes. De repente, se oyeron en el primer piso gritos desgarradores; una figura blanca pasó como una sombra; una voz de mujer pidió socorro. Al punto Green, arrimando a la pared una escala, subió i desapareció en medio del humo.

—Es mui ladino, me dijo Fox haciendo un jesto satánico, *devilish smart*; ¡ el ambicioso juega grueso!

—Por aquí, muchachos, por aquí, gritaba Rose, completamente ocupado en anegar el incendio. Yo levantaba a fuerza de brazos la pesada tripa; pero no podia desprender la vista de la ventana pordonde habia entrado Green; me palpitaba el corazon, la inquietud me sufocaba.

Green reapareció súbitamente, con una mujer en los brazos, i bajó en medio de los hurras de la multitud.

Apénas estuvo en el suelo, la mujer se enderezó: —Mi hija! gritaba, dónde está mi hija? dónde está mi hija? Temblaba de piés a cabeza, lloraba, levantaba los brazos hácia la ventana abrasada, queria precipitarse en aquella

hoguera. En vano trataban de contenerla; se nos escapaba de las manos, corria a la casa, i repelida por las llamas, retrocedia dando gritos terribles i arrancándose los cabellos.

Todos se miraban unos a otros; la llama rujia como el huracan, el techo abrasado iba a desplomarse, el niño estaba perdido. No sé lo que en aquel instante pasó por mi alma: la vista de la pobre madre, las palabras de Marta, el ejemplo de Green, el recuerdo de que era frances, qué se yo, fué una embriaguez que me trastornó la cabeza. Corrí a la escala i estuve arriba ántes de saber lo que hacia.

Rose quiso detenerme:—¡ Soi padre, esclamé, no dejaré que perezca ese niño!

Cuando estuve en el cuarto, tuve miedo; la llama silbaba al rededor de mí, las maderas crujian, los espejos estallaban en pedazos; habia un ruido siniestro. Sufocado por el calor, cegado por el humo, me puse a llamar: nadie respondió; grité: no tuve eco. Estaba desesperado, cuando una lengua de rojo fuego, penetrando la oscuridad, me dejó ver delante de mí una puerta cerrada. Romper la cerradura de un hachazo, entrar a la habitacion, correr a la cuna en que lloraba un niño, apoderarme de tal tesoro, todo fué obra de un instante; ¡qué alegría! pero fué corta. Rodeado de humo, casi asfixiado, no sabia ya dónde estaba; me palpitaba el corazon, se me desvanecia la cabeza, estaba perdido.

—Por aquí, doctor! por aquí, Daniel! gritaba la voz de Rose; adelante, pero de espaldas, cuidado!

El consejo era prudente, pues apénas me habia dado vuelta cuando un vigoroso golpe de agua, dirijido por la diestra mano del boticario, me inundó de piés a cabeza, a riesgo de echarme por tierra. Gracias a esta diversion estratéjica, que por un momento detenia la llama i disipaba el humo, divisé la ventana, corrí a ella, i tomando la escala, me dejé ir hasta el suelo, negro i humeante como un tizon apagado. Un instante despues el techo venia abajo haciendo

un ruido espantoso. Marta tenia razon; Dios me habia tratado como a Abdenago.

Decir la alegría de la pobre madre seria cosa inoficiosa; el mas feliz era yo, que habia salvado un niño i sostenido el honor del nombre frances. No habia dejado de costarme algo mi locura; tenia chamuscado todo un lado de la cabeza, magullada una mejilla, i quemado el brazo izquierdo desde la muñeca hasta el codo; pero, ¿ qué era todo eso en comparacion de lo que habia ganado?

Una hora escasa despues del acontecimiento, volvíamos a nuestro cuartel, dejando a los últimos que habian acudido, el cuidado de apagar escombros humeantes. Salté prestamente i con la cabeza erguida a aquel ómnibus a que habia subido por la mañana tan mal de mi grado. Allí estaba Fox, guiñando un ojo, como si fuera tuerto.

—Green es ladino, dijo tocándome con el codo el brazo enfermo, lo que me estremeció, pero vos sois mucho mas ladino que él. ¡ Viva el capitan Smith ! añadió frotándose las manos.

No le respondí; un nuevo espectáculo me llevaba toda la atencion.

En un órden increible, una inmensa muchedumbre ocupaba todas las aceras. Casi todos tenian en la mano un papel, que ajitaban al vernos pasar.

—¡ Viva el bravo teniente ! viva Green ! gritaban. ¡ Viva Smith ! viva el heroico bombero !

—Hélos ahí, decian señalándonos con el dedo; aquel es Green; éste es Smith ! Viva ! Se levantaban los sombreros, flotaban los pañuelos, las mujeres nos enseñaban a sus hijos, que ajitaban sus manecitas como para bendecirnos.

¿ Por qué medio misterioso sabia ya toda la ciudad mi nombre i mi accion ? yo lo ignoraba i no lo preguntaba; nos acostumbrámos pronto a la gloria; pero, la emocion se apoderaba de mí, i por mas que mirase a la multitud con la modestia i la tranquilidad de un héroe, cuando me acerqué a

la casa estaba anegado en lágrimas. El pueblo rodeaba a Jenny, a mi hija, a Marta, que predicaba, i a Zambo, que bailaba como un niño. Me eché en sus brazos, i a pesar de mi figura de desollinador, bien sabe Dios con cuánta ternura los abracé a todos. Me parece que pinté de negro al mismo Zambo.

Antes de entrar en la casa, Jenny me mostró sonriendo la imprenta que teníamos al frente, la del *Paris-Telegraphe*, el diario sedicioso. Un inmenso cartel se elevaba mas alto que la casa, i desde media legua se podia leer lo siguiente :

QUINTA EDICION.

PARIS-TELEGRAPHE.

HORRIBLE INCENDIO.

EL BRAVO TENIENTE GREEN!!!

EL HEROICO BOMBERO SMITH!!!!

DICHO SUBLIME:

Soi padre, no dejaré que perezca ese niño.

Vendidos 50,000 ejemplares.

En prensa la Sesta Edicion.

Aquel era el templo en que se distribuia la gloria : esta idea era mui a propósito para curarse de la vanidad !

¡ Con qué placer corrí al cuarto de baño para zabullirme en el agua, lavarme la cara i refrescar mi brazo quemado ! Esta vez me pareció admirable la invencion que a toda hora mantenia en mi casa agua caliente. En cuanto a Zambo, no quiso dejarme, pretendiendo que Massa necesitaba de sus servicios i no podia pasar sin él. El pobre muchacho

necesitaba hacerme hablar para darse aires en la vecindad. Mi gloria era la suya; era él quien habia entrado en las llamas, por poder.

Cuando bajé a la sala de recibo, la oficina del ***Paris-Telegraphe***, siempre atestada de compradores, no alcanzaba a dar abasto; la muchedumbre se agolpaba al pié de nuestras ventanas tratando de divisarme. Con mi brazo en cabestrillo, mi mejilla magullada i mi pelo quemado, podia tenerme por un héroe.

Mui poco despues, i para que nada faltase al regocijo de aquel dichoso dia, la música de los bomberos vino a darme una serenata; i la compañía toda entera, con Green a la cabeza, me dirijió un discurso.

En este *speech*, mui bien coordinado, el lonjista se olvidaba de sí mismo con sentida modestia, i no hablaba mas que del valor que yo habia manifestado, rogándome, a nombre de la compañía, que aceptase el puesto de capitan.

—Camaradas ! amigos ! esclamé, vuestras bondades me confunden, pero, ¡ no permita Dios que olvide el ejemplo que me ha dado el teniente Green, i el socorro que me ha prestado Rose, el valiente sarjento ! Al primero, le debo el honor de una buena accion ; al segundo, le debo la vida. Permitidme, pues, qne no olvide una deuda de gratitud, i que mire siempre como mis jefes al excelente Green i al jeneroso Rose. Quiero quedarme con vosotros, camaradas; como vosotros, simple bombero, en un pais libre. Orgulloso con vuestra amistad i vuestro heroismo, no cambiaria nuestro modesto uniforme por el traje de un capitan jeneral. ¡ Viva la América i la libertad !

Mi respuesta hizo buen efecto, principalmente el final, que no valia nada. Green se echó en mis brazos ; Rose hizo otro tanto, i Fox, llamándome aparte, me dijo en voz baja:
—Sois mui ladino, camarada, picais mas alto ; lo mismo da, ya os adivino. I guiñó a un tiempo los dos ojos, lenguaje misterioso cuya clave no comprendí.

A una seña de Green, la serenata volvió a principiar; en el mismo momento ví subir un cuadro por la pared de la imprenta del *Paris-Telegraphe,* como una bandera que se iza al palo mayor. En este cuadro, transparente i alumbrado por linternas de colores, se leia la siguiente inscripcion en caractéres de un pié de altura:

OCTAVA EDICION.

PARIS-TELEGRAPHE.

HORRIBLE INCENDIO.

El heroico bombero SMITH, el NUEVO CINCINATO!!!!

Cómo se recompensa la virtud en América.

Vendidos 100,000 ejemplares.

En prensa la Novena Edicion.

—¿Qué significa esto? esclamé. Zambo, vé a traerme el diario; ha de haber aquí alguna mala pasada.

Traido el diario, leí en él con gran sorpresa el discurso de Green i mi respuesta. Me habian estenografiado e impreso miéntras estaba hablando. Mi negativa era la que me valia el título de Cincinato. Por qué? jamas he llegado a saberlo, pero la palabra hacia en el cartel buen efecto. No debe de ser cualquier cosa un hombre que se llama el *nuevo Cincinato.*

A continuacion de mi *speech* i bajo este epígrafe ridículo: *Cómo se recompensa la virtud en América,* se leian las dos cartas siguientes:

EL CISNE.

Compañía de seguros contra incendios.

Calle de las Acacias, núm. 10.

(Capital social: 10 millones de dollars. Concesion de una parte de los beneficios a los asegurados.)

"Señor:

"El valor que habeis desplegado en el incendio de esta mañana, ha llamado hácia vos la atencion del consejo de la Compañía.

"Está vacante en este momento una plaza de médico consultor, para comprobar las heridas i accidentes que resulten de los incendios.

"Esperamos que nos hagais el honor de aceptarla. Los honorarios son 400 dollars.

"El director de la Compañía.

X. X...

"Al señor doctor Daniel Smith, bombero de la 7.ª compañía."

LA PROVIDENCIA.

Hospicio de niños, sostenido por suscripcion privada de 10 dollars anuales.

Calle de los Nogales, núm. 25.

"Señor:

"El médico que ha pronunciado estas hermosas palabras: *Soi padre, no dejaré que perezca ese niño*, es al que su abnegacion i su talento llaman naturalmente a prestar su asistencia a los niños.

"La plaza de primer médico de nuestro hospicio está vacante, i esperamos que os sirvais aceptarla. Todos los dias, de las seis a las ocho, asistencia. Honorarios de 2,000 dollars.

"Los administradores del hospicio.

R... T...

"Al señor doctor Daniel Smith, bombero de la 7.ª compañía."

—Zambo, pregunté, ¿han traido cartas para mí?

—No, Massa, el cartero no ha venido todavía.

—Es imposible, a no ser que haya en este diario alguna burla.

—Están golpeando, *Massa*, dijo Zambo: no ois? uno, dos, tres, es el cartero; voi a abrir.

El negro me trajo cuarenta cartas, un rimero de papel. Unos enfermos me preguntaban la hora de mis consultas, otros me suplicaban que fuese a visitarlos lo ántes posible, cuatro cofrades me llamaban a junta, seis farmacéuticos me proponian una compañía, i por fin, cosa estraña, dos cartas mui cerradas me anunciaban confidencialmente lo que el *Paris–Telegraphe* ya habia publicado con una indiscrecion que no me costaba mucho perdonar.

¡Era célebre! Veia el principio de mi fortuna! Un dia, una hora de valor me granjeaba un nombre i me traia mas ventajas en América, que veinte años de trabajos en el antiguo mundo. Pero, pensé, i tal pensamiento me hizo recobrar la humildad que tanto necesitaba, sin ese diario vocinglero, sin esa trompeta que ha entregado mi nombre a todos los ecos del nuevo mundo, ¿habria conseguido nada? Mi primera idea, sin embargo, fué dar las gracias al diarista, quienquiera que fuese; era demasiado tarde, la oficina estaba cerrada, apagado el cartel, desvanecida mi gloria; aplacé mi visita para el siguiente dia.

Pasé la noche con mis viejos amigos, mi mujer i mis hijos. Me hacian repetir los pormenores mas insignificantes del terrible i glorioso acontecimiento. Jenny se ponia pálida cuando hablaba yo de mis peligros, i se le encendian las mejillas cuando contaba la alegría de la madre al recobrar a su hija. Susana me apretaba la mano i miraba a Alfredo.

Me parecé que la conversacion habria durado toda la noche, si Marta no hubiese puesto sobre la mesa una enorme Biblia, con tapas de cuero i con grandes broches de cobre.

—Lée, me dijo, i aplaca tu vanidad; no olvides la historia de Aman, hijo de Amadatha, de la raza de Agag; i acuérdate que hai aquí un Mardoqueo que no doblará la rodilla delante de tí.

—Tranquilizáos, Marta, respondí riendo; no tengo a la puerta una horca de cincuenta codos de altura, ni pretendo ahorcar a nadie.

Jenny abrió la Biblia i nos leyó el tercer capítulo de Daniel, lo que llenó de contento a la cuácara, no agradó ménos a Zambo, i a mí me hizo reflexionar sériamente en la bondad de Dios para conmigo. La noche estaba mui avanzada cuando nos separamos despues de un dia tan bien ocupado. Me eché a la cama cansado, un poco adolorido, pero contento de mí mismo; i pasé toda la noche soñando con serenatas, carteles, vivas i discursos.

CAPITULO VIII.

TRUTH, HUMBUG I CA.

Apénas desperté corrí a la ventana, deseoso de gozar de mi celebridad naciente, i de contemplar otra vez mi nombre proclamado por encima de los tejados. El cartel estaba en su sitio; todos los transeuntes fijaban en él las miradas, pero, ¡oh vanidad de las glorias humanas! hé aquí lo que decia:

LLEGADA DEL PERSIA.

GRANDES NOTICIAS DE EUROPA.

Lóndres. Consol. 92 ¾.

LIVERPOOL.

Algodones, alza de 20 por ciento. Puerco salado (Cleveland), demanda de 4,000 barricas a 14 dollars.

A LOS AGRICULTORES, OCASION UNICA!!!

CUATRO HERMOSOS ASNOS DE ITALIA, PADRES ESCOJIDOS.

Ocurran a los SS. Ginocchío hermanos, 70, William street.

¡ Pueblo de mercaderes ! esclamé amenazando con el puño a los transeuntes, raza grosera que traes confundidos i al mismo paso los negocios, los sentimientos, el algodon i las ideas ; doi gracias a Dios de no pertenecerte. ¡ Viva el pais del ideal, viva la Francia, a quien se arrebata con una palabra sonora, la Francia que, ¡ loado sea Dios ! no piensa nunca en sus intereses, sino cuando es demasiado tarde ! Nuestra locura vale mas que la cordura de estos Yankees ; nuestra pobreza es mas noble que su riqueza. Cuatro asnos de Italia, i el precio del puerco : ¡ hé ahí las grandes noticias de Europa para estos colonos ignorantes ! I ni una palabra de la Francia, de las últimas modas, del baile de la corte, de la última novela, del último vodeville ! Pálidos vándalos, no tengo por vosotros mas que desprecio.

Sin perjuicio de dar rienda suelta a mi justa cólera, no quise dejar de dar las gracias al diarista que la víspera habia hablado de mí. Quienquiera que fuese el tal folletista, no me convenia deberle nada, y honrándole con mi visita, quedábamos a mano.

Entré en una casa de poca apariencia, que por toda muestra tenia una placa de bronce, clavada en la pared, i en la que se leia: PARIS-TELEGRAPHE. ***Truth, Humbug i Ca., propietarios-directores.*** Encontré una puerta de sarga verde, la empujé i me hallé en presencia de un hombrecito vestido de negro i abotonado hasta el cuello: era Mr. Truth. Sentado junto a un bufete de caoba, tenia en la mano unas enormes tijeras, cortaba largas tiras de papel en un diario ingles, i las echaba en una especie de buzon que comunicaba con la imprenta. Era este un sistema de redaccion a poco costo.

— ¿Qué se os ofrece, señor? preguntó sin levantar la cabeza, ni suspender su trabajo.

—Señor, le dije con voz grave i firme, soi el doctor Daniel Smith, bombero de la séptima compañía, el mismo a quien habeis tenido la bondad de elojiar en vuestro diario de ayer tarde.

—Norabuena, dijo el diarista sin dejar de cortar sus tiras. ¿Qué se os ofrece?

—Daros las gracias, señor; pagar una deuda de gratitud.

Me miró con aire de sorpresa:

—Nada me debeis, doctor. Publicando vuestra buena accion, he desempeñado mi oficio; i vos me habeis valido ayer mas de doscientos dollars. Así pues, nada me debeis.

Con lo cual siguió su trabajo, sin decirme siquiera que me sentase.

—Señor Truth, le dije en tono seco i digno, no quiero averiguar los motivos de vuestro proceder de ayer; me basta saber que me habeis hecho un servicio, de que os soi i seré siempre deudor.

Iba a salir cuando él levantó la cabeza i fijó en mí unos grandes ojos negros, cuya espresion dolorosa me hizo impresion.

—Doctor, dijo con voz jadeante, si os empeñais deci-

didamente en pagarme una deuda imajinaria, aquí teneis la ocasion de conseguirlo. Decidme con toda sinceridad cuál es la enfermedad de que padezco, i cuánto tiempo me queda de vida.

Se levantó, se aplicó la mano al corazon i se detuvo súbitamente; le oprimia un asma violenta. Le tomé el pulso, escuché su respiracion, le ausculté; habia síntomas que no dejaban lugar a engaño.

—Doctor, me dijo Truth, os exijo la verdad. Cuando, como yo, tiene uno costumbre de decírsela a todos, tiene tambien valor para oirla a su propio respecto. Necesito saber a qué atenerme.

—Teneis, le respondí, una enfermedad al corazon, que está lejos de ser incurable. Unos cigarrillos de estramonio bastarán para aliviaros. Pero, si quereis sanar, necesitais un aire puro, una vida sosegada, reposo para el alma i el cuerpo, cosas todas que no se encuentran en la oficina de un diario.

—Gracias, doctor, me dijo; vuestro parecer es el mismo que me daba mi médico esta mañana. Es preciso renunciar a las fatigas de mi profesion; así sea, lo ántes posible es lo mejor. Un Yankee no mira nunca hácia atras. Doctor, compradme mi diario; os vendo mi parte en veinte mil dollars, que podeis ganar en seis meses. ¿Queda convenido?

—Cáspita! esclamé, andais mui de prisa! Yo diarista! es un honor en que jamas he pensado.

—Pensad en él. Para un hombre de bien, es el primero de los estados. ¿Hai nada mas hermoso que guiar a sus hermanos por el camino de la justicia i la verdad?

El papel de diarista es uno de aquellos que de léjos apénas se estiman, pero que de cerca todos quieren ensayar, no sé por qué. Los diaristas son de la misma familia que los comediantes; se les desprecia i se les envidia. El roce con estos bohemios, que no carecen de injénio, lo hace a uno

ménos vulgar. No hai hermosa dama que no guste de acercarse a las grandes coquetas; no hai hombre de estado que, en llegando cierta hora, no adule a los folletistas, si es que no se alista modestamente entre los escritorzuelos de diarios. A pesar mio la proposicion de Mr. Truth halagaba mi vanidad; me sonreia la idea de dirijir la opinion. Un hombre como yo tiene tantas cosas que enseñar a esa masa ignorante i estúpida que se llama el público. Solo el sentimiento de mi dignidad pudo retraerme de ceder a semejante locura.

—Dirijir un diario, dije a mi enfermo, es cosa demasiado difícil para quien no ha nacido en esa industria.

—Al contrario, nada es mas sencillo. Venid a sentaros junto a mí, i en dos horas conoceréis la clave del oficio. En realidad, todo se reduce a una sola regla de conducta: decir la verdad, nada mas que la verdad, toda la verdad.

Triunfó la curiosidad. Me dejé caer en un gran sillon de cuero amarillo, me puse el baston entre las piernas i apoyé en su puño mi brazo enfermo; así instalado, abrí una caja de rapé que se habia quedado sobre la mesa, i mirando a Mr. Truth:

—Mi querido Arístides, le dije, vuestra divisa es buena; pero, hablando entre nosotros, ¿no os parece demasiado buena? En punto a periodismo, creia que la mentira era la regla, i la verdad la escepcion.

—¿Dónde habeis aprendido tal cosa, doctor maquiavélico? Quizá en la vieja Europa? En España, en Rusia, en Turquía, en dondequiera que la prensa es un monopolio ejercido por el gobierno, los pobres diaristas tienen permiso para no decir nada en seis dias, con la condicion de mentir oficialmente el séptimo; pero en un pais de libertad, allí donde cada cual puede pensar lo que quiera e imprimir lo que piensa, ¿de qué serviria mentir? La verdad es nuestra mercadería, es lo que nos compra el público. Mentir es perder nuestro crédito i arruinarnos vergonzosamen-

te. Podemos tener todos los vicios, escepto uno solo. Ahí teneis el *Times* ingles: es inconstante, injurioso, violento; pero embustero, jamas! Sorprendido en flagrante delito de mentira, su propietario perderia una renta de cien mil dollars. Nadie es vicioso a tamaña costa, sino que es verídico por cálculo i virtuoso por interes.

No me fascinaba esta virtud americana; i andaba buscando una respuesta, cuando divisé un hocico de garduña que se introducia por la puerta. Era mi honorable compañero de armas i vecino, el *sollicitor* Fox, que se acercó deslizándose por el piso i nos tomó la mano afectuosamente.

—Buenos dias, querido Truth, dijo al diarista con la sonrisa en los labios. Vengo de parte de Mr. Little, el banquero, a hablar con vos de un asunto importante. El diario puede ganar unos dos mil dollars, dos mil dollars, repitió acentuando cada sílaba.

—Norabuena, respondió el diarista con frialdad; eso concierne a mi asociado.

Llamó, i se abrió una puertecita, por la cual salió, no sin trabajo, un hombre gordo, a quien su enorme cuerpo, su cabeza calva, sus grandes orejas i sus dientes delanteros daban el aspecto de un elefante vestido.

—Buenos dias, doctor Smith, gritó echándose a reir, buenos dias; os estoi conociendo por vuestro brazo en cabestrillo. ¿Qué decis, querido Cincinato, de mi cartelon de ayer? No valia tanto como el de hoi? Truth, están vendidos los cuatro asnos, i Ginocchio nos escribe que mandemos guardar el anuncio. Buenos dias, Fox; como sois tan delgado, os tomaba por la sombra del doctor. Vosotros los *sollicitors* teneis la conciencia tan delicada, que os enflaquecen los escrúpulos. ¿Qué nos traeis de bueno?

—Hé aquí de lo que se trata, dijo Fox, bien poco complacido con los cumplimientos de Mr. Humbug. La casa Little hace un pequeño empréstito mejicano; diez millones de dollars para principiar. Las acciones son de doscientos

dollars cada una, emitidas a ciento sesenta, i reembolsables a la par por sorteo anual. Diez por ciento de interes, veinte por ciento de utilidad sobre el capital, ¡ es un bonito negocio!

—Para Little, dijo Humbug riendo. I quereis poner avisos: ***Mundus vult decipi, ergo decipiatur*** (1). Perded cuidado, Fox, que os harémos un buen lugarcito en el diario. Entre los ungüentos de Holloway i las píldoras de Morrison estará a las mil maravillas vuestro empréstito mejicano.

—Venia para tratar con vos del precio, dijo Fox.

—¿Que no sabeis la tarifa de los avisos? Un centavo por palabra, un dollar por cien palabras; en aquella selva comun, se engatusa a precio fijo, como bien sabeis.

—Dispensad, querido Humbug, replicó Fox guiñando un ojo, pero me habeis entendido mal. Cuando hablaba de precio, no me referia a la tarifa. Little querria que el proyecto de esta suscripcion útil i patriótica se insertase en el cuerpo del diario, para que no apareciese como un aviso. Pagarémos lo que se nos pida. ¿Me comprendeis?

—Temo que sí, seor raposo, respondió el hombre gordo sin cesar de reir. Pero como dice el viejo Plauto:

Stultitia est venatum ducere invitos canes (2).

—Os habeis dormido, amigo Fox. En este lado del mar no se coje a los bobos en una trampa tan grosera; eso solo sirve para los inocentes del otro mundo; por lo demas, desde que ya no se trata de avisos, entendéos con mi socio. —¿Habeis comprendido, mi querido amigo, lo que se quiere de nosotros?

—Perfectamente, respondió Truth reprimiendo la voz.

---

(1) Pues que el mundo quiere ser engañado, engañémosle.

(2) Es una necedad querer llevar a los perros a que cacen a pesar suyo.

Mr. Little necesita de mi honor para colocar su empréstito, i me manda preguntar por cuanto me vendo.

—Mi querido Truth, tomais por mal lado las cosas, dijo Fox en tono lisonjero: sois mas puritano que los peregrinos de Plymouth. Nada os pedimos que no nos hayan prometido otros diarios: *el Lince, el Sol, la Tribuna* recomendarán nuestro empréstito, a lo que espero; pues estamos en trato.

—Puesto que contais con esos diarios, repuso Truth, ¿a qué venir aquí? Para qué me necesitais?

—Por una razon mui sencilla, mi excelente amigo, dijo Fox con voz melosa. En la Bolsa casi no tienen confianza mas que en el *Paris-Telegraphe*, i es mui natural que tratemos de ponerlo de nuestra parte. Para ello harémos toda especie de sacrificios.

—Señor Fox, esclamó el diarista pálido de emocion, ahí teneis la puerta.

—A vuestra disposicion, señor Truth, dijo el procurador desapareciendo.

—Yo no estoi a la vuestra, respondió mi cliente. Mañana sabré lo que es ese empréstito, i lo diré.

—Señor mio, le dije con la autoridad de mi profesion; a este paso os empeoraréis de salud, no desengañaréis a nadie i os haréis de enemigos mortales.

—Los enemigos son nuestra gloria; como soldados que somos, nuestro puesto está en medio del fuego.

Así diciendo, se tomó el pecho con las dos manos i se dejó caer en su sillon.

—Doctor, esclamó Humbug, socorredle; mirad cómo se ahoga. ¡Es posible acarrearse semejantes emociones por esta canalla humana! Truth, perro egoista, de intento os estais matando para arruinarme, a mí que soi vuestro antiguo amigo. Vaya! miradme.

Truth le alargó la mano sonriendo tristemete. A pesar mio, esperimenté cierta compasion hácia aquel pobre bohe-

mio que sacrificaba su vida al mas quimérico i al mas deplorable de los oficios.

CAPITULO IX.

EN QUE SE DA A LA VERDAD SU MERECIDO.

Cuando hubo pasado la crísis i pudo el enfermo volver a respirar, Humbug se apoyó de codos en la mesa, i con una voz que intentó hacer alegre, sin conseguirlo:

—Mi querido Truth, dijo, no resistais por mas tiempo a vuestra verdadera vocacion; hacéos pastor de almas. Los vicios son de buena pasta, i se dejan maltratar sin decir palabra. Todos los domingos se les vapula vigorosamente en las espaldas del prójimo, i en seguida se almuerza en paz i se come lo mismo. Ellos no son como estos bípedos, que se creen hombres porque andan en dos patas, lobos con sombrero redondo, zorros con anteojos, monos con corbata, gansos con frac negro, a quienes no debemos acercarnos sino para reir de su crueldad, de su avaricia, de su cobardía i de su estupidez. Quien los toma por lo sério, muere con el corazon hecho pedazos.

—Hé aquí a mi sucesor, dijo Truth tomándome la mano; el doctor, mi querido Humbug, será para vos un buen socio.

—El doctor, repuso Humbug, eso es imposible; si tiene cara de corzo.

—¿Cuál es entónces, esclamé, la especie de animales que suministra los diaristas?

—Para hacer un buen diarista, dijo Humbug con una gravedad cómica, es menester la cara de un perro, el olfato de un perro, la impudencia de un perro, el valor de un perro i la fidelidad de un perro. La cara de un perro para intimidar a los bribones, el olfato de un perro para

husmearlos desde léjos, la impudencia de un perro para ladrar tras ellos a pesar de sus jestos i de sus amenazas, el valor de un perro para saltarles al cuello, la fidelidad de un perro para partir, detenerse i volver al primer llamado de la verdad.

—Señor director de los avisos, dije con impaciencia, no sospechaba que tuviéseis por la verdad una pasion tan viva i tan desinteresada.

—¿I por qué, sabio Esculapio? repuso en tono chocarrero. ¿Creeis que yo no sé que dos i dos son cuatro? Qué es lo que da valor a los avisos? El número de los lectores. ¿Qué es lo que trae los lectores? La opinion. ¿Es acaso engañando a la opinion como se la conquista? La verdad es el cuerpo del diario; los avisos no son mas que la crinolina, ridículo vestido, obra de la mentira i de la vanidad. ***Desinit in piscem mulier formosa superne.*** ¿Quién tiene la culpa? El injenio i el buen gusto del público.

—Señor, le dije dando vueltas entre mis manos a la caja de rapé para apoyar mis palabras, toda verdad no es buena para dicha. Las hai que turban i trastornan la sociedad.

—Sí, querido doctor; la verdad es revolucionaria.

—En fin, esclamé, lo confesais.

—Sin duda. Ahí teneis la Reforma: ¿a qué precio ha emancipado la conciencia?

—Precisamente, dije golpeando con el baston; precisamente!

—I el Evanjelio, repuso Humbug. Qué subversion. Destruida una civilizacion, destronado Júpiter, despreciados i derribados los Césares. ¡Qué fortuna habria sido que se hubiera sufocado en su oríjen aquella verdad que mataba un mundo i alumbraba otro nuevo! I bien, nada decis, querido Hipócrates. ¿I la Revolucion francesa?

—Señor, esclamé, no toqueмos las cosas sagradas. Fué

la resistencia de los privilejiados la que produjo todo el mal. Confesad por fin que hai verdades que espantan....

—Sí, como la luz espanta a los ladrones.

—Las hai que son odiosas a quienes las escuchan.

—Sí, cuando se turba la embriaguez, o se despierta el remordimiento.

—Las hai que son peligrosas para quienes las dicen.

—Sí, cuando se tiene un corazon de esclavo o de lacayo.

Volví la espalda a aquel sofista imprudente, que no temia atacar sábias preocupaciones i sacudir la almohada en que hace dos mil años duerme el mundo en paz; me dirijí a Truth, que seguia cortando tiras de papel i no parecia escucharnos.

—¿En qué estais pensando, querido enfermo? le dije; ¿quizá os molesta nuestra conversacion?

—Doctor, respondió sonriendo, dispensad la impertinencia de mi fantasía; estaba pensando en Pilatos. Oia a aquel grave administrador que decia a Cristo: *Qué es la verdad*? i salia sin aguardar la respuesta. En tiempo de Tiberio César, habriais hecho vos un excelente gobernador de Judea.

—Cómo! añadió animándose, ¿no sentis que para nosotros los hombres, la verdad es la vida, i la mentira es la muerte? Buscad en torno de vos paises prósperos, ilustrados, honrados, caritativos: ¿no son aquellos en que cada cual tiene derecho de decir la verdad, toda la verdad, sin escepcion de personas, sin respeto a las preocupaciones, a los privilejios i a los abusos? Buscad los paises miserables, ignorantes, sin moralidad: ¿no son aquellos en que bajo todas las formas reina la mentira oficial? Contemplad la grandeza de la Inglaterra, el acrecentamiento de la América, la fortuna naciente de la Australia. ¿Qué fuerza, en ochenta años, ha hecho subir a nuestros Estados-Unidos de tres millones a treinta i un millones de hombres? La verdad, no os engañeis. Dejad a los políticos levantar sis-

temas i combinar formas de gobierno; ved cuáles son las instituciones vivientes de los pueblos libres. Escuelas, asociaciones, tribuna, prensa, ¿qué son sino otros tantos instrumentos para propagar la verdad i atraer a ella todos los corazones? Contando los diarios de un pueblo, conoceréis su lugar en la escala de la civilizacion; es este un termómetro que jamas engaña. Por qué? Porque la verdad no es, con otro nombre, mas que la lei que gobierna el mundo moral; porque hai relaciones naturales entre los hombres, como las hai entre las cosas. Reconocer i respetar estas relaciones, es reconocer i respetar la verdad, o por mejor decir, a Dios mismo presente en el mundo por su omnipotente voluntad.

—Mi querido señor Truth, respondí un poco conmovido con aquel flujo de palabras, Humbug tiene razon, habeis nacido para predicar. Pero la esperiencia me ha enseñado de tiempo atras, que la práctica es lo contrario de la teoría. ¡Cuántas verdades admirables de léjos, i que se evaporan al tocarlas! Todos los dias oigo repetir que los hombres son hermanos, que la mujer es igual al hombre, que los gobiernos se han hecho para los pueblos.....

—¿Dudais de ello? dijo Truth.

—Nó, no dudo *teóricamente*; pero, si intentais poner en práctica esas bellas máximas, ¿a dónde iréis a parar?

—Al reinado del Evanjelio, respondió el diarista con singular gravedad. Si teneis un ideal mas noble, decidlo; si no teneis nada que poner en lugar de él, no hagais el triste papel de Mefistófeles. La humanidad necesita creer i esperar.

—Venid acá, amable doctor, que no creeis en la teoría, esclamó Humbug con una risa impertinente; cuando hablais, ¿sabeis lo que decis? cuando dais un remedio a vuestros enfermos, ¿sabeis lo que haceis?... No hai que enojarse; si lo sabeis, empleais a pesar de todo la teoría; si no lo sabeis, ¿qué razon teneis para estar tan ufano de no razonar?

Me arrellané en mi poltrona, crucé las piernas i los brazos, i mirando de frente a Humbug:

—Señor, le dije, escuchadme sériamente, si sois capaz de algo sério. En teoría, lo repito, me gusta la verdad, me gusta tanto como puede gustaros a vos mismo; pero la prensa no es la verdad. Hai en ella una mezcolanza de pasiones, de injurias, de mentiras que repugna a un corazon delicado. La libertad salvaje que reina en este pais, no es de mi gusto; mucho tiempo he reflexionado sobre la materia, i si os dignais comprenderme, os diré de qué manera se puede organizar la prensa, administrar cuerdamente la verdad, abolir la licencia del mal i no dejar mas que la libertad del bien.

—Quitad a los perros que ladren, esclamó Humbug echándose a reir, i habréis descubierto la cuadratura del círculo.

—Supongo, continué sin responder a esa necia chanza, supongo un gobierno ilustrado, moral, paternal, que solo piense en el bien de sus súbditos.

—Doctor, eso es teoría!

—Nó, señor, eso es observacion. En este gobierno hai ministros intelijentes....

—Comprendo, dijo el intolerable zumbon, ministros ilustrados, morales, paternales, que solo piensen en el bien de sus administrados.

—Sí, señor, i estos ministros tienen bajo sus órdenes millares de ajentes....

—Todos ilustrados, morales, paternales, etc., en una palabra, una lejion de ánjeles con casaca negra.

—Por Dios, Humbug, callad, esclamó Truth. Dejadle concluir su cuento de hadas, que me parece estar oyendo a un frances, que se imajina razonar porque ensarta paradojas i enhebra palabras unas tras otras.

—Señor Truth, respondí secamente, escuchad a la razon i la esperiencia, que son las que hablan por mi boca. En

manos de este sabio gobierno, que sabe todo, que vé todo, que oye todo, que no tiene preocupaciones ni pasiones; en sus manos, digo, es donde pongo el depósito de la verdad, no porque quiera concederle el monopolio de ella, pues soi amigo de la libertad, pero reglada, pero limitada, pero moralizada! Reduciré pues el número de los impresores, de modo que la tipografía llegue a ser una censura prudente i discreta, un sacerdocio conservador; en seguida limitaré el número de los diarios, de modo que se constituya un pequeño número de tribunas, verdaderas cátedras en que no tendrán la palabra mas que la decencia i la moderacion. Habrá diaristas como hai sacerdotes, es decir ministros de la verdad, que recibirán del gobierno su carácter i su símbolo. Si a pesar de la cuerda direccion del Estado, algun insolente gacetero, olvidando la importancia de sus deberes, faltare al respeto que debe a la autoridad, personificacion de la verdad i de la justicia, entónces no recurriré al jurado, que es torpe de manos i deja escurrírsele por entre los dedos mas de una inocencia dudosa; a la administracion, siempre paternal i protectora, es a la que reservaré la santa mision de afrentar la mentira, i en caso necesario, de detenerla aun ántes de nacer. La administracion, siempre prudente, ilustrada, desinteresada, i que sabe mejor que nadie lo que le conviene o lo que le daña, la administracion es la que castigará la audacia i la ignorancia; ella sufocará la oposicion naciente como Hércules sufocaba en la cuna las serpientes. Merced a esta hijiene injeniosa, los diarios serán un alimento inocente, un remedio en vez de un veneno; la prensa en manos del poder será una antorcha; ya no habrá que temer el incendio. Se contemporizará con las preocupaciones útiles, con los errores saludables, proporcionando la verdad con la necesidad del Estado, con las fuerzas de las poblaciones; i si aparece en el estranjero alguna doctrina nueva, se aguardará a que haya hecho la felicidad del pais de su oríjen, ántes de perturbar inútilmen-

te almas tranquilas i que no aspiran sino al sosiego. Tal es mi teoría: ¿qué os parece, señor Humbug?

—*D....d rascal!* esclamó descargándome en el hombro un puñetazo capaz de descornar un buei. ¡Qué feliz es una persona de injenio! siempre tiene alguna necedad que decir! Con su aire solemne, este socarron ha estado a punto de embobar a un yankee viejo como yo.

—Señor Humbug, le dije frotándome el hombro, argumentos tan groseros no son de mi agrado. Aporrear no es responder!

—Ahogar tampoco! gritó el diarista riendo. ¡Continuad, doctor, que no sabeis todo lo ameno que sois! *Verba placent et vox* (1). Pero, adios; ya es hora de compajinar el diario; el tiempo es dinero; ¡ i vos me arruinais!

Cuando estuve solo con Mr. Truth, le pregunté si no le impresionaba como a mí lo que habia de profundo en el sistema que le esponia; si podia poner en parangon la turbulencia i el desórden de la prensa americana con aquel mecanismo ajustado, que en poco tiempo debia poner a raya al pueblo mas exaltado del orbe, comunicándole el hábito de la moderacion i la aficion a una inocente libertad.

—Doctor, dijo con blandura, creo como Humbug, que os estais riendo de nuestra sencillez. Esa doctrina que nos dais por una invencion nueva, hace mucho tiempo que la conozco. Es el dogma de la inquisicion: la verdad convertida en cosa oficial, *instrumentum regni*, i monopolizada por la Iglesia i el Estado. Hace tres siglos que Lutero disipó esas peligrosas quimeras i repuso a cada cristiano en la posesion de su conciencia i de su derecho. En los primeros dias del mundo, la verdad salió de la caja de Pandora, con tantos otros bienes, que tambien son males en

---

(1) Me agrada vuestro lenguaje i vuestra voz.

torpes manos; el buscar la verdad, es tarea propia de todos, pero a nadie corresponde el apoderarse de ella. No os pagueis de palabras. Gobierno, ministros, funcionarios, ¿qué es todo eso, sino hombres que no son mas infalibles ni mas entendidos que nosotros? Convertirlos en dispensadores de la verdad, es estar soñando; la verdad es de todos, como el aire i la luz; lo único posible es sufocarla, es impedir a los hombres, no que piensen, sino que hablen. ¿Quién ganará con tan detestable invencion? La autoridad? Será su primera víctima. Incesantemente se verá engañada, pues bastará un puñado de intrigantes para seducir al majistrado de mas probidad i comprometerle en las mas locas aventuras. I por otra parte, ¿no estais viendo que dais a vuestro gobierno pleno poder para obrar mal, con tal que le acontezca razonar mal? ¿Ganarán los ciudadanos con la invencion? Desde el momento en que la cosa pública deja de ser para ellos cosa propia, les quitais lo mas noble, lo mas hermoso, lo mas grande que hai en la vida: el amor a la patria, la pasion por la libertad. Si suprimimos la ajitacion de la tribuna i de los diarios, la sociedad se vuelve una agua estancada, de donde sale la corrupcion i la muerte. ¿Asegureréis, a lo ménos, la prosperidad material, único anzuelo que muerde el vulgo? Todo lo contrario: la riqueza es fruto de la libertad. No hai seguridad, crédito, comercio, ni industria, sino en los paises en que pululan esos diarios cuya voz os importuna. El silencio es el triunfo de los necios, la noche no es el reinado de los hombres de bien; dejadnos la luz, el ruido i la vida. Recordad que en Roma se gritaba tambien contra la locuacidad de los tribunos; que Sila los hizo callar cierto dia, con gran contento de la jente de injenio, i que desde entónces principió una decadencia de que ni el mismo cristianismo pudo rehabilitar al universo.

—Dispensad, respondí asombrado del sesgo que toma-

ba la discusion, yo no pretendo haber encontrado en política la piedra filosofal. Todo sistema tiene sus abusos, i el asunto se reduce a una cuestion de proporcion. Confesad que el lenguaje de vuestros diarios es espantoso, i que no hai peor mal que su desenfrenada licencia.

—Doctor, ya sabeis lo que dice el Evanjelio: ***Por sus frutos los conoceréis.*** Señaladme un pais en que haya mas luces, mas caridad, mas prosperidad material que en América.

—Yo no veo mas que escándalo por dondequiera, respondí. Los cimientos mismos de la sociedad se desmoronan en medio de esta arena movediza que llamais democracia. ¿Qué es lo que respetais? Será la relijion? Pues bien! falte un pastor a su deber, tenga una conducta lijera, i al punto veinte diaristas se pondrán a reir, como el indigno hijo de Noé, en vez de ocultar a todas las miradas una flaqueza cuya vergüenza recae sobre la Iglesia.

—La vergüenza, dijo Truth, es para la Iglesia que apadrina la causa del culpable, no para la Iglesia que desecha léjos de sí un miembro gangrenado.

—¿Teneis por acaso mas miramientos con la justicia? Ayer mismo, vuestro diario atacaba con una aspereza cínica a un juez que, en un momento de mal humor, habia maltratado a no sé qué bribon. Si el juez no es infalible, ¿cómo quereis que se le respete?

—La justicia, dijo Truth, se ha hecho para el acusado, i no el acusado para la justicia.

—Salga un subalterno, continué, de sus atribuciones, olvide por casualidad la lei, arreste atolondradamente a un inocente, i al punto diez diarios ahullarán contra la tiranía, como perros que ladran a la luna; harán arder el pais por causa del mas ínfimo miserable, qué sé yo? por un mendigo, o un ladron, puesto en la cárcel sin observar las formas establecidas.

—I con mucha razon, dijo Truth; pues la libertad del

mas ínfimo miserable es negocio de todos. Desde que se violan las formas legales, desde que se atenta injustamente contra un ciudadano, todos están amenazados. Quien no lo siente así, no sabe lo que es la libertad.

—¿Por ventura no es necesario a veces cubrir con un velo la estátua de la lei i salvar el pais a despecho de una falsa legalidad?

—Doctor, Pilatos es vuestro flaco. Tampoco se detuvo él en una falsa legalidad, i prefirió condenar a un inocente ántes que arriesgar su empleo. Era un hombre hábil, a quien no sé por qué se ha tratado con tanta severidad.

—A dónde llegaréis así? continué mas i mas irritado con la frialdad de Truth. Diez o quince diarios serán los dueños de la opinion i de la república.

—Quince diarios! dijo Truth pasmado; ¿qué estais diciendo? Si tenemos trescientos, i es poco para un millon seiscientas mil almas. Boston tiene ciento para ménos de doscientos mil habitantes; bien es verdad que en Boston, la ciudad puritana, se entiende la libertad i la civilizacion de otra manera que en Paris.

—Trescientos diarios! esclamé sorprendido de aquella cifra formidable. ¿Quién gobierna i dirije entónces la opinion? Un quidam puede, sin mision para ello, constituirse en profeta i en lejislador; cualquier soñador puede decir lo que quiere e imponer sus opiniones a la multitud. ¡Qué atroz despotismo!

—Amigo mio, dijo Truth bajando la voz para traerme a un diapason ménos bullicioso, no volvais a vuestras chanzas, que si entretienen a Humbug, a mí me enferman. Allí donde todos pueden hablar, no hai *mision,* ni *profeta,* ni *quidam;* hai un derecho que pertenece a cada ciudadano, i de que cada ciudadano usa en interes de sí propio, o en interes de la comunidad. ¿Quién se ha imajinado jamás dirijir i gobernar la opinion en un pueblo libre? ¿Hai un yankee que no se forme por sí mismo su regla de conducta

i que no se escoja con conocimiento de causa su partido i su bandera? La prensa es un eco que repite las ideas de todo el mundo, i nada mas. Esos innumerables diarios no tienen mas que un objeto: acumular los hechos, los datos, las ideas, multiplicar i difundir la luz! Miéntras mas sean los diarios, mejor puede cada ciudadano leer, reflexionar, juzgar por sí mismo. Poner la verdad al alcance de todos, tal es nuestra ambicion; ese pretendido despotismo de los diarios no existe mas que en vuestra fantasía. Cuando mas, seria posible donde un gobierno mal aconsejado, haciendo del periodismo un monopolio contra sí propio, no tolerase mas que diez o quince diarios, i de este modo obligase a coligarse en su contra a los partidos, que por su naturaleza tienden a dispersarse. Pero en América, donde hai ochocientos o novecientos diarios, donde aparecen nuevos todos los dias, el número de los tiranos ha muerto la tiranía.

—Vaya en gracia! es un réjimen que no previó Aristóteles: una democracia de papel. En este dichoso pais, todo es gobierno, escepto el gobierno mismo. Vosotros los diaristas (i aquí es diarista todo el mundo) sois mas que la Iglesia, mas que la justicia, mas que el Estado! ¿Quiénes sois pues?

—La respuesta es mui fácil, dijo Truth; somos la sociedad.

—Pero si la sociedad, si el pueblo gobierna, ¿quién será entónces gobernado?

—Doctor, respondió el diarista sonriendo, cuando os dirijis por la calle, ¿quién es entónces dirijido? Habeis de necesitar andadores, por amor a una palabra? Cuando gobernais vuestras pasiones (lo que no pasa siempre), ¿quién es entónces gobernado? Para los pueblos como para los individuos, hai una edad madura. Compadezco a la China, que envejece en una infancia eterna; pero nosotros cristianos, nosotros ciudadanos de un gran pais no somos

un pueblo de idiotas e incapaces, i hace mucho tiempo que salimos de la tutela i que administramos nuestros negocios por nosotros mismos. ¿Qué significa esa soberanía del pueblo que ostentamos de setenta años acá a la cabeza de nuestras constituciones, sino una declaracion de mayor edad?

—Las comparaciones no prueban nada, repliqué secamente; lo que es cierto respecto de un individuo, no lo es respecto de una nacion.

—Siempre palabras, doctor. Una nacion es un agregado de individuos. Lo que es cierto respecto de diez, de veinte, de mil personas, es tambien cierto respecto de un millon. ¿En qué cifra empieza entónces la incapacidad?

—Nó, dije, no es cierto que una nacion sea un simple agregado de individuos, sino una cosa mui distinta.

—¿Es decir que el total de una adicion no es lo mismo que la suma de todas las unidades?

—Error! esclamé fatigado de discutir con un hombre de cortos alcances. Hai ahí una diferencia que salta a la vista. ¿Cuál es la palabra májica que para desembarazarse de los intereses particulares, invocan todos los hombres de Estado? El interes jeneral. Cuando se quiere anular derechos i pretensiones que molestan al gobierno, ¿qué se alega? Un interes superior, el interes social. La utilidad pública es la negacion de los derechos individuales: a lo ménos, tal es en todo pais civilizado la manera de razonar i proceder. Si bastase escuchar la voz de la mayoría i mirar intereses i voluntades, quisiera que me dijéseis lo que seria la política: un oficio de lonjista, un papel al alcance del primer hombre de bien que se presentase. ¿Es posible imajinarse un César, un Richelieu, un Cromwell, un Luis XIV, escuchando la voz del labriego, o tomándoles parecer a algunos millones de jente vulgar? Qué seria de las combinaciones, de las alianzas, de las guerras, de las conquistas, de todos esos golpes brillantes, de todos esos juegos de fortuna en que

triunfan los héroes? Arrastrar una nacion a la victoria i a la gloria, imponer a la masa popular ideas que no son suyas, hacerla servir a una ambicion i a unos proyectos que en nada le atañen: hé ahí la obra del jenio! Eso es de lo que gustan los pueblos, que adoran a quienes los pisotean. Dejad al pobre vulgo entregado a sí mismo, i no hará mas que plantar coles; sus anales se escribirán en dos renglones, como la moral de los cuentos de hadas: *Vivieron largos años, fueron felices i tuvieron muchos hijos.* Con tan bello sistema, ¿qué seria la historia? I qué haríamos aprender a nuestros hijos en el curso de retórica?

Yo mismo me conocia que estaba elocuente. Truth, todo confuso, me miraba con una cara mui particular.

—Doctor, me dijo, no me gustan los sofismas; pero de todos esos juegos de injenio ningunos me son mas odiosos que las paradojas de antaño, mentiras muertas hace largo tiempo. Me producen el mismo efecto de una vieja cortesana que se ha olvidado de hacerse enterrar, i que ostenta entre la juventud disgustada sus afeites, sus cabellos postizos i sus arrugas. Washington ha enseñado al mundo lo que es un hombre de bien que gobierna a un pueblo libre; está hecha la prueba; el siglo del egoismo político ha pasado, i ya no tiene cabida mas que el desinteres. Quien no lo comprenda, quien no oiga la voz de las jeneraciones nuevas, quien no conozca que la industria, la paz i la libertad son las reinas del mundo moderno, ese no es mas que un soñador i un insensato, que no es a la gloria adonde camina, sino al ridículo.

—Basta, señor! esclamé levantándome; i a pesar mio llevé la mano a la guarnicion de mi espada ausente. Si hubiese estado con mi uniforme de cirujano de la guardia nacional, habria obligado a aquel insolente a empuñar el acero, i haciéndole morder el polvo, le habria probado sin réplica que la América no entiende nada de civilizacion i que un frances no se equivoca jamás.

CAPITULO X.

LA COCINA INFERNAL.

Sorprendido Truth de mi exaltacion e impetuosidad, me dirijia miradas inquietas, cuando entró Humbug trayendo un rimero de pruebas que puso sobre el bufete.

—Alerta! gritó con su ronca voz, que empieza la faena. *Nunc animis opus, Æenea, nunc pectore firmo* (1). Ayudadme, doctor, con vuestro brazo derecho, que teneis libre; tomad un papel, preparad el cartelon.

—Escribid: *Derrota de las tropas federales.* Con esto se llena toda nuestra primera pájina. I tiró una prueba por el buzon.

—Derrota! dije; ¿vais a anunciar al pais que le han batido? Decid: *Retirada estratéjica, hábil combinacion;* porque de otra manera vuestra imprudencia va a sembrar por todas partes inquietud i espanto.

—Sois incorrejible, doctor, repuso Truth; os lo repito otra vez, el pais tiene derecho a toda la verdad. ¿Creeis que un contraste abate a los yankees, i que se dejan llevar de la fortuna, como si fuesen unos niños? Una victoria nos encontraria indiferentes; una derrota nos importará un acrecentamiento de enerjía, soldados i dinero.—Cuántos muertos?

—Muertos, 3,000, dijo Humbug; heridos, 6,000; ausentes, 2,400.

—Escribid las cifras, repuso Truth; doctor, no dejeis de ponerlas en el cartel. Ahora, ¿qué ha hecho el Congreso?

—En el Senado, dijo Humbug, una larga discusion so-

(1) Ahora, Enéas, es cuando conviene la enerjía i un corazon resuelto.

bre la esclavitud. Mr. Sumner ha hecho abolir la servidumbre en el distrito federal de Colombia. Eso es algo. Escribid, doctor: ***Admirable discurso del elocuente orador del Massachusetts.*** Ya tenemos lleno el diario; vamos al suplemento.

—Cámara de los representantes, nada de interes; tres llamadas al órden i tiempo perdido en disputas con el presidente.

—Es de estilo, dijo Truth; pasemos adelante. Aquí está el artículo político; escribid, doctor: ***Vuelta a la Lei i a la Libertad; restablecimiento del Habeas corpus.***

—Cómo! dije pasmado, en el momento de una derrota, cuando es preciso concentrar todos los poderes i gobernar *manu militari*, es cuando restableceis la libertad civil con todos sus peligros! Sabed por esperiencia que este es el instante de suspender todos los derechos. Nada tranquiliza tanto a un pueblo como el saberse todo entero en manos del poder. A la verdad, no entendeis palabra de política.

—El despotismo no es la fuerza, respondió Truth; miéntras mas libre es un pueblo, es mas blando i obediente i se resigna mejor a los sacrificios. Si quereis que os sostenga, confiad en él. Sigamos: ***Robos de la marina denunciados a la nacion.*** Escribid, doctor, i rayad por debajo, para que estas palabras se pongan de relieve en el cuadro.

—Es demasiada osadía, esclamé. Acordáos de los intereses que lastimais, de las quejas que vais a suscitar.

—Quéjense en buena hora los ladrones, dijo Truth, que yo los aguardo; tengo pruebas!

—¿I quién os ha suministrado esas pruebas?

—En donde quiera que hai una tribuna, no falta alguno que hable. En un pueblo a quien se impone silencio, los ladrones se mueven, los robados se callan; en un pueblo en que todo ciudadano es un miembro activo de la na-

cion i tiene derecho para acusar en nombre del pais, los ladrones se ocultan, los robados gritan i se mueven. En Rusia, veinte millones destinados a la policía no impedirán que se roben millares de millones, pues se sobornará a la policía a pesar de eso; entre nosotros, que todo el mundo es policía, no se roba un centavo sin temblar. Suprimir la ratería en grande no es la menor ventaja de la libertad. Pasemos a las noticias del esterior.

—Hé aquí, dijo Humbug, las tres correspondencias de Lóndres.

—¿ Para qué tres correspondencias? pregunté sorprendido de aquel lujo inútil.

—Como hai tres partidos en Inglaterra, respondió Humbug, necesitamos tres ecos para repetir todos los rumores.

—Primera correspondencia, color del viejo Pam (1). "Guerra a la América; la justicia es buena, pero el algodon es mejor: prendamos fuego al mundo para calentar a la Inglaterra."–Segunda correspondencia, color Derby: "El viejo Pam se burla del público, llama a las armas, embolsa fortificaciones i navios corazados, hace del soldado, i no quiere mas que dos cosas: conservar la paz i su empleo. Dénnos el ministerio, que nosotros no serémos ménos patriotas, i serémos mas baratos." Tercera correspondencia, color Bright i Cobden: John Bull, amigo mio, vuestro gobierno se está burlando de vos. Os halaga la vanidad para birlaros el último chelin. Sed hombre, imitad a vuestro primo Jonathan (2), administrad por vos mismo vuestros negocios; el dia en que los pueblos dejen de buscar la asistencia de esos charlatanes ruinosos que se llaman diplomáticos i grandes políticos, vivirán como hermanos; tendrán paz i vida baratas."

---

(1) *El viejo Pam* es el nombre familiar que dan los ingleses a su primer ministro Lord Palmerston.

(2) *Jonathan* es el sobrenombre del pueblo americano, *John Bull* el del pueblo ingles.

—Es de presumir, dije a Humbug, que al dar al público estas tres correspondencias, les añadais vuestra opinion.

—De ninguna manera, respondió Humbug; Jonathan acostumbra a formarse opinion por sí propio; tiene una vista demasiado buena para servirse de nuestros anteojos.

—La puerta se abrió bruscamente: tres mujeres, jóvenes i vestidas con elegancia, se acercaron a nosotros; la de mayor edad, que no tenia veinticinco años, tomó la palabra en un tono modesto i firme a un tiempo mismo.

—Señor, dijo a Humbug, venimos diputadas por las señoras costureras de ropa de hombre, a pediros anuncieis que nos constituimos en rebelion, i que el lúnes próximo tendrémos un *meeting* para buscar el medio de desviar la opresion que nos aflije; queremos reconquistar i consolidar nuestros derechos.

—Los sastres son ricos, dijo Humbug, i ántes de reducirlos, tendréis que comeros vuestros ahorros. ¿Contais para el caso con un millon?

—Señor, dijo la mas jóven con altanería, con cien dollars de avisos estarémos a camino. Hemos de enseñar a los señores sastres i al mundo entero lo que pueden quinientas mujeres que han tomado a pechos el no ceder. La leccion será provechosa a los monopolistas i a los tiranos; hará palidecer en su trono a los déspotas del viejo continente. Hacednos solamente el favor de poner mañana en el diario el llamamiento al público que ha deliberado i redactado nuestro comité.

Así diciendo, nuestra amazona alargó al diarista un papel plegado en cuatro dobleces; Humbug leyó en alta voz aquella impertinente chanza, monumento memorable de la locura i perversidad femeninas en un pais en que las mujeres mismas créen en la libertad.

A LOS PARISIENSES DEL MASSACHUSETTS,

LAS COSTURERAS DE ROPA DE HOMBRE.

Para vindicar nuestros derechos desconocidos, para obtener justicia, nosotras las costureras de ropa de hombre de la ciudad de Paris (*Mass.*) nos declaramos en rebelion; dentro de ocho dias, habrán cedido nuestros tiranos o nosotras dejarémos de tener ocupacion. ¿ Quién quiere darnos trabajo ? que no nos gusta quedarnos con los brazos cruzados, aunque estamos resueltas a no trabajar de balde en provecho de una jente que puede pagar. ¿ Quién necesita que le echemos una mano ? Sabemos hacer sombreros, vestidos de hombre, budines, bollos i tortas ; sabemos coser, bordar, tejer, asar i cocer. Sabemos ordeñar vacas, hacer queso i mantequilla, cebar pollos i cuidar un jardin ; sabemos limpiar la cocina, barrer la sala de recibo, hacer las camas, rajar leña, encender fuego, lavar i aplanchar, i ademas adoramos a los hombrecitos. En una palabra, cada una de nosotras puede hacer una dueño de casa cumplida. Por lo que hace a nuestra intelijencia i discrecion, se puede tomar informes de nuestros antiguos patrones. Hablad pronto, caballeros. ¿ Quién quiere ojos negros, hermosa frente, cabellos rizados i ensortijados, el atractivo i la juventud de Hebe, la voz de un serafin, la sonrisa de un ánjel ? Viejos señores que teneis necesidad de una buena ama de llaves, lindos mozos que buscais una mujer hacendosa i desinteresada, hablad, que está abierto el remate. A la una, a las dos, a las tres : rematado. ¿ Quién es el dichoso mortal ?

OCURRAN AL COMITE DE LAS SEÑORAS COSTURERAS,

Calle de los Alamos, núm. 20.

—Mui bien, señoras, dijo Humbug, esta tarde aparecerá el aviso en el diario, i pondrémos en el cartel : ***Rebelion de las costureras***, para que nadie lo ignore.

Al decir esto, hizo un profundo saludo i acompañó hasta la puerta a aquellas bachilleras, con tanta urbanidad como si se tratase de un prefecto.

—¡ Es posible, esclamé, que en América tengan las mujeres derecho para hacer lo que quieren ? No es ese un desmentido dado a la esperiencia i al sentido comun ? ***Meetings*** de costureras, coaliciones de lavanderas, una

rebelion de parteras? La revolucion de fraques es odiosa, la revolucion de faldas es ridícula.

—Lo que es ridículo, respondió Truth con su ordinaria flema, es que los fraques se crean con derecho para oprimir a las faldas.

—Está bueno, respondí. Derramad en esas cabezas destornilladas la embriaguez de la libertad, i ya veréis cuáles son las primeras víctimas.

—Estais lúgrubre, doctor, dijo Truth; a la menor sacudida que reciben vuestras antiguas preocupaciones, os poneis a gritar que el mundo va a acabarse. Las mujeres, señor mio, son la mitad del jénero humano, verdad profunda que ha probado Aristóteles; pero en dos mil años nadie ha comprendido al filósofo, fuera de los americanos. Si nuestras mujeres no participan de nuestras esperanzas, ni de nuestros temores, nos harán participar de sus debilidades i sus caprichos. Necesitamos esposas, hijas i madres que amen con pasion la libertad, para que los maridos, los padres i los hijos jamas pierdan tan sagrado amor. Esas costureras que os parecen ridículas, a mí me causan admiracion, sin dejar de reirme de su aviso; me gustan las almas jenerosas que tienen fé en la justicia i que defienden su derecho. Con semejantes almas es con las que se forma un gran pueblo, i en ello estriba la superioridad de nuestro hermoso pais.

—Acabemos el diario, dijo Humbug; hé aquí el precio corriente. Algodon, lana, carbon, fierro, harina, granos, puerco, carnero, vaca, heno, cuero, azúcar, café. Nada de particular, escepto en las harinas; las *buenas marcas* se han vendido dos por ciento mas que las harinas comunes.

—Cuáles marcas? dijo Truth tomando el catálogo: Colfax, Stevens, Pennington; conviene rayar por debajo estos nombres e imprimirlos en letras gordas; no os riais, doctor, que la cosa no es insignificante. La responsabilidad individual es la fuerza i la vida de las repúblicas. Es pre-

ciso que en ellas cada cual lleve escrito en la frente lo que es i lo que ha hecho. Juntár con la probidad la reputacion i la fortuna, enlazar con la mala fé la infamia i la ruina, tal es el secreto de la moral i del gobierno; tal es el problema cuya solucion no ha encontrado ningun lejislador, i que la prensa resuelve diariamente.

—¡Buena peroracion, con motivo de un barril de harina!

—Vais a ver la aplicacion al instante, dijo Humbug; esperad: Mercado de puercos; veinte barricas averiadas, con las marcas de Thomas i de Williams. Rayar por debajo estos dos nombres de poca probidad, es arrojarlos del mercado.

—No podeis hacerlo, grité, no teneis derecho para ello. ¿No es bastante con que seais el gobierno, i tambien quereis ser la policía?

—Vos lo habèis dicho, respetable doctor, repuso Humbug; somos la policía, i aun mas, pues somos la conciencia pública. Nosotros somos quienes damos el honor i la fortuna: ***Honestus rumor alterum patrimonium est*** (1). Abrid los ojos cuanto querais, i poned el grito en los cielos hasta cansaros; la verdad es que si estais hablando sériamente, os han cambiado en la lactancia, no sois americano.

—No sabeis, murmuré, no sabeis, ignorante, con cuánta razon lo dices. No sospechas hasta qué punto desprecio a un Don Quijote bastante insensato para tomar a su cargo el interes ajeno, el interes del primero que se presenta, i esto sin mision i sin sueldo. ¡Hé ahí lo que es un pais sin funcionarios! Es preciso que cada cual se entrometa hasta en sus propios negocios. ¡Qué ridiculez! En Francia, una administracion intelijente i compacta me libra de todo cuidado; soi servido como un rei; gozo en paz de una pros–

(1) La buena reputacion es un segundo patrimonio.

peridad i una grandeza que no me cuestan mas que mi dinero. O aquello es el triunfo de la civilizacion, o yo no sé lo que me digo.

—Aquí está la Bolsa, dijo al entrar un jóven que venia sin aliento con la carrera que habia dado.

—¿Nada nuevo? preguntó Humbug.

—Nada mas que el empréstito mejicano.

—¿Qué dicen de eso, Eujenio? dijo Mr. Truth.

—Fiasco completo; si es una ratería del viejo Little.

—¡Cómo, una ratería! dije al leer el programa de la Bolsa, cuando el empréstito ha subido un dollar sobre el precio de emision.

—Little ha comprado con una mano lo que ha vendido con la otra, dijo Truth; burla gastada, que nunca prenderá entre nosotros. No somos tan carneros como todo eso. —Señor Rose, añadió dirijiéndose al recien llegado, me haréis para mañana un artículo sobre el particular; hablad con los ajentes de cambio i averiguadme toda la verdad.

—Esta noche quedará hecho, señor Truth; tendré mas datos de los que pida.

—Señor, dije a aquel jóven, cuyo nombre me anunciaba a un hijo del boticario, i tambien por desgracia a un hermano de mi yerno; los negocios deben de ser mui difíciles con semejante manera de sacarlos a plaza en provecho del público.

—Señor, respondió Eujenio todo pasmado, los negocios son tanto mas fáciles, cuanto mas conocidos. En la Bolsa, la mentira es ruina, la verdad es riqueza.

—Bueno! pensé, todos dicen la misma necedad. En Paris, centro de la intelijencia, capital del injenio, nadie ignora que los negocios que atraen al público, son siempre aquellos que no comprende absolutamente. ¿Qué puede producir un negocio conocido? Cinco, seis por ciento a lo sumo, miéntras que lo desconocido promete quince o veinte por ciento; i en eso consiste el secreto del banquero. Aquí se cambia

valor por valor, haciendo un miserable comercio; en Paris, se compra la esperanza, lo que forma la poesía del juego, el encanto de la lotería. ¿Qué importa a un frances perder su dinero? eso es pura prosa. Devorar con el pensamiento la riqueza, satisfacer en sueño pasiones, caprichos, ambicion, hé ahí el ideal; es cierto que se paga, pero ¿cuándo se paga demasiado caro la ilusion?

—Amigo Humbug, dijo una voz chillona, aquí traigo dos avisitos que quisiera insertar en tu diario; hazme una buena rebaja, porque están mui malos los tiempos.

El que así hablaba era un hombrecito de larga levita i cubierto con un inmenso sombrero; su fisonomía, su jesto, su vestido decian a todo el mundo:—Miradme, soi cuácaro.

Humbug tomó los dos avisos i se echó a reir.

—Son chuscos, dijo, pero yo no los entiendo. I leyó lo que sigue:

VILLA MONTMORENCY.

Seth Doolittle, propietario del hotel de la Rosa, en Montmorency, tiene el honor de avisar al público que durante la buena estacion, los enamorados que se alojen en su casa, no pagarán mas que la mitad del precio.

—¿Por qué esa escepcion? pregunté.

—Amigo, dijo el hombrecito cruzando los brazos sobre la barriga i levantando al cielo los ojos, nada es mas hermoso ni mas respetable que el amor. Poned a un jóven en frente de un traje blanco i de dos bucles negros que flotan al viento, i se remontará a las nubes de tal manera, que en toda una semana no bajará una vez a probar el asado. Es un robo hacer pagar el precio comun a esos ánjeles del cielo que jamas examinan la cuenta; mi conciencia se opone a semejante iniquidad.

—Tal escrúpulo te hace honor, dijo el excelente Humbug mordiéndose los labios. Pasemos a la segunda insercion:

AVISO AMISTOSO.

Dina D. L.—**Se te suplica que no vuelvas. Tu madre está en excelente salud; nada se puede arreglar; i toda tu familia se encuentra mucho mejor desde que la dejaste.**

—Este es un secreto de familia, dije sonriendo, que no tiene esplicacion.

—Para el público, nó; para tí, doctor Smith, sí, repuso el cuácaro. Se trata de una hermana lijera de cascos, que por su propio interes, por el de su familia, i por consideracion a la moralidad pública, hemos enviado a California como maestra de escuela. Es de temer que la desgraciada se haya quedado en la mitad del camino i quiera volver a su achaque. Por eso le advertimos caritativamente i con palabras embozadas que lo mejor que puede hacer, es continuar su camino; no hai lugar en la casa para ella.

—Es un proceder lleno de caridad, señor Seth, repuse encojiéndome de hombros. Siento no haber reconocido ántes a un hombre tan estimable.

—Algun trabajo habrias tenido para reconocerme, repuso Seth bajando la vista, pues nunca me habias visto; pero la señorita Marta me ha descrito a su patron i el terrible accidente de ayer con tanta fidelidad, que a la primera ojeada adiviné quien eras.

El virtuoso hostelero pronunció el nombre de Marta con una uncion estraña, que mas tarde se me vino a la memoria; habria yo puesto en ello mas atencion si un hombre con la cara encendida no hubiese entrado bruscamente en el cuarto gritando:—Gran noticia, señor Truth; gran noticia, señor Humbug: acaba de condenarse al alcalde de la ciudad. Se le ha sorprendido en conversacion criminal con una actriz del *Lyceum*, i está obligado a pagar al marido diez mil dollars de daños i perjuicios.

—Doctor, dijo Humbug, tomad la pluma i acabemos nuestro cartel; hemos llenado bien el diario, i la venta es segura. Vamos a ver:

DERROTA DE LAS TROPAS FEDERALES.

3,000 muertos, 6,000 heridos.

Admirable discurso del elocuente senador de Massachusetts.

VUELTA A LA LEI I A LA LIBERTAD.

Robos de la marina denunciados a la nacion.

REBELION DE LAS COSTURERAS.

CONDENACION CRIMINAL DEL ALCALDE DE LA CIUDAD.

—Vamos, continuó, el dia ha sido bueno; no lo hemos hecho mal ladrando a los bribones. Ahora, gritó, a la imprenta; moved la prensa, muchachos, i en un cuarto de hora mas izad el cartel.

CAPITULO XI.

DE LA MÁXIMA PROTECTORA: QUE LA VIDA PRIVADA DEBE SER IMPENETRABLE.

Me habia arrellanado en mi poltrona, reflexionando para mi capote en el triste espectáculo que tenia a la vista. Anarquía asoladora, espionaje jeneral, universal perturbacion, el gobierno en manos de todos; ¿son estos los frutos de esa prensa tan decantada? ¡Ved si seria posible enrejimentar a un pueblo con semejante enemigo a las espaldas!

—Así, pues, querido doctor, me dijo Truth con voz cariñosa, ya sabeis cómo se hace un diario. ¿Os parece bien seréis vos mi sucesor?

—Jamás ! jamás ! respondí echando atras mi asiento con un ademan involuntario. Me espanta lo que estoi viendo ; me espanto de veros jugar con todo lo que he aprendido a mirar como respetable i sagrado. Que se ataque a un ministro, que se ataque a los diputados, me importa poco, estoi acostumbrado a ello ; en todos tiempos, los ministros han servido de blanco a los señores .folletistas i gaceteros, el mas célebre de los cuales es el que derriba dos o tres. Si hai paises i pueblos a quienes divierta semejante destruccion, ¡ buen provecho les haga ! Les deseo dos o tres revoluciones para que se curen. Pero la vida privada, señor, debe ser impenetrable, entendeis bien ? enteramente impenetrable.

—¿ Quién ha dicho eso ? preguntó Humbug con un aire astuto que no probaba mas que su ignorancia.

—Señor Humbug, respondí, es Mr. Royer-Collard, un gran metafísico que jamás tuvo ideas propias, pero que ha vaciado en bronce i esculpido en mármol las ideas ajenas. Fué él, fué ese ilustre sabio quien pronunció esta palabra de oro, que debiera grabarse en la oficina de todos los diarios : *La vida privada debe ser impenetrable.*

—Vuestro gran metafísico dijo una tontería, repuso Humbug. ¿ Por ventura se puede partir a un hombre en dos ? Por acaso puede uno ser un truhan en la vida privada i un Fabricio en la vida pública ? Qué es la vida privada ? Dónde principia i dónde acaba ? Denunciar que hai un perro con hidrofobia, ¿es un ataque contra la vida privada, o contra la vida pública ? Si nuestra marina es robada por impudentes proveedores, ¿ es la vida privada la que se ataca al denunciar al ladron ? ¿ Si el honorable Mr. Little, rico con los millones del prójimo, quiere despojar nuevamente a los incautos en provecho de su insaciable codicia, ¿ es atacar su vida privada el decir a Mr. Little que es un bribon ?

—Señor, dije a aquel impudente, no sospechais todo lo

que podria responderos; pero me bastará con una palabra. Ahí teneis al alcalde de Paris, que ha cedido a una malhadada flaqueza. Quizá ha caido en un lazo tendido por alguna sirena de baja ralea, i de seguro que su falta no la ha cometido en su carácter de majistrado municipal. ¿Para qué tal ruido, tal escándalo, tal difamacion de un hombre cuya falta no nos atañe al fin i al cabo?

—Para qué? dijo Truth con una frialdad digna de Robespierre: para hacerle presentar su renuncia. ¿Quereis que prediquemos en nuestras familias el respeto al lazo conyugal i el horror al vicio, miéntras que el adulterio se ostenta triunfante en la casa municipal? No es posible. El honor de la vida privada es lo que nos responde de la virtud pública. De otra suerte, la política es una comedia en que cada cual lleva una máscara, representa un papel i se entretiene en hablar de conciencia, de derechos, de deberes, sin creer una palabra de lo que dice. Es posible que pueblos niños se complazcan en farsas tan peligrosas, i que nunca paran en bien; pero en América todo es sério. Vayan en hora buena nuestros libertinos a gastar su salud i su dinero allende el Atlántico; que entre nosotros es preciso ser respetable para ser respetado.

—Hé aquí una carta del alcalde, dijo un empleado; ha hecho su dimision.

—Señor Truth, esclamé, aun hai tiempo para ello, suspended la impresion del diario, haced desaparecer una condenacion que ya no atañe mas que a un simple ciudadano, una sentencia que va a acarrear el deshonor de un hombre i la desgracia de una familia. Borrad de vuestro cartel esas líneas odiosas que imprimen una afrenta mas, no prevista por la justicia, a una falta sin duda escusable. ¿No hai entónces mas que Catones en América, i ya que siempre hablais del Evanjelio, no hai entre vosotros alguno que haya leido la historia de la mujer adúltera? En nombre del cielo, sed humano.

—No soi ni humano ni cruel, respondió Truth en su tono glacial; no soi una persona, sino un diario, es decir un eco, una fotografía. El cartel quedará como está, aunque lo sienta por el culpable; pero, yo tambien tengo una mision que llenar, i no transijo con la verdad.

—¡Pero esa mision, esclamé indignado, os la dais vos mismo!

—¿Es por eso ménos sagrada? repuso el diarista. Acabad de comprender el papel que desempeño. En una sociedad enteramente ocupada en sus negocios, en sus intereses, i que sin embargo se gobierna por sí misma, ¿cómo se conserva la libertad? cómo se conservan i crecen las ideas jenerosas? cómo es respetado por todos el derecho, estimada la virtud, recompensados los servicios? Merced a la prensa, invento todavía mas admirable que el vapor i la electricidad. Nosotros los diaristas somos el eco de la sociedad, eco formidable, resonante trompeta que aumenta todos los rumores, los difunde hasta los confines del imperio, i va a despertar la conciencia mas aletargada. El bien o el mal, todo nos sirve: el bien para hacer palpitar de alegría i emulacion todos los corazones; el mal, para animarlos de indignacion i repugnancia. Ayer hicisteis una accion heroica. En Rusia, en España, ¿quién la habria sabido? algunos amigos, algunos vecinos, una ciudad. Gracias a nosotros, treinta i un millones de hombres van a repetir el nombre del doctor Smith; tres millones de jóvenes envidiarán vuestro valor i se prometerán imitarlo. Tal es la obra de esos libelistas a quienes parece que profesais poco aprecio. Hoi se ha dado un escándalo, se ha cometido una falta por un majistrado. La justicia ha condenado al hombre, la prensa condena el crímen, i lo hace odiar i detestar de toda la nacion. Miéntras mas grande es la caida, mas fuerte es la leccion. Nuestra dureza apesadumbrará a una familia i lastimará a algunas almas tímidas; pero preservará de una debilidad semejante a millares de hom-

bres a quienes alentaria la impunidad. Indudablemente nuestro rigor nos acarreará una enemistad mortal. ¿Qué importa? Acaso pesamos en una balanza nuestro deber i nuestro interes? Doctor, sed ménos severo con nosotros. Con las cualidades que exije el oficio de diarista, ¿cuántos hombres de Estado serian capaces de desempeñarlo, cuántos hai que aceptasen resueltamente nuestros peligros i nuestra oscuridad?

—Bravo, Truth! gritó Humbug; hablais como un libro, amigo mio, i como un libro que dice la verdad: ***Rara avis in terris, nigroque simillima cycno.***

—Hai ambiciones que se ocultan, repuse furioso contra Truth i contra mí mismo (me habian trastornado las palabras de aquel sofista): muchos se creen virtuosos porque ostentan severidad, i en el fondo son, sin saberlo, presa de su propio interes, i corren tras de la fortuna.

—La fortuna, dijo Humbug, no se ha hecho para los diaristas. El mundo es un teatro, amigo doctor, en que figuran tres especies de personas: los espectadores, los actores, los autores. Los espectadores, sois vos, es Green, es Rose, es toda esa buena jente que no tiene ni vicio ni virtud, i que vive a la sombra de su parron i de su higuera. Los actores son una tropa de envidiosos, parecida a todas las compañías de comediantes. El ambicioso, el charlatan, el avaro, el poltron, el tirano, el criado hacen en ella su papel, con gran contento del público, que aplaude con frecuencia, silba algunas veces i paga siempre. A estos primeros cantantes les son necesarios los bellos trajes, los palacios, el oro, el oro en abundancia. Conocen el capricho del vulgo i abusan de él por lo mismo. En cuanto a los autores, al poeta que ha creado el dicho de moda, compuesto la cancion en boga e inspirado la declamacion del trájico, a ese se le arroja un pedazo de pan i no se le hace caso. ¿Qué es la idea para los hábiles? nada mas que una escarapela cuyo valor está en que se la use oportunamente.

Lleváos gritando veinte años que la libertad es la salvacion de los pueblos, i no seréis mas que un eco, odioso para los que mandan, importuno para los que obedecen. Pero llegue un dia en que el pueblo cansado quiera sacudir la carga que lo agobia, i el primer temerario que inscriba en una bandera la palabra que habeis repetido durante veinte años, ese será el elejido de la muchedumbre, i honores, i dinero, i poder, todo será para él. Una hora habrá bastado para hacer la fortuna de este primer actor, i así, nunca creerá despreciar bastante al diarista oscuro que, con veinte años de sufrimientos i peligros, le preparó su triunfo. El pueblo juzgará como el actor. ¿Quereis una moral para mi cuento? Paris va a nombrar un alcalde : estad seguro de que se pensará en todos ménos en el único hombre que honraria ese cargo ; ese hombre es Truth. I si el dia en que muera en medio del trabajo no estoi yo a su lado, no tendrá dos líneas de elojio ni aun en su propio diario. ¡Así es como se premia la virtud cívica en América ! i somos sin embargo el primer pueblo del mundo : *Ab uno disce omnes.* Juzgad ahora de nuestra ambicion.

—Humbug, amigo mio, dijo Truth, ¿no estimais en nada el honor de ser querido i elojiado por vos?

Se abrió la puerta i vióse por segunda vez asomarse un hocico de huron que no podia ser sino de Mr. Fox. Era él mismo, en efecto, i mas risueño que nunca.

—Mr. Truth, dijo con voz la mas melosa, ¿tendriais la bondad de anunciar en vuestro excelente diario que el honorable Mr. Little acaba de dar diez mil dollars a la casa de huérfanos, cinco mil a los pobres de la ciudad i otro tanto a la biblioteca municipal?

—El empréstito mejicano va bien, dijo Humbug ; Little es un judío piadoso, que paga el diezmo al Señor.

—El empréstito mejicano se ha dejado, replicó Fox. Mr. Little tiene ya la certidumbre de que las garantías ofrecidas por el gobierno de Méjico no eran formales.

—¿ De dónde viene entónces esa sospechosa jenerosidad? preguntó Humbug; alguna terrible especulacion que se trama. Hé ahí unos veinte mil dollars que han de costarnos caro.

—Siempre con suposiciones, dije yo, ¿ i por qué?

—Porque soi un diarista viejo, respondió Humbug, i creo tanto en la virtud de los banqueros como en la sencillez de los cuáqueros.

—Ahí os convertirán, pecador viejo, agregó Fox riéndose.

—¡ Una gran noticia en la Bolsa! dijo entrando Mr. Eujenio Rose.

—Que se ha retirado el empréstito mejicano, dijo Humbug; ya lo sabemos.

—Pero lo que vosotros no sabeis, es que el alcalde ha dado su dimision, i se propone a Mr. Little para reemplazarlo.

—¡ Por Dios! repuso Fox; eso no es posible. Mr. Little no me ha dicho una palabra, i dudo que con sus numerosos negocios se resuelva a aceptar un cargo tan importante.

—Excelente Fox! esclamó Humbug; tiene la inocencia de un cordero; pero ya lo habeis de ver, abogado honradísimo, como Mr. Little se decide a ese gran sacrificio.

—Sin embargo, somos hombres de conciencia, dijo Truth, i por nuestra parte, no le impondrémos una carga tan pesada: combatirémos la eleccion.

—¿ I por qué? esclamó Fox.

—Ahí está, dijo Humbug, ahí está el secreto de la comedia. Eso no se pregunta.

—Con que siempre os hemos de encontrar en nuestra contra, repuso Fox, virtuosos puritanos, raza orgullosa e insociable; pero mal rayo me parta si no vengo un dia a pegaros fuego en vuestra madriguera, zánganos inútiles, que no sabeis mas que taladrar las orejas con vuestro odioso zumbido.

—Amigo Fox, dijo Humbug, no pongais a prueba mi brazo i mi paciencia, porque os haré pasar por esa ventana.

Fox no aguardó una amenaza cuya ejecuoion no tenia nada de improbable; i por lo que a mí toca, salí conmovido i trémulo con lo que habia escuchado. La razon i la educacion me decian que la prensa es una arma cargada en contra del poder i de la sociedad, i los mas sabios ministros me habian inoculado veinte veces esta máxima preciosa; pero, por otra parte, yo no podia ménos de admirar todo lo que habia de grande i jeneroso en la conducta de Truth, i de valiente i decidido en el papel de Humbug. Tomar a su cargo la causa de los buenos contra todos los bribones de que el mundo está plagado, mantenerse diariamente armado i perseguir sin descanso el robo, la injusticia, la adulacion, no deja todo esto de ser alguna cosa, i un pueblo que cuenta tales hombres no es, ciertamente, un pueblo comun.

—Bah! me dije al fin, librándome de vanos escrúpulos; esto es una escepcion. Lo mejor seria suprimir los diarios: se dirá de ello que se suprime el remedio, i no el mal; pero cuando el mal es sin remedio, no queda otra cosa que la resignacion, i si uno se muere, se muere al cabo sin quejarse, lo que es una gran fortuna.. . para los médicos.

Estaba en estas reflexiones cuando, del medio de la calle, me llamó una voz, la voz de Susana, que se acercaba en un cabriolé de dos ruedas dirijido por Marta. El caballo tenia paso firme, i Marta era una doncella precavida que hacia mas uso de las riendas que del látigo; pero en el ángulo de la calle Taibout i de la de Helder, digo mal, en el ángulo de la séptima i octava avenida, hai un terrible empedradillo, hecho, a lo que creo, por algun interesado albéitar, pues no corre un dia desde hace diez años en que no caiga algun caballo de los que pasan por allí. El de Marta estaba predestinado; así fué que la pobre bestia, al

acercárseme, dobló repentinamente las rodillas; Marta fué lanzada por sobre la cabeza del animal, Susana vino a dar a mis brazos, i del choque me echó a tierra, rodando ella conmigo por el suelo.

Levantéme furioso i cubierto de polvo. Susana se habia rasguñado el rostro i Marta estaba ensangrentada.

—¿Estais herida, Marta? esclamé.

—Nó, señor; no es nada, dijo ella. La diestra del Eterno me ha sostenido, i solo he alcanzado a lastimarme la punta de la nariz.

I hénos allí, ocupados los dos en desinchar i levantar el caballo.

Cuando éste estuvo enganchado: —¡Por Dios! esclamé, es vergonzoso que una administracion municipal tolere desde hace diez años este rompe-cabezas a mi puerta, en la calle mas frecuentada de la ciudad. I de rabia volví a entrar a la oficina del diario.

—¿Qué hai, doctor? dijo Humbug, siempre riendo. ¿Habeis comenzado ya la lucha electoral con Mr. Fox? A juzgar por vuestro traje, no habeis sido vos el que ha quedado encima.

—Lo que hai, contesté yo, es, que es abominable que se aguante por diez años un piso en tal estado; que mi caballo acaba de darse un golpe; que mi hija se ha magullado a cara; que por poco no se ha muerto mi cocinera. Estoi furioso; quiero quejarme; pido justicia. Estamos en Paris de América, i la obtendré. La publicidad pondrá a todos de mi lado. Dadme una pluma, dadme tinta, i os dirijo una carta bien acre, en que trate a la administracion como se lo merece.

—Aquí teneis lo que pedis, dijo Humbug, i a mas, un dollar.

—¿Un dollar? a qué asunto?

—Siempre pagamos así a todo el que nos trae un *hecho de crónica*. No la deis de repulgado, doctor; guardáoslo

i ponedle en un marco con la fecha. El os recordará que la prensa es la voz de todos, i que comprendisteis esta gran verdad el dia en que os tocó sufrir.

—Humbug, respondíle; esas palabras que echais a volar con vuestra habitual lijereza, tienen mas alcance que el que os imajinais, i no las olvidaré tan luego. Todas las mañanas, al leer mi diario, cada queja que en él vea, me representará un sufrimiento, que tal vez al dia siguiente será el mio; un mal que puedo socorrer o prevenir asociándome al clamor público.

—Bravo, doctor; sois un gran filósofo. Se os abren los ojos, i esclamais: ***Et lux facta est.*** No importa; pronto os apercibiréis de otra verdad no ménos grande, i es que, en resumidas cuentas, la libertad de la prensa no es ventaja mas que para los hombres honrados. Esto basta para indicaros quiénes son sus enemigos.

CAPITULO XII.

UNA CANDIDATURA EN AMÉRICA.

Mucho me habian trabajado todas estas discusiones, i ciertamente que no tenia yo la debilidad de renegar de la fé política que habia recibido de los maestros de mi infancia; porque detesto a los tránsfugas. Cuando se nace en el error, si la conciencia quiere que lo abandonemos, el honor nos manda quedarnos siempre en él, i un frances escucha siempre a este último. Yo me hubiera hecho degollar ántes que confesar públicamente que aquellos Yankees tenian razon; pero en el fondo de mi alma conocia haber perdido mi primera inocencia; habíame servido de la prensa, i no tenia ya la fuerza suficiente para avergonzarme de ello. Descontento de mí mismo, dormí un sueño ajitado, i cuando desperté era noche todavía. Los sofismas de Truth i de Humbug habian penetrado en mi alma, como flechas en la

carne, i les buscaba, desvelado, respuestas que no acertaba a encontrar, cuando de repente, en medio de la oscuridad i del silencio, oí una voz en la calle que me llamaba. Era la voz de mi hija; un padre no la equivoca jamás.

Tomar mi bata de mañana i correr a la ventana, fué cosa de un segundo; me descolgaba casi por ver en la oscuridad. Topó mi cabeza con no sé qué osbtáculo que crujió, i al mismo tiempo un sol espléndido deslumbró mis ojos, i alegres esclamaciones saludaron mi aparicion. La calle estaba llena de jente; un inmenso cartel cubria toda la casa, i mi cabeza, enredada en una O jigantesca, proporcionaba a los transeuntes un ridículo espectáculo.

—Quedáos ahí, papá, decia Susana saltando sobre sus piesecitos i batiendo las manos: todo Paris leerá el cartel.

—*Green for ever,* repetian corriendo los yankees. *A veri good trick* (1), agregaban despues, riendo a boca llena.

Me vestí a toda prisa i bajé a la calle. París no era ya mas que un inmenso cartel: candidatos de todos los colores, azules, rojos, blancos, amarillos, verdes, rosados ostentaban en las paredes sus servicios i sus virtudes. Mi casa la habian colgado de verde. El nombre de Green se prolongaba en ella en mayúsculas de tres piés de alto, i frente a mí la imprenta habia encumbrado hasta el cielo un inmenso cuadro, sobre el cual se leia:

¡¡ CIUDADANOS

DE LA PRIMERA CIUDAD DEL MUNDO !!

¡ Nada de banqueros!
¡ Nada de abogados !
¡ Nada de farsantes !

---

(1) Viva Green.—Una buena jugarreta.

¡ NOMBRAD AL HIJO DE SUS OBRAS

¡ Al patriota jeneroso !
¡ Al comerciante heroico !
¡ Al buen padre de familia !
¡ Al hijo de Paris !

¡¡¡NOMBRAD AL HONRADO I VIRTUOSO GREEN!!!

Esta farsa democrática divertia a Susana ; Mr. Alfredo Rose estaba cerca de ella con el venerable boticario i sus otros ocho hijos ; Enrique brincaba de alegría, encantado por aquel zipizape, i por lo que hace a mí, poco aficionado soi a esas orjias populares : una frase las resume : *Mucho ruido i pocas nueces.*

—Vecino, me dijo el farmacéutico ; ved allí a nuestro capitan, que cierra a la carga ; espero que hoi no nos faltará vuestro ausilio. Poderosa es la intriga, i no ganarémos la partida mas que a fuerza de palabras i de accion.

—Querido Mr. Rose, le respondí, con vuestra licencia, pero me quedaré hoi en casa. No tengo a todo esto ningun interes. Soi un gran señor que tiene para manejar sus negocios cierto número de ajentes, a quienes paga sin tomarse ni siquiera el trabajo de escojerlos. Nada me importa lo que pase entre ellos. ¿ Qué es un alcalde de Paris ? Un señor de casaca bordada, que casa a las viejas i a las viudas inconsolables i que dos veces por año monta en su carroza de gala, para ir a saludar al señor Prefecto i a comer en el Hotel de Ville. Grandes honores son estos, i se puede comprarlos harto caro ; pero qué tienen que ver conmigo, simple ciudadano, que no goza de otro privilejio que del de pagar un presupuesto que no vota. No sé lo que un alcalde represente ; pero de seguro que no es a sus administrados. Sea lo que se quiera, yo soi médico i no me altero nunca por nada.

Mr. Rose por toda respuesta me tomó del brazo i me golpeó el hombro.

—Terrible doctor, me dijo, me pasmais con vuestras chanzas sempiternas, i he llegado hasta creer que no teneis mui en órden vuestro cerebro. Ciudadano de un pais libre, ¿ es a vos a quien sea necesario recordar que hoi se ventilan nuestros mas grandes intereses ? No es el alcalde el primer personaje de la ciudad, el representante de nuestros principios i de nuestros deseos ? Policía, abastos, calles, escuelas, ¿ no es el alcalde, asistido de nuestros consejeros, quién todo lo reforma, por la autoridad soberana que nuestro voto le confiere ? Si tiene superiores en el Estado, ¿ los reconoce en la ciudad ? Recibe órdenes de alguien ? No es nuestro brazo derecho, nuestro órgano, nuestro ministro ? No es a nosotros a quienes únicamente responde de sus actos i del presupuesto ? ¡ I pretendeis que en tal eleccion seamos indiferentes ! En cuanto a mí, bien poco me importa lo que hagan en Washington los señores charlatanes del sud i del oeste ; pero Paris... Paris es mi propiedad, es mi cosa; es la tumba de mi padre, la cuna de mis hijos. Todo me gusta en Paris, hasta sus verrugas i sus lunares ; tengo cariño a sus calles viejas, donde he jugado en mi infancia ; a sus nuevos baluartes, estensas arterias de la civilizacion. Amo sus iglesias góticas, que me hablan del pasado; sus escuelas, que me dejan entrever el porvenir. Para mí es para quien cuarenta jeneraciones han enriquecido este rincon de la tierra ; hai en él una herencia que yo he recibido de mis padres, i que quiero trasmitir a mis hijos, despues de haberla embellecido. No admito que sin mi consentimiento se pueda tocar ni una sola piedra, ni una institucion de mi querida ciudad, de mi verdadera patria. Soi parisiense, Paris me pertenece !

—¡ Rose! amigo mio, esclamé, sois el Ciceron de los boticarios ; pero la elocuencia tiene el privilejio de decir lo contrario de la verdad. No puede ser que hableis sériamente

de confiar a uno de los nuestros, a un simple ciudadano, la policía de un ***Pandemonium*** como este; se necesita aquí de una mano firme e independiente que nos dirija a pesar nuestro.

—Papá, dijo Susana, ¿para qué le buscais camorra al buen Mr. Rose? Bien sabeis que es el alcalde quien nombra a los *policemen*, i vos mismo habeis hecho nombrar al que vijila nuestra calle.

—I acaso, agregué en tono de compasion, ¿acaso haceis tambien votar los impuestos municipales a los que los pagan?

—Indudablemente, dijo Rose, ¿ni quién tendria el derecho de votar una contribucion, sino es el que la soporta?

—¡Bonito presupuesto será ese! Ahí teneis un buen espediente para atraer los millones! I cuando abris nuevas calles, ¿consultais tambien a los habitantes a fin de conjurar contra vosotros el egoismo de los intereses privados?

—¿I a quién quereis que se consulte, entónces? preguntó el inocente farmacéutico; las calles son hechas para nosotros, i nuestros intereses privados, forman, uniéndose, el interes jeneral.

—¡Eso es! eso es! esclamé riéndome; todos ellos han mamado de la misma burra. ¡Gran Dios! seria necesario enterrar a martillazos en sus cerebros de bronce las grandes ideas de la civilizacion moderna! Si vieran los milagros de la centralizacion, comprenderian al fin que nunca se tramitan mejor nuestros asuntos, que cuando se los remite, sin tomar en cuenta nuestra opinion, a manos de los que no tienen ningun interes en ellos! I las escuelas, agregué, ¿son tambien los padres de familia los que votan el impuesto i fijan la cifra del gasto? Curioso debe de ser el total.

—El gasto de las escuelas, dijo Mr. Rose, deseoso de hacer admirar su buen talento, lo vota todo el mundo; la educacion es deuda comun, i cada uno tiene a honra el

contribuir a ella. Se estableció anteayer el impuesto para 1862, i se fijan en él dos dollars por cada cabeza de habitante, sin contar con lo que da el Estado.

—¡Diez i seis millones de francos votados por el millon seiscientos mil habitantes de Paris para las escuelas de la gran ciudad! esclamé ; esto es cosa nunca vista i que nunca se verá : es imposible.

—Papá, replicó vivamente Susana ; pues Alfredo lo dice, es la verdad.

—¡ Ea ! amigos mios, dije a mi vez, si estamos entre lobos, es preciso ahullar como ellos. Si nuestros asuntos son realmente nuestros asuntos ; si Paris es de nosotros i no del Estado, i si votamos i consumimos nosotros mismos nuestro dinero, cosas todas increibles, enormes, contrarias a la esperiencia i al buen sentido, cedo a la locura comun. Un parisiense que no es estranjero en Paris, un parisiense que tiene voz en el capítulo municipal, un parisiense que habla i es escuchado, ¡ oh ! ese es un fénix que no se vé mas que en América. Vamos, pues, a votar, i ¡viva Green, alcalde de Paris.... en Massachusetts !

—¡ Viva Green ! gritó la turba, dirijiéndose hácia la tienda del lonjista.

—Papá, dijo Susana ; abrazadme ántes de partir. Ya sabeis, agregó mas bajo, que vuestro nombre está en la lista.

—¿ En qué lista, hija mia ?

—En la de los empleados municipales. Un comité de electores os propone en el *Paris-Telegraphe* como inspector de calles i caminos, al lado de Mr. Humbug, a quien quieren nombrar juez de paz. Vedlo, papá.

I la señorita sacó el diario del bolsillo de su delantal. ¡ Qué pais aquel en que la niña enamorada lée los periódicos i se interesa en las elecciones !

Tomé el *Paris-Telegraphe:* mi nombre, escrito en grandes caractéres i acompañado de un elojio conveniente,

figuraba a la cabeza de la lista. Esto me produjo un efecto singular. Criticar al poder, haga lo que haga, no me estraña; soi parisiense. Censurar i satirizar en coplas a nuestros señores es la sola libertad que el mismo gran rei no ha podido arrebatarnos, es el consuelo i la venganza de nuestros ocios políticos; pero administrar i hacer de jefe, obrar en vez de gritar, salir de la oposicion para encontrarla delante de sí i reducirla al silencio a fuerza de celo i de buen suceso, todo esto era para mí una perspectiva desconocida i encantadora, i la ambicion filtraba ya en mi corazon. Pensaba en que habia sido duro la víspera con Humbug (¡ un diario es una influencia!), i en que tal vez habia tratado con harta rudeza a Rose i sus hijos, i eran ellos diez electores, nada ménos. Me apresuré, pues, a abrazar a Susana, i, corriendo a casa del farmacéutico, entablé con él una conversacion confidencial sobre unas admirables píldoras de mi invencion, destinadas tanto a revolucionar la práctica, cuanto a hacer la fortuna del médico que las habia imajinado i la del boticario que las vendiera. Un estracto de camomilla concentrada es un remedio heroico que sana en ocho dias la incurable i dolorosa enfermedad de los hombres de injenio, la dispepsia. Era la Academia de medicina a la que yo reservaba la primicia de este maravilloso descubrimiento. Mi memoria la habia comenzado hacia seis años; pero cuando nos asalta la ambicion, adios la prudencia! La gloria académica no me deslumbraba ya, i la inspeccion de las calles me abria la carrera política: ¡ era candidato!

CAPITULO XIII.

CANVASSING.

¿ Habeis estado enamorado, querido lector? recordais cuánto, en aquellos dias felices, era vivo el corazon, ardien-

tes las miradas, rápido el pensamiento, lijera la vida? Solo así podriais saber lo que es un candidato. A pesar de mi mala vista, reconocia a cincuenta pasos de distancia electores que no habia visto jamás; hallaba en un rincon de mi cerebro la historia de una porcion de jente con quien nunca habia hablado, i no solamente la historia de ellos sino tambien la de sus mujeres, la de sus hijos, la de sus padres, la de sus abuelos, la de sus primos. A diestra i a siniestra repartia promesas i apretones de manos. Familiar con los pequeños, modesto con los grandes, desagraviaba todos los entuertos i volvia a empedrar todas las calles. Ciceron, implorando el consulado, no era por cierto ni mas elocuente, ni mas jeneroso, ni mas afable que yo.

Green se incorporó en nuestro cortejo. El era, puede creérseme, un bien pobre candidato. No habian tenido buena mano los electores que lo habian echado a volar: sin salir de la calle podian haber hecho mucho mejor eleccion. Un lonjista no ha recibido aquella escojida educacion social que permite jugarse con los hombres i las cosas. Nada de lisonjas a la turba, nada de aquellas promesas que quedan en el fondo del escrutinio, nada, en fin, de esos agradables embustes, que son los fuegos artificiales obligados de toda eleccion. Green era frio i meticuloso como un comerciante que arregla su contrato i pesa cada una de las obligaciones. En cuanto estrechaba la mano de un elector diciéndole: ***Haré cuanto pueda***, o ***La posicion es difícil***, o ***Nombrad a Mr. Little si lo juzgais mas capaz***, ya creia que habia llenado su tarea. A los benévolos reproches que yo le dirijia, respondia con tono glacial:—***La conciencia me prohibe hacer mas; no puedo prometer mas de lo que cumpliré.*** ¡Conciencia en un candidato! Escrúpulo de lonjista! Cuando se quiere hacer fortuna, se encierra la conciencia bajo siete llaves la víspera de la eleccion, i no se la saca hasta el dia siguiente, o despues. Todos saben esto en Francia.

Me habria muerto de fastidio en aquella procesion electoral, si el enorme i divertido Humbug no nos hubiera acompañado. Siempre alerta, siempre pronto a la réplica, se le seguian las huellas por las carcajadas que dejaba en pos de sí. La acojida que se nos hacia, no era en todos los casos mui amable; porque, tanto en sus odios como en sus amistades, se resiente el sajon de una ruda franqueza: la sal americana, no es la sal ática. Pero Humbug era un admirable jugador de pelota, i no habia chanza que él no recibiese i devolviera en el aire. Al que le daba una vez, ese no quedaba bueno para nada.

—¡Green candidato! —Es una vergüenza, decia un ajiotista de cára pálida i escuálidas facciones. ¿Os imajinais al lonjista en el consejo municipal? Cuando suene la campanilla, responderá: *¡Ea, ea! haceos servir!* Vaya al infierno, él i toda su secuela!

—Al infierno! dijo Humbug, i qué le dirémos a tu padre, el bancarotista?—¿Que estás tú en la tercera falencia i aguardando la cuarta todavía.

—¡Green candidato! repetia un dependiente de tienda de lujo, dandy de botas barnizadas que a cada palabra hendia el aire con su inocente junquillo. Green, un tendero que no distinguiria un burro de un caballo!

—Pierde cuidado, hijo mio, te reconoceria entre mil, dijo Humbug.

—Linda respuesta, i digna de un hombre que vive de su injenio.

—Si no tuvieras mas que ese capital para vivir, hijo mio, no serias tan gordo como yo, replicó Humbug, continuando su camino en medio de las risas de la multitud.

Entramos al hotel de la Union, cuyo dueño nos habia sido designado como uno de los electores influyentes de la ciudad. Pero, si el buen hombre manejaba las riendas de sus negocios, era su mujer la que le señalaba el camino. A

la primera palabra de Green, lo interrumpió la fogosa matrona.

—¡ Maldita sea la política ! dijo.

—¡ Maldita sea la hostelería ! repuso Green, saludando profundamente.

—José, gritó la imperiosa Juno, se insulta a vuestra mujer, se os ultraja, i os quedais ahí como un estafermo. Sangre de pavo es la que debe de correr por vuestras venas.

A esta voz terrible, José se detuvo acortado i abrió tamaños ojos. Creo que a hallarse en la calle, el guapo fondista nos hubiera estrechado cordialmente la mano : su cara desmesurada, sus labios caidos, su enorme barriga, no anunciaban por cierto que fuera el rayo de la guerra ; pero delante de su mujer juzgó prudente ponerse furioso. Llevar la guerra al esterior era el único medio posible de mantener la paz en la plaza.

—¡ Que venga, pues, el famoso candidato ! esclamó con una voz ronca, que trataba en vano de hacer amenazadora ; ahí tengo a su disposicion un látigo para colgarlo.

—Muchas gracias, amigazo, le dijo Humbug en tono meloso : nos haríamos escrúpulo de privaros de ese mueble de familia.

Hénos allí riendo todos a carcajadas i huyendo de aquel antro de Polifemo ; pero nos habian cortado la retirada. En el zaguan de la casa, la matrona, tiesa como un centinela en su puesto, detuvo a Humbug, i temblando de cólera :

—¿ Sabeis quién soi ? le dijo.

—¿ Quién no os conoce i no os admira ? repuso Humbug volviéndose con fatuidad : sois una niñita encantadora, que no ha llegado todavía a la edad de la discrecion.

I esto dicho, saludó i salió, dejando a la digna matrona mas muda i mas tonta que la mujer de Loth despues de su última metamórfosis.

Pero estas no eran mas que escaramuzas; habia reuniones públicas en que se discutian los títulos de los candidatos, i era allí donde se libraba la batalla i se decidia la victoria. Era llegado el momento de separarnos, i era necesario que cada cual trabajase individualmente. A mí se me asignó el *Liceum*. Entré, pues, en aquella sala inmensa, invadida por una ajitada muchedumbre. Me conocieron, me llamaron, i todos los ojos se fijaron sobre mí. Sobrecojióme el miedo, i habria querido renunciar esa fatal candidatura que me esponia así al público. Pero, ai! era ya demasiado tarde.

Frente a mí, un hombre encaramado sobre una plataforma hablaba i jesticulaba con una estrema animacion; se le escuchaba en silencio, despues i de improviso se prorrumpia en hurras i esclamaciones terribles. Así es como se aplaude i se silba entre los sajones. Aquel tribuno popular, que sublevaba a su antojo las pasiones de la multitud, era el abogado del banquero Little, era Fox, nuestro enemigo.

Aunque maldijese al bribon, me era forzoso, sin embargo, reconocerle cierto talento de que él abusaba. Grave i chocarrero alternativamente, tenia tal modo de hacer el elojio de sus adversarios, que los ponia en ridículo, i tal otro de chancear con sus candidatos, que los enaltecia a los ojos de todos. Concluyó por hacer una rápida enumeracion de las riquezas que el banco reportaba a la América. Little se hizo entónces un Júpiter que caia en lluvia de oro en el seno de una nueva Dánae. A la voz del abogado, los ferrocarriles, los canales, los vapores vinieron a colocarse al rededor del banquero para formarle un cortejo electoral, en tanto que un ademan desdeñoso del perorador nos mostraba al lonjista ahogado en su melaza i embebido en la cuenta de sus sardinas i de sus bacalaos.—Amigos de la paz, esclamó al concluir, ¿nombraréis por jefe de la ciudad a este fabricante de fósforos químicos, cuya mercade-

ría sale a cuento en todos los incendios? Amigos de la libertad, ¿ elejiréis a ese vendedor de melazas, que alimenta a los esclavos del Sur i que quebrará mañana, si sus parroquianos, libertados por nuestro valor, le dejan en cuenta su mercadería envenenada? Nó! vosotros no descenderéis jamas a tal infamia. Por lo que hace a mí, yankee *pur sang*, amigo de la patria, orgulloso de todas nuestras glorias, ántes que dar mi voto a semejante hombre preferiria votar por.... Detúvose aquí, i frunciendo las cejas i bajando la voz agregó.... por aquel que en su compasion universal nuestras mujeres apellidan *un pobre ánjel caido;* no os diré su nombre.

Una tempestad de aplausos saludó al orador, que descendió de la plataforma recojiendo cumplimientos i promesas. Siempre hai en toda reunion un hato de necios que sigue balando al último que habla. Este triunfo no le bastó al traidor, sino que se dirijió directamente hácia mí, me tendió una mano, que yo no me atreví a rehusar, i me dijo con una voz que retumbó en toda la sala:—Doctor Smith, a vos os toca ahora; juego libre para todos es la divisa del yankee.

Me levanté sudando frio; se gritaba de todas partes: *escuchad! escuchad!* Este ruido, las miradas fijas en mí, el silencio que siguió, todo me hizo perder la cabeza: una nube bermeja pasó por mis ojos, la voz se me enredó en la garganta, todo mi cuerpo temblaba a los latidos de mi corazon. ¡Qué no hubiera dado por comprar la facundia de aquel miserable! tenia ideas mas nobles que las suyas, un patriotismo mas sincero; pero el abogado tenia la costumbre, la profesion; i yo, ciudadano de un pais libre, ni aun habia aprendido a hablar. Estaba vencido, i vencido ántes del combate.

Iba a accidentarme ya de cólera i de vergüenza, cuando de repente Enrique, mi hijo, que me veia palidecer, saltó a la plataforma e hizo señas de que queria hablar. El cuerpo

recto, la cabeza erguida, los piés cuadrados, la mano izquierda metida en el frac abotonado, saludó graciosamente con la derecha i aguardó que el tumulto se apaciguase.

—Es su hijo, es su hijo, murmuraron por todos lados; *Escuchad! escuchad!*— Cada cual miraba al muchacho con curiosidad: se hizo un profundo silencio, en que hubiera podido oirse volar una mosca.

—Ciudadanos i amigos, dijo Enrique con una voz clara i penetrante, no vengo yo a combatir al terrible Goliath del banquero Little; no porque me falten los guijarros, que bastantes ha arrojado el Filisteo a nuestro jardin; sino porque no tengo de David mas que la juventud, i no soi de fuerzas suficientes para medirme con ese adversario tan ejercitado. Solo trataré, pues, de defender a mi padre i a mi partido; estoi cierto que entre vuestros nobles corazones no hai uno solo que no diga: ese jóven tiene razon.

—*Escuchad! escuchad!* gritaron de todas partes; habla bien.

—El honorable sollicitor, continuó mi hijo cargando la voz en la primera palabra, no es aficionado a la especería. Esto me admira; gasta tanta salmuera, que no nos disgustaria el tenerle por parroquiano. Que nos la obsequie, nosotros le proporcionarémos de barato el azúcar que le falta; el azúcar corrije la bílis, i con la bílis alterada, vemos las cosas amarillas i somos injustos con los amigos i compañeros de armas.

No sé de dónde el caballerito de mi hijo habia sacado esta elocuencia de baja lei, que, sin embargo, era del gusto de la muchedumbre ignorante: reian, aplaudian, las mujeres ajitaban sus pañuelos, Enrique respondia con una sonrisa, la asamblea era suya.

—No hablaré mal de los banqueros, continuó mi tribuno de diez i seis años; los banqueros son como los dentistas: no conviene tenerlos por enemigos, quién sabe si mañana los necesitarémos! Pero ¿debemos por eso depositar

en sus manos los intereses de la ciudad? Recuerdo que mi abuela, una santa mujer del Connecticut, una nieta de nuestros padres los peregrinos, me repetia a menudo lo que ella habia oido de boca de sus virtuosos antepasados, que el banquero sostenia al Estado como la cuerda al ahorcado: estrangulándolo.

—¡Tres maldiciones para los banqueros! gritó una voz estridente, la voz de algun deudor perdido entre la multitud. Este grito tuvo eco; la sala tembló con aquellos ahullidos, que acariciaban mis oidos paternales como lo hubiera hecho una melodía de Beethoven.

—Mi abuela, continuó el muchacho excitado por los hurras, nos proponia enigmas para entretenernos en las noches de invierno al rededor del fogon. Si se metiesen en un mismo saco, nos decia, un banquero, un *sollicitor* i un sastre, i se sacase a la suerte, ¿qué saldria?

—Un ladron, repitieron veinte auditores complacidos de encontrar un recuerdo de infancia.

Enrique se acercó al borde de la plataforma, puso un dedo sobre su boca i dijo a media voz:

—Esa es la palabra de que se servia mi abuela; pero hoi se dice: saldria un millonario feliz.

—Por cierto, agregó, que no miro con malos ojos la fortuna, pues espero hacer carrera como cualquier hijo de vecino.

—I la harás aprisa, pequeño coloso, gritó una voz ronca que ajitó a la asamblea.

—Mostradme, añadió mi hijo alentado con tal sufrajio, mostradme una fortuna honorablemente adquirida, buques enviados a la India, a Terranova, a las Molucas, i saludaré en la persona de Green veinte años de trabajo, de cálculo i economía.... Pero, no me hableis de esas riquezas de azar, de esos millones ganados en un dia al juego, que son bienes del prójimo vaciados en el bolsillo de uno mas hábil. ¡Fortuna sin trabajo, fortuna sin honor! *Escuchad, escuchad!)*

I por otra parte, queridos conciudadanos, ¿es acaso la fortuna la que recompesais? No es el valor i la abnegacion? No es Green el noble capitan que ha entrado en una casa abrasada por el fuego para salvar a vuestra mujer o vuestra hija, quizá? El niño que mi padre arrancaba ayer de entre las llamas, ¿no lo habeis adoptado todos? Oh vosotras, que sois nuestra conciencia; vosotras, estrellas de nuestras almas, madres, esposas, hijas, hermanas, hablad, señoras: ¿por quién debemos votar? (*Escuchad, escuchad!*)

—Me gustan los hombres de bien que no temen entrar en el fuego, continuó mi jóven Graco, aunque no tenga ninguna aficion a los que en él viven eternamente. No me maravillo de que el *gentleman* cuyo nombre se calla, arrastre todas las simpatías de nuestros adversarios: es natural que el honorable Mr. Fox escoja su representante en su familia o en las de sus amigos; en cuanto a nosotros, que no tenemos parientes tan ricos, lo que necesitamos al frente de nuestros negocios comunes, es un hombre honrado. Este, no hai para qué ocultar su nombre, es el hijo de sus obras, es el nacido en nuestra comunidad, es Green!

—Viva Green! viva Smith! gritó todo el concurso arrebatado de emocion.—La victoria era nuestra.

En medio de aquella batahola, Enrique me buscaba con la vista. Iba a sustraerse de su gloria naciente, cuando un robusto cazador del Kentucky, uno de esos jigantes que se precian de ser mitad caballo i mitad cocodrilo, tomó a mi hijo en los brazos i le paseó al rededor de la sala. Hubo entónces tal tempestad de aplausos, que parecia iban a desplomarse las paredes. Todos los hombres estrechaban la mano del jóven prodijio, todas las mujeres le abrazaban. Queria yo gritar:—¡Yo soi su padre!—Pero por segunda vez se me helaron las palabras en la garganta, i suspiré diciendo en voz baja:—Ai! no ser yo mi señor hijo!

CAPITULO XIV.

VANITAS VANITATUM.

Cuando se hubo dispersado la muchedumbre, dilatando la gloria i el nombre del futuro Webster, abracé a mis anchas al orador i tomé en su compañía el camino de la casa. Corrido del papel mudo a que me habia condenado mi ridícula timidez, no pude resistir al deseo de picar al Ciceron en ciernes.

—Con que, bribonzuelo, le dije, ¿dónde has aprendido esa facilidad para charlar i ese aplomo incontrastable? Improvisar, declamar, enlazar la accion con la palabra, aquel arte perdido desde la antigüedad, ¿dónde te lo han enseñado?

—En la escuela, dijo mi hijo. Bien lo sabes, papá, tú que tantas veces me has hecho recitar mi *Enfield* (1). ¿Me mantenia derecho? No he levantado el brazo mas arriba de la cabeza? Te ha parecido bien?

—¿I parlotean como tú todos tus camaradas?

—Sin duda, papá. ¡Buenos ciudadanos fueran los de un pueblo de mudos! Hablar i accionar nos es tan indispensable como leer i escribir. No hai ninguno de nosotros que no haya de figurar en la sociedad, en el municipio, en el Estado. Miembros de un *meeting* o de una asociacion, electores, candidatos, majistrados, senadores, todos tendrémos necesidad de dirijirnos al público; por eso nos acostumbran a ello desde la escuela. Improvisar no es difícil,

---

(1) El *Enfield's speaker* es una coleccion de los mejores trozos de elocuencia i poesia en idioma ingles. En las escuelas de América se emplea para enseñar a los niños a recitar de memoria, o mas bien a declamar. La obra está precedida de un tratado sobre la mímica i sobre la accion, con láminas que representan la posicion del cuerpo, de la cabeza i de los brazos en cada pasion que se quiere espresar.



i es mui divertido. En los recreos nos entretenemos en discutir, i yo he pronunciado ya cien discursos a mis futuros electores. Pero la accion es mi fuerte. "La accion, dice Demóstenes, en mi *Enfield*, la accion! la accion!" Mírame, papá.

I héteme al tunantuelo paseándose i declamando no sé qué discurso de lord Chatham contra la guerra de América. Camina, se pára, levanta al cielo los ojos, junta las manos, adelanta un puño cerrado, se lleva un brazo al corazon, i concluye por colgárseme al cuello riendo a carcajadas; miéntras que yo, su padre, incapaz de decir una palabra i de mover un dedo, me quedaba confuso ante aquella perversidad precoz, fruto de una educacion malsana. Mi hijo no era un prodijio, sino simplemente un yankee adiestrado con demasiada habilidad.

—Desventurado muchacho! le dije; si te vas a la India, ¿para qué te ha de servir ese arte de histrion? Si fueses abogado, pase todavía.

—Algun dia lo seré, papá, respondió Enrique. Déjame ganar diez mil dollars por allá, i a mi vuelta, aprendo derecho i me asocio con un maestro esperimentado.

—I despues? pregunté asustado de aquella jóven ambicion.

—Despues, papá, haré que me nombren representante en el Estado de Massachusetts, donde llegaré a ser senador.

—I despues?

—Despues, papá, seré diputado al Congreso, i mas tarde senador de la Union.

—I despues?

—Despues, papá, seré ministro como Mr. Seward, o, si no puedo conseguirlo, seré presidente como Mr. Lincoln.

—I despues? esclamé, ocuparás sin duda el lugar de Lucifer; pues tienes toda la ambicion i orgullo de un demonio!

—Papá, repuso el muchacho sobresaltado con mis vivezas, todos mis camaradas piensan como yo. Siempre nos han dicho nuestros maestros que éramos la esperanza de la patria, i que la república tenia necesidad de nosotros. Entrar en la carrera pública, no es ambicion, sino deber. El ciudadano que sube mas arriba, es el que mejor sirve a su pais.

—Oh! qué paganos, qué paganos! esclamé; hé aquí que hemos vuelto a los escándalos de Aténas i Roma. El primer deber de un cristiano, señor, es mantenerse en su humildad, es huir de la política, es no entrometerse jamas en las cosas de su pais, a ménos que la autoridad le obligue a ello.

—Papá, no es eso lo que nos enseñan en el púlpito. El otro domingo nos citaban un papa, Pio VII, segun creo, que decia, cuando no era mas que obispo, es cierto: *Sed buenos cristianos, i seréis buenos republicanos.* Todas nuestras libertades nacen del Evanjelio. Sin cesar nos están repitiendo que la moral del Cristo lleva a la democracia, es decir a la igualdad fraternal i al respeto del menor de los individuos. ¿Qué quiere decir: *Amáos los unos a los otros,* sino que el mas fuerte debe amparar al mas débil con su fortuna, con sus consejos i su desprendimiento?

Tomé a Enrique por el brazo:

—Pobre niño cegado por tus insensatos maestros, mira, le dije, mira por donde va la democracia.

Adelante de nosotros caminaba, paso a paso, un hombre embutido en una capa de madera. En aquel cartelon ambulante se leia en grandes letras:

EL LINCE,

DIARIO DE LOS DEMOCRATAS.

CIUDADANOS!

¡ CUIDADO CON LOS INTRIGANTES I LOS NECIOS !

GREEN
SMITH } o el ridículo trio en trasparencia.
HUMBUG

—Dadme el *Lince*, dije a un vendedor de diarios.

—Tomad, señor, respondió el hombre en tono chocarrero; pero si quereis reiros, os aconsejo que compreis *el Sol* i la *Tribuna*, en que veréis zurrarle al *trio* lindamente.

Me bastaba con el *Lince*. Abrí aquel papel execrable, en que hacian hábilmente burla de Green i decian a Humbug verdades mui gordas: pero a mí, Dios mio, ¿ cómo me trataban ? Qué mentiras! qué insultos! qué de cosas tan abominables !

Estrujé entre las manos el miserable libelo, e iba a arrojarle al fango, donde debia estar, cuando en el umbral de mi casa encontré la cara de fiesta i la impertinente sonrisa de Humbug.

—Estais triunfante, señor diarista, dije metiéndole por las narices el *Lince*. ¡ Ved lo que son vuestras fiestas de elecciones, esas saturnales de la calumnia !

—La calumnia, dijo el hombre gordo encojiéndose de hombros, es como el sarampion, que cuando sale afuera, sanamos, i cuando se oculta, nos morimos.

—¡ Solo en vuestras democracias pueden imprimirse semejantes infamias !

—Ya lo creo ! respondió el sofista, que se complacia en

tomar al vuelo una nueva paradoja. En las monarquías del antiguo mundo, se guardan mucho de imprimir la calumnia, i la soplan al oido; lo que es un medio mas pérfido i mas seguro. No atacan de frente a los hombres, que en tal caso se defenderian: los asesinan por la espalda. Allí es donde reinan sin rival la intriga i la mentira, i donde el príncipe es la primera víctima de un veneno que él mismo impide exhalarse. *Summa petitlivor* (1). La calumnia, doctor, es el azote i el castigo del despotismo; al paso que en un pais libre es una picadura de abispa, en que no se piensa al otro dia.

—Señor filósofo, dije secamente, leed este diario; ahí se habla de vos.

—Razon mas para que no lo lea. Siempre el mismo tema, con ocho o diez sustantivos de epítetos pretensiosos, para variar el estribillo. ¿Teneis la audacia de no seguir a los dóciles carneros llevados por hábiles conductores? osais tener una opinion propia i una voluntad? sois un *orgulloso soñador* i un *ambicioso fanático*. ¿Decis a vuestros conciudadanos la verdad; quereis ilustrarlos sobre las condiciones de la libertad, precaverlos contra los peligros de la anarquía? sois un *infame aristócrata*, un *servil admirador de la pérfida Albion*. En otros términos, abrir al pueblo los ojos, es arruinar la industria de los conductores de ciegos i dejar en la calle a cierta jente honrada que rara vez perdona. ¿Hablais francamente, llamais por su nombre los abusos i a los que de ellos viven? sois un *adulador de la multitud* i un *cobarde demagogo*. Elojios irónicos, si nuestra candidatura anda mal; groseros i torpes insultos, si surje: tal es la eterna cantinela de los diarios i de los diaristas que no se respetan a sí propios. Estamos acostumbrados a ella como a la música de los or-

(1) La envidia busca las eminencias.

ganillos, i ella es la delicia de los envidiosos, de las comadres, de la pobre jente que tiene mal oido. Es menester induljencia con las pequeñas debilidades de la humanidad.

—Leed el artículo, repuse impacientado, i despues verémos hasta dónde llega vuestra longanimidad.

Cuando estuvimos en la sala, en que felizmente nos hallábamos solos, Humbug se puso a leer la injuriosa diatriba miéntras que Enrique salia en busca de noticias.

—Green no tiene de qué quejarse, dijo riendo el gordo diarista. Por la áspera manera de tratarle, es claro que sus bonos suben en el mercado. Tampoco van mal los mios. ***Falstaff desvergonzado*** es bonito; este ***Sileno envinado, a quien ni aun falta su asno cuando el doctor está junto a él***, es un rasgo de mitolojía que hace honor a la erudicion del escritor. Todo esto es el ***telum imbelle, sine ictu*** de un partido desesperado.

—¿Por qué no se impide que hablen esos miserables?

—Doctor, ¿habeis descubierto talvez la piedra filosofal? Saber de antemano lo que dirán los hombres, es un secreto que todavía se está buscando; el único medio de evitar el escándalo que os espanta, es amordazar a todo el mundo: remedio heroico que mata a los hombres para impedirles el vivir mal. ¿Es esa la medicina que practicais? Aquellos bribones, me diréis, están pagados para desempeñar un innoble oficio; abusan de la libertad, la prostituyen; concedido, pero este abuso nos preserva el uso de nuestros derechos. Hai señoritas que abusan del derecho de pasearse por la calle, ¿i por eso encerrarémos a nuestras mujeres en un harem? Hai hombres que se mueren de glotones o de ébrios, ¿i por eso nos sujetaréis al réjimen de Sancho en la ínsula Barataria? De miedo a un incendiario, ¿prohibiréis los eslabones i los fósforos? De miedo a un asesino, ¿nos quitaréis uno de los primeros derechos de los pueblos libres, el derecho de tener armas? Toda libertad trae consigo un abuso posible; lo mismo pasa con toda fuerza

i todo instrumento. Suprimir la libertad para prevenir el abuso, impedir el bien para impedir el mal, es someter a juicio a Dios mismo i convencerle de que no entendia palabra de la creacion.

—Si no podeis prevenir la calumnia, esclamé, reprimidla; inventad suplicios terribles; castigad al que me quita el honor como castigais al que me quita la vida.

—Teneis abiertos los tribunales, respondió Humbug, pero el desprecio es una justicia mas pronta i mas segura. Los electores os vengarán mañana de los insultos de hoi. ¿Es verdad, por otra parte, que nos hayan calumniado? Por lo que hace a mí, no me siento herido.

—No sé lo que teneis en las venas, dije arrancándole el diario de las manos. Escuchad cómo se atreve un cobarde anónimo a tratar a un hombre de mi posicion i de mi edad; despues os enseñaré cómo se castigan semejantes infamias.

I con voz trémula de cólera leí lo que sigue:

"El doctor es un solemne tonto. Es un tonto de nacimiento a quien treinta años de estudios han hecho mas tonto todavía; no le faltaba mas que un grano de ambicion para perder el poco seso que le ha dejado el trabajo. Conocida es la manía de este pobre hombre, que no vé mas arriba de sus narices. Estúpido admirador del pasado, su ideal es la vieja Europa; para él no hai nada hermoso, sino aquellas sociedades decrépitas en que la tradicion romana, o el despotismo de la administracion, ahoga toda independencia i toda vida. El sábio Smith, la gloria de veinte academias desconocidas, es uno de esos medrosos que el dia de la creacion habria esclamado: "Dios mio, detenéos; vais a molestar al Cáos!" Se asemeja a ciertos conductores de ferrocarriles, que vuelven la espalda al tren que los lleva. No vé, no admira mas que lo que huye i desaparece en las sombras del pasado; no sabe que a sus espaldas se levanta un sol i un mundo nuevo: el reinado del individuo, el triunfo de la libertad. Quédese semejante momia en su gabinete de curiosidades, para recibir la adoracion de los papamoscas, que nosotros no irémos allá a perturbarlo; pero, en el medio dia de la vida pública, ¿qué harian esos ojos apagados, esa boca muda, ese brazo imbécil? Lo que necesita nuestra jóven i gloriosa república, son hombres de nuestra época, banqueros que hagan adelantar la civilizacion creando todos los dias empresas i acciones nuevas, oradores que nos guien hácia los magníficos destinos que el porvenir nos reserva. Dejemos a los muertos sepultar los muertos; vengan a nosotros los corazones que se abren a todas las grandes aspiraciones sociales, las cabezas que bullen con las cuestiones palpitantes de actualidad. ¡Voten los necios i los poltrones por sus

viejos ídolos, que nuestros candidatos son hombres que la Europa nos envidia, el hábil i jeneroso banquero Little, el elocuente i célebre abogado Fox!

"Mañana la voz del pueblo, surjiendo del escrutinio, como el trueno que sale de la nube, proclamará por toda la América la victoria de los elejidos de la Democracia. Viva Little! Viva Fox!»

—Bravo! dijo Humbug; estais conmovido, doctor. Hé ahí un lindo trozo, en que no se ataca en nada nuestro carácter; algunas burlas un poco pesadas, es verdad; pero al mismo tiempo intencion, númen, finura, observacion, sin hablar del estilo de moda. El mozo que ha escrito ese artículo, no es un imbécil.

—Acompañadme a la oficina del *Lince*, dije a mi turno; ya veréis cómo abofetea un solemne tonto a un mozo de talento, que necesita mucho semejante leccion.

—Estais loco? esclamó el hombre gordo poniéndose en pié de un salto. Si cualquier otro que yo os oyera, se os obligaria a dar una fianza de diez mil dollars, o se os mandaria a la penitenciaria. ¿Nos tomais por Pieles-Rojas? sois cristiano? En las soledades de Arkansas es donde los furiosos discuten con el revólver en la mano; en el Massachusetts no hai mas venganza que la de la lei. En un pueblo civilizado se habla mucho i se disputa apasionadamente, pero no asesinamos a un rival, ni tampoco nos batimos con él.

—Salvajes! esclamé, que no conoceis siquiera el punto de honor.

—Vos sois el salvaje! repuso Humbug riendo. En verdad, doctor, la sangría os pone feroz. Matar a los hombres o hacerse matar por ellos, ¿de qué puede eso servir a la causa de la justicia i de la razon? Un duelo no aprovecha mas que al médico o al sepulturero.

—¿Qué haceis entónces, señor, cuando se os insulta cobardemente por un libelista?

—Mi querido doctor, respondió aquel candidato sin vergüenza; repito en voz mui baja o mui alta un proverbio

turco, cuya profunda sabiduría os recomiendo: ***Quien se detiene a tirar piedras a todos los perros que le siguen con sus ladridos, no llegará nunca al fin de su viaje.*** Ahora, voi a atender a mi eleccion i a la vuestra; haced otro tanto por vuestro lado, i olvidaréis mui luego el ***Lince*** i su retórica.

Tu ne cede malis, sed contra audentior ito (1).

Adios.

CAPITULO XV.

UN RECUERDO DE LA PATRIA AUSENTE.

La llegada de mi mujer i de mis hijos mitigó mi mal humor, pues traian buenas noticias. Alfredo i Enrique habian recorrido todas las asambleas i recojido en todas partes promesas i aplausos; Jenny i Susana habian visto a todas sus amigas. Doscientas damas, las mas importantes de la ciudad, llevaban al cuello un medallon con mi fotografía; teníamos asegurada la eleccion.

La alegría de nuestra modesta comida acabo de cicatrizarme las heridas. No teníamos todos mas que un corazon i un alma. Mi Jenny estaba mas animada que en el bautismo de su primojénito. Siempre he observado que las mujeres son naturalmente ambiciosas; un marido jóven i hermoso, pero que no es nada, nunca tendrá el arte de agradarlas mucho tiempo; un marido viejo recibirá de ellas la mas dulce sonrisa si la fortuna o la gloria corona sus canas. Cuando el amor se junta a esta ambicion lejítima, la mujer llega a ser entónces, en toda la belleza de la espresion, nuestra verdadera mitad. Se vive, se piensa, se sueña a la

---

(1) No cedas al infortunio, ántes bien arróstralo con mas entereza.



par; se realiza sobre la tierra la felicidad completa; felicidad casi desconocida en Francia, donde la moda prohibe a las mujeres los gustos sérios, las pasiones jenerosas; felicidad comun en los Estados-Unidos, donde la opinion convida a las mujeres a tomar partido. Susana se mostraba aun mas ardorosa que su madre; ¡era mi sangre! no hablaba de otra cosa que de mi eleccion. Verdad es que habia convertido a Alfredo en uno de mis grandes electores; ocuparse en mí, era ocuparse en él.

Por la noche hubo una nueva manifestacion electoral. Todos los bomberos, de gran parada i cada uno con una antorcha en la mano, desfilaron por debajo de mis ventanas, encabezados por la música. Los jóvenes de la ciudad, vestidos de uniforme i trajes variados, los acompañaban con largas varas coronadas de faroles chinescos. En medio del cortejo, un inmenso estandarte con un transparente iluminado enseñaba a la muchedumbre absorta dos figuras a manera de diablos negros que salian de las llamas con líos blancos. El nombre de Green i de Smith, escrito al pié de las figuras, daba un sentido humano a aquella escena infernal, que era aplaudida a su tránsito. La mujer i el niño a quienes habíamos salvado, eran conducidos en un carruaje tirado por cuatro caballos blancos i todo adornado de faroles e inscripciones. Era aquella una marcha triunfal, una procesion digna de los buenos dias de Eléusis. De todos lados partian los gritos, los bravos, i tambien a veces algunas imprecaciones, apagadas al punto por los hurras. La oposicion estaba vencida i puesta en derrota con la belleza de nuestras invenciones. A Little le era difícil rivalizar con nuestras maravillas. ¿Qué podia pasear por las calles? Accionistas arruinados? No se cautiva a un pueblo con el espectáculo de todos los dias.

A las diez, Jenny nos leyó la Biblia. Habíamos quedado en el quinto capítulo de Daniel, es decir en la historia del rei Baltasar i de la mano vengadora que escribió en la

pared la sentencia de muerte : *Mane, Thecel, Phares.* Se le presentaba así a Marta una buena ocasion de profetizar, que no desperdició. De grado o por fuerza, me comparó con Nabucodonosor, i me condenó *a vivir con los asnos salvajes, i a comer la yerba de los campos como un buei,* si olvidaba jamás que el Altísimo tiene sobre los hombres un poder soberano, i sienta en el trono a quien mejor le place. La leccion me parecia un poco dura para un futuro inspector de calles ; pero quizá no es preciso ser rei para tener el orgullo i la insolencia de Nabucodonosor. ¿Quién sabe si los empleados inferiores de Asiria no eran ya mas impertinentes que su magnífico soberano ?

Aunque me burlé de la sibila, estaba sin embargo afectado con aquella candidatura, i demasiado afectado para poder conciliar el sueño. Así, luego que subí a mi dormitorio, cargué una pipa con excelente tabaco de Virjinia, i sentándome cerca de la ventana, traté de adormecer mis sentidos ajitados.

La calle estaba desierta : la luna, alumbrando con su pálida luz las casas mudas i cerradas, aumentaba el misterio i la calma de la noche ; todo dormia a lo léjos ; todo callaba. El único ruido que turbaba aquel silencio universal, o ántes bien que lo hacia sentir mejor, era el tictac de un *cuclillo* colocado a los piés de mi cama. Mecido por aquel canto monótono, aletargado por el humo del tabaco, dejaba correr mis imajinaciones, cuando de repente se animó el reloj. El rechinar de las poleas, el jemir de las ruedas i de las cuerdas anunció que iba a dar la hora. Me levanté para admirar aquella obra maestra de relojería jermánica. Al acercarme, un gallo de madera pintada, encaramado arriba del *cuclillo,* batió las alas i despidió tres gritos agudos. Abajo del gallo se abrió bruscamente una puerta, que me dejó ver a Paris, el Sena i el Hotel de Ville en 1830. La-Fayette, con peluca rubia, con fraque azul, con pantalones blancos, abrazaba a un tiempo a un infante,

a un jendarme i una bandera tricolor en que se leia en letras de oro: LIBERTAD, ORDEN PUBLICO. Once veces sonó el reloj, i otras tantas el bravo La-Fayette movió la cabeza i ajitó su bandera; en seguida se cerró la puerta, el gallo frances sacudió las alas, gritó mas agudamente que ántes, i la vision desapareció.

Aquel recuerdo perdido, aquella divisa olvidada hacia largo tiempo, despertaron los sueños dorados de mi juventud. ¡Cómo palpitaba nuestro corazon en 1830! Pobres ignorantes! no sabíamos entónces que la libertad, como todas las queridas, arruina i traiciona a los que la aman. *Libertad, órden público,* palabras terribles: *Mane, Thecel, Phares* de los tiempos modernos! He ahí el enigma que cada quince años propone a la Francia la esfinje de las revoluciones, siempre pronta para devorar al Edipo que no adivina. *Libertad, órden público,* parece que fueran dos enemigos mortales, que alternativamente vencedores i vencidos, se libran una batalla sin término, que debe decidir de nuestra suerte. Tal dia triunfa la libertad, el cielo resuena de alegría i esperanza, pero debajo de la máscara de aquella divinidad serena, la que triunfa es la anarquía, arrastrando en pos de sí la guerra civil, atacando todos los derechos, amagando todos los intereses, haciendo retroceder de horror a un pueblo espantado. Al dia siguiente, el que se instala es el órden público, con el sable en la mano: dando paz, imponiendo silencio, destrozando a poco andar toda valla, i rodando por su propio peso al abismo en que cae todo poder que no es aconsejado ni contenido por nada. ¿De dónde procede ese perpétuo naufrajio? De dónde nace que de setenta años acá un pueblo honrado, valiente, injenioso, no edifique sino ruinas, siempre descontento, siempre engañado?

¿Cómo es que en los Estados-Unidos, donde la libertad trastorna todas las cabezas, donde nadie habla de órden público, jamas se altera la paz interior? En esta democra-

cia turbulenta, en esta muchedumbre entregada a sus propios impulsos, sin policía i sin jendarmes, ¿por qué no hai ni asonadas ni revoluciones? La América no tiene como nosotros cien mil funcionarios alineados en batalla, una administracion admirable que todo lo ordena, todo lo previene, todo lo dirije, todo lo reglamenta; no tiene delante de esta organizacion compacta, un pueblo dócil, subordinado, impedido, dirijido, reglamentado, i sin embargo prospera i está tranquila. La libertad, garantida en su pleno ejercicio por la lei, castigada en sus excesos por la justicia, hé ahí el órden público para los Americanos. Su espíritu estrecho no se ha levantado jamas hasta la centralizacion tutelar que constituye nuestra unidad i nuestra gloria. En este pueblo primitivo, no se ha separado de la libertad el órden público, no se le ha personificado, no se le ha rodeado, de formidables baluartes i de cañones siempre cargados. Aquí no existe ni administracion jerárquica, ni policía preventiva, ni ordenanzas, ni funcionarios inviolables, ni tribunales privilejiados. Nada de aquella sábia mecánica que, entre las naciones civilizadas, destroza toda resistencia i reduce a polvo a todo individuo. La lei omnipotente, el ciudadano dueño responsable de sus acciones, el funcionario reducido al derecho comun, la administracion sujeta a la jurisdiccion de los tribunales, el juez único intérprete de la lei, hé ahí todo el sistema. Es sencillo hasta lo ridículo. Nada mas que leyes i jueces en este embrion de gobierno, i sin embargo dondequiera la paz, i dondequiera la riqueza. Curiosa burla de la fortuna que todavía no han esplicado nuestros grandes políticos. ¿Cómo es que ya no se ha probado a los Americanos que son felices contra todas las reglas, i que deben envidiarnos nuestras revoluciones?

Con estas buenas reflexiones, me quedé dormido.

No sé cuanto tiempo haria que estaba dormido, cuando sentí que una mano vigorosa me sacudia bruscamente. Cerca de mí, junto a mi cama, estaba un cabo de jendarmes.

Su vista me causó satisfaccion. Un jendarme! Me hallaba en Francia, volvia a encontrar la patria.

—Arriba, arriba, señor Lefebvre, me gritó el cabo con un acento gascon que olia a ajos desde una legua.

Me acerqué a mirar a aquel amable mensajero; no me era desconocida su fisonomía. Aquella mirada, aquella voz, aquella risa sardónica, eran el terrible espiritado, Jonathan Dream, mi enemigo. A la vista de semejante traidor, mi alegría se convirtió en espanto.

—Quién sois? Qué quereis? pregunté. Con qué derecho entrais de noche en casa de un ciudadano pacífico? Mi morada es mi fortaleza.

—Silencio, paisano, respondió el jendarme. No vayamos a tener la sinrazon de razonar con la autoridad que no razona porque siempre tiene razon.

Así diciendo, abrió la cartuchera i sacó una mano de papel sellado.

—Número uno, dijo. Al señor Lefebvre: hablando a su persona, o a la que se dice tal. Por haber tenido la impudencia de criticar en un papel público a la autoridad municipal, con motivo del empedrado de la calle: una amonestacion, sin perjuicio de lo que venga despues.

—Eso es intolerable, esclamé. En vez de amonestarme, la autoridad procederia mejor dándome escusas i cambiando el empedrado.

—Silencio, paisano, repuso el soldado. Como particular, no niego que el empedrado sea inferior, pues acabo de levantar dos cabalgaduras que habian caido en frente de la puerta; pero como jendarme, declaro vuestra queja tan indiscreta como intempestiva. Si mi coronel me dijiese: *Cabo, mañana será de noche al medio dia*, responderia yo: *Bueno, coronel*, i pondria arrestado al primer pilluelo a quien le ocurriese ver claro. La consigna dice que el empedrado está bueno; de consiguiente debe estar bueno, i solo algu-

nos malévolos por culpable malicia pueden ir allí a romperse una pierna.

—Cómo! dije indignado, ¿no tengo derecho para criticar a la autoridad que no llena su deber?

—Al contrario, paisano, repuso el cabo, quejáos; la autoridad francesa no tiene a mal que la censuren; pero es preciso ser cortés con ella. Vos no le habeis pedido permiso para criticarla. Habeis sido grosero, mi amigo.

—Valiente jendarme, yo os respeto, pero razonais como una cartuchera. A lo que supongo, la autoridad se ha hecho para nosotros, i no nosotros para la autoridad.

—Grandísima equivocacion, amigo, repuso el jendarme con un jesto de desprecio que me exasperó. Los que obedecen se han hecho para los que mandan; los que mandan no se han hecho para los que obedecen.

—Pero nosotros somos la Francia, somos el pais.

—El pais, amigo, dijo el impasible cabo, se compone de los mariscales, jenerales, coroneles, capitanes, tenientes, prefectos, maires, i otras casacas bordadas que respeto; el resto es un hato de conscritos i contribuyentes que deben obedecer i callar......

—*Sin murmurar*, ¿no es así? siempre la misma tonada. Ah! si poseyésemos la justicia!

—No poseeríais la administracion, paisano; seriais un Iroqués, como los ingleses i otros caníbales que hacen lo que quieren. No tendriais el honor de ser un civilizado i un francés.

—Número dos, continuó. Al señor Lefebvre, por haber tenido la audacia de pasear de puerta en puerta su triste persona: intimacion del señor prefecto, que le destituye de sus funciones gratuitas de miembro de la oficina de beneficencia, sin perjuicio de lo que venga despues.

—Toda candidatura es libre, esclamé.

—Sin duda que es libre, respondió el jendarme, pero con autorizacion de la autoridad.

—Número tres. Al supradicho Lefebvre, por haber distribuido, o mandado distribuir boletines electorales con su nombre, o el de ciertos *quidams* igualmente desconocidos i escandalosos: intimacion de comparecer de hoi en ocho dias ante los señores presidente i jueces que componen el tribunal de policía correccional, a fin de que por el supradicho Lefebvre se responda a la acusacion de distribucion de impresos no autorizados.

—¿Con que no puedo distribuir a mis electores el boletin que lleva mi nombre?

—Todo lo podeis, amigo, respondió el cabo, pero con autorizacion de la autoridad. Vaya, vaya! creeis que la autoridad protectora i tutelar deba dejar a los papanatas hacer una necedad que dejeneraria en oposicion? Si yo fuese el gobierno, os pondria en una jaula por de pronto.

—Número cuatro. Al supradicho Lefebvre, por haberse juntado públicamente con una banda de *quidams*, reunidos en una que se dice asamblea electoral, lo que constituye un club, sino es tambien una sociedad secreta, intimacion de comparecer ante el supradicho tribunal, para verse condenar, a virtud del artículo 291 del Código penal, a la pena de prision, sin perjuicio de lo que venga despues.

—Número cinco. Al supradicho Lefebvre, por haber incitado a su hijo menor a pronunciar en el supradicho club un discurso incendiario contra la honorable i discreta persona de M. Petit, candidato de la autoridad, intimacion de comparecer ante el supradicho tribunal, como fautor, cómplice, i ademas como civilmente responsable del supradicho delito, sin perjuicio de lo que venga despues.

—Cómo! no tengo derecho para reunir a mis electores, i ellos no tienen derecho para saber lo que piensa su representante?

—Tienen toda especie de derechos, amigo, respondió el cabo, pero siempre con autorizacion de la autoridad. ¡Lin-

da cosa que en un cuartel se dejase a los soldados reunirse i gritar sin permiso!

—Pero nosotros no estamos en un cuartel.

—A preguntas nécias, oido sordo, repuso el jendarme. Sin embargo, paisano, quiero llevar mi condescendencia hasta ilustrar vuestra profunda ignorancia. Todo frances ha nacido soldado, i destinado para aguardar el santo i la seña. Mientras mas se le manda, mas contento se siente. No hai que turbar la obediencia, que orijina su alegría. Si yo fuese gobierno, ahorcaria por de pronto a todos los habladores.

—Número seis. Al supradicho Lefebvre, por haber cubierto o dejado cubrir las paredes con carteles insignificantes i criminales; *item*, por haber organizado o dejado organizar una procesion revolucionaria i preparado una asonada impertinente, que habria estallado sin las precauciones i vijilancia de la policía, que siempre tiene el ojo alerta, intimacion de comparecer ante el supradicho tribunal, para verse i oirse condenar a las penas establecidas por la lei, sin perjucio de lo que venga despues.

—Por piedad, cabo, esclamé, por piedad, señor jendarme! soi víctima de un error. Sin duda que en Francia seria un gran culpable; pero estamos en América, i soi inocente. Lo que en Francia es un crímen, es un derecho en los Estados-Unidos.

—Dejáos de piedades, respondió el inflexible jendarme sacando de la faltriquera algo que se parecia a esposas. Como particular, me envanezco de no tener insensible el corazon, pero en este momento soi el órgano de la lei.

—Entónces la lei es una fanfarronada.

—Silencio, rebelde; ya se ha hablado bastante. Quien los oyera creeria que son todos inocentes como el niño recien nacido. Inocente o nó, paisano, sospecho que sois sospechoso; i por precaucion, te aseguro.

Así diciendo, me apretó el brazo con tal fuerza, que despedí un grito de dolor. Aquel grito me despertó. Gracias a Dios, estaba soñando!

Para desechar la abominable pesadilla encendí el gas. Qué horror! en el fondo de la cama divisé la sombra de un brazo amenazador, i aquel tricornio, i aquel pompon que hace palidecer a los mas osados.

Helado, con el corazon trémulo, me quedé inmóvil como un criminal que espera la sentencia de muerte. En aquel instante cantó el gallo del cuclillo, el gallo que ahuyenta los espíritus malignos de la noche; me volví a la pared i.... solté una carcajada. Aquel brazo que me espantaba, era el mio; aquel tricornio no era mas que la sombra de algunos cabellos espeluznados; aquel terrible pompon, en fin, era la mecha de mi.... No concluiré por respeto al pudor de mis lectoras.

Apagué la luz, i volviéndome a echar en la cama:

—¡Oh jendarme, esclamé, guapo i leal soldado, corazon sencillo i jeneroso, nadie mejor que tú representa el órden público en un pueblo que solo concibe la autoridad con uniforme, i la paz con una espada en la mano! Terror del mendigo i del vagamundo, remordimiento del cazador furtivo, conciencia del hostelero i del mercader de vino, relijion i moral del vulgo, brazo derecho del señor maire, órgano del señor prefecto, ¡oh jendarme! yo te respeto i te amo, pero escusa las temeridades de mi fantasía; querria que algun dia la miseria dejase de ser un crímen; querria que la policía no impidiese el bien, que superabunda, por prevenir el mal, que no es mas que la escepcion; querria que la libertad, devuelta a todos los ciudadanos, desterrase de nuestras leyes delitos que no lo son; querria finalmenmente (¡oh ministro de la autoridad, no te encojas de hombros!), querria que sola la justicia te diese órdenes, i que tu mision vengadora se limitase a perseguir bribones i a arrestar malvados denunciados legalmente! Bien sé, oh mi ca-

bo! cuánto te hará sonreir esta utopia americana, pero la lego al siglo vijésimo primero, como el pensamiento que algun dia ha de inmortalizar mi nombre. Para entónces pido que en mi ciudad natal, en medio de la plaza que reemplace mi calle i mi casa, se me levante un busto imajinario sobre una fuente sin agua, i que se grabe en él la inscripcion siguiente :

AL SOÑADOR

QUE

EN 1862

PEDIA QUE LA JUSTICIA

TUVIESE SOLA

EL DERECHO DE ARRESTAR A LOS CIUDADANOS

I SOLO A VIRTUD DE DENUNCIA LEGAL,

LA JENDARMERIA RECONOCIDA.

14 DE JULIO DE 2089.

I lego mi última pieza de cinco francos a la Academia de inscripciones i bellas letras, con los intereses capitalizados durante dos siglos, a fin de que redacte en hebreo, copto, sanscrito i ciriaco una idea que el frances, nacido maligno, no ha comprendido jamas, i que su lengua es impotente para espresar : ***Sub lege libertas.***

CAPITULO XVI.

LA ELECCION.—EL SABADO.

Llegó por fin, llegó aquel famoso dia sabado 5 de abril, que debia convertir a un parisiense de la Chaussée d'Antin en un miembro de la administracion municipal de Paris en Massachusetts. A las siete de la mañana, con un tiem-

po espléndido, se abrieron ciento veinte votaciones en medio de una calma solemne. A la puerta de cada oficina se veian dos largas filas de electores, que con una decision i paciencia peculiares del sajon, aguardaban el momento de ejercer su derecho soberano. Habian cesado las disputas; los enemigos de la víspera cambiaban chanzonetas i apretones de mano. Cada cual se inclinaba anticipadamente ante el fallo de la mayoría, sin perjuicio de tomar desquite al cabo de un año.

A las doce del dia, el escrutinio estaba hecho, proclamada la eleccion. Green reunió 116,735 sufrajios por 78,622 dados a Little. Humbug obtuvo 146,327 votos, miéntras que el desventurado Fox no alcanzó mas que 18,124; finalmente, a pesar de algunos boletines contestados por escrutadores envidiosos, fuí yo elejido por 199,999 sufrajios. Jamás inspector alguno de calles habia sido proclamado por una mayoría mas imponente. Esto produjo grande efecto en el Massachusetts, i mayor todavía en Inglaterra. Como el precio de los algodones acababa de subir, el *Times* declaró que los yanquees eran unos salvajes que no hacian elecciones mas que a pistoletazos, i dedujo de ahí que la democracia era ingobernable. El viejo Pam volvió sobre el mismo tema en el parlamento: probó a los ingleses que eran el primer pueblo de la tierra, i que por carecer de una aristocracia hereditaria, Jonathan no le llegaba a los talones a John Bull, verdad un poco dura, que el buen John Bull dijirió con su acostumbrada modestia, votando su mas alto presupuesto.

El amable Truth fué quien me anunció mi nombramiento; sentia mucho, me dijo, no anunciar al público aquella buena noticia, pero la víspera habia vendido su diario a Mr. Eujenio Rose, i se retiraba de la política.

—Haceis bien, le dije. Descansad, i por mucho tiempo, que lo necesitáis.

—Descansar no es una palabra americana, me respondió

con su apacible sonrisa. Jóven o viejo, enfermo o en buena salud, un yankee trabaja hasta la muerte: tal es el deber del hombre i del cristiano. He seguido el consejo de Humbug, volviendo a los estudios i a las aficiones de mi juventud. La iglesia congregacionalista de la calle de las Acacias me ha ofrecido que sea su pastor; lo que he aceptado. Mañana empiezo a ejercer mis funciones.

—Diarista ayer, pastor mañana, sois un hombre universal; cambiais de profesion como de camisa. ¿Qué seréis dentro de seis meses?

—Lo que Dios disponga, respondió el nuevo ministro. Si estuviese aquí Humbug, que ha sido alternativamente plantador en el Oeste, soldado en Méjico, abogado en Filadelfia, diarista en Paris, i que será mañana majistrado, os responderia con una de sus citas favoritas:

Homo sum, humani nihil a me alienum puto.

Vos mismo, doctor, érais sabio en dias pasados, bombero anteayer, ayer candidato, ahora sois inspector de calles; el lúnes seréis médico. Parece que cambiais de papel con bastante facilidad. Esa es una de las grandes virtudes de nuestro hermoso pais. En la vieja Europa los individuos nacen i mueren metidos en la piel de un personaje de comedia. Toda la vida son soldados, jueces, abogados, mercaderes, fabricantes; jamás son hombres. No tienen mas que las ideas estrechas i las preocupaciones de su oficio. Aquí, importa poco la profesion, que es como un sobretodo que nos ponemos o quitamos segun las ocasiones; somos hombres ante todo i en todas partes. Ahí es donde está la raiz de esa igualdad que constituye nuestra gloria i nuestra fuerza. Clay era un molinero del Kentucky, Douglas i Lincoln colonos del Illinois, el jeneral Banks, el *muchacho de las canillas de devanar*, un embalador de algodon; todos han llegado a ser hombres, porque han trabajado i sufrido.

Quien no se las ha tenido con la vida, no sabe lo que ésta vale. La lucha contra las cosas trae la educacion de la voluntad i la sensatez del corazon. La aristocracia producirá almas delicadas, refinadas, enfermizas; el imperio del mundo pertenece a los advenedizos. El porvenir es nuestro!

—Truth, predicais a las mil maravillas. Cuando estais hablando, siento que teneis razon; pero, cuando os habeis alejado i concentro mis recuerdos, vuestras teorías me dan miedo. Si tuviese la debilidad de prestaros oido, me haríais desaprender cuanto mis maestros me han enseñado. Eso no obsta para que vayámos mañana a oiros. Un simple cristiano hablando a sus hermanos i esponiéndoles el Evanjelio en el lenguaje de todos los dias, debe de ser una cosa curiosa. No puedo imajinarme el cristianismo republicano.

A tiempo que me dejaba Truth, vinieron a buscarme para instalarme en mi nuevo cargo. Jenny, Susana, Alfredo i yo montamos en un bonito coche con Marta, que sin duda estaba empeñada en vijilar mi orgullo; Enrique se sentó junto al cochero, Zambo se encaramó en la trasera del carruaje; dos vigorosos trotones, cuales no se ven mas que en América, nos llevaron a Montmorency, punto estremo de mi jurisdiccion. Fué preciso detenerse mas de una vez; cada caminero estaba en su puesto, aguardando al nuevo jefe; espresé a aquella honrada jente mi benevolencia, miéntras que mi mujer i mi hija prodigaban sus mas graciosas sonrisas. Habíamos nacido para príncipes. Lo único que me contrarió, fué encontrar barreras de trecho en trecho. Reconocí en ello la mezquindad democrática que hace pagar el servicio a quienes éste aprovecha, para exonerar en proporcion a los que de él no hacen uso; me prometí correjir tal abuso, desconocido de la vieja Europa, i establecer por dondequiera una triunfante igualdad. Por lo demas, mi enfado no resistió a los magníficos ramilletes que los recaudadores de las barreras i los principales camineros presentaban a Jenny i a Susana. El carruaje era

un canastillo ; desaparecíamos en medio de las flores. Nos dirijieron harengas como a reyes. Algunos pobres hombres, que de seguro no sabian hebreo, no se olvidaron de comparar a mi Susana con el lirio de los campos. Jenny, ruborizada de placer, parecia una rosa abierta. En cuanto a Marta, era una peonía ; se hubiera creido que iba a brotar sangre de sus mejillas carmesíes. Resollaba como un buei al estremo del surco. ¡ Oh mujeres, vuestro verdadero nombre es vanidad ! Por lo que hace a mí, muellemente recostado en un rincon del carruaje, me dejaba embriagar por aquellos vapores de la popularidad naciente ; pero, en Dios i en conciencia, me parecian admirables los caminos ; daba al diablo el miserable rocin que la ante-víspera habia tropezado en un empedrado atendido por camineros tan corteses.

Al llegar a Montmorency, el cochero, sin haber recibido órdenes, nos llevó derecho al hotel de la Rose, a casa de Seth, el cuácaro posadero. Alfredo i Susana no encontraron gracia con aquel amigo de la hermosa juventud. En vez de tratarnos como enamorados, nos hizo pagar el doble por una mui mala comida. Reclamé ; pero, a su codicia natural, el hermano Seth unia el mas insoportable de los vicios que trae la civilizacion : el tuno era economista. Me pronunció un sermon en tres partes, para demostrarme que vivir bien i barato era miseria de los pueblos sin comercio i sin industria, al paso que la carestía es señal de la civilizacion mas adelantada ; pues la poblacion disminuye la oferta, i la riqueza aumenta la demanda. Habia de llegar un dia en que el último de los Rothschild fuese el único que tuviese con que pagar un huevo : aquel dia señalaria el apojeo de la prosperidad universal. Para economizar siquiera palabras i tiempo, hube de pagar. Dios me libre de discutir con fanáticos que no tienen mas que una idea. Conozco a tales peregrinos. La Francia, sus arsenales, su marina, sus ejércitos, su gloria, sus derechos, todo

se lo entregarian al Gran Turco, si éste les prometiese en cambio la libertad.... de las carnes muertas.

Eran las cuatro cuando nuestra caravana se puso en marcha para volver a Paris. Con gran sorpresa mia, cerraban con barras de fierro las puertas i ventanas de la posada, como si en la casa hubiese duelo. Ello era una manera singular de celebrar la aproximacion del domingo; pero en este pais, hecho al reves de los demas, es cordura no maravillarse de nada. El amigo Seth venia a la ciudad con nosotros; montaba un gran caballo a que hacia sombra con su ancho sombrero. A su lado, sobre una yegua tordilla, de grueso cuello, trotaba Marta, erguida, alta, tiesa i majestuosa como un carabinero. Eran dos precursores que iban delante de nosotros para anunciar a todos los transeuntes nuestra entrada triunfal.

En la primer barrera, encontré al pacífico cuácaro en disputa con el recaudador.

—Os digo, gritaba este último, que no pasaréis ántes de haber pagado el derecho. Sois dos; necesito veinticuatro centavos, i no doce.

—Amigo, respondia el posadero, haces mal en calentarte la sangre; eso no es propio ni de un hombre razonable, ni de un cristiano. Mira tu tarifa, no me pidas mas de lo que la lei te permite cobrar, pues de otra manera incurririas en el crímen de concusion.

—Aquí está la tarifa, repuso furioso el peajero; leedla vos mismo, charlatan insoportable! Ocho centavos por caballo, cuatro centavos por hombre; ¿no está claro?

—Mui claro, dijo el cuácaro; i tomo a estas respetables personas por testigos de que te he pagado tus doce centavos.

—I aquella mujer, dijo el recaudador señalando a Marta, que iba trotando adelante.

—I bien, repuso Seth con su imperturbable gravedad,

aquella mujer no es un hombre, su yegua no es un caballo, luego no te debe nada.

I sobre esto partió al galope, dejando pasmado al peajero.

—Creo, dije al recaudador, que iréis a poner demanda contra ese impudente.

—Nó, señor inspector, seria causa perdida. El tal es un bribon redomado que haria pasar un carruaje con cuatro caballos por medio de nuestras leyes, sin caer nunca en el garlito. Tiene en su abono la letra de la tarifa.

—El espíritu de la lei le condena, repuse; su pretension es absurda.

—Entre nosotros, señor, respondió el pobre hombre, la lei no tiene espíritu. No se conoce mas que el testo. Dicen que si el juez interpretase la lei, seria lejislador; que el derecho i el honor de los ciudadanos dejarian de tener garantía.

—¡Ignorantes! esclamé. ¿Entónces no han aprendido el *a*, *b*, *c* de toda lejislacion? Cuando en un negocio hai duda entre el fisco i el particular, ¿por ventura no aprovecha la duda al fisco, que representa el interes jeneral?

—Jamás, señor, dijo el peajero. Siempre se falla en favor del ciudadano. Es menester que tenga el fisco doble razon, para ganar su causa.

¿Qué hacer en medio de semejante barbarie? Me encojí de hombros i dí al cochero órden de continuar la marcha.

Al entrar en la ciudad, creí que la habian cambiado durante mi ausencia. Las calles i las plazas estaban desiertas; detras de nosotros tendian gruesas cadenas que detenian la circulacion. Las ventanas presentaban un espectáculo raro; en todos los balcones se veian botas alineadas en batalla i que mostraban la suela a los transeuntes, si hubiese habido transeuntes. Siguiendo con la vista dos de aque-

llas botas, acabé por divisar piernas humanas, en seguida un cuerpo acostado, i por fin un cigarro, cuyo humo azulejo subia al cielo. No podia esplicarme cuál fuese el delito que se castigaba con tan cruel suplicio; Zambo, a quien interrogué con maña, me hizo saber que aquel era el placer de moda. Todos los sábados por la tarde, el yankee procura darse un ataque de apoplejía; lo que consigue de vez en cuando. Cuánto mas cuerdos no somos nosotros los franceses, que en las salas de nuestros teatros no nos esponemos jamás sino a un principio de asfixia.

Cuando hube llegado a la casa, tuve ganas de terminar alegremente aquel venturoso dia, i rogué a Susana i a Enrique que me cantasen mi aire predilecto: *Là ci darem la mano,* de don Juan. Susana me miró i palideció.

—¿Qué tienes? criatura, esclamé: ¿estás enferma?

—Padre, respondió, es que vuestra exijencia me espanta. ¿Quereis que la ciudad se agolpe furiosa al pié de nuestras ventanas? Quereis que perdamos nuestra reputacion? Olvidais que ha principiado el sábado, que nada debe turbar el reposo del Señor?

—Dios mio, dije para mí, ¿será que al trasportarnos a América, el traidor Jonathan nos haya vuelto judios? Perdona, hija mia, dije a Susana, que estaba distraido; los acontecimientos del dia me han hecho perder la memoria! Vé a la biblioteca i tráeme mi gran Hipócrates; no me vendrá mal leer un poco de griego para reposar el espíritu. Nada refresca como eso.

Por toda respuesta, Susana se sentó en mis rodillas, me pasó la mano por la frente i me besó.

—Pobre padre, dijo, ¡qué fatigado está! Mirad, mamá, se olvida de que la tarde del sábado no se lee mas que la Biblia.

Decididamente, era judio sin saberlo. Lo que sin embargo me suscitó alguna duda, fué que al abrir la Biblia de familia, dí con los Evanjelios i pude leer en San Marco

que *el sábado se ha hecho para el hombre i nó el hombre para el sábado.* Esta espresion me hizo reflexionar; pero por no herir a nadie, guardé para mí solo mis reflexiones, i dejando a las dos mujeres engolfadas en su piadosa lectura, bajé al jardin.

La tarde era hermosa, los árboles ostentaban la frescura de su verdor naciente, el sol se escondia en medio de una nube de oro: todo convidaba a soñar. Me sentí fatigado, entré en el kiosco chinesco, me dejé caer en el divan i encendí un cigarro. Habia junto a mí una poltrona rústica que no hacia nada; coloqué mis piernas sobre el espaldar, i noté, para vergüenza mia, que no era mala la moda americana.

Oculto detras de las persianas del kiosco, me entregaba al descanso, con los ojos fijos maquinalmente en Zambo, que en un rincon del jardin, molia piedrecitas para limpiar sus cuchillos. El pobre muchacho estaba todo ocupado en su tarea, cuando salió Marta de la cocina, como una araña que cae sobre una mosca.

—Hijo de Cam, dijo arrancándole de las manos el martillo, ¿qué estás haciendo ahí?

—Ya lo veis, señorita Marta, rompiendo piedras.

—Desgraciado, esclamó, infrinjes el sábado!

Zambo se fué con cara lastimosa; pasó suspirando cerca de mi escondite; en seguida, divisando de repente la gata de la casa que tomaba un raton:

—Cuidado, Paca, le dijo cantando; si cazas ratas el sábado, Marta te ahorcará el lúnes.

Todavía me estaba riendo de la ridícula figura del negro, cuando dos personas vinieron a sentarse en un banco colocado delante del kiosco, i tan cerca de mí que no perdia una palabra de su discurso. Reconocí al amable Seth, que aprovechaba la soledad, el sábado i la tarde para pronunciar un sermon a la bella Marta.

—Querida hermana, decia con una gravedad grotesca i

escuchándose cada una de sus palabras, hai tres cosas que me asombran grandemente: la primera es que los niños sean tan tontos que lancen piedras i palos a los árboles, para hacer caer los frutos; si los niños quisieran estarse quietos, llegaria un dia en que los frutos cayesen por sí mismos. Mi segundo asombro es que los hombres, en jeneral, i los americanos en particular, sean bastante locos i bastante malévolos para hacerse la guerra i matarse entre sí; si se estuviesen quietos moririan naturalmente. La tercera i última cosa que me asombra, es que los jóvenes sean bastante desacordados para perder su tiempo en correr detras de las jóvenes con quienes quieren casarse; si se estuviesen en su casa haciendo fortuna, serian las jóvenes las que corriesen tras ellos. ¿Qué te parece, Marta?

—Seth, me parece que tienes la sabiduría del rei Salomon, pero que tambien tienes su vanidad.

—Marta, esclamó el cuácaro con voz enternecida, tienes tanto injenio como hermosura.

—Seth, respondió Marta, siempre sufocada, no piensas lo que dices.

—I tú, Marta, repuso el otro, no dices lo que piensas.

—Bravo! dije en vos mui baja: se hacen el amor en América. Es este un empleo del sábado que no me habia ocurrido. Este pueblo de mercaderes que calcula todo i no vive sino para enriquecerse, se ha condenado al descanso forzoso una tarde por semana, para pagar ese dia su contribucion a la juventud i al amor. Veamos como va a hacer su declaracion maese Seth.

Despues de mil vueltas, el cuácaro enamorado llegó a la palabra que, segun todas las apariencias, se aguardaba de mucho tiempo atras.

—Marta, dijo exhalando un largo suspiro, Marta, ¿me amas?

—Seth, respondió la buena cristiana, ¿no nos está mandado que nos amemos los unos a los otros?

—Sí, Marta, pero lo que te pregunto es si esperimentas respecto de mí algo de ese sentimiento particular que el mundo llama amor.

—No sé qué responder, tartamudeó la tímida paloma; siempre he procurado amar igualmente a todos mis hermanos, pero si he de confesártelo, Seth, a menudo, al recojerme en mí misma, he pensado que en ese afecto jeneral tenias tú una parte mucho mayor que la que te toca.

La confesion estaba hecha, ya no habia cómo desdecirse; oí, a lo que creo, un gran beso que sellaba los desposorios, cuando de repente Marta despidió un grito espantable i saltó encima del banco. Un enorme perro, un terranova, se habia interpuesto bruscamente entre los enamorados. Me levanté i distinguí en la oscuridad los dientes blancos de Zambo. El tuno reia a carcajadas; era él quien por vengarse de la cuácara, habia abierto la puerta de la casa i lanzado sobre Marta a aquel importuno tercero que la habia terrificado.

Tenia yo poca aficion al cuácaro, pero no pude dejar de admirar su firmeza i su dulzura.Léjos de tener miedo al perro, le llamó, i sacando de la faltriquera un pedazo de azúcar, lo presentó al animal, que fácilmente se dejó seducir i acariciar.

—Amigo, dijo el santo hombre, hablando al perro, que le miraba moviendo la cola; has venido a turbarme en el momento mas dulce de mi vida; otro que yo te habria apaleado o muerto, para lo que hubiera tenido derecho; yo te enseñaré la diferencia que hai entre un cuácaro i el comun de los hombres. Por toda venganza me contentaré con darte un feo nombre.

I sobre esto, halagando al perro, que saltaba tras él para obtener otro pedazo de azúcar, Seth condujo cortesmente al animal hasta la puerta; luego, cerrando súbitamente la reja, gritó con todos sus pulmones: *un perro hidrófobo! un perro hidrófobo!*

En un abrir i cerrar de ojos desaparecieron de las ventanas las botas; millares de cabezas miraban i amenazaban al enemigo; piedras, palos, muebles, llovian como granizo sobre el animal; un balazo le echó por tierra ántes de llegar al fin de la calle; cayó para no volver a levantarse, despidiendo un ahullido que me resonó en el fondo del corazon.

Lleno de furor, tomé a Seth por el cuello i lo puse a la puerta.

—Miserable! le dije, no sé qué me contiene para no gritar: *un cuácaro hidrófobo!* i hacerte ultimar como a ese pobre perro.

—Amigo Daniel, respondió maese Seth recojiendo su sombrero, ya volverémos a vernos.

I partió friamente.

—Recojéos a vuestro cuarto, señorita, dije a Marta. ¿Qué haciais a esta hora en el jardin?

—¡Dios mio, señor, dijo sollozando, no hacia nada malo; buscaba un yerno para mi madre!

La cólera me abrasaba:—Ah! esclamé, cuánta jente se dice i quizá se creé virtuosa, que procede como ese cobarde hipócrita. ¡Se admiran a sí mismos como hombres de bien i como santos porque no tocan a su enemigo; pero se libran de él dándole un feo nombre. Calumnia! calumnia! tú no eres mas que la forma del asesinato en los pueblos que se envanecen de su civilizacion. ¡Vergüenza para los miserables que se sirven de esa arma envenenada, aun cuando solo sea para matar a un pobre perro!

Fatigado de mi elocuencia solitaria, me acosté, pero no sin pensar en el triste dia siguiente que me prometian los primeros placeres del sábado naciente. ¡Cuánto de ménos echaba la franca alegría de los domingos parisienses!—Francés, esclamé, pueblo amable i caballeresco; deja a groseras naciones glorificarse de su industria febril i de su fatigosa libertad. Arroja léjos de tí a esos feroces demó-

cratás, a esos soñadores melancólicos que, si los escuchases, harian de tí un rival del ingles i del americano. Amigo del vino, de la gloria i de las bellas, tu lote es el mejor. Deja el imperio del mundo a esos trabajadores descoloridos que toman a lo sério la vida; conserva tu incorrejible i simpática lijereza. Diviértete, frances; haz la guerra i el amor; olvida el mundo i la política; si reflexionases, dejarias de reirte.

CAPITULO XVII.

VIAJE EN BUSCA DE UNA IGLESIA.

Al dia siguiente me levanté al rayar el alba. Un hombre público debe dar el ejemplo, i no me disgustaba hacer admirar a los yankees el celo i la vijilancia de su nuevo edil. Mi paseo fué largo, la calle me pertenecia. Seguia yo con celosos ojos a todos esos transeuntes que caminaban enfilados como hileras de patos, i que ahondaban un surco en mis aceras. Reina la anarquía en la calle; cada uno va i viene como se le antoja: es un escándalo; no entiendo cómo no se dicta una lei para obligar a la jente a caminar como lo ordene el gobierno. A la Francia, que es la reina del órden i de la propiedad le tocaria correjir este último abuso.

Acercándome a la casa divisé a Zambo, vestido de negro como un *gentleman*, con chaleco, corbata, medias i guantes de nívea blancura. Se asemejaba a una urraca. En cuanto me reconoció desde léjos, corrió a mi encuentro, ajitando impaciente sus brazos.

—Massa, esclamó, todos están en el oficio: despacháos, que os esperan.

I puso en mis manos un librote con tapas de marroquí i con broches de plata.

—¿Están las señoras en misa? le pregunté.

—¿En misa? dijo con aire asombrado. Mi señora es cristiana.

—¡Zopenco! ¿acaso los católicos son turcos?

—Massa, dicen que los católicos se asemejan a los paganos del Africa; que tienen *vaudous.*

—¿Qué es un *vaudou*?

—Es, Massa, un diosecito de fábrica propia que no es el bueno i verdadero Dios.

—¡Vaya que sois un tonto, esclamé, si creeis que los católicos adoran ídolos! Eso estará bueno para vuestros salvajes del Senegal.

—Massa, dijo abriendo tamaños ojos, los papistas hacen oracion a las estátuas; yo los he visto de rodillas delante de ellas.

—¿I no habeis podido comprender que lo que invocan, no son las piedras, sino los santos que representan?

—Como yo no soi sabio, Massa, dijo el negro con aire contrito; pero el ministro, que todo lo sabe, nos amonesta amenudo para que no hagamos lo que los papistas, que adoran ídolos.

—Oh predicadores! esclamé, en todas partes sois los mismos! Nada es mas fácil que conocer la fé católica; basta abrir un catecismo; pero el odio no quiere ilustrarse: lo que necesita es ultrajar la mas grande comunion del globo. Continuad esa obra abominable, digna de vuestro padre el diablo. No serémos nosotros, los católicos, vuestras víctimas, los que nos valgamos contra vosotros de las terribles represalias de la calumnia. Con la verdad nos basta. Todos saben que Lutero i Calvino son dos malvados que por ambicion i por concupiscencia, perdieron el espíritu humano, embriagándolo de orgullo i libertad. La mentira enjendró la reforma; la reforma enjendró la filosofía; la filosofía enjendró la revolucion; la revolucion enjendró la anarquía; la anarquía enjendró....

—Massa, dijo Zambo, que era incapaz de comprender

mi santa cólera; si los papistas son cristianos, tanto mejor; mucho me alegro.

—¿Por qué decis tanto mejor?

—Porque Jesucristo ha muerto por todos los que le invocan, i salvará a los papistas como a los demas cristianos.

—Amigo Zambo, le dije con supremo desden en vista de tamaña simplicidad, no seréis teólogo nunca. Id a vuestra iglesia, que ya no os detengo. ¿En dónde están las señoras?

—Mi señora, respondió, está en la iglesia episcopal (1) con toda la alta sociedad de la poblacion. La señorita está en el templo de los presbiterianos.

—¿Con su hermano, sin duda?

—Nó, Massa, con el hijo de Mr. Rose. El señor Enrique está en la iglesia de los anabaptistas.

—Mui bien, dije lanzando un suspiro; i vos, Zambo, vais sin duda a juntaros con Marta?

—Nó, nó, Massa, esclamó; la señorita Marta es tunkeriana, yo soi metodista. Nosotros los pobres negros, a quienes los blancos arrojan de sus templos, tenemos todos la misma relijion.

—Entiendo. Teneis una Iglesia negra i un cristianismo de color. Id, amigo mio, a orar a Dios a vuestra manera. En medio de esas sectas enemigas que se arrebatan en jirones el Evanjelio, el Señor reconocerá a los suyos.

Miéntras que Zambo se alejaba a largos pasos, yo caminaba despacio i cabizbajo. El descubrimiento que acababa de hacer, me anonadaba. Mi casa, mi refujio en todas mis penas, no era mas que una Babel, el receptáculo de todas las herejías. ¡El marido católico, la mujer anglicana, la hija presbiteriana, el hijo anabaptista, la sir-

(1) Nombre de la Iglesia anglicana en los Estados-Unidos.

viente cuácara, el criado metodista; cada uno con diferente fé i con esperanzas contrarias! ¡Qué confusion! ¡qué anarquía! ¡Era el infierno en mi morada! I sin embargo Jenny me amaba con pasion, los niños no estaban contentos sino a nuestro lado, los sirvientes me respetaban; no veia a mi alrededor sino caras contentas i felices. Cada cual leia la Biblia a su modo, cada cual tenia su símbolo particular, i sin embargo nadie reñia. En ninguna parte la unidad, i en todas partes el amor i la concordia. Era este un desmentido dado a las ideas de mi infancia, un misterio que confundia mi razon.

—Nó, me dije, yo no sufriré tal desórden moral. Aquí hai una paz mentirosa; estas flores me ocultan un abismo. Si esto dura, soi perdido. Pretendo que en mi casa todos piensen como yo, o se callen la boca; necesito la uniformidad. Aunque yo sea un cristiano mediocre, no importa; soi católico de alma i corazon; en la Iglesia, en el Estado, en la familia, no debe imperar mas que una sola lei, una sola voluntad. Si preciso fuere, emplearé rigores saludables; aterraré a mi mujer, amenazaré a mis hijos, echaré a mis criados; todo lo sacrificaré para imponer obediencia o silencio. Soi frances, ¡viva la unidad!

En medio de estas prudentes reflexiones el tiempo pasaba. Daban las diez cuando entré en la calle de las Acacias. Era esta una inmensa avenida que en majestad i largura, apénas cedia a la calle de Rivolí, con sola la diferencia de que a cada cien pasos, algun monumento griego, bizantino o gótico erguia altivo hácia el cielo su campanario o su cruz. En un pais en que cada cual se fabrica su relijion, es natural tropezar con una iglesia a cada paso.

Orientarse en aquel dédalo no era fácil. Me dirijí a una pobre mujer que iba a mi lado, libro en mano, i le rogué que me indicase el templo de los congregacionalistas.

—Nada mas fácil, señor mio, respondió la vieja con

amable sonrisa. Está un poco léjos, pero con las señas que os daré, llegaréis a él sin trabajo. No hagais caso de las iglesias que están a vuestra izquierda; el templo de los congregacionalistas, está a vuestra derecha. Contad los campanarios; no podeis equivocaros. La primera iglesia, añadió con la volubilidad de una mujer que repasa las cuentas de su rosario, la primera iglesia es San Pablo, la capilla gótica; la segunda el convento de las Ursulinas; la tercera la iglesia episcopal; la cuarta el convento de los capuchinos; la quinta pertenece a los anabaptistas, la sesta a los holandeses reformados, la séptima a los luteranos, la octava a los negros metodistas; la novena es la sinagoga judía, la décima es el templo chino. Allá está con su doble techumbre i sus campanillas. Una vez que os encontreis allí, ya no teneis mas que bajar; encontraréis a los memnonitas; despues de los memnonitas, a los alemanes reformados; despues de los alemanes reformados, a los amigos o cuácaros; despues de los cuácaros, a los presbiterianos; despues de los presbiterianos, a los moravos; despues de los moravos, a los metodistas blancos; despues de los metodistas blancos, a los unitarios; despues de los unitarios, a los unionistas; despues de los unionistas, a los tunkerianos. Contad en seguida cuatro iglesias, la que se llama por excelencia la iglesia de los *cristianos*, luego la iglesia libre, luego la de Swedenborg, i por fin la de los universalistas; lo que os dará por todo veintitres templos o capillas; el vijésimo cuarto monumento, que está sobre poco mas o ménos hácia la mitad de la calle, es la iglesia congregacionalista.

Despues de haberme recitado esta letanía sin tomar resuello, la bruja me hizo una linda reverencia i continuó su camino.

—¡Cáspita! me dije, si el diablo perdiese su relijion (porque supongo que en el infierno tienen motivos para creer en Dios), la encontraria en esta calle. Hé aquí un

pais en que el ministerio de los cultos no debe de ser una canonjía! En Francia, donde el Estado no tiene casi mas que cuatro relijiones (sin contar la Arjelía), la administracion tiene algunas veces momentos difíciles; pero ¿cómo repartir aquí el presupuesto i mantener a raya las treinta iglesias que se lo disputan, i que sin duda se celan i se excomulgan cristianamente? Es un problema que no me encargo de resolver. Viva la España! ¡Ese sí que es un pueblo fiel a su tradicion, i que ha conservado los verdaderos principios! El pais es un tablero en que cada cosa tiene su casilla, i en que el cuerpo i el alma están igual i uniformemente administrados. Gracias al maridaje de la Iglesia i el Estado, todo es fácil. Se tiene un obispo, como se tiene un prefecto; un cura, como se tiene un alcalde; los funcionarios espirituales i temporales tienen su lugar señalado en los mismos cuadros i caminan al mismo paso. Nacimiento, bautismo, educacion, comunion, conscripcion, confesion, impuestos, prensa, muerte, entierros, todo se dá la mano. La Iglesia es la autoridad, la autoridad es la Iglesia. Se escomulga a los desertores i a los diaristas, se mete en galeras a los herejes. Al pueblo, a ese eterno niño, se le conduce de grado o por fuerza, i sin que él se mezcle en nada, al término que se le ha escojido sin consultarlo. ¡Policía admirable, que constituia la dicha de la cristiandad, ántes que el abominable Lutero hubiera desencadenado a un mismo tiempo la libertad relijiosa i la libertad civil, doble peste de que el mundo no sanará jamas! Desde que se ha dejado que los hombres piensen en su alma i en su vida, ya no hai relijion ni gobierno.

Llegado al convento de las Ursulinas, entré en él. Encontrar el culto de mi pais, era acercarme a la Francia, de que una odiosa suerte me alejaba. La Iglesia es una segunda patria; de ella al ménos no nos arroja el destierro.

La capilla era pequeña, pero ricamente adornada. En

el fondo del santuario, bajo un docel de paño carmesí bordado de oro, una vírjen de mármol tenia en sus brazos al niño Jesus, i lo miraba con la inefable ternura de la vírjen que acaba de dar nacimiento al Salvador. Plantas raras, flores nuevas, canastillos de blancos lirios rodeaban el altar, resplandeciente de luces. El órgano desataba sus vagas armonías; el incienso se elevaba en nubes que atravesaba un rayo de sol, miéntras que detras de una reja cubierta por una cortina, relijiosas i niñas cantaban con dulce i lenta voz: *Inviolata, integra et casta es, Maria.* En un instante i como en sueños, volví a ver mi perdida juventud, a mis amigos que habian desaparecido; caí de rodillas i lloré. Nó, no es una idolatría la relijion que conmueve el corazon por medio de los sentidos; ¿por qué, pues, nuestro cuerpo, tan bien como nuestra alma, no se ha de consagrar al servicio del Señor?

Salido del convento, entré a algunos pasos de allí en la iglesia episcopal. Lo que se celebraba era la misa católica, ménos bien dicha i ménos bien cantada. En la hora de la plática subió un ministro a una larga tribuna; tenia bajo el brazo un abultado cuaderno, que colocó delante de sí i que hojeó con lentitud. Era un manuscrito de sermones para todos los domingos i todas las fiestas del año. Cuando el predicador encontró el discurso que buscaba, se puso sus anteojos i con monótona voz comenzó su lectura, en medio de la profunda atencion de la asamblea. El asunto que habia escojido era la eterna encarnacion i la consustancialidad del Verbo, uno de aquellos misterios que desafian a la intelijencia humana, i ante los cuales el creyente no tiene mas que inclinar la cabeza. Pero nada arredra la audacia de un teólogo; con un testo, una definicion i dos silojismos le enmendaria la plana a san Pablo i suprimiria la fé.

A juzgar por el silencio que reinaba, el auditorio estaba edificado. Jenny tenia los ojos fijos en el lector i no perdia

una palabra. Era de creer que entendia hasta las citas latinas, griegas i aun hebreas de que aquella disertacion estaba empedrada; no me imajinaba yo que la escolástica tuviera tantos encantos. Pero yo me salí despues del primer punto; porque tengo horror a las discusiones estériles. A fuerza de quererme demostrar lo que es indemostrable, me volverian escéptico. Acepto el misterio; él me rodea por todas partes. En la naturaleza como en mi alma siento rebosar el infinito; pero la razon me dice que puedo sentirlo i no conocerlo, yo que no soi mas que un átomo perdido en la inmensidad. La mano que me sostiene i que sostiene tambien los mundos, no la veo; pero me entrego a ella i la adoro. Para darse a nosotros, Dios no nos dice que lo comprendamos, nos pide que lo amemos.

Pasando por delante de los metodistas, pensé en Zambo i entré por curiosidad. La asamblea era numerosa i mui animada. Las negras cubiertas de oro i de dijes, ostentaban en los bancos la inmensa envergadura i el torbellino de sus crinolinas; los negros cantaban con voz precisa i quejumbrosa i alababan a Dios con todo el ardor de sus amantes corazones. El ministro, un negro de alta estatura i de fisonomía respetable, tomó la palabra, i pronunció un sermon que me edificó i me conmovió. Ignoro dónde habia podido aquel negro recibir educacion teolójica: era, decia, un antiguo esclavo que la bondad de Dios habia redimido de una servidumbre ménos dura i ménos vergonzosa que la del pecado; pero este esclavo habia sufrido i reflexionado: era un hombre! La vida le habia enseñado lo que no se enseña en la escuela; su lenguaje familiar i enérjico se encaminaba directamente al corazon. Así se dejaba ver en las conmociones del auditorio.

Hizo al comenzar el elojio del metodismo, relijion, añadia, bendecida del Señor, a juzgar por las conquistas que hacia todos los dias. Enumeró largamente el número de los fieles i la riqueza de las iglesias. Cuatro millones de

adeptos, doce mil pastores, diez i seis mil templos, setenta i tres millones en propiedades, eran el fruto de un celo que jamas descansaba. A la antigua Europa, donde el Estado domina a la Iglesia i la mantiene en perpétua tutela opuso la jóven América, que deja a los cristianos cuidar de su culto como de su conciencia. La libertad, decia, cuando está santificada por la relijion hace milagros que el antiguo mundo sumerjido en sus preocupaciones, nunca alcanzará a ver. La Inglaterra, tan orgullosa con su opulencia, corrompe a sus obispos rodeándolos de un lujo pagano, i degrada a sus vicarios condenándolos a una miseria sin dignidad; al paso que en las iglesias vivientes de los Estados Unidos, la jenerosa piedad de los fieles rodea de bienestar i de respeto a un ministro que no debe nada mas que a su rebaño. Cada príncipe se cree un nuevo Constantino cuando por casualidad fabrica i dota una capilla; solo los metodistas del Norte han construido cuatrocientas cincuenta iglesias en el año de 1860. Los pobres negros de la calle de las Acacias, rentan mejor a su capellan que los reyes de Occidente.

—Pero, continuó con una mezcla de malicia i de sencillez, este ministro, tan bien rentado, debe pagar a los negros que lo han escojido, una deuda que los capellanes de los príncipes no siempre satisfacen. ¡ Esa deuda es la verdad! Escuchad, pues, esclamó, lo que la verdad me obliga a deciros. El negro es blando de corazon i liberal de manos; lo cual es bueno, es cristiano; pero algunas veces lleva tan léjos su jenerosidad, que pone en peligro su alma. —Diréis que jamas habeis oido semejante cosa. Se nos repite que el cristiano espone su alma cuando cede a la avaricia, cuando se abandona a la codicia; pero ¿quién ha enseñado que un hombre pudiera perderse por exceso de jenerosidad? —Yo os diré, hermanos mios, cuál es esa pérfida liberalidad; es la misma que ejerceis en la iglesia en el momento de escuchar el sermon.

Si yo condenara la cólera o la coquetería, la embriaguez o la licencia, ¿ cada uno de vosotros se creeria interesado en la leccion ? ¿ se aprovecharia de ella ? Bueno, diria uno de esos hombres que solo viven de aguardiente, reconozco el retrato del bebedor; es de mi primo Samuel de quien habla el ministro. Toma, borrachon, eso es para tí.—Bueno, diria una de esas bellas Madianitas que por enriquecerse con un nuevo vestido, impulsan a su marido a que engañe i a que mienta. Tiene razon el ministro para descubrir los vicios de mis vecinas. ¡ Chúpate eso, señorita Debora! Aguanta, señora Ichabod! Todo eso es para vosotras, coquetas, nada para mí. Así es, hermanos mios, como en mis palabras nada dejais para vosotros. La primer tercera parte la endosais al prójimo; la segunda a vuestros amigos, la última a vuestro marido o a vuestra mujer. I de esta suerte la doctrina del Señor se hace estéril, i de esta suerte perdeis vuestra alma por exceso de jenerosidad. Cristo tambien es jeneroso, pero de otra manera ; es un avaro que se apodera de todo : nuestros pecados, nuestras miserias, nuestras flaquezas, nuestros sufrimientos ; por eso le vemos en la cruz, con la cabeza inclinada, respirando trabajosamente, como un hombre abrumado de dolor. ¿ Cuándo, hermanos mios, cuando, pues, lo alijerarémos del peso de nuestra propia carga ? Cuándo aliviarémos a Cristo, redentor i amigo nuestro, que murió por el esclavo i el pecador ?

Apostrofada de tal modo, la asamblea se puso de rodillas, i en medio del llanto, un formidable *¡ Alleluia !* se levantó hasta el cielo. El movimiento fué admirable : me entristeció. No soi un aristócrata, ni tampoco un plantador ; creo que el negro no es mono, puesto que tiene manos i que habla ; pero despues de lo que acababa de oir, comencé a sospechar que el negro era un hombre como yo, i talvez mejor cristiano ; lo que me dió miedo. ¡ Zambo, hermano mio ! ¡ Muerto Jesucristo por todas esas cabezas

18

crespas! Ello era mas de lo que mi orgullo podia soportar.

—Si tal cosa es cierta, me dije al salir, ¿qué crímen no es la esclavitud? Esta guerra civil que arruina al Sur, ¿no seria el castigo que Dios impuso a Cain?

CAPITULO XVIII.

UN CHINO.

Eran las once i media, Truth debia predicar a las doce; apresuré el paso a fin de llegar temprano a la asamblea congregacionalista. Pero no pude resistir al deseo de visitar el templo chino. En un pais en que reina la anarquía relijiosa, madre de todas las demas, tenia curiosidad de ver de qué manera los hijos de Confucio habian acomodado el cristianismo. Una voz secreta me decia que un antiguo pueblo estragado tendria mejor sentido i prudencia que el comun de los protestantes.

Al entrar lancé un grito de disgusto. Me hallaba en una pagoda búdica. A mi frente, en lo mas alto de un entarimado, en un nicho recortado en sus contornos, un espantoso mascaron de madera, pintado i dorado, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una flor de loto. Era Buda con su enorme vientre, su cabeza calva, su tolondron en la frente, sus grandes orejas i sus enormes ojos. Cierto que soi liberal i que de ello me glorío. Hace treinta años que estoi suscrito al *Constitutionnel*, i no he cambiado mas que mi diario. Así como él i sin saber por qué, odio al jesuita: lo que es el distintivo de los espíritus fuertes; pero servirse de la libertad para entronizar la idolatría, es demasiado! Acepto el luteranismo, el calvinismo, el judaismo i aun el mahometismo, con tal que no salga de la Arjelía; pero ir mas léjos, ya no es liberalismo, es paganismo. Valdria tanto como volver al culto de Mithra.

En la pagoda no habia mas que dos niños, dos horribles

chinillos puestos a cada lado del entarimado. A semejanza de quien tuesta café, cada uno de ellos daba vueltas a un cilindro horizontal, sembrado, o mejor, mechado de multitud de tirillas de papel. Era aquel un culto enteramente nuevo para mí.

El ruido de mis pasos hizo salir de una celda vecina a una especie de fraile. Su hábito oscuro i remendado, sus piés descalzos, su cabeza rapada, sus ojitos enjaretados, su cútis amarilla i arrugada le daban el aspecto de una vieja disfrazada de capuchino: era un bonzo. Se acercó a mí, i sin hablarme me alargó una taza de madera, en que eché una limosna para libertarme de tal mendigo.

—Gracias, hermano, me dijo en excelente ingles. El divino Fô (1) recompensará tu caridad. Quiera Dios que para otra vida no vuelvas a nacer bajo la figura de una mujer o de un chacal.

I dejándome profundamente asombrado de aquella sin igual bendicion, subió el bonzo al altar, sacó de un armarillo algunos trozos de papel plateado o dorado, i los quemó en las narices del ídolo.

—¿Qué estais haciendo? le pregunté.

—Hermano, respondió, acabo de cambiar tu moneda de diez centavos por lingotes de oro i de plata, i se los he ofrecido al señor de la verdad!

—Vuestros lingotes son de papel, i no valen tres centavos.

—¿Qué importa? dijo el fraile. Fô tiene en cuenta la intencion, i no el metal.

—¡Ah, si nuestros ministros de hacienda fueran chinos! iba yo a esclamar; pero me guardé aquella temeraria reflexion, i le pregunté al bonzo lo que hacian aquellos niños, cuyos brazos eran incansables.

—Ruegan por el mundo entero, respondió. En cada uno

(1) Así es como los chinos estropean el nombre de Buda.

de esos papeles está inscrita la sílaba sagrada; i diciendo esto se prosternó esclamando: ¡OM! OM! OM! Cada uno de los cilindros lleva una millarada de esas santas inscripciones, i da cincuenta vueltas por minuto, tres mil por hora, setenta i dos mil cada veinticuatro horas, lo que hace 44.000,000 de oraciones que de este solo templo se elevan todos los domingos. Da mas los otros dias de la semana, porque hago mover mis cilindros por vapor; pero el domingo, en este pais de infidelidad, las máquinas mismas santifican el sábado, i por eso me veo en la necesidad de emplear brazos de niños.

La tonta credulidad de aquel idólatra me horrorizó.

—¿Cómo pueden soportaros en una tierra cristiana? esclamé. Si todavía hubiera fé en Israel, ya hace mucho tiempo que se os habria esterminado, sacerdotes de Baal.

—¿I por qué no habian de soportarnos? respondió el bonzo con voz tranquila; la libertad es como el sol, luce para todos. Si los americanos envian misioneros a la China, ¿por qué los chinos no enviarian misioneros a la América? Dícese que la Francia ha hecho la guerra al hijo del Cielo, i nada mas que por vengar la muerte de algunos frailes legalmente asesinados por nuestros mandarines; se añade que ha restablecido en Pekin la iglesia católica de tiempo atras cerrada; yo maldigo la sangre derramada por ámbas partes, mi relijion se horroriza de la matanza i no conoce otras armas que la paciencia i la suavidad; pero bendigo la libertad conquistada, i pido que aproveche a los chinos como a los franceses.

—¿Una pagoda en los campos Elíseos? Monotes oficiales? Buen hombre, estais loco; no tenemos necesidad de chinos en Paris. Nos bastan.... los de porcelana.

—Me parece, continuó el fraile con ridícula calma, que los derechos son recíprocos. Si es bello, si es justo abrir una capilla en Pekin, ¿por qué seria injusto abrir una pagoda en Paris i en ella predicar libremente la verdad?

—Bonzo estúpido, esclamé llevado de santo celo, te atreves a hablar de verdad? Cómo no conoces que tu doctrina es una mentira i tu culto una idolatría? Si lo ves, eres un charlatan digno de castigo; si no lo ves, el primer deber del Estado es hacerte cerrar la boca, para que tu ignorancia no pervierta a sus súbditos. La libertad del error, es la libertad del veneno, de la tea i del puñal; sola la verdad tiene derecho de hablar.

—Yo creia, dijo el chino, que en Francia i en Inglaterra habia muchas iglesias cristianas, i aun sinagogas judías.

—Así es, i tambien en Francia paga el Estado todos los cultos reconocidos; porque la Francia, entiéndelo bien, pobre hombre, está a la cabeza de la civilizacion, en cuanto a la libertad relijiosa i en cuanto a todas las demas libertades.

—¿El Estado, continuó el bonzo, reconoce, pues, tres o cuatro verdades relijiosas que se combaten i se destruyen mutuamente? Por ejemplo, para los cristianos Jesucristo es Dios, ¿qué es para los judíos?

—Amigo mio, dije a aquel bárbaro, tengo compasion de tu ignorancia. Si pudieras comprender lo que es la verdad oficial, sabrias que vive de contradicciones. Es el sueño de Hegel realizado. La tésis i la antítesis se mezclan en ella i se confunden en una admirable síntesis.

Abrió el bonzo sus ojos pequeñuelos i levantó al cielo la cara. Era visto que las grandes concepciones de la Europa civilizada no podian tener cabida en aquel estrecho cerebro. Yo creia que habia ménos distancia de un filósofo aleman a un chino. Volví sobre mi demostracion bajo otra forma, es decir que cambié de palabras, no haciendo alto en las cosas; que es en lo que consiste la verdadera manera de adelantar en una discusion.

—La verdad que proteje el Estado, dije al infiel, no tiene nada de comun con la verdad vulgar. Es una verdad ámplia, comprensiva, que abraza todas las comuniones emana-

das de la Biblia, nuestro libro sagrado. El judaismo, el cristianismo i aun el mahometismo son ramas de esa relijion primitiva, tan antigua como el mundo i que tiene en favor suyo el número, la moral, la civilizacion. Fuera de esas iglesias, que se dividen el universo, no hai mas que idolatría i barbarie. Obrar vuestra conversion a cañonazos, es nuestro derecho i nuestro deber. La verdad jermina en el sangriento surco que abre la guerra; el Dios de los cristianos es el Dios de los ejércitos, *Dominus Sabaoth.*

—Tú no eres Yankee, esclamó el fanático, cuyos ojos brillaron de repente con estraño resplandor. Te estoi observando desde que entraste aquí. En la fisonomía del sajon hai algo de toro i algo de lobo; en la tuya hai algo de mono i algo de perro. Tú le tiemblas a la libertad, hablas lo que no sabes, i haces frases. Tú eres frances!

I al verme mudo de sorpresa:—¿Te atreves, dijo, a hacer consistir en el número la prueba de la verdad? El número está con nosotros. ¿Cuántos católicos sois? Ciento treinta millones. ¿Cuántos cristianos? Trescientos millones cuando mas. Nosotros somos quinientos millones de budistas; nuestra fé se estiende desde el Kamschatka hasta el mar Blanco; dulcifica las tribus salvajes, encanta a los chinos i a los japoneses, es decir, a pueblos civilizados en tiempo en que la Europa era una selva i la América un desierto.

—¿Qué hablas de antigüedad? No sabes que en tiempo de Alejandro el budismo habia ya tenido sus concilios, i que las inscripciones del rei Azoka, grabadas en los peñascos de la India, predicaban al universo el sacrificio i la limosna? ¿Ignoras que el budismo es una reforma de la relijion alterada por los bracmanes, i que los Vedas, los libros santos de nuestros antepasados, traen su oríjen de los primeros dias del mundo? Dejemos a un lado la duracion i el número, que quizá no son mas que accidentes felices. ¿Cuál es la relijion que primero ha predicado la pobreza voluntaria, el sacrificio i la caridad? ¿No sabes que Fó ha

tenido quinientas cincuenta existencias, i que en cada una de esas encarnaciones se ha sacrificado? Se ha hecho cordero para el tigre, paloma para el halcon, liebre para el cazador hambriento. ¿No has leido la santa historia de Vesavantara, que entregó por caridad sus hijos i su mujer? ¿No somos nosotros la única comunion que, en horror a la matanza, se abstiene de la carne i de la sangre de los animales? ¿No tengo yo allí una coladera para beber mi agua, a fin de preservarle la vida a algun átomo invisible? Vuestra historia relijiosa, oh cristianos, se nos dice que no es mas que una série de disputas de guerras i de matanzas. Víctimas hoi, mañana sois verdugos. Entre nosotros los budistas, no hai mas que mártires. Durante dos mil cuatrocientos años se ha derramado nuestra sangre mas de una vez, se nos ha arrojado de la India; pero nosotros tenemos puras nuestras manos. Nada tenemos que borrar de nuestros anales. ¿Cuál es la relijion que puede glorificarse de otro tanto?

—Vuestro Evanjelio anuncia una doctrina admirable; lo sé i no juzgo de la fé de los cristianos por su conducta. Las palabras i los sufrimientos del Cristo han conmovido profundamente mi corazon. Pero se me ha educado con otras ideas; me he consagrado hace veinte años a una vida de pobreza que me sostiene i me consuela. Como vosotros, cristianos, conservo la fé de mis mayores; como vosotros, no puedo acusar a mis abuelos ni de mentira ni de error. ¿Quién de nosotros se engaña? ¿Quién posée la verdad? Lo ignoro i solo deseo que se me enseñe. Acabemos con el reinado de la violencia, acabemos con la ignorancia i el desden; demos ancho campo a todas las creencias; dejemos que la razon haga la obra que Dios le ha confiado. Con el dia desaparecen las tinieblas. Abandonada a sí misma, la relijion que emana de los hombres, se derretirá como la nieve; la que proviene del cielo, crecerá como la encina i cubrirá la tierra con sus ramas. Abrid el mundo a la pa-

labra; tengo fé en la libertad, porque tengo fé en la verdad.

—No eres mas que un chino, le dije, i alejándome con paso majestuoso, dejé a aquel miserable confundido con mi superioridad.

CAPITULO XIX.

UN SERMON CONGREGACIONALISTA.

Cuando llegué a la asamblea, el oficio aun no habia comenzado. Nada hai mas triste que un templo protestante. Bancas de encina, grandes adornos de madera que oscurecen las paredes; nada de cuadros, nada de flores, nada de luces; algo de marchito i taciturno que hiela los sentidos. Se creeria que era un culto hecho para los ciegos. Me engaño, porque habia un adorno, i era este un cartelon en el cual estaba escrito con enormes cifras el número 129.

La iglesia estaba llena, pero de una multitud muda. Inmóvil en su puesto i absorto con su libro negro, cada fiel oraba como si estuviese solo con Dios en el mundo. Nada de ruido, nada de choques de sillas, nada de aquel roce encantador i de aquellas reverencias entre las bellas, a quienes tanto agrada hacer admirar su devocion i sus vestidos; nada de aquel amable desórden que da a nuestras iglesias el aspecto de un salon de buena sociedad; habia el silencio de un bosque.

Entró por fin el ministro. Al punto se levantó de todos los bancos una armonía mas suave que el suspiro del viento sobre las olas. Hombres, mujeres, niños, cada uno cantaba con toda el alma i con un ardor i arranques infinitos. Por la primera vez comprendí que la forma natural de la oracion era el canto. Asombrado de mi silencio, mi vecino me enseñó con el dedo la cifra misteriosa, i me ofreció su libro

de canticos, en que la música estaba apuntada. Se cantaba el salmo 129, o mejor dicho, una imitacion cristiana de aquella oracion sublime que la Iglesia católica ha adoptado para el oficio de difuntos. Llamándola por su nombre, era el *De profundis*, grito de esperanza i de amor, cuya belleza se nos oculta por la costumbre.

¿ Será que a vos, desde el profundo abismo
Mis gritos llegarán ?
Léjos de vos, Señor, me estoi muriendo :
Vuestro oido me dad.
Yo os hago confesion de mis pecados,
Que os pido perdonar.
Si en la balanza vuestra fueren puestos,
El fiel se llevarán.
I ¿quién a vuestra vista de sus culpas
Presentara el caudal,
Si no le dieran fé vuestra clemencia,
Vuestra inmensa bondad,
Vuestro amor infinito, vuestras voces
De verdad eternal?
Sí, yo confío en vos, como esperando
El centinela está
En que a vuelta del dia venga alguno
Su puesto a relevar.
Ten confianza, alma mia, arriba tienes
Al Padre Celestial
Que te mira en tu cárcel, i que acorre
Tu deuda a cancelar.
Cual rescató a Israel de sus miserias,
Rescatarte sabrá.

Acabado el salmo, Truth tomó la palabra. Tiene razon de Maistre para definir al ministro protestante llamándolo : *Un señor vestido de negro, que dice cosas mui cumplidas* : nunca hombre alguno tuvo ménos traza de sacerdote que mi pobre amigo. Ni vestido que le distinguiese de su grei ni tribuna elevada que le permitiese dominar al auditorio ; hablaba de pié en el suelo, con una familiaridad enteramente fraternal. Hubiérase creido que a propósito se denegaba a sí mismo los recursos de la elocuencia. Aque-

lla voz que truena i que se dulcifica, aquel brazo que demanda venganza o que implora perdon, aquellas manos juntas elevadas hácia el cielo, aquellos ojos que buscan a Dios i que se iluminan al verlo, todas esas bellezas del arte cristiano las ignoraba Truth. Apénas movia las manos, apénas levantaba la voz, i sin embargo, habia en aquella sencilla palabra no sé qué armonía que conmovia todas las fibras del corazon. Nunca el velo del lenguaje que siempre oculta la idea, fué mas lijero ni mas diáfano. No era a un orador a quien se oia, era a un hombre i a un cristiano. Para espresarlo con una frase vulgar, Truth hablaba *como todos*, es decir como todos quisieran hablar i como no habla nadie. Espresar familiarmente grandes pensamientos, es el patrimonio de las almas grandes. El arte, que no es mas que una imitacion, no puede avanzar hasta ahí.

Hé aquí sobre poco mas o menos cual fué su discurso. Pero ¿quién espresará la palpitacion de aquella voz conmovida? Las palabras se hielan en el papel; son flores marchitas que pierden su color i su perfume. Tratemos, sin embargo, de dar una idea de aquella leccion, que me causó una impresion profunda, por mas que en la libre manera de tratar el Evanjelio, hubiera un atrevimiento i una novedad que me sorprendieron i asustaron.

JUAN, XVIII, 37, 38

Entónces Pilato le dijo: Luego rei eres tú? Respondió Jesus: "Tú dices que yo soi rei. Yo para esto nací, i para esto vine al mundo, para dar testimonio a la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz." Pilato le dice: ¿qué cosa es verdad? I cuando esto hubo dicho, salió........

CRISTIANOS, HERMANOS MIOS:

Entre los nombres que Cristo tomó en la tierra, no hai ninguno mas usado que el de *Verdad*. A la presencia de Pilato, en la hora suprema, Jesus se declara rei, pero de un reino que no es de este mundo, el reino de la *Verdad*. La víspera de su muerte, en su última cena con sus discípulos, les deja como testamento estas grandes palabras: *Yo soi el camino, la verdad i la vida: nadie*

llega hasta el Padre sino por mí (1). En otros términos, si quisiéramos traducir en nuestras lenguas modernas esta forma hebraica: *Soi la verdad viva que lleva a Dios.*

¡La verdad viva! ¿Entendeis el sentido i el alcance de estas palabras? ¿No hai entre vosotros muchos para quienes la verdad no es mas que la relacion de las cosas entre sí, una ecuacion, una cifra, una abstraccion? ¿No los hai tambien para quienes es una palabra vacía de sentido, un sinónimo de la opinion que cambia i se muda sin cesar? ¿Cuántos sabios no dirian con Pilato de buena gana: "*¿Qué cosa es la verdad?* ¿La paradoja de ayer, el error de mañana? Solo es verdadero el interes de la hora presente.» Agradar a César, gozar i no inquietarse por el dia de mañana, es la suprema filosofía de los que no creen en la otra vida.

No caigamos en semejante escepticismo pagano. Eso seria condenar nuestro espíritu a la servidumbre, nuestro corazon a todas las corrupciones i a todas las cobardías. Como en los primeros dias del Evanjelio, *busquemos la verdad, la verdad nos rescatará* (2).

Cuando la locomotiva atraviesa nuestras calles, arrastrando un largo convoi, ¿por qué os apartais al sonar la campana que anuncia su tránsito? Porque se os ha enseñado que aquella máquina que se adelanta, os aplastaria con toda la fuerza de su peso multiplicado por su velocidad. Hé ahí una verdad científica que ha dejado de ser para vosotros una abstraccion. Se ha convertido en una conviccion enérjica que conserva i salva vuestro cuerpo. Esa conviccion forma parte ahora de vosotros mismos, está viva como vosotros.

En esta ciudad, que se gloría de su civilizacion, existen millares de hombres que se embrutecen i se matan por la locura del alcohol. ¿Por qué, hermanos mios, no os abandonais a esta pasion mas terrible, pero no mas digna de castigo que tantos otros vicios de que nadie se avergüenza? Es porque sabeis que el alcohol, es un veneno que no perdona. La ciencia reemplaza en vosotros a la virtud. Hé ahí una verdad, juntamente física i moral, que habiendo una vez penetrado en vuestra alma, se identifica con vosotros.

¿Será esto todo? ¿No conoceis algunos nobles corazones para quienes el libertinaje, la ambicion i la avaricia no son ménos repugnantes que la embriaguez? Preguntadlo al padre a quien se le ha robado el honor de su hija; preguntadlo a la madre cuyo hijo ha muerto en lejanas playas; preguntadlo al hombre que disputa a la usura la vida de su mujer i de sus hijos. Estas pobres víctimas aborrecen por esperiencia el vicio que es oríjen de su desgracia; otros mas felices deben a la educacion toda su ciencia. Ya es la piedad de una madre, ya la doctrina de un maestro, la que les ha inspirado el instinto que los salva. Hé ahí otra verdad viva, verdad que confesamos con nuestros remordimientos, aun cuando rehusamos darle oido.

En nuestra república hai patriotas que resisten a los caprichos de la multitud. ¿Será por orgullo, será por cálculo? De ningun modo; con tal de domi-

---

(1) Juan, XVI, 6.
(2) Juan, VIII, 32.



nar, el orgullo se acomoda a todas las bajezas; al interes le hace cuenta doblegarse al viento que sopla. Pero una alma pura, un espíritu ilustrado vé mas arriba i mas léjos. Hombre o pueblo, quien dice déspota, dice un amo cuyas pasiones se desencadenan, i que no puede escapar a los bajos apetitos de quienes lo rodean i lo engañan. Guerras criminales, gastos locos, corrupcion arriba, miseria e ignorancia abajo, tales son los frutos de todo poder sin contrapeso, el azote de toda fuerza que nada modera. El que esto sabe, jamas descenderá a hacer el papel de lisonjero. La verdad tiene alejadas i consuela en su soledad a las almas que no pueden envilecerse.

Diréis que esas son antiguas máximas mui conocidas. Mas de veinte siglos hace que se enseñan en la escuela, sin que el mundo camine mejor.—¿Por qué? Porque en los libros, en donde se deja, la verdad está muerta; dadle vuestro corazon, desposáos con ella, i vivirá. Se hará vuestra conciencia, vuestro honor, vuestra salvacion. El espíritu es como el cuerpo: no se alimenta con palabras; necesita la sustancia de las cosas. Darle libertad a un pueblo esclavo, es confiar a niños una arma que hará esplosion entre sus manos. ¿Por qué? Porque el respeto a sí mismo i a los demas, el sentimiento del derecho, el amor de la justicia, esas condiciones esenciales de la libertad, no son artículos de lei; no se decretan. Son virtudes que el ciudadano adquiere, a fuerza de paciencia i de ejercicio. Miéntras la libertad no viva en las almas, no será mas que una retumbante campana, una sonora trompeta; cuando haya penetrado hasta la médula de nuestros huesos, toda la astucia i toda la furia de los tiranos serán impotentes para arrancarla.

Hái, pues, verdades vivas que a la vez existen en las cosas i en nosotros mismos. Por ellas entramos en comunicacion con la naturaleza i con nuestros semejantes. Revelándonos las leyes del mundo físico, lo someten a nosotros. En cada hombre que piensa como nosotros, nos hacen reconocer un amigo i un hermano. Pero esa luz que basta para guiarnos aquí abajo, no recalienta nuestro corazon. Encanta nuestro espíritu, modera nuestras pasiones, alumbra i dulcifica nuestro egoismo; pero no nos hace felices. El hombre tiene sed de infinito, impaciencia contra la tierra, una necesidad de amar que la ciencia no puede satisfacer. Para procurarnos el bien por el cual suspira nuestra alma, es menester una nueva verdad que nos ponga en comunicacion con Dios, que exista en nosotros i en él. Esa verdad, que no puede ser otra que Dios mismo, nos es preciso conocerla i amarla.

Amar a Dios, i en cambio ser amado por él, es lo que jamas pudo comprender la sabiduría antigua; la filosofía moderna peca por la misma impotencia. En vano la conciencia busca a Dios, en vano le llama con el anhelo del náufrago que va a zozobrar; allí está la fria razon, que nos repite que entre Dios i el hombre, entre el infinito i la criatura de un dia, hai un abismo que nada puede salvar. Una naturaleza inflexible, un Ser supremo, esclavo de sus propias leyes: hé ahí todo lo que puede ofrecernos el mayor esfuerzo de las mas grandes intelijencias. El amor a Dios es una ilusion; la oracion, ese grito del alma, es un vano murmullo que se desvanece en un cielo mudo. Cállate, mortal; sufoca tu corazon, concéntrate en una resignacion desesperada; no eres mas que un átomo, aplastado por la rueda de la inflexible fatalidad.

Pues bien, hermanos mios, hace diez i nueve siglos que vino a la tierra un

hombre para traerle *la buena nueva*, para enlazar a Dios con la humanidad. Aquel profeta se llamó Hijo de Dios e Hijo del hombre, o (lo que no es quizá sino otro nombre del mismo misterio) se nombró la luz i la verdad. *Soi*, dijo, *el camino, la verdad i la vida. Nadie llega al Padre sino por mí.* El mundo le escuchó; el mundo le creyó. Desde el dia en que el Verbo se hizo carne, en que la divina verdad tomó cuerpo, la fé, la esperanza i el amor aparecieron aquí abajo i entraron en el corazon del hombre. Este problema que la razon declara imposible, en que no vé sino datos contradictorios, Cristo lo resolvió. Una verdad viva, una verdad encarnada, a quien Dios puede amar como a un hijo i a quien el hombre puede amar como a un salvador, he ahí el lazo que ha juntado al cielo i la tierra, que ha dado un padre a la humanidad, e hijos a Dios. Ahí está el misterio de la revelacion, ahí la prueba de su divinidad. Jamas el espíritu del hombre se hubiera elevado por sí mismo hasta una concepcion que confunde nuestra intelijencia, i que sin embargo la alumbra con infinito esplendor. Sí, si Dios ama a los hombres, no es quizá sino por que se ama a sí mismo en la contemplacion de su verdad eterna; sí, si el hombre puede tributar a Dios un culto que no sea una injuria, es cuando adora un rayo de esa luz suprema que no se desdeña de descender hasta él.

Amar a Cristo es amar la verdad: amar la verdad, es amar a Cristo. Hé ahí el gran secreto del Evanjelio. Quien no lo comprende, solo es cristiano de nombre.

Ahora, hermanos mios, entrad en vosotros mismos i reflexionad. Cuando amais a Cristo, ¿qué es lo que amais? ¿No es acaso al mártir que rindió la vida por los suyos? ¿No es al crucificado cuyas heridas sangran todavía? Cuidado, que ese es un amor humuno: todas las relijiones, todos los partidos tienen sus mártires. Cristo exije mas. Cristo es otra cosa que un adorado cadáver cuyas heridas se besan; Cristo es la verdad; con ese título os pide vuestro amor. ¿Lo amais así?

Sin duda que teneis fé; creeis en el Evanjelio. ¿Pero no será esa una preocupacion hereditaria, un símbolo que no os atreveis a mirar cara a cara por temor de reconoceros infieles? ¿Os dais cuenta de vuestra creencia? la separais de toda liga judía o pagana que altere su pureza? Haceis de vuestra fé la regla de vuestras acciones? ¿rompeis con el mundo i con vosotros mismos? ¿Decis con el profeta i el apostol: *He creido, por eso he hablado?* Si es así, amais a Cristo como el quiere ser amado; amais la verdad.

Pero si la relijion no es para vosotros mas que una ceremonia; si no buscais en ella mas que un refujio contra la voz de la verdad que os persigue; si vuestra fé muere en vuestros labios i no se traduce en acciones; si consagrados enteramente a vuestra fortuna o a vuestro descanso, temeis al error ménos que al escándalo; si en vuestra cobarde prudencia, dejais que Dios defienda solo su palabra; si vuestro caridad no se emplea mas que en aliviar las miserias del cuerpo, i no combate la ignorancia i el vicio; si no comprendeis que vuestro primer deber es redimir a las almas inmortales de la servidumbre del pecado; si no teneis esa santa locura que desafia i pisotea la sabiduría del siglo; si, en fin, no haceis vosotros mismos las obras que Cristo ha hecho aquí abajo, hermanos mios, no os engañeis; consiento en que seais hábiles, prudentes, sabios, sensibles; pero no sois cristianos; no amais la verdad.

Dudo, decis; si creyera, amara a Cristo. I yo digo: Amadle, i creeréis en seguida. Amadle como la verdad viva que conduce a Dios. Hai ceremonias que os disgustan? dejadlas a un lado; hai dogmas que os asustan? dadles de mano: quizá son una invencion humana; quizá los comprenderéis mas tarde: Cristo no ha establecido ni dogma ni ceremonia. Simplificad vuestra fé, i como ha dicho el mas creyente i el mas atrevido de los apóstoles: *No apagueis vuestro espíritu, esperimentadlo todo i quedáos con lo bueno* (1). Hai en el Nuevo Testamento pasajes que os confunden? omitidlos. ¿Qué importa que los evanjelistas difieran entre sí, si el Evanjelio está siempre acorde consigo mismo, si en las palabras del Cristo brilla siempre la llama de la verdad eterna?

¿Es para vosotros Cristo un objeto de escándalo? ¿No habeis comprendido todavía que era preciso que la verdad se encarnase para que existiese viva i pudierais amarla? ¡Pues bien! Cristo mismo se compadece de vuestra flaqueza i os vuelve vuestra libertad: *Si alguno habla contra el Hijo del hombre, le será perdonado*; *pero si alguno blasfema contra el Espíritu Santo* (o bajo otro nombre, *el espíritu de verdad*) (2) *no le será perdonado* (3). Buscad, pues, la verdad por ella misma, como decis, pero buscadla de buena fé; despues de un largo rodeo, es a Cristo a donde os llevará la verdad.

Decis: busco i no encuentro la verdad. Nó, hermano mio, no la buscais. Es el orgullo de vuestro espíritu, son las pasiones de vuestra carne lo que os sujeta; la ciencia se os escapa quizá; pero la verdad moral, la verdad relijiosa, bien sabeis en dónde está.

Está allí, en vuestro hogar, muda, cubierta con un velo, como la Alcesta escapada del reino de los muertos; allí os está esperando.

Bien lo sabeis, cuando os recojeis fatigado de la vida i de vos mismo, allí está mirándoos por entre su velo; i esa mirada os juzga. De noche, cuando solo i en la oscuridad pensais en las ambiciones i quizá en los crímenes del dia siguiente, allí está, siempre allí. Su mirada os sigue en las tinieblas, os hiela su silencio. Despreciais a los hombres, os burlais de las leyes, pero temblais delante de aquel espectro que no podeis sobornar ni matar.

Esa centinela que vela al rededor de vuestra alma, jamas la evitaréis. Vendrá una hora en que la mano de la muerte pesará sobre vuestra frente, hora en que no veréis sino como entre nubes todo lo que os es caro: vuestra fortuna, vuestros honores, vuestra mujer, vuestros hijos. I en medio de la desesperacion i del llanto, allí estará siempre aquella figura envuelta en su velo, pronta a recibiros i a trasportaros al mundo invisible. Inocente o culpable, no os escaparéis de ella; será vuestro remordimiento o vuestra esperanza.

Seguidla, pues, aquí abajo; seguidla en medio de vuestras tribulaciones i de vuestras incertidumbres; seguidla apesar de vuestra incredulidad. Aferraos a la verdad, que ella os salvará. Sí, que cuando hayais traspasado el límite de la existencia, aquella figura arrojará su velo, i Cristo, visible por fin en todo el esplendor de su sonrisa divina, Cristo os dirá: «Hijo mio, reconóceme, yo soi la Verdad.”

(1) Thessal, v. 19, 21.
(2) Juan, XIV, 17.
(3) Lucas, XII, 10

A las últimas palabras de este discurso, salí de la asamblea i corrí a una sala vecina. Allí recibí en mis brazos a Truth, jadeante, fuera de sí. Toméle la mano i la sentí quemante.

—Infeliz, le dije, os estais matando.

—Amigo mio, murmuró dejando caer su cabeza sobre mis hombros, cumplamos nuestro deber; lo demas es vanidad.

CAPITULO XX.

UNAS ONCE DE MINISTROS.

En medio de la multitud que felicitaba al nuevo apóstol, llevé a Truth a su casa. Necesitaba mucho de descanso, i le invité a que se echase un momento en cama. Por desgracia, le era necesario permanecer en pié i hacer honores personales. Madama Truth habia preparado para los amigos de su marido unas once formidables, i habia tenido la bondad de contarme en el número de los convidados.

Allí estaban Jenny i Susana, encantadas con el sermon que habian oido, i que quizá no habian entendido. El imperio que ejerce la palabra sobre las mujeres, tiene algo de increible. Hallándome solo i encerrado en mi cuarto, me he preguntado mas de una vez si la mujer no era naturalmente superior al hombre. Tiene pasiones ménos violentas, i se la educa con mayor facilidad. Cuando Adan dormia en su inocencia, Eva estaba ya curiosa de saber. Me parece que desde entónces, si hemos heredado la simplicidad de nuestro primer padre, las hijas de Eva no han dejenerado de su abuela. Creo con Molière, que es prudente no instruir demasiado a ese sexo malicioso e inquieto. Manteniendo a las mujeres en una honesta ignorancia, les damos todos los vicios; pero tambien les damos todas las debilidades del esclavo; nuestro predominio está asegura-

do. Pero si educamos esas almas ardientes i sencillas, si las inflamamos con el amor de la verdad ¿quién sabe si a poco andar no se avergonzarian de la necedad i de la brutalidad de sus señores? Guardemos el saber para nosotros solos; él es quien nos diviniza.

Perece *nuestro* imperio si el hombre es conocido.

Pusímonos a la mesa; confieso que no lo sentí. Mi ardor relijioso me habia hecho olvidar mi almuerzo, i comenzaba *la bestia* a padecer en mí. La dueño de casa me hizo el honor de colocarme a su izquierda, i me sirvió con el té dos o tres lonjas de jamon de Cincinnati, que con harto trabajo devoré decorosamente. Susana me abria tamaños ojos para echarme en cara mi voracidad. Volvia a encontrarme con la señorita mi hija. En Estados-Unidos como en Francia, en toda buena familia, son los hijos los que reprenden a sus padres.

Cuando mi hambre terrible se aplacó un poco, entablé conversacion con mi vecina, amable i buena señora que adoraba a su marido. Así se usa en América. La salud de Truth me daba temores; era un hecho para mí que la predicacion lo aniquilaria mas lijero aun que el diarismo; esto fué lo que traté de insinuar con sagacidad a su mujer. Para no asustarla, díjele en términos jenerales que el uso de la palabra era un oficio mui pesado, i que para ciertos temperamentos nerviosos i delicados, un descanso absoluto era algunas veces necesario. ¡Trabajo perdido! Madama Truth no me habló sino de la grandeza de su nuevo estado. El orgullo la embriagaba.

—Ser mujer de un pastor, me decia, hé ahí el sueño de todas las niñas. ¡Si supieseis cuánto pesar tuve cuando mi querido Joel renunció a su primera vocacion para hacerse diarista! El sacerdocio es lo único que llena todos los votos de una mujer; solo entónces es cuando, en toda la fuerza de la espresion, es la compañera de su marido, su

verdadera mitad. Unos mismos trabajos, unas mismas satisfacciones, unos mismos deberes.

—¿Por ventura predicais? le pregunté.

—No en la iglesia, me respondió; porque el apóstol Pablo nos lo prohibe. Pero ¿es acaso en el templo solamente donde se ejerce el ministerio i donde se anuncia la palabra de Dios? Instruir a las niñas solteras, aconsejar a las jóvenes esposas, visitar a las paridas, llorar con las viudas, velar con las enfermas, leerles el Evanjelio, i si fuere necesario, ayudarlas a bien morir, son otras tantas obras en que puedo tomar parte i aun en algunas ocasiones suplir a mi marido. Joel, añadió, levantando la voz, ¿no es cierto que soi vuestra vicaria i que teneis confianza en mí?

A aquel singular discurso que, cosa estraña, solo a mí me sorprendió, respondió Truth con una señal de mano i una suave sonrisa. ¡Que sea tambien pastor la mujer del pastor, i ministro subrogante! Jamas me habia pasado por la imajinacion semejante absurdo. Verdad es que yo siempre habia vivido en un pais razonable. El puchero i el baile, hé ahí para una francesa los dos polos de su existencia. Salir de ellos es un desórden, i aun peor que eso, es ridículo.

—Sin embargo, continuó madama Truth, hai todavía algo mas bello que el ministerio, i es la mision.

—¿Teneis mujeres misioneras? esclamé espantado.

—Nó, respondió; solos los católicos tienen ese privilejio, que yo les envidio. No poseemos hermanas de caridad; poseemos sencillamente mujeres de misioneros. Es un papel que echo de ménos. Compartir las labores del marido, es agradable cosa; participar de sus peligros, es grande ante Dios. No os asombreis de mi ambicion; soi hija de ministro; mis dos hermanas se han casado con misioneros. Una está en el Cabo, otra en la China; ambas bendicen al Señor, que les ha dado suerte gloriosa.

—Vuestros misioneros casados, le dije, no pasan mui

mala vida. Llevar consigo a su mujer, sus hijos, su hogar, apénas es cambiar de patria. Añadid a eso una instalacion cómoda i fija, acompañada de buenos honorarios; con semejantes condiciones, no se necesita una gran virtud para predicar el Evanjelio.

—¿Lo creeis así? respondió mi vecina, asombrada de mi ironía. Ignoro si vale mas atravesar el mundo, sembrando al pasar la palabra de Cristo, i confiar ese jérmen a la gracia de Dios, o sí es preferible encerrarse en un campo limitado, a fin de plantar, regar i cultivar hasta cosecharlo, aquel precioso grano; pero sé que la felicidad de tener cerca de si lo que se ama, en nada daña a la caridad del misionero, i añade quizá un mérito mas a su consagracion. Pedro era casado; ¿dejó por eso de ser escojido para príncipe de los apóstoles? En el Cabo, donde mi hermana ha establecido una escuela i un obrador para las muchachas negras, donde se sirve de la civilizacion para preparar aquellos corazones a recibir el Evanjelio, los Boers le han quemado tres veces la mision; mi cuñado, que es médico, como la mayor parte de nuestros misioneros, ha perdido la mano sacando a un pobre cafre una flecha envenenada. En China los Tai-Pings han arrojado a mi hermana de provincia en provincia. Ahora está al lado de Shang-Hai, arruinada, enferma, pero siempre llena de fé. Su casa es el hospital de los heridos, el asilo de las viudas i de los huérfanos. En medio de la fiebre, entre perpétuas inquietudes, es como ayuda a su marido a predicar el Evanjelio. Mas probada que Abraham, Dios le ha pedido ya dos veces la vida de sus hijos. ¡Feliz ella, sin embargo, que ha sido escojida para semejante sacrificio i para servir al Señor, aun a costa de lo mas puro de su sangre!

Nada respondí. En la historia de Abraham hai cosas que me conmueven mas que el episodio de Isaac. Sea virtud o fanatismo, aquella obediencia sobrepuja mis fuerzas; yo no la entiendo.

Para desechar reflexiones que me turbaban, volvíme hácia mi vecino de la izquierda, que era el verdadero tipo del Sajon: ancha espalda, elevado pecho, largo cuello coronado por una cabeza cuadrada, escarpadas facciones, frente calva, i con todo eso cejas enormes bajo las cuales brillaban ojos flamíjeros; era la fuerza i la voluntad reunidas. Noé Brown, que así se llamaba mi nuevo amigo, era el pastor a quien sucedia Truth. Aproveché aquella ocasion de instruirme; le pregunté qué era esa iglesia congregacionalista cuyo nombre me picaba la curiosidad.

—Cómo! dijo Brown, sorprendido de mi ignorancia, ¿con que no sabeis que es nuestra antigua iglesia puritana, la que nuestros padres los peregrinos, arrojados por la intolerancia, trajeron consigo en su primer buque *la Flor de Mayo?* Rompiendo con las abominaciones i las idolatrías de la Babilonia anglicana, nuestros abuelos han querido cortar de raiz la herejía de la jerarquía. A ejemplo de los primeros cristianos, han hecho de cada reunion de fieles una iglesia o congregacion independiente, república perfecta, gobernada por los ancianos i administrada por el pastor. De ese foco de independencia i de igualdad nació nuestro municipio. Ahí está el secreto de nuestra vida i de nuestra grandeza política. La América no es mas que una confederacion de iglesias i de municipios soberanos; es la floresencia del puritanismo. Aquí, como en todas partes, la relijion ha hecho al hombre i al ciudadano a su imájen; una iglesia libre le ha dado el ser a una sociedad libre.

Esta paradoja espetada con toda la énfasis puritana, me chocó. Si debiera creerse a aquellos fanáticos, su catecismo gobernaria al mundo. Que miren, pues, la Francia, esa patria de las luces i de la filosofía, i sabrán a qué se reduce la influencia de la relijion sobre el Estado i la sociedad. Cada cual es mui católico en la iglesia, i lo que quiere ser, en otra parte. Esto fué lo que traté de demostrar a mi predicador; pero era porfiado como un Sajon forra-

do en Yankee. Miéntras mas pruebas acumulaba yo para anonadarlo, mas se me defendia.

—Mirad a los ingleses, esclamaba. Quien conoce su iglesia, conoce su historia. Lores espirituales, asambleas señoras de la fé, una carta inmutable en treinta i nueve artículos, un libro de oraciones establecido por la autoridad de los obispos i del soberano, de las universidades i escuelas privilejiadas, enormes propiedades, un patronato considerable: ¿ qué puede dar todo esto sino una sociedad aristocrática? Sin los disidentes, que son la sal de la tierra, hace largo tiempo que la Inglaterra estaria momificada como el antiguo Ejipto.

—¿ I los franceses? le pregunté para ponerlo en apuros.

—El frances, respondió, es católico, monárquico i soldado, miéntras que el americano es protestante, republicano i ciudadano; todo esto se encuentra ligado como los dedos de la mano; seria tan imposible hacer de la Francia una república, como hacer de los Estados-Unidos una monarquía. La diferencia de las iglesias constituye la diferencia de las sociedades.

—¿ Puedo saber a cuál de estas sociedades concedeis la superioridad?

—Fallad vos mismo, respondió; la una es una sociedad de niños, la otra es una sociedad de hombres.

—Veo con placer que somos de una misma opinion.

—Me alegro mucho, replicó; i se puso a beber tranquilamente su taza de té.

—Es cierto, añadí inclinándome hácia él, que los americanos, mas que un pueblo, son un enjambre de emigrantes dispersos en el desierto; en este momento la libertad tiene quizá pocos inconvenientes. Pero a medida que la América envejezca, sentirá la necesidad de formar una sociedad verdadera i se alistará bajo el estandarte de la autoridad.

—Señor, dijo colocando bruscamente su taza sobre la

mesa, no me entendeis; pienso precisamente lo contrario de lo que decis.

—Cómo! esclamé, ¿ tomariais por ventura a los franceses por un pueblo de niños?

—En política, dijo, no cabe duda sobre ello. ¿De qué época data su libertad? i ¡qué libertad! de 1789; la nuestra data de 1620; somos 170 años mayores que ellos; tenemos tres veces su esperiencia, i veinte veces su cordura.

—¿Así es que, repliqué con voz conmovida, es a la América a la que concedeis la palma de la civilizacion?

—Evitemos las confusiones de lenguaje, respondió friamente. Civilizacion es una palabra compleja; comprende tantos elementos diversos, que cada pueblo a su turno podria pretender el primer lugar. ¿Qué es lo que constituye la civilizacion? Es la relijion, la política, las costumbres, la industria, la ciencia, la literatura, el arte? ¿Es una de estas cosas? ¿Lo serán todas juntas? Ya veis cuán complicado es el problema. El arte, por ejemplo, que los jentiles llaman la flor de la civilizacion, no crece a menudo sino sobre un tallo podrido; así, entre nosotros los modernos, que vivimos de la imitacion de los antiguos, creeria de buen grado que el pueblo mas viejo es el mas artista. En Francia el gusto es mas refinado que en Inglaterra; pero un italiano tiene naturalmente mas habilidad que un frances. En industria, todas las naciones libres corren parejas; la ciencia no tiene patria. Por lo que hace a la literatura, cada pueblo encuentra en la suya la espresion de su pensamiento; dejo a los críticos la pueril entretencion de asignar rangos a Dante, Molière o Shakspeare: pero la relijion, la política i las costumbres forman un haz inseparable. Ahí está la vida de un pais, ahí está el porvenir. En este punto, doi resueltamente el primer lugar a mi iglesia i a mi pueblo; creo en la libertad; soi americano i puritano.

—Mohicano, me dije, ya se conoce; ni aun sabes mentir para ser cortés.

—Iba a confundir a aquel insorportable predicador, cuando felizmente para él nos levantamos de la mesa. Dejando así a aquel espíritu estrecho i selvático, acerquéme a un jóven pastor, cuya afabilidad me sonreia. Antes del almuerzo Truth me habia presentado a Mr. Naaman Walford como a una de las columnas de la nueva Sion. Deseoso de ver aquel fénix, que llaman teólogo razonable, quise congraciarme a Mr. Naaman; por lo que comencé felicitándolo de la excelente adquisicion que hacia su iglesia en la persona de mi amigo Truth.

—Dispensad, me dijo, soi presbiteriano.

—Presbiteriano! esclamé, ¿i venis a cumplimentar a un rival? Es rasgo digno de una alma bien puesta, porque para nuestros adentros, ese hombre, ese ministro a quien dais la mano, es un hereje a quien condenais.

—Yo? me dijo mui sorprendido: yo no condeno a nadie; eso no es cristiano.

—Me esplico mal, querido señor Naaman; queria decir simplemente que a ejemplo del divino pastor, que buscaba las ovejas estraviadas de Israel, no temeis vivir familiarmente con hombres cuyo error detestais.

—El señor Truth me ha edificado esta mañana, respondió, i no lo creo en error.

Me asombré a mi vez; temí haber entendido mal.

—Señor, le dije al jóven ministro, ¿creeis que vuestra iglesia enseña la verdad?

—Sin duda, de otra manera no permaneceria en ella.

—Entónces, repliqué, hai dos verdades como hai dos iglesias; una verdad presbiteriana i una verdad congregacionalista. Quizás haya tambien una verdad anabaptista, metodista, luterana, i aun católica. Suponia, i perdonad mi ignorancia, que la verdad era una, i que el sello del error era dividirse hasta el infinito.

—Doctor, dijo Naaman un poco conmovido con mi vivacidad francesa, cuando os hallais en el mar, i quereis saber la hora, ¿qué haceis?

—Se la pido al sol, i el sol me la dá. ¿Pretendeis responderme con un apólogo? A mi edad, señor mio, se tiene poca aficion a los ejemplos; no se aceptan mas que las razones.

—Soi jóven, doctor, me atrevo a contar con vuestra induljencia, respondió Naaman con amable sonrisa. El sol os dá la hora. Cuando son las doce del dia en Paris, podriais decirme ¿qué hora es en Berlin?

—Nó; todo lo que sé es que un telegráma espedido de Berlin a las once, se recibe en Paris sobre poco mas o ménos a las diez i media; es decir que aparentemente llega treinta minutos ántes de haber salido. Por lo demas, poco importa, os concedo que cuando son las doce en Paris, sea la una en Berlin, las dos en San-Petersburgo, i si quereis, las nueve de la mañana en las Azores i las siete en Quebec. Todo depende del meridiano.

—De esa manera, dijo Naaman, existiendo un mismo sol en todas partes, en ninguna hai una misma hora; ¿cómo sucede esto?

—Decididamente, repliqué, sois astrólogo, i quereis iniciarme en la ciencia. Os respondo, señor profesor: que es el mismo sol visto de puntos diferentes.

—Una pregunta mas, doctor, i os pediré escusas por mi indiscrecion. Entre todas esas horas, ¿cuál es la verdadera?

—Singular pregunta! La hora es verdadera para todos, puesto que para cada uno el sol se levanta o parece levantarse en un punto diferente. ¿El señor profesor está satisfecho de su discípulo de barbas canas?

—Sí, doctor, veo que estamos acordes en teolojía como en astronomía.

—Señor Naaman, le dije, comienzo a comprenderos.

Para vos la verdad es el sol, que todos vemos segun el horizonte que nos circuye. Son las doce del dia sin duda en la iglesia presbiteriana, miéntras que la hora ha pasado para los anabaptistas, i no ha llegado todavía para los metodistas. Quién sabe si no se coloca a los católicos en los antípodas. Es esta un injeniosa manera de poner en paz el orgullo i la caridad.

—Señor, dijo Naaman poniéndose colorado, me haceis un agravio. Aunque habeis comprendido mi pensamiento, os habeis engañado respecto de mis sentimientos. Sí, para cada iglesia, i me atreveré a decirlo, para cada cristiano, creo que hai un horizonte diferente. El nacimiento i la educacion nos dan el punto de partida; a nosotros nos toca ahora caminar hácia aquella verdad que nos llama: a nosotros acercarnos a ella sin cesar, a fuerza de estudio i de virtud. Conozco que hai iglesias mejor iluminadas por la divina luz; pero tampoco dejo de conocer que en la mas oscura de las iglesias puede encontrarse el mejor cristiano. Será una gran ventaja hallarse colocado cerca del sol; pero no será siempre una razon para verlo mejor. Hé ahí, señor, por que me gusta mi iglesia presbiteriana, i porque, sin embargo, a nadie condeno.

Todo esto era dicho con encantadora injenuidad. ¡Qué hermosa es la virtud en un alma jóven! ¡es la sonrisa de la aurora en los primeros dias de mayo!

—Mi jóven amigo, dije a Naaman, vuestras ilusiones tienen algo de seductoras; el sentimiento que les da orijen es respetable, pero el primer soplo de la razon las disipará. Si cada cristiano vé la verdad a su modo, no hai verdad. Hé aquí que hemos retrogradado al escepticismo de Montaigne. No encontraréis un dogma que no se ataque, una creencia que no se conmueva. Vuestra teoría, por mas cristiana que sea en apariencia, nos condena a una duda invencible; remata en la incredulidad universal.

—Doctor, me respondió el jóven con un tono de modes-

tia que me conmovió, me parece que levantais proceso al espíritu humano, es decir, a la obra de Dios. De la diversidad i de la debilidad de nuestros ojos, podria tambien deducirse que nada vemos. Seria la misma lójica i el mismo sofisma. En los estudios naturales, cada uno de nosotros no toma sino la parte que puede apropiarse; ¿se vé que esa diversidad de opiniones destruya la ciencia? En física, ¿hai una sola teoría que se halle libre de discusion? ¿Negaréis sin embargo que existe una verdad física?

—La comparacion es mala, querido señor Naaman. De la física de ahora treinta años ¿qué queda? La verdad de ayer ha llegado a ser el error de hoi.

—Nó, doctor, el error de ayer ha caido como caen las hojas muertas; la verdad no ha cambiado, porque, con otro nombre, no es mas que el conocimiento de la naturaleza, i la naturaleza no cambia.

—Os concedo eso, jóven; pero la verdad relijiosa es de un órden distinto del de la verdad natural.

—Doctor, replicó Naaman, aun cuando os aceptara esa hipótesis contestable, no por eso iríamos mas adelante. Cualquiera que sea el número i la variedad de los cuerpos que llenan el mundo, solo tenemos nuestros ojos para verlos; lo que no vemos, no existe para nosotros. Cualquiera que sea el carácter de una verdad, no tenemos mas que nuestro espíritu para comprenderla. ¿Es doble nuestra alma? Para descubrir las verdades naturales, Dios ha dado a cada uno de nosotros una facultad investigadora, inquieta, laboriosa, que se llama razon. ¿Existiria en nosotros otra potencia que sin esfuerso individual, recibiese la verdad relijiosa del mismo modo que un espejo refleja el objeto que se le pone delante? Si esa facultad no existe, la diversidad de las opiniones relijiosas es fatal: depende de la edad, la educacion, el pais, la enerjía natural de nuestro espíritu o su actividad. Si, por el contrario, esa facultad existe, todos debemos pensar lo mismo, como respira-

mos de una misma manera, por una lei de la naturaleza. A Dios gracias, no hemos llegado ahí; porque Dios ha dejado a cada uno de nosotros la libertad de desconocerlo para darnos a cada uno el derecho de amarlo. Esta libertad que os asusta, es nuestra herencia mas bella; ella hace de la relijion un amor, i de la fé una virtud.

—Naaman, esclamé, sois el profeta de la anarquía. Disipais el mas bello de los sueños de la humanidad. ***Una fé, una lei, un monarca,*** era la divisa de la edad media, divisa que cada hombre lleva grabada en el fondo de su corazon. ¿Qué nos ofreceis en cambio? La confusion. ¿Qué significa una iglesia en que cada cual habla una lengua diferente i no comprende la de su vecino?

—Señor, replicó el jóven ministro, tanto como vos apetezco la unidad. Cristo nos ha dicho que llegaria un dia en que no habria mas que *un solo rebaño i un solo pastor*; creo en la palabra de Cristo; pero la unidad no es la uniformidad. Contemplad la naturaleza: ¡qué admirable conjunto! I sin embargo, no hai un árbol, una planta, una flor ¿qué digo? ni una hoja que se parezcan. De la variedad infinita, Dios saca la unidad viva i perfecta. ¿Por qué la lei de la naturaleza no seria la lei de la humanidad? Por qué la voz de cada criatura no tendria su lugar en el concierto de alabanzas que la tierra canta al Señor? Al lado de esta armonía fecunda ¿qué significa la estéril monotonía de una nota aislada? Lo que yo entiendo por unidad es la Iglesia universal, esa iglesia que abarca todas las almas fieles. Quienquiera que ama a Cristo, es mi hermano; miro su amor i nó su símbolo. Agustin, Crisóstomo, Gerson, Melanchthon, Jeremy-Taylor, Bunyan, Fénelon, Law, Chaning, son soldados de ese ejército divino. ¿Qué me importa el rejimiento a que pertenezcan? su bandera es la mia; es la de la verdad.

—¡Bravo! Naaman, dijo Truth, apoyando su mano en el hombro del jóven ministro; convertidme a ese pagano.

—¡ Vos sois el pagano! esclamé. Creo que aquí no hai mas cristiano que yo, o si mas os place, no hai otro católico, en el verdadero sentido de esta palabra. Miéntras que vosotros haceis pedazos la relijion i la abandonais a todos los caprichos, yo solo, fiel a los antiguos i sólidos principios, quiero un símbolo único que sea la lei de los espíritus; i para mantener esa lei de verdad, llamo en socorro mio al brazo secular.

—No os lo decia yo? querido Naaman, repuso Truth riéndose. Es un pagano de la decadencia, uno de esos adoradores de la fuerza, que se imajinan que se decreta la libertad como se borrajean leyes.

—No soi tan ridículo, repliqué un poco conmovido. Yo tambien amo la verdad, pero no soi ciego como los utopistas. Para ellos la libertad es una panacea universal que en todas partes cura el mal i el error; la esperiencia me ha hecho ménos confiado. No es el mundo una academia de filósofos, que discuten pacíficamente las mas temerarias tésis; el pueblo, esa hidra de muchas cabezas, es un conjunto de criaturas débiles, ignorantes, locas, perversas, criminales; para contenerlo i dirijirlo, es preciso un freno. Ese freno es la relijion, mantenida, impuesta por una autoridad esterior. Si el poder no toma a su cargo la causa de la iglesia, se acabó el cristianismo; la sociedad se vé entregada al ateismo, a la anarquía, a la revolucion. Hé aquí, señores, por qué creo en la necesidad, ¿qué digo? en la santidad de la fuerza, puesta al servicio de la verdad. ¿Seré un pagano, porque a ejemplo de San Agustin, de Bossuet i de tantos otros cristianos excelentes, sin hablar de vuestro Calvino, pido que la sociedad le preste su espada a la Iglesia, o en otros términos, que el Estado tenga una relijion?

—Una relijion de Estado, dijo de repente Brown acercando su cabeza de bouledogue, ¿qué monstruo es ese?

¿Tiene acaso un alma el Estado para que tenga una relijion?

—Señor, respondí secamente, sin duda quereis un Estado impío, i leyes ateas.

—Señor, replicó mi regañon, no me pago de palabras. ¿Qué cosa es el Estado? En una monarquía, es el príncipe. ¿Treinta millones de cristianos tendrán, pues, la relijion de Acab, cuando por casualidad Acab tenga una relijion? Entre nosotros, que el poder se alterna, se cambiará de fé cada cuatro años. Hé aquí lo que llamo ateismo en supremo grado; creer por órden, es no creer en nada.

—Cuando hablo del Estado, interrumpí, entiendo por él la sociedad política.

—Bien, replicó; será la mayoría quien decida del símbolo i de la fé, despues de discusiones i enmiendas. Tendrémos una relijion parlamentaria. Se pondrá a votacion la Encarnacion o la Trinidad, i se votará. ¡Qué comedia! ¡Cosa estraña! desde que el mundo existe, no hai una verdad natural que no haya sido encontrada por un solo hombre; se necesitan largas pruebas, algunas veces el martirio del inventor, para que esta verdad reuna algunos fieles; un siglo no le basta para conquistarse la mayoría; pero en relijion es otra cosa, la mayoría no se engaña nunca. ¡Curiosa infalibilidad! Que vuelva el Papa; acepto un milagro, desecho un absurdo.

—Señor Brown, dije levantando la voz, no respondeis a mi objecion. Si el Estado no tiene relijion, la lei será atea.

—Siempre palabras, señor, replicó el intratable predicador. El Estado es una abstraccion; es una manera de designar el conjunto de los poderes públicos. Pero la sociedad es cosa viva, es la reunion de todos los ciudadanos que habitan una misma patria. Si esos hombres son cristianos, si su moral es cristiana, ¿cómo será atea la sancion que

esos hombres presten a la moral pública? o en otros términos ¿cómo lo será la lei? *Un buen árbol no puede producir malos frutos* (1).

—¡Imprudente! esclamé; ¿cómo podeis imajinaros que si el Estado permitiese toda especie de creencias, el Evanjelio no habia de resentirse de ello?

—Teneis mui poca fé, señor, dijo Brown lanzándome una terrible mirada. Olvidais que Pablo dijo: *Las armas de nuestra milicia no son carnales.* Jamas el cristianismo fué mas bello ni mas fuerte que cuando tuvo al mundo en contra suya. Mirad a vuestro rededor, señor, i veréis que en ninguna parte la relijion está mas mezclada con la vida que en América; i sin embargo, el Estado no la conoce. No aprisioneis las almas, no las tengais en la oscuridad que las corrompe; dejadlas libres, que ellas volarán a Dios.

—Pero, en fin, mi querido señor Brown, es imposible que el Estado pague todas las comuniones, i que se haga el tesorero del primer fanático que abra una iglesia.

—Lo que quiero es que no pague a nadie, esclamó el fanático puritano. ¿Con qué derecho intervendria? ¿Tiene otro dinero que el nuestro? ¡Cómo! ¿pagaria el judío a los cristianos para que lo llamaran deicida? Pagaria yo a los unitarios, que me disputan la divinidad de Cristo? ¡Qué injusticia! qué ultraje a mi fé! Ved, por otra parte, qué papel le dais al Estado. Cuando el lejislador declara que la relijion no es de su competencia, proclama el respeto a la conciencia; es cristiano por su misma abstencion. Suponed ahora que proteja diez comuniones diferentes, diez creencias enemigas; ¿qué significará esta insolente tutela, sino que el Estado vé en la relijion un instrumento político, i tiene hácia todas las confesiones una misma indiferencia i un idéntico desprecio? Ese precioso sistema que vos, señor, no habeis inventado, es la policía del paganismo.

---

(1) Math, VI, 18.



—Mui bien, repliqué, dejad que cada feligres sostenga su culto, i ya verémos cuántas iglesias tendréis. Se hará uno ateo por economía.

—Os engañais, mi querido doctor, dijo Truth con voz amiga. La prueba, que está hecha, depone en contra vuestra. Tenemos cuarenta i ocho mil iglesias construidas todas por particulares, i cuyo valor se estima en mas de cien millones de dollars. Levantamos mil doscientos templos por año. El salario medio de nuestros pastores es de cerca de quinientos dollars; lo que forma un presupuesto para los cultos de veinticuatro millones de dollars; buscad un pais en que el Estado paga los cultos, i estoi seguro que no encontraréis ninguno que gaste la mitad de lo que nosotros gastamos (1). La razon es clara: el Estado debe ser avaro del dinero que saca de la comunidad, miéntras que el individuo se goza en enriquecer su iglesia, i no retrocede ante ningun sacrificio. Nada hai tan pródigo como la fé i la libertad.

—Mui bien, dije; pero no toda la cuestion es de dinero: queda la cuestion política. Dar a cualquiera el derecho de establecer una iglesia, es reconocer todas las asociaciones, es abrir una ancha via a la ambicion relijiosa i al fanatismo, es decir, a lo mas ardiente i mas pérfido que hai en el mundo. Suponed que una de esas iglesias se sobreponga, que se apodere de las almas; hé ahí un Estado en el Estado. Sentiréis entónces, aunque tarde, la falta que habeis cometido abdicando una proteccion mas necesaria al gobierno que a la iglesia, una proteccion que no es otra cosa que la defensa de la soberanía.

—¡Aquí os estaba aguardando! gritó el puritano volviendo a entrar en la refriega a la manera de un javalí.

---

(1) En Francia, el presupuesto de los cultos ascendió, en el año de 1862, a 49.869,936 francos, i nuestra poblacion es una cuarta parte mayor que la de los Estados-Unidos *(N. del E. frances.)*

Os conozco, señores políticos; hace mucho tiempo que Spinosa, el príncipe de los ateos, i Hobbes el materialista, i Hume el escéptico me han descubierto vuestro secreto. Quereis una Iglesia oficial para deshaceros de la relijion. Lo que os preocupa no es la influencia política, que es nula en un pais de libertad; lo que temeis, es la influencia moral. El cristianismo es por su naturaleza inquieto, agresivo, conquistador. Ha menester del hombre todo entero; sociedad i gobierno, todo quiere invadirlo i animarlo con su espíritu. Hé ahí lo que nos alienta, i lo que os espanta. Algunos obispos que se duermen en su púrpura señorial; pobres vicarios cuyo celo está moderado i dirijido; una relijion, especie de moral frívola i estéril, que predica al pueblo la obediencia, le habla siempre de sus deberes i jamas de sus derechos: tal es el ideal que os encanta i que nos causa horror. Repeleis vosotros la libertad por la misma razon que nosotros la deseamos. Nosotros creemos en el Evanjelio, vosotros le teneis miedo.

—Tengo miedo a las asociaciones, le dije, i no al Evanjelio.

—Sí, porque la asociacion es la única forma posible de la libertad. Necesitais un Estado al cual nada inquiete en su omnipotencia, i que no tenga delante de sí mas que individuos aislados i conciencias mudas. Es ese el despotismo romano en toda su fealdad. Nosotros los cristianos, entre el Estado i el individuo, entre la fuerza i el egoismo, ponemos la asociacion, es decir, el amor, la caridad, verdadero lazo de los corazones, verdadero cimiento de las sociedades. Para difundir la Biblia, para propagar la palabra divina, para alumbrar las almas, para socorrer a los desgraciados, para consolar a los que padecen, para levantar a los caidos, necesitamos centenares de asociaciones, millares de reuniones. Queremos que un pueblo cristiano haga el bien por el libre concurso de todos sus miembros, i no confíe a nadie un deber que él solo puede llenar. Pero

todas esas compañías no pueden existir, sino bajo la condicion de que la Iglesia, la primera i mas considerable de todas, sea señora absoluta dentro de su esfera. La Iglesia, con su libertad, es la que cubre i garantiza todas las asociaciones; por su medio la relijion, léjos de ser un peligro para el Estado, es la vida misma de la sociedad. Hé ahí, señor, hé ahí por qué necesitamos la libertad relijiosa; la necesitamos porque Cristo nos la ha dado, la necesitamos porque es la madre de todas las libertades. Quien no sabe eso, no es ni cristiano ni ciudadano.

Para responder a aquel fanático iba a ahorcarle, cuando una manecita me tomó la mia. Reconocí a Susana i me sonreí.

—Padre mio, dijo en voz baja; van a dar las dos; es preciso irnos.

—Sí, la hora de ir al bosque. ¿Ya está ahí el carruaje?

—Papá, el dia del Señor no se anda en carruaje. A la escuela del domingo es adonde os llevo.

—Tienes razon, pensé. Un parisiense, descarriado en este hermoso pais de libertad, tiene mucha necesidad de ir a la escuela. Es necesario que aprenda todo i olvide todo.

Cuando estuvimos en la calle, léjos de aquella atmósfera teolójica, principié a respirar.

—Uf! dije bostezando, ¡qué pesada es esta jente! Parecen bueyes que siempre están dando vueltas dentro de un mismo surco. Una hora de relijion i de política, es demasiado para un frances; tiene bastante con eso para tomarle hastío al Evanjelio i a la libertad. ¿No habrá alguien que me hable de alguna cosa razonable i amena, de pintura, de ópera, de música o de guerra? ¡Paris, Paris, necesito tu ambrosía para lavarme!

No sé qué locura iba a decir a Susana, cuando divisé al bello Naaman, que caminaba cerca de nosotros con el paso de un pastor que sigue a su oveja. ¡Me olvidaba de

que estaba en América, i de que la señorita mi hija era por entónces presbiteriana!

CAPITULO XXI.

LA ESCUELA DEL DOMINGO.

¿Quién me dirá la causa de la debilidad de un padre para con su hija? Será la ilusion de reconocerse en ella, como la madre cree reconocerse en su hijo? Para nosotros, barbas canas, semblantes arrugados por la vida, ¿será el placer de vernos renacer bajo una forma graciosa i risueña? Será el atractivo de un amor puro, que no exije mas que sacrificarse? Lo ignoro; pero el inevitable Alfredo no estaba con nosotros, i yo saboreaba como un celoso la dicha de conversar i reir con mi Susana. Me estaba mirando en sus ojos límpidos, cuando de repente una mano colorada, ensamblada en un largo brazo, me detuvo al pasar, miéntras que una voz sepulcral me gritaba: ***Esta noche volverán a pedirte tu alma.*** En el mismo instante me introdujeron un papel en la faltriquera de mi fraque. Me dí vuelta, otra mano me detuvo, otra voz me gritó: ***Piensa en tu salvacion,*** i me introdujeron un papel en la otra faltriquera de mi fraque. A aquel ruido acudieron tres hombres negros, levantando el brazo como en el juramento de los Horacios, i cada uno de ellos dando alaridos a mas i mejor, me sepultó en el seno, no una espada, sino un libro pequeño. En seguida la vision desapareció.

—¡Qué es esto? pregunté a Susana, que se reia de mi susto.

—Padre mio, dijo, es la sociedad de los tratados relijiosos que trabaja en vuestra conversion.

—Muchas gracias! esclamé poniendo en mi faltriquera las ***Señales de la bestia,*** las ***Rosas de Saron*** i la ***Trompeta de Jericó;*** aquí lo enriquecen a uno, como en otras partes

lo roban. ¿Qué quieren que haga yo con estos tesoros de edificacion?

—No os afaneis, padre mio, dijo Susana; dentro de un momento nos servirán para hacer felices.

—Confesad, dije a Naaman, que abusais de la letra de molde. Distribuir la Biblia, pase, ya que es vuestra manía; pero, ¿de qué puede servir esta teolojía pueril que sembrais por las calles?

—Sois demasiado severo, respondió el jóven ministro, i no recordais que toda nuestra relijion está en la Biblia. De la Escritura es de donde, por el libre esfuerzo de la razon, cada uno de nosotros debe sacar la regla de su fé i de su vida. Un protestante que no lee, es un cristiano que no practica. ¿Qué cosa mas sencilla que un proselitismo que nos refiere sin cesar a la Biblia? Despertar la conciencia, forzar al último de los hombres a reflexionar i leer, repetirle que él solo está encargado de proveer a su salvacion tal es el objeto de todas esas publicaciones. "Piensa en tu alma, que tú solo respondes de ella," es la conclusion uniforme de esos libritos. Si llamais eso teolojía, toda nuestra literatura es teolójica; la mas insignificante novela está empapada en el mismo espíritu. La Biblia aparece en cada pájina como el té. Lo que nos encanta, no es la pintura de esas tempestades que devastan el corazon i arruinan la voluntad: es el cuadro de una jóven alma que, colocada entre la tentacion i el deber, rechaza a Satanás i apela a Dios. Nuestras ficciones mismas son tratados de educacion.

—Sí, dije sonriendo, son moral en accion.

—Son mas que eso, repuso, son la relijion en accion, son la fé que penetra en el alma i anima toda la vida. Nosotros no comprendemos palabra de la falsa distincion entre la relijion i la moral; no hai dos conciencias. El hombre natural murió con el último pagano; ya no conocemos mas que al cristiano. Quien es cristiano, lo es en todas partes:

en la iglesia, en la familia, en el municipio, en el Estado.

Creo que el piadoso Naaman acojia con gusto aquella oportunidad de renovar algun antiguo sermon, cuando, felizmente, llegamos al templo presbiteriano. Era aquella la sesta iglesia que visitaba en el dia; ¡demasiado justa espiacion de mi tibieza pasada!

Entramos en la sala de lectura, espaciosa habitacion contígua al templo. En bancos circulares estaban sentados unos mil niños i jóvenes, divididos en grupos. De trecho en trecho i de pié, se veia a los pastores i las pastoras de aquel gracioso rebaño, o, como les llaman, a los *monitores*. Al ver a Naaman, toda la asamblea se levantó; el órgano tocó una marcha guerrera, i en seguida todas aquellas voces jóvenes cantaron en coro, con acompañamiento de charangas:

Jesucristo, tu ejército somos,
Contra el vicio e ignorancia luchamos,
I a su encuentro resueltos marchamos,
Firme el paso, sin miedo o rubor.
La oracion, el amor, la limosna,
Son las armas que solo esgrimimos;
La bandera que fieles seguimos
I al combate nos guia, el Señor!

Jesucristo, gran padre i caudillo
De esta hueste que busca en su anhelo
La miseria postrar por el suelo
I la fé levantar por doquier.
Nuestros años no cuentes, no midas
Nuestras débiles fuerzas; cordura
Danos pródigo, i danos bravura
Para en tí la verdad defender.

¿Hai algun secreto encanto en la voz de la infancia? Desprendiéndonos de nosotros mismos, nos llevan los años a mirar con mas ternura a esas jóvenes almas que entran en la vida sin conocer los peligros de que está sembrada? No lo sé, pero me sentí profundamente conmovido por el canto de aquellos pequeños soldados que tan denodadamente se alistaban bajo la bandera del Evanjelio.

—De aquí a veinte años, pensé, ¿cuántos quedarán al rededor de ese estandarte? no importa; es bello espectáculo el que ofrece una juventud que tiene valor i fé. Líbrenos Dios de esos viejos de diez i ocho años que no creen en nada, sino en su egoismo; almas gangrenadas que inficionan cuanto tocan, i no dejan en pos de sí mas que corrupcion i muerte.

Susana estaba junto a mí i de pié. La señorita era *monitor*. Tenia mucho que hacer, pues habia doble auditorio, i la escuela se encontraba revolucionada.

—¿Dónde está Dina? gritaba una voz sediciosa. Dina es mi maestra, yo no te conozco a tí.

Susana tomó en sus brazos a la rebelde, que se resistia llorando, i le dijo dos palabras al oido. Al punto volvió la sonrisa, como el sol despues de la lluvia.

— Me lo prometes? murmuró la niña.

—Mañana, repuso Susana. La niña abrazó por el cuello a su nueva maestra, i la besó en las dos mejillas. Hechas las paces, comenzó la leccion.

Esta rodaba sobre la historia de Israel en tiempo de los reyes. Por primera vez, lo confieso con vergüenza, entré en inmediatas relaciones con el profeta Eliseo. Era aquel un hombre cumplido, cuando no se encolerizaba. Apesar de la belleza de la moral, no le perdono que diera a comer a los osos cuarenta i dos pequeñuelos que se mofaban de su cabeza calva. A tal precio, no querria yo ser profeta, ni aun en mi pais.

Dos fueron los episodios mas celebrados por los niños; ¡tienen las almas frescas un sentimiento tan vivo del bien i del mal! El primero fué la historia de Naaman, jeneral del rei de Asiria, que imploraba de Eliseo el que le libertase de la lepra. Naaman se iba curado i convertido, pero convertido con reservas políticas que prueban una vez mas que no hai nada nuevo bajo la capa del sol.

"Naaman dijo a Eliseo.........: En adelante vuestro servidor dejará de ofrecer holocausto o víctimas a los dioses estranjeros; no sacrificará mas que al Señor.

"Solo hai una cosa para la cual os suplico que rogueis al Señor por vuestro servidor. Cuando el rei, mi señor, entrare en el templo de Remmon, para adorar, apoyándose en mi mano; si me inclino en el templo de Remmon, cuando el rei se incline tambien, que el Señor me perdone.

"Eliseo le respondió: Id en páz (1)."

La tolerancia del profeta, debo decirlo, fué un escándalo para los niños. Naaman fué pifiado con voz unánime, como un cobarde que transijia entre su conciencia i su interes. ¡Bravo, juventud! conservad tan santa cólera. Vendrá un dia en que Remmon, Mammon o Baal os tenderá una mano llena de dinero o de honores, bajo condicion de adorarlo; ¡dichoso él que no se postre delante de un ídolo, i guarde para Dios solo el sacrificio de su corazon!

Vino en seguida la historia de Giezi, el servidor de Eliseo, un hombre hábil que se hacia pagar los milagros de su amo i traficaba con la virtud ajena. ¡Qué furor en el jóven auditorio! i qué alegría cuando Susana ahuecando la voz para asemejarse al profeta, pronunciaba el terrible anatema:

"Habeis recibido ahora dinero i vestidos, para comprar plantas de olivo, viñas, bueyes, ovejas, servidores i sirvientas.

"Pero tambien la lepra de Naaman quedará unida a vos, i a toda vuestra raza por siempre jamas.

"I Giezi se retiró, todo cubierto de una lepra blanca como la nieve (2)."

Existe todavía, existe la honrada posteridad de Giezi, aunque un poco cambiada por el tiempo. Esteriormente ha quedado blanca como la nieve, pero la lepra se ha ido adentro, i ya no es el cuerpo lo que roe.

Me cautivó aquella educacion dada a la infancia por la juventud, i felicité por ella al ministro.

---

(1) IV Reyes, cap. V, v. 17-19.
(2) IV Reyes, cap. V, v. 26-27.

—Pero, agregué, presumo que os reservais el catecismo. La doctrina correria peligro de alterarse al pasar por bocas novicias.

—Nó, me dijo; para la doctrina como para lo demas, nos remitimos a los monitoros; bajo nuestra vijilancia, se entiende. Nadie es herético a los diez i ocho años; si hai algo que temer, es mas bien demasiado apego a la letra.

—Sí, pero si trabajan esas jóvenes cabezas?

—Pues bien, dijo el pastor, aquí estamos nosotros para abrirles la carrera. Nuestra divisa es la de Pablo: *Allí donde está el espíritu del Señor, allí está tambien la libertad* (1). No tenemos ninguna aficion a la fé del carbonero, crédula ignorancia que santificaria igualmente a un cristiano, a un mahometano o a un budista. Hai en la juventud una crísis del espíritu, como una crísis del cuerpo. Llega una hora en que es preciso luchar con la verdad, como Jacob con el ánjel; aquel solo está *convencido* que ha sido *vencido* por el Evanjelio. Queremos una fé razonada.

—I razonadora, agregué, pues cada uno de esos monitores debe salir de aquí con la aficion i la manía de predicar.

—Tanto mejor, dijo Naaman; para nosotros todo hombre es sacerdote, toda mujer es sacerdotiza. ¿Por qué, en la sociedad relijiosa, habia de haber ménos ardor i fé que en la sociedad política? El título de cristiano, ¿es un título ménos hermoso i que imponga ménos deberes que el de ciudadano?

Me callé; aquella manera de considerar la relijion como el patrimonio comun de los fieles contrariaba todas mis ideas. Me han enseñado que la Iglesia era una monarquía, i nó una república. Como hombre cuerdo, he dejado siempre el cuidado de mi conciencia i de mi fé a la Iglesia que me ha educado. No es a mí, sino a mi director, a quien

(1) II Corint., III, 17.

concierne el cuidado de mi salvacion. ¿ Para qué, pues, tomarme un trabajo inútil i cargar con una peligrosa responsabilidad ?

La leccion terminaba ; Susana me alijeró de todos mis pequeños libros con gran regocijo de los niños ; cantaron un bello cántico de adios, i la fiesta concluyó por una distribucion universal de presentes i apretones de mano. Rango, fortuna, edad, tocado, todo se habia olvidado dos horas hacia ; creia uno haber vuelto a aquellos primeros tiempos del cristianismo, en que la muchedumbre de los que creian, no tenia mas que un corazon i un alma. ¡ I decir que cada siete dias, el dia del Señor, toda la juventud americana viene a estas reuniones fraternales para dar o recibir una leccion de amor i de igualdad! Como efecto moral, qué enseñanza, aunque fuera la de un Bossuet, valdria lo que esta educacion mutua !

Salimos ; Alfredo estaba allí para arrebatarme el brazo de Susana. No le envidié su felicidad ; mis ideas tomaban otra direccion : mas que nunca sentia en mi corazon una debilidad paternal. Me decia que era tiempo de que Susana ejercitase en el matrimonio sus grandes cualidades de *monitor*. Ya veia en el porvenir todo un ejército de pequeñuelos mas relijiosos, mas enérjicos i mas felices que su abuelo. I mirando a mis enamorados, que con lijero paso marchaban adelante de mí, llegué a la casa siempre soñando.

El resto del dia se pasó en conversar de todo lo que se habia visto u oido por la mañana, i ¡ sabe Dios cuántas cosas se ven i se oyen en América el domingo ! ¿ Qué son nuestros espectáculos comparados con estas fiestas del corazon i de la intelijencia ? Jamas habia pasado yo un dia mas sério, jamas el tiempo me habia parecido juntamente mas rápido i mejor ocupado.

La noche acabó, como de costumbre, por la lectura de la Biblia. Marta trajo el librote negro, que ya era para mí

un amigo. Todos los dias encontraba en él una respuesta a alguna pregunta secreta de mi alma; rara casualidad que dejaba confusa a mi filosofía.

Habíamos quedado en el séptimo capítulo de Daniel. La vision de las cuatro bestias apocalípticas que figuran las cuatro grandes monarquías de la antigüedad, apénas me hizo impresion: tengo mui poca fantasía para complacerme en imajinaciones tan jigantescas. No le pasaba lo mismo a Marta, que suspiraba a cada palabra. El Asta, *que tenia ojos como ojos de hombre i una boca que proferia palabras insolentes,* le arrancó un grito de admiracion; la ví toda conmovida cuando el profeta pintó al *Anciano de los dias, con su vestidura mas blanca que la nieve, i sus cabellos mas blancos que la lana, sentado en un trono de llamas i servido por un millon de ánjeles, miéntras que mil millones se mantienen en silencio delante de él.* Lo que para mí no era mas que una alegoría, para ella era la verdad, talvez la única manera de que pudiese la idea divina entrar en una intelijencia sencilla i que necesita imájenes para sentir el infinito.

Despues de esas grandes pinturas vinieron los dos versículos en que el profeta anuncia al Mesías.

"13. Miraba yo pues en la vision de la noche, i hé aquí venia como Hijo de Hombre con las nubes del cielo, i llegó hasta el Anciano de dias: i presentáronle delante de él.

"14. I dióle la potestad, i la honra, i el reino: i todos los pueblos, tribus, i lenguas le servirán a él: su potestad es potestad eterna, que no será quitada: i su reino que no será destruido.»

Al escuchar aquel pasaje, me sentí como Daniel: "Me conturbé en mis pensamientos, mi rostro se demudó i guardé en mi corazon aquellas palabras." ¿No acababa de asistir aquella misma mañana al espectáculo de esa reyecía que nada detiene hace mil novecientos años? El cristianismo, por quien están tocando a muerto en la vieja Europa, lo veia en América mas jóven, mas fuerte, mas triunfante

que nunca. ¡Treinta millones de hombres viviendo del Evanjelio! qué enigma para un parisiense que ha leido a Diderot, i que en una noche de invierno se ha imajinado que comprendia a Hegel!

Recojido en mi cuarto, me paseé largo tiempo ajitado por una muchedumbre de pensamientos que se combatian. Recuerdos de la infancia, estudios de la juventud, reflexiones de la edad madura, ideas recientes, daban vueltas dentro de mi cabeza, formando un cáos. ¡Me parecia que una voz misteriosa hablaba burlonamente al rededor de mí!

—Bravo, Daniel, murmuraba aquella voz irónica, te has vuelto capuchino. Héte ahí místico, fanático, i ridículo por añadidura. Mui luego vas a hablar por las narices como maese Brown, i mejor que él el patuá de Canaan. ¡Oh franceses, eternos camaleones! Chinos en Canton, Beduinos en Arjelia, puritanos en el Massachusetts, comediantes en todas partes, ¿cuándo será el dia en que seais hombres? Vuelve a Paris, Daniel, dejarás en la barrera ese *cant* insípido, i ese librote negro que las personas de gusto respetan sin tocarlo. Un filósofo le saca cortesmente el sombrero al cristianismo, pues no conviene malquistarse con nadie; pasar mas adelante es debilidad propia de un espíritu estrecho. El dios del siglo diez i nueve es el viejo Pan, demasiado tiempo eclipsado por la dolorosa figura del Cristo. Engólfate en el infinito, Daniel; adora a tu padre el abismo, que es el culto de moda, el único que puede reconocer la infalible razon de hoi dia.

—Nó, esclamé, se han abierto mis ojos; he desechado el penoso sueño en que se enerva nuestra alma. Aquellos niños me han enseñado esta mañana el lazo sacrosanto que une en una comun ligadura la libertad i el Evanjelio. Si para nosotros todo concluye con el cuerpo, no tenemos derechos ni deberes; somos un rebaño dañino, que es preciso apacentar i castigar hasta que la muerte le envíe a podrirse en la eterna huesa. Aquel solo es una persona a quien la

inmortalidad pone en comunion con Dios. Aquel solo es un hombre i un ciudadano que puede adherirse a una justicia viviente, a una verdad que no perece. El pobre, el enfermo, el esclavo, el desgraciado, el criminal, no vinieron a ser sagrados hasta el dia en que el Cristo los rescató con su sangre i los cubrió con su divinidad. Adios, Hegel i Spinosa! Adios las palabras puestas en vez de las cosas! Adios la materia divinizada! He visto a dónde conducen tales doctrinas a los pueblos i a los hombres; no quiero ni las bajas fruiciones de la multitud, ni la resignacion estoica de los sabios; necesito otra cosa que no sea la embriaguez o la desesperacion; quiero vivir! Vivir es creer i obrar. Desengañado de las ilusiones de la juventud i de las ambiciones de la edad madura, oh Cristo! mi razon es la que te llama, la esperiencia es la que me trae a tus piés. Despues de tántas decepciones, devuélveme la esperanza; despues de tántas traiciones, devuélveme el amor; i ¡ojalá que en breve luzca el venturoso dia en que, imitando la vieja Europa a la jóven América, suba de la tierra al cielo un solo grito, un grito salvador: *Dios i la Libertad.*

CAPITULO XXII.

LAS DESAZONES DE UN FUNCIONARIO AMERICANO.

Despues de un dia bien empleado i de una noche tranquila, levantarse de madrugada, con el cuerpo i el ánimo prontos, envolverse en una ancha bata, mecerse en un *rocking chair* (1), i miéntras se fuma una pipa de marilandia, darse, como dicen los alemanes, *una fiesta de pensamiento,* es un verdadero placer.... cuando se ha pasado de los treinta años.

---

(1) Sillon de balanza, mui de moda en América.

Sentado a la ventana, me divertia en ver a la ciudad salir de su sueño. Lecheras, carboneros, carniceros, lonjistas corrian por las calles, i bajando al piso subterráneo por la escalera esterior, traian las provisiones a cada casa sin molestar a sus habitantes. Parecia que todo estaba calculado para que nada turbase el santuario en que descansaba el dueño de casa. El domicilio de un frances es un cuarto de posada, en que entra el que quiere; el *home* de un sajon es una fortaleza, defendida con celoso cuidado de los importunos i curiosos. Es un hogar, en el sentido sagrado i misterioso de esta antigua palabra, venida de Oriente.

En tanto que admiraba la calle, que mis camineros ya habian barrido i regado, un cabriolé tirado por un caballo veloz llegaba con grande estrépito por el lado en que yo me encontraba. Como siempre me han gustado los caballos, seguia con la vista el altivo andar del troton americano, cuando de repente el caballo vino al suelo. Desde el fondo del cabriolé, un gran sombrero, lanzado a todo vapor, pasó como una flecha por encima de la cabeza del animal, i detras del sombrero un hombrecillo envuelto en una larga levita. Era el amigo Seth, perseguido sin duda por los manes del perro que habia hecho asesinar.

—Marta, grité sacando la cabeza por la ventana; Marta, agua, vinagre; corred, que ya bajo.

Cuando llegué a la calle, ya el hombre se habia levantado i sacudido; se pasó las manos por todo el cuerpo para cerciorarse de que no tenia ninguna fractura, tragó un vaso de agua, i se puso a descinchar i recomponer el caballo, sin decir palabra. Marta estaba a su lado i temblaba de piés a cabeza.

—Entrad en mi casa, dije a Seth; os hará bien tomar algun descanso; si necesitais de asistencia, allí estoi yo.

—Doctor Daniel, respondió secamente, no tengo necesidad alguna de tus servicios. Hasta la vista.

I tomando al caballo de la brida, le llevó cojeando hácia

la casa de Fox, el *attorney*; sin duda que Seth venia a la ciudad con motivo de algun pleito, i no habria sido cuácaro, si le hubiera hecho olvidar su interes una pierna estropeada o una cabeza lastimada.

Habiendo vuelto a mi observatorio, cargué una segunda pipa. Sin pasiones, sin cuidados, disfrutaba de mi reposo; encontraba un placer infantil en seguir con la vista el sol, que de la cima de las casas bajaba lentamente a la calle. Tres golpes dados a la puerta me sacaron de mis imajinaciones. Era el vecino Fox, con una cartera bajo el brazo. La visita me sorprendió. Lo sabia mui contrariado por su derrota electoral, i no era él hombre que olvidase en dos dias su resentimiento i su envidia.

—Buenos dias, señor inspector de caminos i calles, dijo al entrar en mi habitacion.

La manera de acentuar cada una de aquellas palabras me desagradó. Soi la paciencia personificada, pero no me gusta que se burlen de mí.

—Salud al señor *attorney*, respondí con tono golpeado. ¿Se puede saber a lo que debo el honor de su visita?

—Pues bien, querido doctor, repuso con voz de burla, sois un personaje! Héos ahí en el camino de las grandezas! vuestros mismos adversarios se inclinan ante vuestro talento i vuestra fortuna. ¿Qué pueden decir ahora vuestros envidiosos?

—No lo sé, Fox; qué es lo que vcs decis?

—Yo, respondió cerrando un ojo, no digo nada, sino que la roca Tarpeya está cerca del Capitolio.

Despues de aquella máxima banal, se echó en una poltrona, abrió su caja de rapé, aspiró lentamente una narigada, i sacudió por cinco o seis veces algunos granos que le habian caido en el chaleco. En seguida, cruzando las piernas, levantó hácia mí su hocico puntiagudo, i se puso a mirarme en silencio, a la manera de una garduña que acecha un conejo.

Inquieto con aquellos modos, me levanté:

—Tened la bondad, le dije, de hablar claramente. ¿Qué es lo que os trae a mi casa?

—Una bagatela, dijo estirándose en su asiento i haciendo jirar los pulgares: una verdadera bagatela. Una pequeña demanda de 500 dollars.

—No os debo nada que yo sepa, repuse mui maravillado de la pretension.

—Sin duda, querido doctor; a mí no me debeis nada, pero a mi cliente, ya es otra cosa.

Así diciendo, abrió su cartera i sacó la cuenta siguiente:

MEMORIA DE LOS GASTOS E INDEMNIZACIONES DEBIDOS A SETH DOOLITTLE, POR EL DOCTOR DANIEL SMITH, INSPECTOR DE CAMINOS I CALLES, CIVILMENTE RESPONSABLE DEL POCO CUIDADO DE DICHOS CAMINOS I CALLES.

	Dollars.
1.º Por rotura de una vara i reposicion de varas nuevas..............	50
2.º Por herida del caballo en las costillas, i desestimacion de dicho animal: al mas bajo precio..................................	150
3.º Item, al dicho señor Doolittle, por desolladura de una pierna, rotura del sombrero, destrozo del pantalon, lastimaduras en la cara, etc., indemnizacion calculada con la mayor equidad, en consideracion al doctor	200
4.º Por inquietudes, perturbacion causada en el cerebro, pérdida de tiempo, etc., etc................	100
5.º Cuidados diversos, consecuencias de la herida i de la caida, consulta de médico, dictámen de abogado, etc., etc................	*Memoria.*

—Señor, dije a Fox tirándole por la cara aquella memoria de boticario, no me gustan las chanzas, i me maravillo del papel que representais en esta ridícula farsa.

—Mui bien, dijo Fox, preferis un pleito. Como vecino, habria querido libraros de él; pero ese no es un inconveniente: hé aquí la citacion.

—Un pleito! esclamé encojiéndome de hombros. ¡Un pleito promovido por un posadero a un inspector de caminos i calles! a un funcionario! a un hombre público!

a un representante de la autoridad! Qué ridiculez! ¿I el artículo 75 de la Constitucion del año VIII?

Cosa estraña, i que me sorprendió a mí mismo, pronuncié en frances la última frase. Son estos sajones tan groseros, tan ignorantes en administracion, que su idioma es impotente para suministrar tan espléndidas palabras, que constituyen la gloria i la grandeza de las razas latinas.

—La citacion es para hoi, dijo Fox con una sangre fria que me desconcertó. Cuento con que compareceréis, i no detendréis a mi cliente en la ciudad inútilmente. En un cuarto de hora nuestro nuevo juez de paz, vuestro amigo, Mr. Humbug, terminará este asunto, que en verdad no lo es.

—Cómo! os obstinais en pretender que soi yo responsable de los accidentes de la calle?

—¿I quién lo será, si vos no lo sois? repuso el *attorney*. ¿No habeis solicitado i aceptado las funciones de inspector? No sois ajente i servidor del pueblo que os ha elejido? Si hai neglijencia ¿de quién será la culpa, i quién habrá de sufrir las consecuencias?

—Esa no es la cuestion, repuse con justa altivez. Yo no soi un empedrador, un jornalero a merced del que le paga; yo soi un oficial del Estado, un miembro de la autoridad que gobierna, un delegado del soberano.

—Sois el que vijila a los empedradores, dijo Fox, vijilante nombrado por los ciudadanos, i responsable ante los que os nombran. ¿Conoceis en el mundo algun pais en que los cargos existan en provecho de los administradores, i nó en provecho de los administrados? Por lo que hace a mí, no conozco mas que la China con sus mandarines.

—Ignorante, esclamé, leed la lei.

—Sois vos quien debe leerla, respondió Fox; ahí está a la cabeza de la citacion.

Leí el artículo, i bajé los ojos. Fox tenia razon. Me encontraba prendido en la red de mi ambicion loca. Aquel

pretendido honor que lisonjeaba a mi mujer, i a mi hija, i a mí mismo, no era mas que una carga llena de cuidados i peligros. Me habia vuelto el esclavo de aquella multitud a la cual saludaba la víspera como triunfador. En este abominable pais, el pueblo es el que manda, el funcionario es el que obedece. Si lo hubiera sabido!

Una reflexion me volvió los ánimos. Por atrasados que estén estos yankees, pensé, no son completamente bárbaros. En Francia, en el foco de la civilizacion, tenemos cuarenta mil leyes que se contradicen; la autoridad, proceda como quiera, concluye siempre por encontrar alguna que le da la razon; ¿quién sabe si en los Estados-Unidos no hai tambien un *Boletin de las leyes*? Consultaré a un abogado.

— Bajemos, dije al *attorney*. El tribunal debe de estar abierto; Humbug nos juzgará. Si pierdo mi causa, sabré a lo ménos a que atenerme en punto a esta libertad americana con que me asordan los oidos. ¡ Chistosa libertad la de un pueblo en que la autoridad, es decir la nacion hecha hombre, se inclina ante la decision de un juez de paz!

Cuando llegué a la calle, me encontré con el cuácaro, siempre impasible. A una señal de Fox, nos siguió en silencio. Marta se me acercó suspirando.

—Patron, dijo, en este mismo empedrado es donde tu hija i yo caimos en dias pasados.

Poder de una palabra! Con aquellas sencillas espresiones, mis ideas se trastornaron. Susana, Susana mia, eras tú quien turbaba mi conciencia! Por cierto que tengo una fé política a prueba de las locuras modernas; con la cabeza en el cadalso, sostendria a todos i contra todos que la autoridad nunca deja de tener razon; si se deja discutir, está perdida. Que un caballo, i hasta un cristiano se rompa las piernas en un empedrado mal atendido, es una desgracia; pero qué importa! Los caballos pasan, los principios quedan! El interes jeneral es superior a las miserias del in-

teres particular. Tal es el dogma conservador que me han enseñado; lo profeso, i sin embargo, cuatro dias ántes la vista de mi hija herida me habia hecho olvidar mi símbolo. Yo tambien, en mi insensata cólera, habria querido encontrar delante de mí un funcionario responsable, i si lo hubiera tenido, habria procedido como aquel miserable cuácaro, con escepcion de la memoria de dos mil quinientos francos. ¡ Qué débil es nuestro corazon, i cuánto mas de lo que creemos estamos contajiados todos por el veneno republicano !

Humbug se hallaba en su gabinete; entramos en él; Marta no se habia desprendido de su mui amado. ¿ Era ella un nuevo enemigo conjurado en mi contra ?

—Buenos dias, doctor, gritó Humbug apénas me vió. Es mui digno de vos honrar con vuestra presencia mi modesto tribunal. Nunca se enseñará demasiado a los hombres a respetar la justicia, hermana de la relijion.

Discite justitiam moniti et non temnere Divos.

—Señor majistrado, le dije, no es un amigo, sino un litigante el que comparece ante vos.

—Un pleito, dijo arrugando sus anchas cejas. ¿ Habeis olvidado la sábia leccion de nuestros padres? Para entablar o acèptar un pleito, son menester seis cosas: primero, una buena causa; segundo, un buen abogado; tercero, un buen consejo; cuarto, buenas pruebas; quinto, un buen juez; i sesto, buena suerte. Reunir todas esas condiciones es una casualidad tan grande, que aconsejo a todos atenerse al Evanjelio: " *Si alguno te pone pleito por la túnica, entrégale tambien la capa.* " Con ello ganaréis la tranquilidad de ánimo i las costas judiciales, amen de lo demas.

Miéntras que firmaba Humbug algunos papeles, divisé en un rincon a Seth i Marta discutiendo vivamente. Unas pocas palabras cojidas al vuelo no me permitian se-

guir la conversacion. Seth hablaba de *insulto*, de *una buena ocasion*, de *establecimiento de casa*. Marta, suspirando i jesticulando, hablaba de *honradez*, de *Biblia*, de *matrimonio*. Era visible que las dos tortolillas parloteaban acerca de mí. La honrada Marta a lo ménos habia tomado a lo serio la Biblia que leia todos los dias. Su fidelidad doméstica se sobreponia a su amor. Acaso tampoco le disgustaba cerciorarse, ántes del matrimonio, de que seria en la casa el amo.

—Es cosa de tomarlo o dejarlo, dijo alejándose del cuácaro con un jesto de impaciencia.

—Verémos, verémos, respondió Seth, de mas léjos se suele volver.

Con lo cual i con paso tranquilo, fué a reunirse a Fox, que no tuvo trabajo en demostrarle que para un sábio hai mucha utilidad en perder una mujer i en ganar un pleito.

El escribano anunció que habia llegado la hora de la audiencia.

—Entremos, dijo Humbug. Doctor, os doi la preferencia. Los pleitos son como los dientes cariados, de que conviene deshacerse lo ántes posible; cuando están arrancados, ya no se piensa en ellos.

—¿Cómo es, le pregunté, que hai tan poca jente en la sala? creia que en un pais libre la justicia era la gran preocupacion de todos los ciudadanos.

—Querido doctor, repuso el juez de paz, ¿no veis a esos tres estenógrafos que preparan su papel i su pluma? Os diré, como en otro tiempo lord Mansfield: "El pais está ahí." Perded cuidado, que ántes de dos horas todo Paris se ocupará en vuestro pleito. La publicidad de la justicia es la publicidad de los diarios. Si suprimís la reseña, seréis juzgado en secreto i estrangulado entre dos puertas, aunque hubiese trescientas personas en este recinto. Nuestro *forum*, el *forum* de un pueblo de treinta millones de almas, es el diario. Gracias a él, el menor litigante, el mas

oscuro criminal tiene al pais entero por juez, por testigo i por abogado. La prensa, amigo mio, creed a un antiguo diarista, es la única garantía de la justicia i de la libertad.

En las palabras de Humbug no ví mas que una cosa, aquel endemoniado cartelon que iban a levantar en la calle, para divertir a todo Paris con mi mala aventura. Para escapar de tal contrariedad, tomé una resolucion atrevida.—Perderé mi pleito, me dije, pero pondré de mi parte a los risueños.

Iba a hablar, pero Fox ya habia leido sus conclusiones i principiado su alegato.

—Hai, dijo ajitando el brazo en direccion mia, hai ciertos hombres que, sin jenio, sin talento, sin capacidad, pero aflijidos por una ambicion ridícula, o mas bien por una comezon enfermiza, mendigan el sufrajio popular i se imajinan que las funciones públicas se han hecho para satisfaccion de su pueril vanidad.

Este exordio me bastaba; poco me importaba lo demas que se imprimiese.

—Permitidme, le dije....

—No me interrumpais, gritó con su voz mas agria, i poniéndose en guardia como un gallo a quien se le paran todas las plumas, no me interrumpais....

—Perdon, honorable attorney, repuse, ántes de alegar, es preciso que haya un pleito, i aquí no lo hai.

—Señor juez, continué, nombrado inspector hace cuatro dias, podria escusarme con lo reciente de mis funciones, i achacar a mi antecesor una neglijencia de que no soi culpable; pero, no permita Dios que un oficial público, un mandatario del pueblo se valga de semejantes argucias. El empleo obliga; quiero ser el primero en dar el ejemplo de respeto a la lei. Me reconozco responsable de un accidente que lamento; es, pues, inútil atacar a un hombre que ni aun piensa en defenderse.

—Mui bien, esclamó el cuácaro, incapaz de contenerse.

Amigo Daniel, eres un funcionario segun el corazon de Dios: un Booz, un Samuel; dame los quinientos dollars o fianza bastante, i me declaro satisfecho.

—Un poco de paciencia, repliqué; estoi pronto a pagar sobre la marcha toda indemnizacion lejítima; tal indemnizacion, ni aun quiero discutirla. Defiero el juramento a mi adversario; es este mismo santo cuácaro quien fijará la cifra del daño que le he causado.

—No acepto, gritó Seth furioso i turbado, prefiero litigar; mi abogado me ha prometido un triunfo completo. ¿Acaso presta un cuácaro juramento? Daniel, ¿no lees entónces el Evanjelio? Cristo dijo: "*No jureis de ningun modo, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque sirve de escabel a sus piés; ni por Jerusalen....*"

—Basta, dijo Humbug; acabad con ese *cant* inútil. No se te pide, sino que digas en presencia de Dios i como Cristo lo aconseja: *esto es así* o *esto no es así.* Entra en tu conciencia, piensa en tu salvacion. Te pido la verdad, toda la verdad i nada mas que la verdad. I así, Dios te ayude.

El cuácaro se rascó la cabeza i miró a su abogado con aire lastimoso. Fox permaneció mudo. Seth se volvió, i viendo a Marta de pié i silenciosa a su lado, palideció i se puso a tartamudear. Su conciencia, su interes, su amor se libraban una terrible batalla; i es preciso decirlo en honor del cuácaro, el interes no llevaba la ventaja.

—Ahí está la memoria, dijo, los hechos son exactos, pero naturalmente se puede rebajar algo del precio. La vara no era nueva; sin embargo, será menester componerla. Cinco dollars, no es demasiado, ¿no es cierto, Marta?

La enorme muchacha hizo una señal de cabeza como la estatua del comendador en la ópera de *Don Juan.*

—Pongamos cinco dollar, repuso el cuácaro en tono lamentable. El caballo ya estaba lastimado, pero la llaga ha

vuelto a abrirse. Bien vale eso cinco dollars, ¿no es cierto, Marta?

—Por lo que hace a mi persona, continuó, nada pido, pero el pantalon está desgarrado, he perdido mi dia. Pongamos diez dollars, ¿no es cierto, Marta?

—I el abogado, gritó Fox, no te acuerdas de él?

—El abogado, repuso el cuácaro, alegrándose de volver contra alguno su furor de avaricia, el abogado es un necio que no me ha dado mas que un mal consejo. Cinco dollars para pagar aquellas diez palabras inútiles, es demasiado, ¿no es cierto, Marta?

I los ojos de Seth brillaron al ver a su mui amada reirse a boca llena del chasco de maese Fox.

—Aquí están los veinticinco dollars, dije a mi turno, contento de verme libre del pleito a tan poca costa.

—Ah! Marta, esclamó el cuácaro, la conciencia es una ruina. Estoi cierto de que los hombres que hacen una gran fortuna, apénas tienen conciencia, o no se sirven de ella.

—Silencio, hijo de Belial! dijo Marta; bendice al cielo que me ha puesto a tu lado.

—Bravo! doctor, me dijo Fox inclinándose con respeto, sois un astuto compadre. Es una felicidad para nosotros que no seais abogado.

—Eso es lo que no sabeis, cofrade, respondí riendo, soi del oficio.

—¿Cómo así? dijo Humbug.

—Hace algunos años, compuse una memoria de medicina legal, sobre las mujeres que suavizan indefinidamente el carácter de sus maridos, a fuerza de láudano discretamente administrado. Ello me valió un diploma de la universidad de Kharkoff; soi abogado i doctor en derecho entre los Cosacos.

—Cofrade, dijo Humbug en tono solemne, hacedme el honor de tomar asiento a mi lado. I vosotros, señores estenógrafos, no olvideis este hecho maravilloso. Un mé-

dico, doctor en derecho de la universidad de Kharkoff, es cosa que no se vé mas que en América. Estoi seguro de que en toda la vieja Europa no se encontraria la pareja de este fénix que poseemos en Paris....de Massachussetts. Kharkoff, señores, no lo olvideis, Kharkoff!

CAPITULO XXIII.

LA AUDIENCIA DE UN JUEZ DE PAZ.

Tomé asiento al lado de Humbug, cuidando de mantenerme respetuosamente un poco atras; i miéntras que se ventilaban negocios civiles sin importancia, me puse a mirar la sala i los actores.

No habia tablado que elevase al majistrado sobre aquel a quien iba a juzgar; una simple barandilla de madera separaba al público del tribunal. Humbug estaba sentado detras de un ancho bufete; en uno de los costados inferiores escribia el *clerc* o escribano. En frente del juez habia una especie de garita con claraboya, destinada al acusado; un poco adelante del acusado habia una mesa para el demandante i los testigos. Nada mas. Lo que aumentaba la sencillez del espectáculo, era el que nadie llevase traje especial. Humbug asistia de fraque negro, con el sombrero puesto; los abogados no tenian ningun vestido particular. Nada de togas, de alzacuellos, ni de pelucas. Este pueblo primitivo tiene una fé tan candorosa en la justicia, que cree en ella sin ceremonias. Por todas partes se descubre la rudeza puritana. Agréguese que hai un sitio de honor para los estenógrafos. Representan al pueblo, vijilando a sus majistrados i juzgando a la justicia. ¡Cosas tuyas, oh democracia! I sin embargo, no hai un pais en que se lleve mas léjos el respeto a la lei i la confianza en el majistrado. Esta es una de esas anomalías que prueban

hasta la última evidencia que el sajon ha sido criado para la libertad, como el frances para la guerra, i el aleman para la berza ácida i la filosofía. Suponer que un alimento tan fuerte convenga a todos los estómagos, tal fué la locura de nuestros padres. En su ignorancia, aquellos pobres hombres no habian adivinado que hai razas *individualistas* i razas *centralistas* (dos hermosas palabras !), las unas destinadas a cernerse solitariamente en el espacio, como el milano ; las otras a vivir en rebaño i ser esquiladas como los carneros. Política, relijion, filosofía, libertad, son otras tantas cuestiones de historia natural ; variedades que distinguen al *homo civilizatus* entre todos los animales de dos o cuatro piés. Admirable descubrimiento ! Eterno honor de los bellos jenios de nuestro tiempo !

Cuando estuvo agotado el rejistro de las causas civiles, se mandó entrar en la garita a un acusado. Era este un jóven pálido, de cabellos largos, de aire afeminado e impudente. Interrogado por Humbug, dijo su nombre i su domicilio, agregó que era sastre, i que litigaba *no culpable* (1). En seguida se sentó, pasándose la mano por los bucles de sus cabellos, i mirando a sus acusadores con sonrisa de desden.

—Señor majistrado, dijo un *policeman*, este es uno de los mas diestros rateros de la ciudad ; en el concurso de jente en que le hemos tomado, han aparecido en un cuarto de hora seis bolsillos cortados. Hemos prendido a este tuno, que nos es mui conocido ; tenia estas grandes tijeras en el forro de su vestido ; por lo demas, no hemos descubierto que llevase nada consigo.

—¿ No hai otro testigo ni otra prueba ? preguntó el juez.

—Nó, señor majistrado.

---

(1) *To plead guilty* o *not guilty*, es confesar su crímen, o decirse inocente. Esta es la única declaracion que la lei exije del acusado.

—Entónces dejad salir a ese *gentleman*, i otra vez tratad de ser mas hábiles.

El ladron saludó a Humbug, i se retiró con paso tranquilo, como un hombre que jamas habia dudado de su absolucion.

—Cómo! dije a Humbug, soltais a ese bribon?

—Sin duda; no hai cuerpo de delito.

—Pero la mala reputacion de ese miserable, pero esos bolsillos cortados, pero esas tijeras, son otras tantas pruebas.

—Nó, repuso Humbug; son simples presunciones. Es mui probable que ese hombre haya entrado en el concurso para robar: pero la lei castiga el crímen i no la intencion. Deja campo a la vacilacion, al miedo, al remordimiento. Si se hubiera de condenar a los hombres por la intencion, ¿qué hombre de bien no mereceria la horca diez veces en su vida? I, por otra parte, si dais al juez el derecho de leer en el alma del acusado, ¿qué es la justicia humana, sino un arbitrario hipócrita? Ya no es el acto culpable el que constituye el delito; es el capricho o la preocupacion de un majistrado.

—¡Dichoso pais, esclamé, en que la lei proteje al ladron!

—Proteje aun mejor al inocente, respondió Humbug. Con vuestro sistema de inquisicion, ¿quién podria sustraerse de odios privados o de venganzas políticas? Con vuestro derecho de interpretacion, ¿qué juez no estaria espuesto al error i al arrepentimiento? Themis es ciega, amigo mio; no vé, sino que siente. Si quereis que obre, echad en su balanza un cuerpo de delito, alguna cosa material, pesada i que haga bajar el platillo; pero presunciones, intenciones, recuerdos enojosos, todo eso no tiene peso:

Sunt verba et voces, prætereaque nihil.

En aquel momento una especie de hércules, vestido de *policeman*, entró a la audiencia, trayendo en brazos a un

hombrecillo que jesticulaba como un diablo en una pila de agua bendita; no garantizo la exactitud de la comparacion. El jigante arrojó al enano en la garita a viva fuerza; en seguida, componiéndose la casaca, cuyo cuello estaba desprendido, i limpiándose la cara toda rasguñada:

—Esto es lo que hai, mi majistrado, dijo con voz jadeante: es un rebelde el que os traigo aquí.

—Permitidme, dije a Humbug; supongo que no iréis a juzgar acto contínuo un flagrante delito cometido fuera de la audiencia?

—Por qué nó? dijo el juez, sorprendido de mi pregunta.

—I las formas? esclamé. Principiad por poner preso a ese hombre, dejad a la policía que entable una averiguacion, en seguida mandad que se presente una demanda, en seguida sobre tal demanda proceded a un frio i serio enjuiciamiento, en seguida comprobad ese mismo enjuiciamiento, para no dejar cabida ni al error ni a la pasion. Demoráos quince dias, demoráos un mes, demoráos tres meses, si es preciso; el tiempo no es nada; pero observad las formas, que son la garantía de la libertad.

—Perded cuidado, doctor; vamos a hacer el enjuiciamiento en la audiencia, en público, con el pais por testigo. Semejante luz disipa todo error i toda pasion.

Solem quis dicere falsum
Audeat? (1)

Todas las garantías que pedis, las tendrá el acusado, escepto la prision preventiva, en la cual no supongo que esté tan interesado como vos.

—Ahora pues, continúo el *policeman*, ayer llegué de mi provincia, esta mañana hacia mi primera ronda, cuando este señor viene corriendo, asustado, sin resuello, colorado como

---

(1) Quién osaria acusar al sol de mentira?

una remolacha.—"*Policeman*, me grita entónces; por fin os encuentro. Pronto, pronto, socorro, que os necesitan."—¿Qué es lo que hai? le dije.—"Lo que hai, responde exhalando suspiros, lo que hai es que se va a cometer un asesinato abominable, si vos no meteis órden! ¿No veis allá aquel tumulto de jente? Es un hombre que está apaleando a su mujer con un garrote. Escuchad: gritan asesino. Acudid pronto, prevenid una desgracia.

—I quién es ese particular? le pregunto entónces.

—"No es grande, me responde entónces, pero es un salvaje."—Bueno, digo, los he visto peores.

—Abreviad, dijo Humbug.

—Se acabó, mi majistrado; acudo, separo a la jente que no se movia; allí estaba el hombre golpeando en la cabeza a su mujer a garrotazos.

—¿Le aprehendísteis?

—Nó, mi juez, dijo el hércules rascándose la oreja i bajando la voz; era....era Polichinela!

—Continuad, dijo Humbug mordiéndose los lábios, miéntras que el público i el acusado mismo reian de todo corazon.

—Ved, mi majistrado. Me vuelvo a mi puesto, un tanto cuanto incómodo, naturalmente. I entónces llegan todos los pilluelos de la ciudad, con el señor a la cabeza; i todos se ponen a gritar: "Policeman, os están llamando: un asesino! una muerte! Polichinela va a matar a su mujer!» Me digo: Me han jugado una pasada, lo que la lei no prohibe; estoi picado, callémonos; es preciso pagar el noviciado. Camino con mi paso ordinario, como si no hubiese nada; pero este señor, que a lo que parece está pagado para divertir a la ciudad, se me planta por delante con los brazos cruzados i dice en alta voz:—"Yo te conozco a tí, tú eres un ladron i un asesino!"—Yo? grito entónces.—"Tú, que me respondes. Ciudadanos, os tomo a

todos por testigos i por jueces. Decid si no ha muerto a un orangutan para robarle la cara?"

—Mui bien, señor, digo, a cada cual su turno; ese es un insulto, tengo en mi apoyo la lei. Seguidme ante la justicia.—Quiere escaparse; le detengo por el brazo; me responde con una puñada en la cara; le tomo i le traigo, sin romperlo. I eso es todo!

El acusado se levantó mui corrido, declaró que no contradecia los hechos, i se disculpó de su resistencia diciendo que no habia creido cometer un delito con chancearse como Polichinela.

—Os engañais, señor, respondió Humbug en tono chocarrero. Si conocieseis mejor a vuestro digno modelo, sabriais que despues de cada una de sus hazañas se le pone preso en una caja cuidadosamente cerrada. Seré ménos severo con vos; la cosa no os costará mas que diez dollars de multa i diez dollars para reparacion del perjuicio causado a ese honrado *policeman*. Dadle las gracias por su bondad; si hubiera apretado los dedos, estábais perdido.

El hombrecillo sacó de una cartera grasienta algunos billetes, que mui de mala gana pasó al escribano; salió suspirando, saludado afuera por las rechiflas de la muchedumbre, que aplaudia al *policeman*. Esta vez, Goliath habia vencido a David; verdad es que habia puesto de su parte a la justicia.

Despues del caballero de madama Polichinela, desfilaron por delante de nosotros los parroquianos de la policía correccional: mendigos, vagamundos, borrachos, disolutos, quimeristas, rateros, jugadores i otros pillos: todas las miserias i todos los vicios. Al ver la rapidez i seguridad con que Humbug sustanciaba i fallaba cada caso, al ver sobre todo como sin quejarse aceptaba el culpable un castigo previsto, me reconcilié con el procedimiento americano. La publicidad del enjuiciamiento criminal bien podria

ser uno de los descubrimientos modernos que suprimen el tiempo. Recojiendo en su primera esplosion las palabras de todas las partes, en vez de coagularlas en un papel que no les conserva ni el son ni el sentido; poniendo frente a frente a los acusados, a los acusadores, a los testigos, a los abogados, el juez americano condensa en algunos instantes la verdad, que entre nosotros se evapora con demasiada frecuencia en los mil canales en que la enfriamos. Administrar buena i pronta justicia sin menoscabar la libertad, tal es el problema que estos yankees han resuelto. La ciencia nos ha engañado, la casualidad les ha servido.

Sin embargo, habia un punto en que me quedaban algunos escrúpulos. Pregunté a Humbug si no estaba espantado de su poder. Tener en sus manos la fortuna, la honra i la libertad de tantos acusados, ser solo para disponer de ellas, es una responsabilidad terrible; ¿no seria mejor compartirla?

—Nó, respondió Humbug, el interes de la justicia se opone a ello. Formar un tribunal de tres o cuatro jueces, no es multiplicar la responsabilidad, sino dividirla; el acusado pierde así su mejor garantía. Solo i bajo la vista del público, me parece que me mira Dios; siento toda la santidad del deber que estoi desempeñando. Miéntras mas colegas tenga, me creeré ménos comprometido. ¿Qué es un tercio, un quinto, un décimo de responsabilidad? I si la sentencia es inícua o cruel, ¿contra quién se volverá la opinion?

—Sin embargo, le dije, ahí está el jurado.

—Es el ejemplo que os iba a citar, me dijo. En este pais la mayoría es soberana; es el número el que, en toda cosa, constituye la lei. Sola la justicia está exenta de esa condicion. El acuerdo de once jurados no puede quitar al acusado ni la vida ni el honor; basta con la abstencion de un solo hombre para poner en jaque su veredicto. ¿De dónde viene eso? Es que hai aquí una cuestion moral, i no un

problema de aritmética; la voz que absuelve tiene talvez mas peso que las once voces que condenan. Por eso, lo que exije el lejislador, no es la mayoría, sino la unanimidad. Lo que ha menester, no es una responsabilidad dividida en doce partes, sino doce responsabilidades. Ya veis que ni aun en este caso hai la apariencia de una escepcion; reina siempre la misma regla, pero reforzada: unidad de juez, plena i entera responsabilidad.

Tal razonamiento me sorprendió; siempre habia creido que la unanimidad del jurado era una de las reliquias de barbarie feudal, que nos divierten a espensas de la Inglaterra i nos dejan apreciar mejor nuestra superioridad. Humbug turbaba la serenidad de mi fé. En vano traia yo a la memoria las sábias palabras de Montaigne: "Oh! qué suave i blanda almohada, i sana, es la ignorancia i la incuriosidad, para reposar una cabeza bien formada!" La duda es como la lluvia, de que ningun viajero se escapa. Franceses! quereis guardar ese lejítimo orgullo, esa justa satisfaccion de vosotros mismos, que constituye vuestra fuerza i vuestra alegría? nunca perdais de vista vuestras veletas.

Un movimiento que hubo en el auditorio, movimiento seguido de un largo murmullo, nos anunció la llegada de un personaje importante. Un hombre gordo se adelantó majestuosamente, con la cabeza erguida, los ojos medio cerrados, resollando a cada pisada i sin mirar a nadie. Al llegar a la mesa de los querellantes, saludó a Humbug con una señal de mano familiar i con una sonrisa protectora. Era el banquero Little, que llevaba en sus mejillas infladas la insolencia de sus veinte millones.

Detras de él, dos *policemen* traian a un hombre de alta talla, flaco, con la cara hundida, los ojos encendidos, la traza de un jugador que ha puesto su vida en una carta, i que ha perdido. Se dejó caer en el asiento de los acusados i se tapó el semblante con las dos manos.

—Señor, dijo el banquero, esta mañana se ha presentado en mi caja esta libranza de dos mil dollars, que deposito en vuestro bufete. Mi cajero, mozo intelijente, a quien vos conoceis, Humbug, no encontrando apuntado tal pago en el cuaderno de vencimientos, tuvo la ocurrencia de traerme el billete, a pesar de lo insignificante de la suma. El nombre del librador, los endosos, mi aceptacion, todo es falso. Desde esta mañana, ya se han presentado tres veces con billetes semejantes, que se han guardado de dejarme. Es un golpe preparado entre cierto número de bribones. Habian calculado que me nombrarian alcalde, que hoi me encontraria ausente, i que mi cajero no osaria rehusar libranzas firmadas por mí. He aprehendido al señor; toca a la justicia descubrir los cómplices.

—Acusado, dijo Humbug, ¿teneis algo que responder? Pensad que se tomará nota de todas vuestras palabras, i que se hará uso de ellas en vuestra contra; reflexionad ántes de hablar.

—Nada tengo que decir, por ahora, murmuró el acusado.

—Entónces estoi obligado a someteros a la corte de *assises* por crímen de falsificacion, añadió Humbug con voz conmovida. ¿Podeis presentar dos fianzas de cinco mil dollars cada una? De lo contrario me veré obligado a reteneros preso.

—Trataré de encontrar fiadores, respondió el acusado.

—Mui bien. Subid en carruaje con dos *policemen* i ved a vuestros amigos. Cuando hayais vuelto, irémos con vos a visitar vuestros libros i tomar, si es necesario, otras precauciones.

—Dejar en libertad a ese falsario, dije a Humbug, ¿lo habeis pensado bien? Tiene cómplices, a quienes pondrá sobre aviso, i ademas se escapará.

—La lei, respondió el juez, no establece la prision preventiva, sino para los crímenes que merecen pena capital.

En todo otro caso, se remite a la discrecion del majistrado. ¿Por qué quereis que prive a ese hombre del medio de defenderse? Será para que comparezca en la corte de *assises* como una víctima, i que el interesante sea, no el robado, sino el ladron? Serán menester comprobaciones, visitas de peritos, informaciones; i ¿puede hacerse todo eso a ciegas en ausencia del acusado? Por acaso no tiene el acusado el derecho de discutir i criticar todos los cargos acumulados contra él? El enjuiciamiento criminal no es una pena; es la averiguacion de la verdad.

—Con vuestra falsa humanidad, esclamé, desarmais a la sociedad; no es así como yo entiendo la justicia.

—¿Cómo la entendeis entónces? preguntó Humbug.

—Permitidme una comparacion, respondí. En la sociedad, como en una selva, hai aves de presa, animales de rapiña: enemigos a quienes la policía i la justicia dan contínua caza. La policía los cerca, la justicia los espera al paso; el majistrado, hábil cazador, derriba i destruye esa raza maldita. Pedid fianza al lobo, ofreced a la zorra salvo-conducto, i ya veréis lo que será de los corderos i de las gallinas. Protejer a los hombres de bien, es el primer deber de la justicia; a los malos no debe mas que castigo i esterminio.

— Querido amigo, dijo Humbug, vuestras chanzas son crueles.

Quænam ista jocandi
Sævitia.

Si hai lobos entre los pobres mortales, lo que estoi léjos de negar, a lo ménos tienen la misma piel que las ovejas; ántes de matar al bandido, es preciso reconocerle. Es esta una tarea que requiere una mano mas delicada que la del cazador. La justicia no es con otro nombre, mas que la sociedad, madre de todos los ciudadanos; hasta la condenacion, cree en la inocencia de sus hijos. Esa maternal con-

fianza no es una palabra vana; es una ternura activa que proteje i sostiene al acusado, sin abandonarle un momento. Quizá creeis que es el jurado quien castiga el crímen; desengañaos. El enjuiciamiento se hace entre nosotros de un modo tan ámplio, tan libre, tan jeneroso, que a decir verdad es el culpable quien se condena a sí mismo i acepta la espiacion. Asistid a nuestras cortes de *assises*, i veréis que lo que desarma al acusado, es la benignidad misma de nuestro procedimiento. El que es atacado, se subleva; el que es insultado, ultraja; el orgullo i la cólera sostienen al malvado lo mismo que al hombre de bien; pero justificarnos cuando los hechos solos nos acusan, esponer sencillamente nuestra conducta, dar cuenta de nuestras acciones, es el privilejio de la inocencia. Nada aterra tanto a un criminal como sentirse solo en presencia de sí mismo, teniendo por testigo i por jueces al presidente que le proteje i a los jurados que le escuchan. Por eso, las mas veces acaba por confesar su falta, o por encerrarse en un silencio que es una confesion. Lo que llamais la debilidad de nuestras leyes, es lo que constituye su virtud i su belleza.

—No comprendo palabra de vuestra filantropía quimérica, le respondí; no es así como se entiende i como se practica la justicia......

—En Kharkoff, entre los Cosacos! interrumpió Humbug riendo; ya lo creo, aquella jente no es cristiana.

—Son cristianos como yo, repliqué, pero....

—Buenos dias, mi juez, gritó, miéntras lo encerraban en la garita, un hombre de semblante violáceo, con unos ojos que le salian de la cabeza como a un cangrejo, i con voz asmática i ronca: soi yo, Paddy, vos me reconoceis.

—Dos veces en cuatro dias, es demasiado, dijo Humbug.

—Dispensad, mi majistrado, dijo el acusado mostrando a los *policemen*, es por culpa de estos señores. Son implacables con la jente pobre. Ayer, domingo, salgo para pa-

searme tranquilamente, con una botella de jinebra en el puño, como un buen cristiano que no quiere ponerse hidrófabo por no hallar de beber en dia sábado. Encuentro por allá a este diablo, le pregunto cortésmente por el camino del hospital.—"Lo tienes en la mano, me responde." —Esto, digo sacando mi botellita, es el consuelo de la vida.—"Es tu enemigo, replica."—Pues bien, *policeman*, debemos amar a nuestros enemigos. Así diciendo bebo a mi salud, i tropiezo cara a cara con Patrick O'Shea, un compatriota, un hijo de la verde Erin, un enemigo de los sajones. No es posible encontrarse el domingo con un amigo sin darse unas cuantas puñadas; cosa de risa, ¿no es cierto, mi juez? Todavía no nos habíamos sacado sangre, cuando el *policeman* me pone la mano en el hombro.—"¿Tienes tres pesos? dice."—Nó, tengo rota la faltriquera, no me la ha remendado mi mujer.—"Si no tienes con que pagar la multa, añade, por qué te pones a reñir?"

Yo le respondo:—*Policeman*, teneis razon; cada cual debe divertirse segun sus medios.—Con esto me voi tomado del brazo con Patrick, tan amigos como ántes. Pero hé ahí que Patrick se pone a porfiarme con motivo de las últimas elecciones; porque él es demócrata.—"Tu juez, dice (de vos es de quien hablaba, mi majistrado), no vale tres cominos; en cuanto al doctor, aseguran que es un brujo."

Como era natural, le tapo la boca con una puñada; él me responde del mismo modo; le pongo zancadilla; hélo allí en el suelo:—Te estrangulo, le digo, si no confiesas.

—I le he obligado a confesar.

—Qué cosa? preguntó Humbug.

—Claro está, mi juez, que vos valiais tres cominos, i que el doctor no era brujo.

—Paddy, repuso Humbug con aire grave, os damos las gracias por vuestra buena opinion respecto de nosotros;

pero el haberos embriagado i haber reñido en la calle, os costará diez dollars.

—Diez dollars! esclamó el borracho, de dónde quereis que los saque?

—Si de aquí a mañana no los encontrais, canceleréis la deuda con cinco dias de prision.

—I mi mujer, i mis hijos? murmuró Paddy.

—Ayer era cuando debiais pensar en eso, respondió el juez; hoi es demasiado tarde.

—Fariseos, esclamé, al fin caisteis en la trampa. Teneis dos pesos i dos medidas. Merced a su dinero, el rico puede permitirse todos los vicios; el pobre va a espiar en la cárcel el único crímen que no perdonais: la miseria. ¿Es eso equidad? Para un mismo delito, no admito mas que una misma pena; encerrad a todos los culpables, o no encerreis a nadie. ¡La justicia no es mas que otro nombre de la igualdad!

—¡Felices lójicos, dijo Humbug, admirables conductores de los pueblos! poco os importa matar la libertad, con tal que la lleveis en línea recta al abismo. El dia en que los verdugos rusos hicieron morir bajo el *knout* a los nobles i a las mujeres, sospecho, sublime doctor de Kharkoff, que palpitó vuestro corazon; entónces esclamásteis: —Gran victoria de la igualdad!

—Nó, nó, dije a mi turno; tengo horror al despotismo; quiero la igualdad que eleva, i no la igualdad que abate; pido que se trate a los siervos como nobles, i no a los nobles como siervos.

—Mui bien, mi buen amigo, repuso el juez; pero aquí es donde empieza la dificultad. Hai siempre un punto en que, a ménos de imitar a Procusto, el lójico mas perfecto, jamas llegaréis a la igualdad.

—Nuestras antiguas leyes sajonas, que a vos os parecen duras, i a mí justas i benignas, tienen siempre cuidado de respetar la libertad. Fuera de los crímenes atroces, ata-

can la bolsa i no la persona del culpable. Si el verdadero medio de contener al hombre a quien arrastra la pasion, es ponerle a la vista la responsabilidad que le aguarda, nada es comparable a las penas pecuniarias, creed en este punto a la esperiencia. Hai paises en que el adulterio es una jentilèza; la mala fé, un juego permitido; el duelo, una hazaña que honra aun al malvado. Entre nosotros, no se seduce ni a la mujer ni a la hija del vecino, i no se mata a los hombres para reparar la injuria que se les ha hecho. Por qué? Por la razon mui prosaica de que es preciso pagar quince o veinte mil dollars por cada una de esas amables locuras. Nadie quiere arruinarse; para ser la fábula de la ciudad, i por añadidura tener en su contra a los risueños.

—Tal es la lei; su fuerza i sabiduría están consagradas por una práctica diez veces secular. Pero ¿qué hacer cuando el culpable no tiene nada? Ha de darse al pobre un privilejio de impunidad, ha de sacrificarse la libertad por amor a la uniformidad? Nuestros antepasados han resuelto, i nosotros hemos guardado su máxima: *Quien no puede pagar con su bolsillo, pague con su pellejo: luat cum corio.* Entre nosotros, la multa es la regla, la cárcel es la escepcion. Por qué? Porque la libertad es el principio; a decir verdad, la prision no es mas que un medio de ejecucion contra un deudor insolvente. ¿Qué injusticia veis en todo esto?

—No veo ahí la igualdad, respondí.

—Pues bien, doctor, estais ciego. Hai dos especies de igualdad: la una, que no conviene a las sociedades humanas, es la igualdad material i brutal que no toma en cuenta ni edad, ni rango, ni fortuna. Unas mismas penas en condiciones desiguales, son la igualdad absoluta i la suprema injusticia. La otra igualdad es la que proporciona el castigo, no a la definicion del delito, que no es mas que una palabra, sino al acto mismo i a la persona del culpable. Al

rico una pesada multa, al pobre una multa lijera, i en defecto de pago, algunos dias de prision, es esta una lei en que la justicia i la igualdad verdadera encuentran su conveniencia, no ménos que la libertad.

—Paddy! esclamé llamando al borracho, que levantó hácia mí sus grandes ojos asombrados: tomad estos diez dollars, pagad vuestra multa, amigo, volveos en paz a vuestra casa, i no pequeis mas. Esa es mi respuesta, añadí dirijiéndome a Humbug: es una protesta contra la iniquidad de vuestras leyes.

—Es la justificacion de su excelencia, respondió. Si por amor a la igualdad hubiésemos establecido la prision como pena de la embriaguez, ¿qué socorro habriais podido prestar a la interesante víctima? La multa, por el contrario, tiene el gran mérito de que las almas tiernas pueden siempre correjir la dureza de nuestros fallos. I por mas que digan los lejistas, raza de corazon de piedra, cuando hai lucha entre la caridad i la justicia, es bueno que el triunfo sea de la caridad.

—Gracias, doctor, gritó Paddy torturándome los dedos entre sus manos; voi a beber a vuestra salud; al primero que ose decir que sois brujo, lo ultímo, a fé de cristiano!

—Hé ahí un hombre enmendado, dijo Humbug. Ahora, si no hai nada mas a la órden del dia, levantemos la audiencia.

Le acompañé a su gabinete, donde encontramos al presidente de *assises* en gran ajitacion.

—Os estaba aguardando, dijo a Humbug; me encontrais en un grande apuro. El jurado está reunido, el attorney jeneral me falta a su palabra. Me escribe que está en cama, postrado por tales dolores de entrañas, que le es imposble levantarse.

—Entrañas.... un attorney jeneral! Eso es inverosímil, esclamó Humbug.

—Amigo mio, no os riais, acudid en mi ayuda. Propor-

cionadme alguno que pueda reemplazar a nuestro acusador público.

—Valéos de este querido Daniel, dijo el juez siempre dispuesto a reir. Hé aquí al hombre que buscais. Es abogado i doctor de la universidad de Kharkoff; es un prodijio de gravedad, de inflexibilidad, de legalidad i de sentimentalidad. Con él teneis reunidos en una sola persona a Coke, Mansfield, Erskine i el resto.

—Venid pronto, señor, dijo el presidente tomándome por el brazo; me salvais la vida.

—Permitid, le dije....

—Nó, nó, interrumpió, no quiero oir nada. Dejad a un lado la falsa modestia; sois doctor, i esto basta.

Al mismo tiempo Humbug me tomó por el otro brazo; fuí arrastrado a la sala, presentado al jurado, e instalado sin haber podido articular palabra. Humbug se puso a mi lado, i al mismo tiempo que se reia de mi mala aventura, me señaló en el banco del defensor a Fox estupefacto, que me miraba cerrando los ojos.

Ya no habia como retractarse; la suerte, que se reia de mí, me condenaba a representar una nueva comedia: *el Attorney a su pesar*.

CAPITULO XXIV.

UN ATTORNEY JEÑERAL.

Mi querido lector, si alguna vez una mano traidora os echó al agua de sorpresa, i sin que supieseis nadar, podeis formaros idea de mi triste situacion. No me sentia en estado de decir dos palabras coordinadas, pero retirarme hubiera sido ridículo; no habria habido en toda la ciudad bastantes pitos para mí; resolví, pues, hacer de tripas corazon, i sostener hasta el fin mi papel.

Sacando mi cartera, le arranqué algunas hojas, en que

me puse a escribir de memoria algunas de esas bellas frases que nada dicen, pero que producen el mejor efecto cuando se las intercala a tiempo en una improvisacion esmeradamente preparada. Así armado, aguardé la batalla con la enerjía de un soldado que marcha al fuego, diciéndose que quedará en él.

El primer acusado que se hizo comparecer, era un malvado abominable, que habia envenenado lentamente a su mujer, despues de haberle dictado un testamento; el crímen era flagrante, las pruebas abrumadoras, tanto que el miserable ni siquiera intentó defenderse.

—Litigo *culpable*, murmuró con voz trémula, pálido el semblante, estraviada la vista. La muerte, pido la muerte. Que me libren de la vida.

Se hizo un profundo silencio en toda la asamblea.

Me levanté majestuosamente, me puse el lente sobre la nariz, tosí tres veces, i teniendo mis papeles en la mano izquierda miéntras movia el brazo derecho cadenciosamente, principié en voz baja i lenta:

"Señor presidente, señores jurados:

"*Nemo auditur perire volens*, no se escucha al que quiere morir, es una de las grandes i saludables máximas que nos ha dejado la profunda sabiduría de nuestros venerables antepasados, sabiduría mui superior a la desacordada ciencia i a la orgullosa razon de las jeneraciones de hoi dia. *Nemo auditur perire volens*, es una máxima que no se ha inventado solamente para protejer al culpable contra su propia desesperacion, sino para garantir a la sociedad la justa satisfaccion de una venganza lejítima.

"Sí, señores, cuando se ha cometido un crímen abominable; cuando nuestra admirable ciudad, toda rejuvenecida por el esplendor de esas gloriosas construcciones que hacen infinito honor al jenio prodijioso de nuestra hábil i sábia edilidad, cuando, digo, nuestra ciudad, Roma moderna, mil veces mas bella i mas grande que la Roma de los Césares, se despierta por la mañana, terrificada con la noticia imprevista de uno de esos horribles atentados que revelan una depravacion incalificable, fruto envenenado de una civilizacion que han corrompido las revoluciones i el diarismo; entónces, señores, la justicia, que siempre vela, debe llenar una mision sagrada, mision tan difícil como grandiosa. En defecto de una palabra fácil, en defecto de esa elocuencia majistral, patrimonio de tantos de mis ilustres colegas, a quienes no nombro para contemporizar con

su excesiva modestia, los majistrados que a lo ménos son inspirados por su conciencia, traen a este recinto su enérjica conviccion, su humilde i firme consagracion a la causa del órden, de las leyes i de la sociedad.

"Aquí, señores jurados, aquí se ofrece un grande i hermoso espectáculo, aquí recomienza en todos sus pormenores una trajedia, dolorosa sin duda para la jente de bien, pero necesaria a la espiacion del crímen i a la edificacion del pais entero. En este drama espantable, el libertinaje forma la esposicion, la codicia llena el segundo acto, el veneno es el nudo, el enjuiciamiento, con su maravillosa habilidad, precipita las terribles peripecias, i llegamos al desenlace fatal i próximo. Este desenlace vengador está en vuestras manos, señores jurados, vuestro veredicto no es dudoso. Abrumado bajo el peso de su falta, vencido por la justicia, el culpable ha confesado todo; se encuentra delante de vosotros agobiado, aterrado por el remordimiento. Su condenacion está escrita en su frente malvada, como está escrita en vuestros nobles corazones.

"Que no se imajine que esa confesion forzada puede eximirle de la vergüenza que ha merecido. Vano es que desvíe su cabeza criminal, vano es que aparte de sus labios impuros el cáliz amargo que le ha preparado su crímen execrable; la lei ciega i muda, la lei justamente inexorable, la lei santamente implacable, quiere que beba su fechoría hasta las heces. Su suplicio es el castigo del pasado i la leccion del porvenir."

—Basta, por Dios, basta, me dijo Humbug tirándome de la cola del fraque. *Res sacra miser* (1), amigo mio.

—Dejadme, le dije con un jesto de impaciencia. El acusador no tiene nada que ver con la humanidad.

—A nós, continué animándome, a nós ministro de la vindicta pública, a nós, representante de la sociedad ultrajada, a nós es a quien incumbe el penoso i sagrado deber de hacer callar hasta las palpitaciones de nuestro corazon de hombre, a nós es a quien corresponde remover ese fango i dominar invencibles repugnancias, a nós es......

Imprudente! en medio de un movimiento magnífico levanté los brazos, abrí las dos manos; hé ahí todos mis papeles por el suelo i con ellos mi elocuencia; me agaché para recojer todo juntamente, el acusado se aprovechó de aquella desdichada casualidad, i levantándose bruscamente:

---

(1) El desgraciado es cosa sagrada.

—Señor presidente, dijo, ¿ cuánto tiempo toleraréis que el attorney jeneral juegue conmigo como un gato con un raton? La lei dice que sois el abogado del acusado ; ¿ por qué dejais que se insulte mi miseria? Aguardo la sentencia, ¿ qué necesidad hai de prolongar mi suplicio?

—Tiene razon, dijo un jurado mal criado, aquí estamos para hacer justicia, i no para oir un sermon.

Iba yo a hablar; el presidente me detuvo con una señal de mano, i cubriéndose, pronunció pura i simplemente la condenacion del culpable i la pena de muerte. Ningun resúmen, ningunas palabras bien sentidas, ninguna leccion dada ni al acusado, ni al jurado, ni al público, nada que aumentase la solemnidad de aquella escena palpitante de interes. Mui al contrario, con una familiaridad de mal gusto se puso a pactar con el culpable.

—Reo, dijo, en adelante no teneis ya nada que aguardar de la misericordia de los hombres, no os queda mas que contar con la justicia de Dios. ¿Cuántos dias habeis menester para arreglar vuestros asuntos i poner en órden vuestra conciencia?

—Me basta con tres dias, respondió, tengo prisa de acabar.

—Pues bien! repuso el presidente, dentro de cinco dias, contados desde este momento, compareceréis ante el único juez que puede perdonaros.

El reo saludó con respeto al presidente i salió lanzándome una mirada que me turbó. ¿ No habia llenado yo mi deber? Son acreedores a compasion aun los asesinos?

Se hizo comparecer al segundo acusado. Era un bribon descarado que, salido del presidio dos dias ántes, se habia hecho culpable de robo con fractura i de tentativa de asesinato. Habia roto las ventanas de una casa de Montmorency, amenazado a una pobre sirvienta que cuidaba la casa, i llevádose en seguida todo, hasta el carruaje i los caballos.

La cara de aquel tuno bastaba para hacerle condenar. Era la perversidad en persona. Se veia a un hombre para quien la sociedad no era mas que una enemiga, i que tenia tanto desprecio a la lei, como odio al majistrado ; en una palabra, una de esas bestias feroces que es preciso matar para que no nos devoren.

—Acusado, dijo el presidente, ¿ litigais culpable o no culpable ?

—La pregunta es sagaz, respondió el ladron con audaz abandono. Culpable, o no culpable? Ni vos ni yo sabemos nada en el particular ántes de haber oido a los testigos.

—Señores jurados, esclamé, ¿ para qué necesitamos escuchar mas ? Retened esa confesion. ¿ Por ventura un inocente vacilaria jamas un instante en proclamar su no culpabilidad ? Solo un malvado de profesion puede tener tal descaro. Mirad si este miserable no lleva escrito el crímen en su rostro impudente ?

—Protesto contra esa teoría, gritó el defensor del acusado.

Aquella voz chillona me hizo palpitar. Otra vez mas, la fortuna burlona me ponia delante de Fox, mi eterno enemigo.

—Sí, continuó, protesto, i siempre protestaré, contra una doctrina que jamas se ha admitido ante los tribunales de la libre América. Vos no teneis derecho de torturar las palabras de un acusado para sacar de ellas una condenacion. No teneis derecho de interpretar su actitud, su jesto, el tono de su lenguaje para deducir de ellos su culpabilidad. Si fuese permitido invocar esas señales engañosas que la pasion esplica a su antojo, ¿quién se escaparia entónces de la elocuencia de los señores attorneys jenerales ?—Calla el acusado ? es porque el remordimiento le abruma, el silencio es una confesion.—Protesta el acusado con calma ? es un descarado, el descaro es una confesion.—Se irrita, se mo-

fa? es un insolente que ultraja a la justicia; el insulto es una confesion. Debilidad, enerjía, humildad, orgullo, lágrimas, cóleras, todo es confesion para espíritus prevenidos, que no ven nada sino por un lado. Eh! señores, comenzad por establecer los caractéres físicos de la virtud i del crímen. Cuando la ciencia haya realizado los sueños de Lavater, condenaréis a los hombres por su aspecto; hasta entónces dejad a los que dicen la buena ventura, ese arte pérfido i peligroso. La justicia no conoce mas que los hechos, no discute mas que los hechos, no falla sino sobre los hechos. En eso consisten su seguridad i su grandeza. El señor attorney jeneral puede guardarse su talento para mejor ocasion; pasemos a oir a los testigos.

—Señor presidente, esclamé, solo por respeto a la corte he sufrido hasta el fin la impertinencia de esas palabras; un attorney jeneral no tiene que recibir lecciones de un abogado, requiero......

—Calma, señor, dijo el majistrado. Todo es permitido al defensor, escepto la injuria; las palabras del honorable abogado no exceden en nada del derecho de su ministerio. En cuanto a su doctrina, es la que han consagrado nuestros precedentes. En todas nuestras recopilaciones encontraréis unos principios que me honro de profesar.

Caí en mi asiento como un Titan herido por el rayo. ¡El presidente, convertido en apóstol de teorías que hacen bajar la acusacion al nivel de la defensa; el presidente, desertor de nuestras filas i cómplice del abogado, era lo último que podia esperarse! Si eso es lo que los yankees llaman justicia, yo no la entiendo. Recórrase la Europa civilizada, i no se verá allí nada semejante.

—Mui bien, me dijo el excelente Humbug para darme un poco de valor. Hablais como un senador; tan solo pecais por demasiado celo. Moderaos, mi buen amigo, que producireis mas efecto.

No me hallaba en el término de mis sorpresas. Se llamó

a los testigos; esperaba que solo el presidente los interrogase, de concierto conmigo. Vana esperanza! El presidente era una estátua impasible; enfrente de él, el acusado guardaba el mismo silencio. Cuando quise interrogarle, un grito jeneral me dió a conocer que, segun la lei yankee, no hai favor sino para los bribones. Al ver al majistrado i al acusado, ámbos inmóviles i mudos, se habria creido que estraños a lo que pasaba en la audiencia, eran los jueces del campo. Los combatientes, o mejor las víctimas, eran los testigos, entregados a merced del abogado, interrogados, desmentidos, censurados, acosados por un hombre sin carácter público, i que no tenia otro título sino defender la dudosa inocencia de un bribon envejecido en el crímen. En esta subversion de todas las ideas admitidas, se habria tomado al acusado por un testigo, a los testigos por acusados.

Una de las preguntas hechas por Fox me pareció tan impertinente, que me opuse a que el testigo respondiera.

—Con qué derecho? esclamó Fox, siempre furioso.

—Olvidais, le dije, que no tengo cuenta alguna que daros; soi el representante del Estado.

—Qué nueva quimera es esa? repuso con su insolencia habitual. En este recinto no hai Estado. Aquí no hai lugar sino para la justicia, admirablemente representada por la imparcialidad del majistrado i la discrecion del jurado. Vos sois abogado como yo, nada mas. Yo represento al acusado, vos representais al querellante, a quien os da por apoyo la sociedad. Vos no teneis un derecho que a mí no me pertenezca; yo no tengo un privilejio que vos no podais revindicar. Si fuera de otro modo, las balanzas de la justicia estarian falseadas, la acusacion seria mas fuerte que la defensa; ¿qué suerte correria la libertad del ciudadano?

—Señor presidente, dije, ¿es esa otra de las teorías que consagran vuestros precedentes?

—Señor attorney jeneral, respondió en tono entristecido, vuestra pregunta me asombra. En un pais libre, ¿puede ser materia de cuestion la igualdad de la acusacion i de la defensa?

No me quedaba otro partido que callar; dejé a Fox que a su antojo torturase a los testigos. Una sola cosa me consoló. No hai abuso que, al lado de mil inconvenientes, no traiga consigo alguna pequeña ventaja. Acostumbrados desde la infancia a las rudas pruebas de la vida pública, los testigos no se dejaban intimidar por la aspereza de las preguntas que se les dirijian. En aquel duelo de palabras, Fox no quedaba siempre encima. Es cierto que tenia dura la piel; cada vez se incorporaba con nueva rabia. Jamas se defendió la libertad de un hombre con una enerjía mas desesperada.

Entre los testigos figuraba el cuácaro Seth, personaje importante de Montmorency, en su calidad de hostelero. Seth le tenia mala voluntad al abogado desde su derrota de la mañana; así es que le respondió con una malicia que me hizo sonreir a despecho de mi mal humor.

—Conoces al acusado? preguntó Fox.

—Sí, dijo el cuácaro, le conozco por su desgracia i la mia.

—¿Te atreverias a afirmar, bajo juramento, que no es un hombre de bien?

—Nunca he dicho que se le hubiese acusado de ser un hombre de bien, respondió el amigo Seth con la mayor apacibilidad.

—¿Qué interes tenia en robar un carruaje i unos caballos?

—Ninguno que yo sepa, dijo el cuácaro. Mejor le hubiera estado comprarlos i no pagarlos, a ejemplo de honorables *gentlemen*. Tal vez no tenia el crédito que ellos.

Despues del hostelero, tocó el turno a la sirvienta, gor-

da rubia de aire cándido i festivo, pero a quien no por eso faltaban pico i garras, como a toda muchacha del campo.

—Pretendeis, dijo el abogado, que reconoceis al acusado; afirmais que os ha dirijido amenazas en un lenguaje mas que impropio.

—Sí, señor, murmuró poniéndose colorada.

—Hablad mas alto, dijo Fox, los señores jurados no alcanzan a oiros.

—No puedo, repuso toda conmovida.

—Sí podeis; haced lo que yo, gritad.

—Vos, es cosa distinta, dijo, este es vuestro oficio; desde chico os han criado para el caso.

—Afirmais, continuó Fox, que el acusado se ha valido de palabras abominables, tan abominables, señores jurados, que el pudor me impide repetirlas en público.

—Sí, señor, dijo la pobre muchacha poniéndose mas i mas colorada.

—Mui bien, repetid esas palabras a la corte i al jurado.

—Señor, dijo incorporándose, si vuestro pudor no os permite reproducir esas palabras, tampoco debeis suponer que el mio me lo permita.

—Mui bien, respondió Fox sin desconcertarse; el jurado apreciará. Habeis dicho que el acusado hablaba como un descarado. ¿Sabeis lo que es hablar como un descarado?

—Lo sospecho, dijo mirando al abogado de una manera tal, que la asamblea se echó a reir i Fox abandonó a la testigo.

Agotada la lista de los testigos, tomé la palabra; la cólera me ponia elocuente, yo lo conocia; por eso me entregué al placer de declamar. En un pedimento que merecia ser estenografiado, hice la historia completa de aquel bandido. Le tomé en la cuna para no soltarle sino ante el tribunal, donde por fin iba a recibir un justo castigo.

Primeramente, le pinté de tres años de edad, como uno de esos niños malditos que jamas han hecho sonreir a su madre; en seguida le acompañé a la escuela, le mostré perezoso, embustero, quimerista, preludiando a la horca por los robos de nueces i ciruelas en los árboles del camino. Por una fortuna inaudita, habia yo encontrado entre los testigos tres guapos camaradas que, veinticinco años ántes, habian hecho el merodeo con aquel futuro malvado. De la escuela pasé al taller, i allí tracé de aquel hombre un retrato horrible que debia ser parecido. Pronuncié contra la embriaguez, *ese veneno criminal*, una peroracion que arrebató al auditorio; estaba todavía a diez años de distancia del crímen, i ya el acusado se hallaba perdido en la opinion del jurado. Despues de mi discurso, si algo podia maravillar, era que a los quince años no hubiese muerto a su padre. Que aquel malvado tuviese el alma parricida, era cosa que yo no ponia en duda, i se lo dije a los jurados; pero el cielo habia evitado a aquel bribon el mayor de todos los crímenes; el miserable tenia la dicha de ser huérfano!

Miéntras el auditorio estaba suspenso de mis elocuentes labios, miraba yo al acusado que se retorcia bajo el azote de mis palabras vengadoras. Postrado por mis reproches, incapaz de resistir a sus remordimientos despertados violentamente, se levantó, e interrumpiéndome:

—Presidente, gritó con voz ronca, si esto debe durar mucho tiempo como va hasta ahora, me basta con lo dicho, me confieso culpable. Prefiero cumplir mis cinco años de condena a escuchar a este señor.

—Desgraciado, dijo Fox, ¿pensais en lo que decis? Recojed esas palabras funestas.

—Nó, nó, dijo, este señor me atosiga; daria mi cabeza por hacerle callar.

—Acusado, dijo el presidente, reflexionad ántes de hacer una declaracion que os pierde. Pensad que si a sangre

fria repetís esa confesion, no me resta mas que pronunciar vuestra condena.

—Mi presidente, dijo, os doi las gracias, sois un digno majistrado; no abrumais a un pobre diablo que está en trabajos. Qué queréis? no tengo buena suerte; si cayese de espaldas, me romperia las narices. Al fin i al cabo, he robado, que se cumpla la justicia. Pero, en cuanto a lo que dije a mi madre, o a lo que hice en la escuela cuando era un pilluelo, me parece que el señor no tenia nada que ver en eso.

Mi victoria era completa. Vencido por mi elocuencia mas que por sus remordimientos, el culpable confesaba su crímen. Para colmo de felicidad, Fox, cuya lengua audaz yo temia, no podia ya responderme. La justicia i la autoridad quedaban ilesas.

Levantada la sesion, uno de los jurados se dirijió a mí i me apretó la mano. Era un orador célebre, un injenio lleno de recursos que, mas de una vez en las Cámaras, habia batido a sus adversarios cuando tenian razon. Semejante sufrajio aumentaba mi triunfo; así es que recibí con alegría mal disimulada tan gloriosas felicitaciones.

—Estoi contentísimo con vuestro injenioso descubrimiento, me dijo mi nuevo amigo. En la primera oportunidad me propongo imitaros, i espero no ser ménos feliz que vos. Tomar a un hombre desde que nace, cojer en su jérmen el vicio, el error, la preocupacion, describirlos e interpretar su largo desenvolvimiento, es cosa admirable. No creo que nadie pueda salir ileso de esa revista histórica; con vuestro procedimiento me comprometo a demostrar que Caton era un malvado i Sócrates un ateo.

—Yo no he inventado nada, dije con modestia; vos me lisonjeais.

—Nó, dijo; jamas se ha razonado en este pais de una manera tan sutil. Es esa una lójica nueva, que os hace el mayor honor. Los yankees son hombres groseros, que

persiguen el crímen i no al hombre, miéntras que para vos el hecho material no es nada, el hombre es todo. No hai prueba suficiente del atentado de que se le acusa; ¿qué importa si era capaz de cometerlo? la presuncion está en contra suya, i por otra parte es probable que haya hecho otras muchas como esa. Hé ahí lo que yo llamo una buena justicia, que proteje a la sociedad i no se preocupa sino del bien público. ¿Sois americano de oríjen?

—Esta brusca pregunta os maravilla, continuó sin adivinar la causa de mi sorpresa. Escusad mi indiscrecion; mi madre era francesa, i yo le debo ciertas ideas que jamas han entrado en una mollera sajona. Esas ideas se tocan de cerca con las vuestras, i me inspiran la mas viva simpatía por la orijinalidad de vuestro talento.

—Para mí, por ejemplo, el Estado es todo; i apesar de la estúpida charla de ignorantes moralistas, sostengo que no se pueden poner en la balanza el interes de todo un pueblo i el pretendido derecho de un triste individuo! Soi socialista en el buen sentido de la palabra, el Estado ántes que el individuo! Los yankees, por el contrario, espíritus apocados, cerebros estrechos, han traido de Inglaterra una preocupacion egoista i salvaje. Si un juez falta al respeto a una vieja bohemia, si un attorney jeneral se impacienta acusando a un ratero o trata con dureza a un asesino, al punto sale un sajon gritando de voz en cuello que se viola la magna carta i que se ultraja la humanidad. I hé ahí que una muchedumbre imbécil acude a la voz del que ladra, i se pone a aullar tras el majistrado como los perros tras un caballo que galopa. Parece que fuera éste un pueblo de ladrones, en el cual cada uno tiene miedo de comparecer al dia siguiente ante la corte de *assises*, i defiende la libertad del prójimo en interes de su propia libertad. Gracias a la solidez de mis principios, no es así como yo entiendo la justicia; veo con placer que en América somos dos del mismo parecer. No es un santo el que comparece ante el ju-

rado, i prefiero enviar a la horca tres inocentes ántes que dejar escapar veinte malvados. Soi hecho de una pieza; tocad esos cinco; nosotros dos reharémos la educacion de este pueblo monótono, que no tiene en la boca mas que una palabra: libertad!

Se despidió de mí sacudiéndome la mano de la manera mas cordial; no le opuse resistencia. Cosa estraña! sus elojios habian dejado de agradarme; mi triunfo me daba miedo.

—¿Si hubiese ido demasiado léjos, pensé? Si me hubiese dejado arrastrar por el ardor de la persecucion, como un cazador que no escucha mas que a su anhelo? No me he engañado, puesto que el culpable confiesa su crímen; pero las armas de que me he servido, ¿eran lejítimas? Es permitido todo a la justicia? No tiene el acusado ningun derecho a que se le respete?

Estos pensamientos me ajitaban a pesar mio. Ya no me bastaba la idea de la venganza pública. Divisaba vagamente una doctrina mas pura, una doctrina que sometia la justicia humana a los preceptos del Evanjelio. Me decia que para los cristianos toda debilidad es santa, toda miseria es sagrada, i que con el niño, la mujer, el pobre i el culpable mismo, la autoridad debe desconfiar de su fuerza i temer no tenga demasiada razon.

CAPITULO XXV.

DINA.

Al salir de la audiencia, me encontré con el cuácaro, que me felicitó por mi habilidad; su cumplimiento me causó un placer mediocre. Humbug, por el contrario, no me dijo nada; habria preferido yo sus reproches; creo que en aquel momento su cólera me hubiera hecho bien.

Fox me aguardaba en la calle; sus facciones contraidas, sus ojos brillantes, traicionaban una pasion que ya no puede contenerse.

—Debeis estar satisfecho, gritó tan luego como me hubo divisado. Hé ahí una victoria que os hace honor. Espero no ser el último en tributaros justicia. No faltará un diario para glorificar la elocuencia i la doctrina del señor attorney jeneral. Un Jeffries, en América, es un monstruo que jamas se ha visto, i que jamas se volverá a ver; preciso es darse prisa a admirarlo.

—Por lo demas, añadió, furioso con mi silencio, i apretando los dientes, ello casi no me asombra. No hai nada tan cruel como la jente que tiene pesares domésticos; es una raza sin piedad.

—Pesares domésticos! dije encojiéndome de hombros. Perdeis la cabeza, señor Fox; ya no sabeis a quien estais hablando.

— Verdaderamente! respondió riendo con mofa, creia hablar al dichoso padre de la demasiado amable Susana.

La cara de aquel hombre me asustó; su risa diabólica me heló hasta la médula de los huesos.

—Callad, le dije, os prohibo pronuciar un nombre que todos deben respetar.

—Bah! dijo con una sonrisa de desden, ahí teneis una severidad mal gastada?

—Miserable! esclamé tomándole por el cuello, esplícate, o te ultímo aquí mismo.

—Señores, dijo el abogado pugnando por desasirse, os tomo por testigos de esta violencia. Señor Humbug, me haréis justicia!

—No hai duda, dijo el majistrado. Pedidme daños i perjuicios por esa respuesta un poco viva, os otorgaré un dollar. Pero si el doctor os reclama a su vez tres o cuatro

mil dollars, no os perdonaré un centavo. Será un placer para mí castigar la calumnia.

—La calumnia! esclamó Fox, que de rabia echaba espuma. ¿ Adónde va entónces todos los dias esa preciosa señorita, cuyo nombre no puede pronunciarse? Es culpa mia si todas las mañanas, al ir al tribunal, la diviso deslizándose misteriosamente en una de las casas ménos respetables de la ciudad? A quién puede visitar en la célebre calle del Laurel la honorable hija del honorable attorney jeneral! La he visto, hace algunas horas, entrar allí; supongo que todavía no habrá salido, porque de ordinario se queda mucho tiempo. Acusadme de calumnia, doctor, habrá un escándalo divertido; me vengaré!

Yo habia caido en los brazos de Humbug. Insultada mi hija! difamada mi Susana? el golpe era demasiado violento para un padre. No veia; todo mi cuerpo temblaba; me sofocaban el dolor i la cólera. Por fin, lloré; lágrimas de rabia i de desesperacion que, sin mitigar mi pena, me dieron algun imperio sobre mis sentidos i me permitieron hablar.

—Señor, dije a Fox, la calle del Laurel está a dos pasos de aquí; vais a seguirme hasta ella. Humbug, vendreis conmigo. Señor Seth, no me abandoneis. Sobretodo no dejeis huir a ese hombre; es preciso que se haga justicia; se hará.

—Pierde cuidado, amigo Daniel, respondió el cuácaro, todos tres te acompañarémos. Acentuó estas palabras: *todos tres*, miró al abogado de piés a cabeza, i arremangándose los puños, se puso a azotar el aire con un nervio de buei que tenia en la mano.

—Señores, dijo Fox con risa sardónica, estoi a vuestras órdenes. Parad la atencion en que yo no tengo ningun interes en un paso de que podrá arrepentirse cierta persona. Todavía es tiempo de deteneros; no soi cruel; pero

os prevengo que una vez dentro de aquella casa, cualesquiera que sean vuestros ruegos i vuestras lágrimas, no saldré de ella sino con la firme resolucion de decir cuánto haya visto.

—Marchemos, señor, le dije, no sé qué hacer con vuestra compasion. Caminaba como un hombre ébrio, sujetándome del brazo de Humbug.—Sospechar de tí, Susana mia, no me era posible; creo en tu pureza como en la de los ánjeles; pero el aplomo de aquel hombre me turbaba. Temia un golpe imprevisto, una emboscada, una alevosía, ¿qué sé yo? Ai! cuándo uno ama, no tiene valor sino para sí.

—Esta es la casa, dijo Fox, i aquel el propietario.

Levanté la cabeza; la casa tenia mal aspecto. Un pasadizo sombrío i húmedo, paredes negras, vidrios rotos o reemplazados por algunos pedazos de papel, jirones en las ventanas; aquello era mas que lá pobreza, era el desórden i el desaseo del vicio. Susana en aquella madriguera! era imposible.

En el humbral de la puerta estaba un hombre despechugado. Con las manos en las faltriqueras del pantalon, fumaba su pipa i miraba a los transeuntes con toda la insolencia de un tuno holgazan. Al vernos se quitó su sombrero desfondado, i echándose sobre mí me tomó las dos manos con una ternura que me causó horror. Era Paddy, medio ébrio, apestando a vino i a tábaco.

—Buenos dias, mi salvador, gritó; es mui própio de vos venir a ver a un amigo. Entrad, señores; si un vaso de jinebra no os da miedo, encontraréis con quien hablar.

—Paddy, le dije, os pertenece esta casa?

—Nó, mi salvador, respondió riendo; si este palacio fuese mio, tiempo há que me lo habria bebido. Es la dote de mi mujer; es lindo, ¿no es cierto?

—¿Alquilais cuartos amueblados? le dije señalándole un letrero.

—Para serviros, doctor.

—A quiénes hospedais en esta casa? preguntó Humbug en tono severo. Parroquianos de mi tribunal?

—Mi juez, dijo el borracho tartamudeando, no es uno bastante rico para ser severo; toma del monton, a lo que salga, i atrapa la virtud cuando es posible.

—Quién vive en el cuarto del primer piso? dijo el abogado con aire socarron.

—Qué te importa a tí, charlatan? respondió el borracho. Eres tú quien paga?

—Responded, dijo Humbug; no olvideis que estais delante de un majistrado.

—No tengo nada que temer, dijo el irlandés mui conmovido. Bien comprendeis, mi juez, que en un cuarto a tres pesos por semana, i pagados anticipadamente, no vive sino jente honrada. Es una señora la que habita en el primer piso; i, añadió a media voz, una linda señora, suave, bien criada, nada exijente, la perla de la casa.

—A quién recibe? continuó Humbug que me veia palidecer.

—Dispensad, mi majistrado; no estamos en la audiencia. La América es un pais libre en que cada uno hace lo que quiere, pagando. Si pasan cualesquiera personas por esta puerta, no se las mira; si se las mira, no se las vé.

—No os hagais el ignorante, dijo Fox. Pensad que he hecho poner en la cárcel a mas de uno que valia mas que vos. Hace una hora, he visto entrar en esta avenida a una jóven rubia, de vestido de seda negro, de sombrero de paja; ¿a dónde iba?

Paddy, intimidado, se acercó a mí para implorar mi ausilio.

—Amigo mio, le dije, hacedme el favor de responder; estad cierto de que no tenemos ninguna mala intencion; yo recompensaré vuestra complacencia.

—Mi salvador, dijo, para vos no tengo secreto; me ha-

beis socorrido en los trabajos, soi irlandés, no hai mas que decir; me echaria al fuego por vos.

—En nombre del cielo, murmuré dándole algunos dollars, hablad, que me estais matando.

—Pues bien, doctor, repuso, todos los dias, a la misma hora, esa señorita rubia viene a la habitacion de la jóven señora del primer piso. Está allá arriba.

—Creo que es inútil mi presencia, dijo Fox en tono irónico; el señor attorney jeneral no tiene mas necesidad de mis servicios.

—Señor, le dije con un jesto amenazador, quiero confundir vuestras indignas sospechas.

Ai! hablaba así para engañarme a mí mismo; ya no sabia qué creer, estaba desesperado. Humbug me tomó de la mano, i entré en aquella caverna como un hombre que corre al encuentro de la muerte.

En el primer piso la puerta estaba abierta. Habia una pieza de entrada, una especie de cocina, sin cortinas i sin muebles. Me detuve para tomar aliento; oia las palpitaciones de mi corazon. Seth se cercioró de que nos habia seguido el abogado; en seguida cerró la puerta sin ruido, i se metió la llave en el bolsillo. Ya no teníamos que temer importunos.

Me encontraba incapaz de hablar; hice señal a mis compañeros para que no se moviesen, i me deslicé sin ruido hasta la entrada de la segunda habitacion.

Enfrente de mí i dándome la espalda, estaba una mujer medio acostada en una vieja poltrona; a sus piés, estaba una chiquita sentada en un taburete de paja. Al lado de la niña, Susana, con la Biblia en la mano, hacia una lectura piadosa que era escuchada con atencion.

"Me han cargado de iniquidades i en su cólera me han aflijido con sus persecuciones.

"Mi corazon se ha turbado dentro de mí, i el temor de la muerte ha venido a caer sobre mí.

"Me he sobrecojido de terror i de estremecimiento, i he sido cubierto todo de tinieblas.

"I he dicho: Quién me dará alas, como a la paloma, a fin de poder volar i descansar?

"Me he alejado huyendo i he habitado en la soledad.

"Aguardaba a Aquel que me salvó de mi abatimiento, i del temor de mi espíritu, i de la tempestad (1)."

—Oh, Susana mia! esclamó la desconocida, despues de Dios, tú eres quien me salva la vida. ¡Cuánto bien me hacen esas palabras! tú, a lo ménos, tú no me has abandonado.

—I yo, dijo la niña, ¿te olvidas entónces de mí?

—Nó, mi queridita, repuso la jóven; pero en la escuela del domingo tú eres la única que me ha echado de ménos; i en mi familia, quién se acuerda de mí?

La niña se colgó del cuello de su maestra, las tres mujeres se abrazaron llorando.

¿Son contajiosas las lágrimas? era la emocion demasiado fuerte para mí? no sé; pero, ya fuese de pena o de placer, me puse a sollozar.

—Padre mio, esclamó Susana, vos aquí! por qué casualidad?

—Querida mia, le dije estrechándola entre mis brazos i sonándome con furor para ocultar mis ojos colorados, los padres son curiosos; hai dias en que no les disgusta saber a dónde van sus hijos.

—La curiosidad es un defecto mui feo, dijo Susana, amenazándome con el dedo. Un padre bien criado diria a su hija: —¿Me permite la señorita que la acompañe?— I entónces, sin hacerse rogar, la señorita tomaria el brazo de su padre, como yo lo hago; le llevaria ante una pobre jóven que tiene necesidad de apoyo, i le diria, con una buena reverencia:—Doctor Smith, os pido vuestra amistad para mi querida Dina.

---

(1) Salmo LIV, v. 38

—Señor, dijo la desconocida tomándome las manos, bendecidla, es mi ánjel salvador.

Se habia levantado miéntras hablaba, la sonrisa reaparecia en su pálido semblante, cuando súbitamente lanzó un grito terrible, i volvió a caer en su poltrona, trémula i con la cabeza baja.

El cuácaro estaba delante de ella, cruzado de brazos, con aire furioso.

—Perdon, hermano mio, murmuraba la desgraciada, ten piedad de mí.

—Así es como cumples tu palabra! dijo Seth; tu madre te cree en camino para California; te ha bendecido al partir; ¿será preciso que retire su bendicion?

—Seth, dijo la jóven bañada en lágrimas, he partido, me ha faltado el valor: necesito de mi madre i de los que me aman.

—Dí mas bien que necesitabas verle i perderte.

—Nó, nó, gritó, soi una muchacha honrada; él no sabe que estoi aquí, ni lo sabrá jamás. No he visto mas que a mi buena Susana.

—I qué quieres hacer? repuso el cuácaro con una dureza que me lastimó. Sabes que en casa no hai ya pan para tí.

—Seth, repuso, no me abrumes; no seré una carga para vosotros. Susana me ha encontrado una colocacion de maestra de escuela en un barrio a que nadie irá a buscarme. Viviré de mi trabajo, no te pido otra cosa que ir una vez en la semana a abrazar a mi madre i a volver a ver nuestra casa.

En medio de las escenas de familia, nada es mas embarazoso que la presencia de un tercero; me retiraba con Humbug, cuando en el fondo de la primera pieza, en un rincon oscuro, divisé a Fox contemplando un grabado cubierto de ollin. Era el retrato de *Monarca*, hijo de *Eclipse*, vencedor del derby en 1812. Confundir a un mal hombre

i gozar de su confusion, es doble placer; así es que no tuve ningun escrúpulo para burlarme del calumniador.

—No os creia tan aficionado al *turf*, le dije. A cincuenta años de distancia los laureles de *Monarca* impiden hablar al mas célebre abogado del Massachusetts, ¡es cosa pasmosa! digna de publicarse por los diarios!

—Por compasion, doctor, murmuró, dejadme salir.

Su semblante estaba tan alterado, su voz tan débil, que en verdad me dió pena. No le creia capaz de tantos remordimientos. Así es, pensé, como se juzga mal de la jente. Se imajinan que los abogados no son sensibles sino por cuenta ajena. Qué error!

Iba a volver a la habitacion para pedir a Seth la llave que tenia guardada, cuando el cuácaro salió bruscamente, arrastrando en pos de sí a su hermana desgreñada, i rechazándola con desprecio. Susana lloraba a mares; Humbug intentaba decir algunas palabras de paz; todos estábamos conmovidos; solo Fox habia recobrado su admiracion hácia *Monarca*; inmóvil i mudo, parecia que quisiese sepultarse en la pared.

—Una vez mas, gritó el cuácaro tratando de forzar las manos crispadas que se aferraban de sus vestidos, te repito las palabras de tu madre: "No volverás a entrar en la casa sino del brazo con un marido." Puesto que aquel hermoso desconocido te ha prometido matrimonio, hazle cumplir su juramento.

—Este es un proceso, esclamé; vamos, feliz vengador de la inocencia, vamos, maese Fox, ha llegado el momento de que salgais a la escena.

Si hubiera caido un rayo a mis piés, me habria espantado ménos que la esplosion que siguió a mi impertinente chanza. Apénas Dina hubo levantado la vista sobre el abogado, cuando se enderezó como una loca, riendo i llorando a un mismo tiempo:

—Gabriel, gritó, mi Gabriel ! Héle ahí, hermano mio, héle ahí !

No comprendí nada de aquella tormenta que habia desencadenado; el cuácaro era mas intelijente. Miéntras que Dina se arrojaba al cuello de su Gabriel, Seth revolvia por dos o tres veces en torno del puño la correita de su nervio de buei; i acercándose a Fox que palidecia visiblemente:

—Amigo, le dijo en tono poco tranquilizador, cálmate i esplícate ; estoi esperando.

Entre las ternuras de la hermana i las amenazas del hermano, el abogado hacia una figura tan lastimosa, que me llené de regocijo. El hombre natural es un animal maligno; apénas es bastante el Evanjelio para hacernos amar a nuestros enemigos.

Humbug era mejor cristiano que yo.

—Señores, dijo con voz grave i dulce, creo que ha llegado mi turno. En un negocio tan delicado, al majistrado es a quien corresponde la última palabra:

> Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus
> Inciderit.

—Mi querido Fox, no dudo de vuestras intenciones. Si se os pidiese consejo en una circunstancia semejante, responderiais sin duda que un proceso por falta de cumplimiento de promesa tendria para un abogado las mas enojosas consecuencias; no solo importaria una pérdida de fortuna, sino tambien la ruina de una clientela, i aun talvez la obligacion de cambiar de pais. No es ese vuestro parecer ?

—Sí, murmuró Fox suspirando.

—¿ Necesito añadir, continuó el excelente Humbug, que tendia la tabla al náufrago, necesito añadir que un hombre como vos no toma en cuenta tales consideraciones, por graves que sean? Le basta haber dado su palabra para cumplirla; ¿ no es verdad ?

—Sí, dijo el abogado suspirando otra vez; siempre he amado a Dina; lo que me detenia, son dificultades....

—Que ya no existen, interrumpió Humbug. Hénos aquí a todos conformes. Todo ello va a terminar como en las buenas comedias: amor, lágrimas i contrariedades en los primeros actos, i por desenlace el matrimonio.

Fox abrazó a Dina de bastante mala gana, i alargó la mano al cuácaro; Dina, toda encendida de placer, corrió a Susana.

—Querida amiga, dijo, a tí es a quien debo mi dicha. I a tí tambien, hija mia, dijo a la pequeñuela, que ya palidecia de celos.

—Todo esto es bueno, dijo Seth, que jamas se remontaba a las nubes. Pero ya que estamos reunidos i tenemos aquí al señor juez de paz, nada impide que estendamos la escritura de matrimonio, acto contínuo.

—Con mucho gusto, dijo Humbug; señorita Susana, seréis mi escribano.

Decir i hacer fué todo uno; creia yo que semejantes enlaces no eran buenos sino para el teatro, en que se deshacen entre bastidores; suponia que el último tabelion estaba mandado guardar mucho tiempo hacia; pero en América se tiene siempre tanta prisa, que se ha conservado la antigua costumbre. Una vez de acuerdo los enamorados, se prescinde de parientes i aun de notario. Dos *síes* pronunciados ante un juez de paz, i ya estais casados para siempre. La voluntad es todo, la formalidad nada. Esta jente no tiene aficion a las ceremonias.

¡Con qué placer salí de aquella casa, en que habia entrado con la angustia en el corazon! Paddy hizo una cosecha de dollars bastante para perder la razon por toda una semana. Jamás habia visto la calle del Laurel tan honrada i alegre sociedad. Yo abria el cortejo con mi Susana, que daba la mano a su pequeña protejida; Humbug i Seth for-

maban la retaguardia; entre nosotros marchaba la nueva pareja, Dina, risueña como la aurora, Fox, cabizbajo.

Corrido como un zorro presa de una gallina.

Pero cuando uno es feliz, apura pronto un poco de vergüenza. Si el imprudente habia jugado sin prevision con el amor, ¿cómo era castigado por su falta? Casando con una mujer encantadora. A semejante precio, conozco inocentes que se volverian criminales.

Era preciso preparar a la madre de Dina para el regreso de su hija; era preciso tambien que Fox anunciase su matrimonio a sus amigos i arreglase su casa. Miéntras llegaba el gran dia, Susana guardaba consigo a Dina; era a mí a quien se reservaba el papel de padre i de tutor: la feliz tontería que habia cometido, me daba algun derecho a ello.

Se devolvió a Fox un resto de libertad de que ya no podia abusar, i toda la tropa entró en mi casa. Hubo gran fiesta en ella; jamas se comió mas alegremente. Marta abria una boca mayor que un horno, i suspiraba como un volcan, admirando i sirviendo a su cuñada; Susana i Alfredo tenian siempre algo que decirse al oido; Dina era la única admitida a terciar en aquellos misterios, en que se reian sin cesar. Seth devoraba todo lo que habia en la mesa, con la satisfaccion de un hombre que ha concluido un gran negocio i que come en casa ajena. Humbug, que apesar de su enorme gordura, comia poco i no bebia mas que agua, se indemnizaba de su sobriedad citándome los mas alegres versos de Horacio, aquel otro bebedor que cantaba en ayunas los placeres de la embriaguez:

Nunc est bibendum, nunc pede libero
Pulsanda tellus.

En cuanto a mí, recojido dentro de mí mismo, gozaba con el júbilo i la felicidad de los muchachos. Pero nada

puede espresar el gozo i la animacion de mi Jenny. No podia estar quieta, iba, venia, cargaba todos los platos con *roast-beef*, papas, jamon, pastel, queso, frutas, tortas ; hacia correr a cántaros el scotch-ale, el madera i el vino del Rin ; tenia una palabra amable para todos los hombres, una caricia para todas las mujeres. Un casamiento ! era para ella sacarse la gran suerte de la lotería. Si habia en la Biblia un versículo que Jenny mirase como divinamente inspirado entre todos, era la gran palabra que Dios, en el Génesis, dirije a la primer pareja : *creced*, ***multiplicáos***, *llenad la tierra*, i *sometéosla*. La excelente mujer no era ni americana ni protestante a medias. A sus ojos el celibato era un crímen, o cuando ménos una enfermedad que nunca era demasiado temprano para curar. Si hubiera estado en su mano, no habria dejado un soltero sobre la tierra ; me imajino que habria parado por casar al Papa con la Italia.

CAPITULO XXVI.

LA CARIDAD.

El dia siguiente, a la hora del almuerzo, me sentí mui lijero el corazon. Dina a mi derecha, Susana a mi izquierda me daban el aspecto de un patriarca en medio de sus hijos. Desde que me voi poniendo viejo, nada me complace mas que ver en torno mio esos jóvenes semblantes, frescos como el dia naciente, risueños como la esperanza. Ai ! quién pudiera apartarles los abrojos del camino ! Quién pudiera prestarles esa esperiencia que la vida nos vende tan caro i que de nada nos sirve !

Mi mujer no hacia las cosas a medias. Si yo habia adoptado a Dina, Fox era el protejido de Jenny ; Fox se casaba ! Así, su cubierto estaba puesto junto a su adorada. Por lo demas, entró sin el menor embarazo, con un rami-

llete blanco en la mano, i abrazó a su desposada con aire vencedor. Cuando la cólera crispaba la cara puntiaguda del abogado, no era hermoso; tierno i galante, era horrible; parecia una serpiente enamorada. No era tal la opinion de Dina, a quien en vano decia yo las cosas mas amables, pues no tenia ojos mas que para su otro vecino. Raquel habia admirado ménos a Jacob, cuando en el desierto removia la piedra del pozo para dar de beber a las ovejas de Laban. Las mujeres tienen en sumo grado el instinto de la propiedad, i de todas las propiedades, la que les cautiva mas el corazon, es un marido. Pero, miéntras la francesa es una ninfa cazadora, que, tomada la caza, apénas se cuida de ella, la americana se apodera de su marido con la aspereza i los celos del campesino frances que se desposa con la tierra. Es su peculio, es su cosa; el desgraciado no es mas que un ave enjaulada, un esclavo doméstico; pero uu ave a quien se acaricia, un esclavo a quien se adivinan todos los deseos. Los americanos abusan en tal manera de su independencia fuera de su casa, que al entrar en ella no tienen ya voluntad. Este yankee que cifra su gloria i su orgullo en no ceder a ningun hombre, en su casa no es mas que un marido bonachon que escucha a su mujer i se complace en obedecerle; suave con los débiles, intratable con los fuertes. Este pueblo tiene al reves el espíritu, no hace nada como nosotros.

Fox queria llevarse a Dina para comprar los regalos de boda; a lo que se opuso Susana.

—Señor abogado, dijo, lo siento mucho, pero Dina me pertenece. Hemos conseguido que se contrate por seis meses como maestra de escuela; hoi es cuando empieza sus funciones, i no puede faltar a su palabra. En algun tiempo mas, me será fácil reemplazarla i dejárosla toda una semana; hoi es imposible.—Papá, añadió, contamos con vos para nuestra instalacion.

—Querida niña, le dije, te olvidas de que yo tambien em-

piezo mis funciones en el hospicio de la Providencia, i ya se me ha hecho mui tarde. El pleito de ayer....

—Eso no importa, dijo Susana; id inmediatamente a ver a vuestros pequeños enfermos; nuestra escuela está en la calle Federal, mui cerca de la calle de los Nogales; os esperamos a las doce del dia.

Llegado al hospicio, pregunté por el director; este director era una mujer, la maestra de Susana, la célebre madama Hope, doctor en medicina i profesor de hijiene; un contrasentido mas de los que no se encuentran sino en los Estados-Unidos. Por lo demas era una respetable matrona, que me acojió como a un cofrade, i sin demora comenzó conmigo la visita.

El hospicio era un modelo; en ningun pais he visto un establecimiento tan perfecto. Vastas salas con un corto número de camas, anchurosamente espaciadas; nada de cortinas, mucho aire, una luz discreta, silencio, una limpieza esquisita, nada de ese olor desagradable i nauseabundo que convierte el hospital en un objeto de repugnancia, i a menudo tambien en una mansion envenenada. Por vez primera encontraba reunidas todas las condiciones que reclama la hijiene no ménos que la caridad.

Al llamado de madama Hope, acudió un escuadron volante de mujeres jóvenes. Un traje negro, un delantal que subia hasta el cuello, una gorrita blanca les daban un ficticio aspecto de hermanas de caridad. Eran los internos del hospicio, los futuros doctores con faldas de la libre América. Siguieron mi clínica con la mayor atencion; quedé sorprendido de la claridad de sus esplicaciones, cuando me manifestaban el estado del enfermo, i del cuidado con que anotaban todas mis palabras i mis prescripciones; pero tenia demasiado buen sentido para tomar a lo sério aquel ensayo quimérico; así, pregunté a la buena madama Hope qué espectativa cifraba en aquella singular educacion.

—Creo, me dijo, que llegarémos a una gran reforma.

Estas jóvenes discípulas han estado ya dos años en el hospicio de la Maternidad, el año siguiente irán a la Clínica de las mujeres ; sacarémos de ellas verdaderos médicos.

—Bravo! esclamé, será encantador para nosotros barbas canas ser asistidos por Hipócrates de dieziocho años, con crinolina i encajes.

—Nó, dijo, no tendrémos nada que ver con vosotros, señores. Pero el parto, el cuidado de los pequeñuelos, las enfermedades i la locura de las mujeres, eso nos pertenece ; lo entendemos mejor que vosotros. Se os dejará la cirujía i los casos estraordinarios ; pero todo lo que una madre o una mujer no os confía sino a su pesar, lo tomarémos para nosotras ; se os espulsará de un dominio que habeis usurpado. Introducirémos el pudor en la medicina ; la preocupacion gritará segun costumbre, pero tendrémos de nuestra parte a las mujeres, los padres i los maridos ; alcanzarémos la victoria ; ¿no sois del mismo parecer?

¿Qué responder a un fanático, sobre todo cuando ese fanático es una mujer, es decir un ser débil de suyo, i aflijido por una porfía orgánica? Rompí la discusion, i continué mi visita. Las enfermedades no eran graves, i los pequeños enfermos estaban atendidos con tanta ternura i discrecion, que me quedaba poco que ordenar. No tuve que hacer mas que una sola operacion, i de poca importancia. Abrí a un niño en el cuello una apostema de mal carácter i mal situada. La lijereza de la mano, la gracia i elegancia de la curacion son la gloria de nuestra escuela de Paris ; así es que fuí mui celebrado por mis jóvenes discípulas ; mi vendaje, con sus repliegues injeniosos, fué dibujado inmediatamente, i el dibujo colocado como modelo en la sala de las operaciones. En verdad, al ver tanta intelijencia, tan buena voluntad, tanta atencion, hai momentos en que habria concedido que las mujeres son buenas para algo mas que para dar tisana a los niños. *Todo eso no va mui mal,* habria dicho Montaigne, *pero qué! si no llevan calzones.*

Hice a tiempo esta sábia reflexion, i lo digo en honor mio, permanecí fiel a la antigua relijion de la Facultad. Paso a las novedades en política, en que son inocentes, pero en otra parte, ¡ viva la preocupacion ! La prueba de que esta es saludable, es que tiene en su favor la mayoría, i que se apedrea a los novadores. Me parecian encantadoras aquellas jóvenes heréticas, pero la herejía era abominable, i no cedí a ella.

Acabada la visita, pasé al consejo de administracion; me acompañó madama Hope, que tomó asiento entre nosotros, sin que a nadie maravillase su presencia. Entre los *trustees* o administradores, encontré caras conocidas: Rose el boticario, el guapo coronel Saint-John, el amable Humbug, i Noé Brown, el insoportable puritano. La directora fué la que habló primero; espuso con documentos en mano i en buenos términos, la insuficiencia de la casa i la necesidad de comprar un jardin de la vecindad para hacer un prado destinado a los convalescientes. Cuando hubo terminado, se me pidió mi opinion.

—Apruebo completamente esa excelente idea, dije, i estoi persuadido de que dirijiendo i haciendo recomendar a la administracion una memoria tan clara i tan bien hecha, se obtendrá de aquí a ocho o diez años esa mejora urjente.

—De qué administracion hablais? preguntó el coronel, que presidia por derecho de antigüedad.

—Hablo de la administracion jeneral de los hospicios.

—Qué monstruo es ese? dijo Humbug riendo. Brown, ¿ es acaso un nuevo nombre del Leviathan ?

—Dejad a un lado las chanzas, dije a Humbug; supongo que este hospicio depende, como todos los hospicios, de una gran administracion protectora i centralizadora? Es el Estado, es la ciudad, es una corporacion quien regla, vijila i organiza la caridad? poco importa; es evidente que siempre se depende de alguien o de algo?

—Hé ahí, dijo el grosero Brown, una evidencia que es

lo contrario de la verdad. Gracias a Dios, no dependemos de nadie. Aquí estamos reunidos para aliviar la miseria, ponemos en comun nuestra buena voluntad, nuestro tiempo i nuestro dinero, sometemos nuestros estatutos al Estado, que nos constituye en una corporacion; despues de lo cual, ¿quién puede tener derecho de mezclarse en nuestros asuntos? Es acaso un crímen la caridad? Es una carga política o municipal? Soi cristiano, socorro a los pobres a mi manera, ¿quién puede, pues, molestarme en este primero de todos los deberes? Por ventura se gana el cielo por medio de procurador?

—Dispensad, le dije; nadie os impide dar vuestro dinero; no hai tiranía que haya llevado hasta ese punto la crueldad. Pero el derecho de fundar un hospital es otra cosa; si al primero que se presenta, se le deja abrir uno de esos asilos, ¿en qué desórden no se vendrá a parar? Bien pronto tendréis hospicios homeopáticos, i qué sé yo?

—Hospicios homeopáticos? dijo Rose, hai tres en la ciudad, i se va a fundar el cuarto; ¿qué mal resulta de ahí?

—Rose, mi querido amigo, esclamé ¿sois vos, un boticario ortodojo, quien dice semejantes monstruosidades?

—Querido doctor, respondió Rose, ni aun en relijion sabemos nosotros lo que es una ortodojia oficial. Dejamos a cada cual el derecho de buscar a Dios, segun su conciencia. No podemos de buena fé ser mas rigurosos con la salud del cuerpo que con la del alma. Por otra parte, mi buen amigo, los dos somos augures; sabemos a qué atenernos en punto a medicina oficial i píldoras ortodojas.

—Sea! repliqué; proclamad la libertad del charlatanismo i del envenenamiento; ya nada me maravilla en esta república, que deberia poner en su estandarte federal la divisa de la abadía de Thelemo: *Haz lo que quieras*; pero os hablaré en nombre de la utilidad i del buen sentido. Con vuestro sistema de *dejad hacer*, cuántos hospicios teneis?

—Un centenar, cuando mas, dijo madama Hope.

Esta cifra me asombró; no creia en tal fecundidad de la caridad anárquica; pero mi razonamiento no estaba agotado.

—Un centenar de hospicios! esclamé; señores, retened esta cifra formidable: si hace honor a los cristianos de Paris en Massachusetts, preguntáos, como hombres prácticos, lo que esa multiplicidad, lo que esa concurrencia debe producir fatalmente. Dobles empleos, pérdidas de dinero; aquí, superabundancia; allí, ausencia completa de socorros; desperdicio i pobreza. Suponed, por el contrario, que una vasta administracion reuna esos hilos esparcidos i concentre esas fuerzas descarriadas; colocad en lo alto de la pirámide un hombre vijilante, activo, económico: ¡ al punto reina el órden, i con el órden todos los beneficios de la unidad! Jerarquía de médicos, clínicas regulares, enseñanza disciplinada, caja central, farmacia central, panadería, carnicería, depósito de camas, lavaderos centrales, en una palabra, un verdadero imperio: el imperio de la caridad, con sus jefes, sus ministros i sus súbditos. No es este un sueño; este ideal es una verdad en los paises que están a la cabeza de la civilizacion. Gracias al poder maravilloso de la centralizacion, afirmo que con un corto número de grandes hospicios i con una organizacion vigorosa, me seria fácil doblar el número de vuestras camas de enfermos, sin gastaros un dollar mas.

—Estoi persuadido de ello, dijo Humbug. Con su talisman el doctor es capaz de rehacer el mundo i arrojar de él todos los desórdenes de la libertad. Pido que, por el mismo voto, se pongan en sus manos: hilanderías, fundiciones, talleres de construccion, fábricas i lo demas. Con injenios centrales i una jerarquía de injenieros, no dudo que doblará la produccion disminuyendo todos los gastos.

—Sois insoportable, le dije; ¿me tomais por un comunista? Por ventura no sé que en la industria esa unidad es una quimera?

—Por qué? repuso el eterno zumbon. ¿Acaso en la industria no acarrea la centralizacion forzosamente la economía de las fuerzas, la regularidad de la produccion, la jerarquía i la disciplina del trabajo?

—Sin duda, respondí, pero ese es el aspecto secundario de la cuestion. Esa uniformidad mecánica destruye la lei moral de la produccion. ¿Qué vale esa regularidad facticia, si destruye el ojo del dueño, si anonada el esfuerzo individual, el interes privado, la libre competencia? Una gota de agua en comparacion del océano. Lo que os propongo, por el contrario....

—Es exactamente lo mismo, respondió Humbug con viveza. Interes privado, esfuerzo individual, libre competencia, todos esos móviles que tan bien apreciais, son tambien los móviles de la caridad; a los cuales debe agregarse el desprendimiento, que no vive sino de libertad. Si el Estado o el municipio se encarga de socorrer a los pobres en vez i lugar de mí, si esa enorme mecánica me exonera de la primera de las virtudes, pagaré resongando un impuesto exíguo, i todo quedará concluido. Pero dejad a mi cargo el cuidado de la miseria i las dulzuras de la limosna, i os traeré hasta mi último centavo. Me curo poco de los otros hospicios de la ciudad, no los conozco; pero este es mio; estos niños son mis hijos, los amo como si Dios me los hubiese dado a mí solo. Cuando he concluido mi trabajo cuotidiano, cuando estoi triste i fatigado, aquí es adonde vengo; en medio de mis pequeños protejidos es donde olvido mis sinsabores. Preguntad a estos señores lo que les cuesta la caridad voluntaria. Calculo que por lo ménos les lleva la décima parte de sus entradas; desafío al Estado a que nos lleve la vijésima para sus hospicios oficiales. Todos gritarian contra la tiranía. Que haya dinero mal gastado i fuerzas perdidas, convengo en ello; pero lo que conviene ver es el fin, i afirmo, con documentos en la mano, que la caridad individual tiene tres i cuatro veces mas fecundidad que la ca-

ridad organizada. Vuestro sistema, querido doctor, pone sin cesar entre la voluntad i el acto un obstáculo que todo lo hiela. No somos paralíticos, dejadnos obrar, ved lo que gana un pueblo con la libertad. Bajo el punto de vista político, el Estado tiene un interes capital en dejarnos la práctica de la mas amable i de la mas sociable de las virtudes; bajo el punto de vista económico, hace un excelente negocio; multiplica los socorros i los estudios, sirve juntamente a la ciencia i a la humanidad.

—Señores, dijo el coronel, me parece que nos desviamos mucho de la cuestion. Se nos piden veinte mil pesos para ensanchar i mejorar nuestro hospicio; no tenemos mas que una cosa que hacer: suscribamos i dirijamos una carta de suscripcion a nuestros asociados. Yo que no tengo hijos i que he adoptado a estos pequeñuelos, doi el ejemplo, contribuyo con mil dollars.

La lista pasó de mano en mano; cuando llegó a mí, hice como Rose, me suscribí con cincuenta dollars.

—Permitidme una última reflexion, dije al consejo. Veo que compramos por diez mil dollars un jardin de poca estension; ¿no es demasiado caro?

—Es el doble del valor verdadero, respondió madama Hope, pero el propietario no quiere dejárnoslo por ménos.

—Es cosa curiosa! esclamé. ¡Un propietario que hace predominar su conveniencia i su egoismo sobre el interes de los pobres! Eh! señores, es preciso espropiarlo; no fomenteis con vuestra debilidad una odiosa especulacion.

—Doctor Smith, dijo Brown arrugando las cejas, eso es comunismo en grado superlativo.

—¿Con que es decir, repuse enconjíendome de hombros, que el interes particular no debe ceder al interes jeneral?

—Sin duda, respondió el puritano; pero nada es tan peligroso como las máximas vacías. ¡Con grandes palabras es con lo que siempre se mata la libertad! La propiedad no es un interes, es un derecho. El interes jeneral es una

palabra elástica i vaga, que puede encubrir las pretensiones mas injustas como las mas lejítimas. Antes de invocarlo, principiad por definirlo.

—Nuestras leyes han decidido la cuestion, dijo Humbug. No hai para nosotros mas que cuatro causas de espropiacion: un camino, una calle, un ferrocarril, un canal. Pero, aunque seamos por excelencia un pueblo municipal, i la ciudad sea soberana en lo que le concierne, sin embargo, la propiedad es cosa tan sagrada, que ántes de tocarla es menester que intervenga la lejislatura del Estado; es ella quien aprueba el trazo i quien autoriza la desposesion, mediante indemnizacion prévia. Para todo lo demas: escuela, hospicio, casa comunal, iglesia, la lei prefiere el derecho particular a un interes que no es al fin i al cabo mas que el de una corporacion o de un cuartel. Doctor, ¿a dónde iríamos con vuestro sistema? Me despojarian de la herencia de mi padre, me arrancarian mis recuerdos, se reirian de mis afecciones, turbarian la mas santa de las propiedades, i ¿para qué? Para edificar un teatro o una taberna? Eso no es posible.

—Cómo! esclamé, en una república en que el pueblo manda, es donde se atreven a defender esas añejas máximas feudales!

—Señor, dijo Brown, no entendeis nada de la libertad. Miéntras mas democrático es un pais, es mas necesario que sea poderoso el individuo i sagrada su propiedad. Nosotros somos un pueblo de soberanos; todo lo que debilita al individuo nos conduce a la demagojia, es decir al desórden i a la ruina; todo lo que fortifica al individuo nos conduce a la democracia, reinado de la razon i del Evanjelio. Una nacion libre es una nacion en que cada ciudadano es dueño absoluto de su conciencia, de su persona i de sus bienes; el dia que, en vez de hablarnos de nuestros derechos individuales, se nos hable del interes jeneral, estará perdida la

obra de Washington; serémos una multitud i tendrémos un amo.

—Señores, dijo el coronel, que se interesaba mediocremente en nuestros debates, no hai nada mas a la órden dia, se levanta la sesion. Os pido que me escuseis de que os deje, agregó. Se dice que hai malas noticias de la guerra, tengo prisa de saber la verdad.

No me disgustaba libertarme del puritano i de su áspero lenguaje; pero por mi mal, le habia caido en gracia, o mas bien supongo que habia formado el glorioso proyecto de convertirme a su fanatismo.

—Doctor, me dijo, tengo que pediros un servicio. Acabamos de fundar en este cuartel un *instituto de obreros* (1). Habrá en él una biblioteca, un museo de modelos, dos salas de dibujo, cursos públicos, un gabinete de lectura, en una palabra, todo lo que constituye la utilidad de un club de esta especie. Son los obreros mismos quienes proveerán a los gastos ordinarios ; léjos de nosotros el pensamiento de injerirnos como benefactores, i de turbar en lo menor la obra de la libertad. No debilitar jamas ni la dignidad ni la responsabilidad de aquellos a quienes se sirve, es la primera regla de la caridad. Pero hai gastos de instalacion que son considerables, i a que no podria subvenir suficientemente la bolsa de nuestros obreros; necesitamos a lo ménos diez mil dollars. Para obtenerlos, damos lecturas públicas i pagadas. Everett el clásico nos ha prometido su concurso, así como el elocuente Sumner. Espero que tendrémos al filósofo Emerson i al poeta Longfellow. Por mi parte daré una leccion, en que manifestaré que rehabilitando el trabajo i realzando al obrero, el Evanjelio ha creado a un mismo tiempo la riqueza i la libertad moderna. Vos

(1) Mechanic's Institute.

no rehusaréis uniros a nosotros. Dos lecturas sobre la hijiene de los recien nacidos, por el sabio médico del hospicio de la Providencia, atraerian a todas las madres i nos reportarian a lo ménos cuatrocientos dollars.

—¿Teneis autorizacion del gobierno? le pregunté.

—En verdad, doctor, os iréis derecho al cielo, contestó el regañon. A fuerza de asistir a los niños, habeis llegado a ser como uno de ellos; ya no podeis caminar sin andadores. ¿Qué autorizacion es la que se necesita para ilustrar a los hombres i hacerles bien?

—Cómo! esclamé, ¿podeis hacer cursos públicos i hablar de política a los obreros sin que intervenga el gobierno?

—Seguramente, dijo; si olvidamos nuestros deberes, la lei está ahí, i la justicia con ella; eso basta.

—Nó, eso no basta; el Estado no puede abandonar al primero que se presente, el derecho de hablar a los hombres. Esa ciencia de parada, esa semi-instruccion, inspira al pueblo una ambicion desastrosa; así poneis en peligro el pais i la relijion misma.

—Una semi-claridad vale mas que la noche, reinado de los apetitos i de las pasiones, dijo Brown; por otra parte, ¿qué medio hai de encontrar la luz, sino buscarla? Es menester que hablemos al pueblo, i que estemos incesantemente en contacto con él. Para nosotros, demócratas i cristianos, hai en ello una cuestion de vida o de muerte. Lo que mata las repúblicas, es la ignorancia; ilustrad al pueblo si temeis el depotismo. Lo que mata la relijion, es una fé que no razona; ilustrad al pueblo si temeis la infidelidad. Necesitamos la luz en todo i por dondequiera. Si el cristianismo es una fábula, que caiga; si es la verdad, que reine. ¿Creeis que nosotros los pastores somos unos charlatanes que viven del error i de la credulidad?

—Calmaos, respondí, i no coloquemos tan alto la cues-

tion. Me concederéis que dando a los obreros un lugar de reunion, fundais un club en que serán dueños absolutos.

—Sin duda, puesto que estarán en su casa.

—¿I no veis que a la primera riña con sus patrones, ese club será el foco de una coalicion?

—Si los obreros quieren coligarse, dijo friamente aquel fanático, ¿quién puede impedírselo? Los que venden su trabajo tienen tantos derechos como los que lo compran. Es un trato que debe ajustarse libremente.

—Pero, señor, esclamé indignado por aquella estupidez, estais predicando la anarquía.

—Señor, me dijo con su brusquedad ordinaria, hablais una lengua que no es la de la América. La anarquía es la invasion de la libertad ajena, no es la defensa de la propia libertad.

—Creedme, añadió levantando al cielo inspirados ojos, la cultura del alma es la salud de las democracias cristianas, que no viven sino por la educacion. Dejad a los obreros leer, instruirse, discutir; elevadlos, segun el sentido admirable de la palabra (1), elevadlos hasta vos, eleváos con ellos, i no tendréis que temer ni coaliciones, ni comunismo, ni todas esas locuras que asustan al viejo continente. Son enfermedades que enjendra la ignorancia; a nosotros, doctor, es a quienes toca curarlas. *Sursum corda*, tal es mi divisa!

—La acepto de todo corazon, respondí arrebatado por el entusiasmo de aquel inspirado, contad conmigo.

Cuando me hube quedado solo con Humbug, le pregunté si iba conmigo a la instalacion de Dina.

—No dejaré de ir, doctor Paradoja, me dijo con maligna sonrisa; me entreteneis demasiado con vuestras mag-

(1) En frances *élevez-les*, que significa *elevadlos* i tambien *educadlos* (N. del T.).

níficas teorías. Miéntras mas os escucho, aprecio mejor la grandeza de nuestras instituciones.

—Gracias por el cumplimiento, le respondí; parece que mis elojios de la centralizacion os producen el mismo efecto que una demostracion de la libertad *per absurdum*; debiérais ser mas caritativo, amigo mio, i pensar que hai en la tierra otros paises que no son la América.

—Ya os veo venir, me dijo, fanático de la unidad latina, piadoso adorador de la Francia. Yo tambien amo a los franceses; los nietos de La Fayette son hermanos para mí; pero perdóneme aquel injenioso pueblo, hace setenta años que está persiguiendo un problema insoluble. Poner la libertad en una constitucion política, i el despotismo en la administracion, es querer andar, amarrándose brazos i piernas; todo el injenio del mundo no podria salir bien de tal empeño.

—En verdad, repuse sonriendo con aquella vanidad. Veamos, hombre práctico, decidnos, pues, lo que falta a los franceses para elevarse hasta la civilizacion de los yankees.

—Una sola cosa, dijo con mucha seriedad: En todos sus sistemas han olvidado la pieza esencial. Sus políticos se parecen a Sam el distraido.

—¿Quién es ese Sam el distraido?

—Era el mensajero de mi aldea, dijo alegremente Humbug. Un mozo lleno de perspicacia i de malicia, atrevido hasta la temeridad, económico hasta la avaricia, exacto hasta la minuciosidad, la gloria i el honor del Connecticut. No tenia mas que un defecto, el de perder la memoria. Cierto dia que tenia que distribuir por el camino mas de cincuenta paquetes, se le vió a cada paso inquieto i ajitado. —"He olvidado algo, decia, pero ¿qué es lo que he olvidado?" Por fin llega al lugar, i hé aquí que sus hijos le salen al encuentro.—"Buenos dias, papá, ¿dónde está mamá?"—Dios mio! esclamó Sam golpeándose la frente, eso es lo que echaba de ménos, he olvidado a mi mujer!

Así les pasa a los franceses: tomad al acaso una de esas constituciones que les han fabricado por docenas; en ella encontraréis el Estado i sus derechos, el individuo i sus derechos; pero falta....

—Qué es lo que falta? esclamé.

—La sociedad, respondió Humbug. Jamas ha ocurrido a un lejislador frances que la sociedad, es decir la asociacion bajo todas sus formas, la libre accion de los individuos reunidos, tuviese un lugar en la vida política de la nacion. Nosotros los americanos le damos el mas ámplio dominio: el municipio, la Iglesia, el hospicio, la escuela, la educacion superior, las ciencias, las letras. Cada asociacion es para nosotros como una familia ensanchada, i elevándose grado por grado, todas esas asociaciones forman otros tantos escalones que parten del individuo para llegar al Estado. A decir verdad, la América no es mas que una reunion de familias que administran por sí mismas sus negocios. ¿Existe nada parecido en Francia? No se vé mas que una sola cosa, la administracion, inmenso pólipo, que echa brotes por todas partes, a todo se pega, todo lo toma, todo lo sufoca:

Monstrum horrendum, immane, ingens, cui lumen ademptum.

El pais está partido en dos pedazos; por una parte el poder, con todos los recursos de una centralizacion formidable, por la otra una muchedumbre que obedece de mas o ménos buena gana. De ahí todas las revoluciones que destrozan aquel hermoso pais, de ahí su eterno abortar. Ora se debilita la autoridad i se la reduce a la impotencia; se cree ensanchar la libertad, i se va a parar en la anarquía; ora se cae en el exceso opuesto, se estrechan todos los lazos; se cree servir al órden, i se va a parar en lo arbitrario. ¡Deplorable espectáculo el de un noble pueblo que no sale del abismo sino para caer por el lado opuesto!

—I cuál seria el remedio, mi querido amigo? Quién sa-

be si el carácter nacional no es la causa de ese perpétuo mal resultado?

—No creo, dijo Humbug, que haya pueblos nacidos para vivir en servidumbre, sin esceptuar ni a los negros; por otra parte, no veo que la Francia haya hecho nunca mal uso de la asociacion. Gracias a la administracion, que queda a flote despues de todas las revoluciones, i que se enriquece con cada naufrajio, se ha rehusado siempre a los franceses esa libertad pacífica que tiempla i morijera todas las demas. Se les ha dado diez veces un voto que apénas les servia; pero el cuidado de sus propios negocios, aun lo están esperando. Reyes por una hora, se les niega al siguiente dia hasta la facultad de obrar i de hablar. En tales condiciones no ha podido hacerse la esperiencia; la soberanía no es la libertad. Con la primera un pueblo no conquista a menudo mas que el derecho de perderse; con la segunda vive, crece i tiene en sus manos su fortuna i su honor. Cuando los franceses hayan ensayado el gobernarse por sí mismos, podrá condenárseles; hasta entónces nadie tiene derecho para acusarlos. La Fayette, cuyos escritos leemos nosotros i tal vez se desdeñan en Francia, reclamaba cincuenta años atras esa vida libre, esas libres reuniones que forman nuestra grandeza. Si tuviese yo el honor de ser su compatriota, hé ahí la herencia que querria revindicar. El que enseñe a los franceses que la centralizacion los esclaviza, que la asociacion puede sola emanciparlos, ese habrá arrancado para siempre jamas el jérmen de las revoluciones i plantado por fin en una tierra jenerosa el árbol que no se ha de secar. Ese, con mucho mayor certeza que Arquímides, podrá gritar: ***Eureka***; habrá encontrado de un golpe dos tesoros mas preciosos que todas las riquezas del mundo: la libertad i la paz.

—Bravo Humbug! esclamé, eso es elocuente. Pero, mi buen amigo, si fuérais a contar semejantes fábulas en Paris, de Francia, os silbarian como a un soñador, si es que

no os encerraban como a un sedicioso, con grande aplauso de la Aténas moderna.

—Apénas me asombraría de ello, dijo; los atenienses de antaño tenian un filósofo, a quien la Pitonisa proclamaba el mas discreto de los hombres, i se apresuraron a hacerle morir. Los sabios del Agora, los hombres prácticos acusaban a Sócrates de ser un revolucionario i un ateo. ¿Dónde está ahora la memoria de aquellos grandes hombres de Estado que repetian en todos los tonos que habian salvado a la patria, i que naturalmente se hacian pagar su servicio? Un ciudadano no se detiene por tan miserables obstáculos; defiende la verdad con una tenacidad invencible, muestra el escollo, lucha, grita hasta que lo cubre la ola; salva algunas veces a los hombres a pesar de ellos mismos, i no espera nada sino de la posteridad. El reconocimiento es la virtud del porvenir.

¡Pueblo singular! murmuré. En estos tenderos las convicciones son pasiones, miéntras que entre nosotros, pueblo heróico i teatral, son las pasiones i los intereses los que...... Guardé para mi capote el resto de la reflexion.

CAPITULO XXVII.

LA ESCUELA.

Conversando, habíamos llegado a la calle Federal. Frente a nosotros, sobre un montecillo que dominaba la ciudad i sus alrededores, se alzaba soberbiamente un edificio de grandes apariencias, una torre cuadrada flanqueda por dos alas. Si me hubiese hallado en un pais civilizado, habria dicho: "es el cuartel de la jendarmería, o el palacio de la prefectura," pero entre esta jente sin policía i sin gobierno, era el palacio del Abecedario, era la Escuela! Se puede juzgar a una nacion por sus monumentos.

—I bien, doctor, me dijo Humbug, ¿qué decis del palacio de nuestra juventud?

—Mui bella su fachada, le respondí; pero mui mal distribuido. Veo que allá arriba, por aquella puerta, entran juntos grandes muchachos de quince años i niñas de la misma edad. Esto no es conveniente. En toda escuela bien organizada se separa a los dos sexos. Precaucion es ésta de que parece no teneis idea siquiera.

—¿Dos entradas para niños que van a estudiar en una misma sala? dijo Humbug, ¿a qué fin?

—En una misma sala, esclamé; sabeis lo que decis? Seria el colmo de la inmoralidad.

—Nada hallo de inmoral, a no ser vuestra imajinacion, repuso Humbug riéndose. Nuestros hijos, querido doctor, son muchachos honrados; no se encuentran entre nosotros mas que

Virgines lectas puerosque castos.

La escuela es una gran familia en que no hai sino hermanos i hermanas que se disputan el premio del estudio. ¿De dónde sacais vuestras horribles orijinalidades?

—Entónces, amigo mio, los yankees son ánjeles, hembras i machos.

—Los yankees, replicó el juez, son hombres que se dan el trabajo de reflexionar i andar en razon.

—¿I la Europa, repuse, con sus veinte siglos de esperiencia, no es mas que una vieja chocha, que no sabe ni lo que hace, ni lo que dice?

—Querido doctor, dijo Humbug, los ingleses comenzaron por reirse de nosotros; hoi nos imitan. Antes de diez años, no habrá en Inglaterra una sola escuela en que los dos sexos no se hallen reunidos. En cuanto a los otros pueblos de Europa, su educacion ha sido por tanto tiempo clerical, que habrá menester de mas de un dia para desprenderse de sus preocupaciones. Nosotros no educamos

ni monjes ni soldados; preparamos a los hombres para la vida comun. ¿Por qué, entónces, no hacer de la escuela la imájen de la familia i de la sociedad?

—Sois unos imprudentes! esclamé; jugais con fuego.

—Somos padres de familias, replicó Humbug; sabemos por esperiencia que para suavizar el corazon, formar el carácter e inspirar ideas jenerosas, nada vale tanto como esa primera comunidad de trabajo i de estudio:

Emollit mores, nec sinit esse feros.

Lo que es imprudente, insensato, es esa pretendida sabiduría de la vieja Europa. Separar a los niños de las niñas, enseñarles desde la primera edad que son las unas para los otros un peligro misterioso, turbar i excitar sus jóvenes imajinaciones, i despues, de repente, en el momento difícil, arrojar al mundo hombres ardientes i temerarios, mujeres inquietas, tímidas, indefensas, esa sí que es locura, i locura de marca mayor. Perdonadme, querido doctor; pero vuestra educacion claustral es un dique que detiene i amontona aumentándolas todas las pasiones. Nuestra educacion comun habitúa a nuestros hijos a amarse como hermanos i a respetarse mútuamente.

—¿Es posible, esclamé, que el peligro de vuestro sistema no os salte a los ojos?

—Interrogad a nuestros maestros, respondió; no halláréis uno solo que no esté orgulloso de nuestras escuelas mistas. Ellas son la invencion i el honor de la América. Como siempre, hemos tenido confianza en la naturaleza humana i en la libertad, i como siempre, hemos salido bien en nuesta empresa. En parte alguna la instruccion es mas sólida ni la moralidad mas grande, que en nuestra querida institucion. La emulacion entre los dos sexos es un aguijon sin igual. El hombre, por niño que sea, tiene vergüenza de ceder el primer puesto; la mujer es paciente i de mas despejada intelijencia. En los primeros estudios, que nada

tienen de abstractos, ella es regularmente la vencedora. Pero este no es mas que el lado secundario de la cuestion. Con nuestro sistema, las niñas ganan tanto en carácter i en voluntad, como los jóvenes en corazon. Ellas aprenden a conocernos, i sea dicho inter nos, mi buen Daniel, nosotros no somos peligrosos sino miéntras no se nos conoce. Respetadas, las niñas se respetan a sí mismas; libres, se conquistan la posicion que les corresponde, i en los recreos, por ejemplo, una prudencia natural las separa de sus compañeros. Por lo que respecta a los jóvenes, adquieren en nuestras escuelas aquella delicadeza de sentimientos, aquella cortesía caballeresca que sola la sociedad de las mujeres puede proporcionar. ¿Qué hai mas arisco i brutal que el colejial ingles, abandonado a sí mismo i a la tiranía de los colejiales mas grandes? Habeis leido el *Tom Brown?* Ha sido escrito para hacer avergonzarse de la civilizacion. Querria mejor vivir con los Pieles Rojas, que en medio de los estudiantes de Eton o de Rugby. Entre nosotros, al contrario, todos los jóvenes crecen juntos: a los diez i seis, a los veinte años, sus relaciones son tan candorosas, tan fraternales, como cuando se sentaban en la misma banca. Mas de un matrimonio se hace entre estos antiguos camaradas de escuela; la estimacion, la amistad, es lo que enjendra el amor i le sobrevive. ¿Ha imajinado la Europa, vuestro ídolo, algo mas cristiano ni mas perfecto?

—Eso es soñar, dije.

—Entrad, incrédulo, replicó Humbug; vereis que ese sueño es una realidad.

—Una palabra todavía, le dije. Todos esos niños son unos santos, convenido; pero ¿dónde encontrais hombres capaces de educar esas falanjes celestiales? Cuál es el maestro que pueda, a la vez, animar la timidez de vuestras niñas i suavizar la turbulencia de vuestros muchachos? Dónde hallar ese fénix, que, en cada colejio, responda del honor i de la virtud de vuestros hijos?

—Entrad, respondió Humbug; veréis en la tarea a Dina, vuestra protejida, i acaso tambien a vuestra querida Susana.

—Estais loco, esclamé, golpeando el suelo con mi baston. ¿Es una mujer de veinte años a quien confiais hombres que tienen ya pelos en las barbas? ¡Lindo jeneral para semejante ejército! mucho deben respetarlo!

—Otra preocupacion del viejo mundo, querido doctor. Para un jóven que ama a su madre i a su hermana, nada es mas natural que respetar a una mujer: lo es mucho ménos obedecer a un maestro que amenaza i que castiga. La fuerza tiene poco imperio en el corazon de un muchacho: miéntras mas jeneroso es éste, mas resiste; pero se halla indefenso contra la afabilidad i la afeccion. A este respecto, la esperiencia suministra un desmentido mas a la antigua sabiduría, que no es mas que un error añejo. Son las mujeres de la Nueva-Inglaterra las que, con la abnegacion de los misioneros, se destierran a la corrupcion del Sur, o a las soledades del Oeste, para educar allí almas jóvenes i darlas a la verdad i a Dios. Tenemos maestros, que a nadie van en zaga, pero nuestros mas ponderados institutores escóllan frecuentemente allí mismo donde una jóven yankee hace maravillas. La infancia pertenece a la mujer; esta es una lei natural que nosotros hemos tenido el mérito de reconocer i de aplicar.

—Amen, respondí, encojiéndome de hombros; vamos, pues, a admirar esas tímidas ovejas i esos dóciles carneros, conducidos por una pastora no ménos inocente que su rebaño.

Entré de mal humor en la sala principal; no puedo tolerar los desatinos; pero lo confesaré para mi vergüenza, apénas puse los piés en el santuario, ya estaba seducido.

Me hallaba en una vasta pieza, a la que entraban el aire i la luz por unas grandes ventanas; las paredes ostentaban un aseo admirable i estaban adornadas de trecho en

trecho, ya de mapas-mudos, ya de cuadros de historia natural, o de figuras de física i jeometría. Cada niño tenia su pupitre, aislado de los demas por cuatro pasillos que se cruzaban al rededor de él. Sentado delante de aquella mesa barnizada, que brillaba como un espejo, solo i sin vecino, el colejial es su maestro : si se distrae, si no trabaja, sobre él no mas carga toda la responsabilidad. El institutor, colocado sobre una plataforma, vijila de una sola mirada aquellas largas filas de pupitres, puestos los unos tras los otros. Vijilancia casi innecesaria en un pueblo ambicioso, en que cada cual quiere instruirse para llegar a la fortuna i al poder. Los vicios de los americanos les sirven a ellos mas que nos sirven a nosostros nuestras virtudes.

Dina estaba ocupada en una pieza vecina. El maestro de la sala principal era mi Susana. En aquel momento la señorita enseñaba jeometría a siete u ocho rollizos colejiales, que, sea dicho en justicia, escuchaban como buenos muchachos a su amable maestra.

—Venid, padre mio, dijo Susana mui contenta; ahí teneis tiza, demostradnos las propiedades del cuadrado de la hipotenusa.

Difícil me hubiera sido hacer una demostracion; habia sido educado mui bien por la Universidad de Francia, para no entender nada de jeometría; todo lo que he retenido de ese estudio se reduce a una antigua cancioncita, que talvez, en los alrededores de la Escuela politécnica, tararean todavía sobre el aire de *Calpigi*.

Le carré de l'hypoténuse
Est égal, si je ne m'abuse,
A la somme des deux carrés,
Faits sur les deux autres côtés.

Dejé, pues, a Susana trazar sobre la pizarra el triángulo rectángulo A B C, elevar un cuadrado sobre cada lado, etc., i me evadí, a fin de que mi hija no tuviese que avergonzarse de la ignorancia paterna.

En una de las salas pequeñas (no habria ménos de ocho), Dina hacia preguntas sobre los rios i riachuelos de Francia a muchachos de nueve a diez años. Me maravillé de su memoria i de su ciencia, yo frances, que, examinado sobre la América, no habria podido contestar a aquellos jóvenes eruditos mas que con el Mississippi, el Hudson i el Potomac, únicas corrientes de agua de que se me hubiera hablado alguna vez. Es verdad que poco nos importa la América; miéntras que la Francia, reina de las letras i de las artes, debe interesar poderosamente a los americanos. ¡ Admiracion de los bárbaros por la civilizacion!

Despues de la jeografía, vino la lectura en voz alta, i la declamacion. Un hombrecito de nueve años se levantó, i sin timidez como sin afectacion, nos recitó uno de los pasajes mas poéticos del *Hiawatha* de Longfellow. Aunque el jóven prodijio fuese gangoso, vicio comun en América, nos leyó ese trozo con gran mesura de tono i con verdadero sentimiento; hai actores célebres que no han alcanzado nunca hasta él.

Despues de la poesía, tocóle el turno a la elocuencia. Un muchacho de cabellos encendidos se levantó, cuadró los piés, i, con voz animada, entonó un himno a la gloria de la América.

Amigos i conciudadanos:

"No estais mas que en la infancia, i sin embargo, sois ya el primer pueblo "del mundo. ¿Cuál es el héroe del siglo pasado, el mas grande hombre i el me- "jor, el amigo de su pais i de la libertad? El universo responde:— Jorje "Washington, un americano. ¿Quién fué el primer físico de entónces?— Fran- "klin, un americano. ¿El primer teólogo?— Jonathan Edwards, un americano. "¿Cuál es el mas grande jurisconsulto del siglo diez i nueve?— El juez Story, "americano. ¿Cuáles son los primeros oradores de nuestro tiempo?— Clay, "Webster, Everett, Sumner, americanos todos. ¿Cuáles los primeros historia- "dores?—Prescott, Bancroft, Lothrop-Motley, Ticknor, tambien americanos. "¿Cuál es el primer naturalista? — James Audubon, americano. ¿Cuáles son "los mas grandes moralistas i los verdaderos sabios de nuestra época? Chan- "ning, Emerson, Parker, todos americanos. ¿Cuál es el primer novelista de

"nuestro tiempo?—Madama Stowe Beecher (1), una americana. ¿Cuáles son "los primeros inventores?—Withney, que ha imajinado la máquina para desmo- "tar el algodon; Fulton, que ha creado los buques a vapor; Morse, que ha des- "cubierto el telégrafo eléctrico; Maury, que ha trazado en los mares vías in- "falibles, todos americanos.

"Ea! pues, hijos de los puritanos: el porvenir es vuestro. Antes del fin del "siglo, seréis ya cien millones de hombres. ¿Qué será entónces al frente de "nosotros la Europa servilizada i dividida? La naturaleza os ha dado los mas "grandes lagos, los mas grandes rios, los mas bellos puertos; teneis tierras fe- "cundas i en cantidad inagotable; vuestras minas de carbon son tan gran- "des como la Francia. La industria os ha dado mas ferrocarriles, mas va- "pores, mas navíos, que los que tienen todos vuestros rivales reunidos. Vues- "tros hombres son los mas valientes, los mas atrevidos, los mas injeniosos del "universo; vuestras mujeres son las mas bellas de la creacion. ¡Adelante, "pues, raza bendita del cielo! el mundo es tuyo, por que eres a la vez el pue- "blo mas libre i el mas cristiano."

—Querido amigo, dije a Humbug, entre las virtudes que enseñais a vuestros santitos ¿contais la de la modestia?

—Un poco de induljencia, doctor, me respondió con tono embarazado. Cuando se educan niños, es bueno forzar un poco el patriotismo. Este es el medio de que el egoismo no tome mas tarde la delantera. Por lo demas, confieso que la vanidad es nuestro flaco; nuestro prodijioso acrecentamiento nos trastorna la cabeza i nos hace cometer mas de una falta. Pero arrójenos la primera piedra aquel que esté sin pecado. John Bull se halla convencido de que por derecho de nacimiento él es el rei de los mares; i estoi seguro de que en Francia se repite en todos los tonos a la juventud, que los franceses son el primer pueblo de la tierra, i que el mundo no tiene ojos mas que para admirarlos.

---

(1) Esta era tambien la opinion de Alfredo de Musset. Cierto dia que le encontramos de cabeza sobre la CABAÑA DEL TIO TOM, que devoraba con los ojos llenos de lágrimas, nos dijo con la mas profunda emocion: "HÉ AQUÍ EL LIBRO MAS BELLO DE ESTOS TIEMPOS. MADAME STOWE HA ENCONTRADO EN LA CORRIENTE DE SU CORAZON EFECTOS DE ARTE TALES, QUE NINGUNO DE NOSOTROS, QUE NOS CREEMOS ARTISTAS, ES CAPAZ DE HALLAR NUNCA EN SU IMAJINACION" (*Ed*).

—¡Qué diferencia! esclamé. ¡La Francia es la Francia!

—La América es la América, repuso Humbug riéndose. Todos los cristianos se hallan imbuidos de la misma locura; no hai simpleza a que no se pueda arrastrar a un pueblo, gritándole con aplomo: "¡Ingleses, saquead esa provincia, sois ingleses! franceses, batíos a tontas i á locas, sois franceses! americanos, sed insolentes con la Europa, sois americanos!" El orgullo nacional es la manta encarnada que se tiende al toro popular cuando se le quiere hacer caer, con la cabeza gacha, en una trampa. Sembremos, querido amigo, a manos llenas la educacion; llevemos la luz a todas partes, si no deseamos que el pueblo sea el eterno juguete de aquellos charlatanes que hacen juego de sus mas nobles pasiones i de sus mejores instintos.

En aquel instante sonó el reloj; era la hora del recreo. Corrí al jardin, i encontré allí al amable Naaman hecho capitan de un nuevo rejimiento. Trescientos a cuatrocientos muchachos estaban formados en columna; las niñas de un lado, los niños del otro. Abrieron una puerta con vidrios que daba al patio, colocaron cerca de ella un piano, i héos allí a Susana i a Dina tocando a cuatro manos la marcha de Oberon. Simultáneamente las columnas se mueven en órden; saltan, corren, se detienen a un tiempo determinado; la cadena se deshace i se eslabona de nuevo con una precision admirable. Aquello era una mezcla de baile i de jimnástica que encantaba la vista; era algo de noble, de distinguido, de gracioso juntamente. ¿No era así como ejercitaban los griegos a su juventud? Comprendí por vez primera por que Platon colocaba la danza i la música entre los deberes del ciudadano. Yo estaba arrobado, i a no ser por un resto de pudor que me quedaba, i por mi barba cana, habria tomado parte de buena gana en aquel baile militar. ¿I por qué no habia de haber bailado con los niños? Mui bien que lo hacian los espartanos.

—Amigo mio, dije a Naaman, esto es encantador; mi corazon se halla alborozado con este espectáculo; pero sacadme de una duda. ¿Dónde estoi? A dónde me han traído? Este elegante edificio, estas mesas de un gusto esquisito, estos libros tan esmeradamente empastados, todo esto sin duda pertenece á un colejio particular en que no se recibe sino a niños de familias acomodadas. ¿Quién es el director de este bello establecimiento?

—Siempre de broma, doctor, dijo el hermoso pastor. Estais en la escuela primaria del duodécimo distrito, cuartel tercero. Tenemos ochenta casas de esta especie en nuestra buena ciudad de Paris, i esto no basta.

—Está mui bien; pero ¿cómo el hijo de un pobre puede proveer a los gastos de esta costosa educacion?

—¿De dónde venís? esclamó Naaman. ¿No sabeis que la educacion es gratuita? no habeis echado nunca la vista sobre vuestro escote de impuestos? Nosotros somos los hijos de aquellos puritanos que, apénas desembarcados en la árida roca de Plymouth, abrian en todas partes escuelas para combatir a Satanás, que es el verdadero nombre de la ignorancia. Lo que hai de diabólico en nosotros es la *bestia;* lo que hai de divino es el espíritu. La escuela es nuestro amor i nuestra debilidad; es tambien la gran partida de nuestro presupuesto, la que en otros pueblos civilizados llenan la guerra o la marina. Aquí, en nuestro Massachussetts, lo que se invierte en las escuelas es casi la cuarta parte de nuestra inversion jeneral; en el pequeño Estado del Maine es la tercera; lo que equivaldría en Francia a un presupuesto de cuatrocientos a quinientos millones.

—Gran Dios, pensé para mí, si esta jente no es loca ¿qué es lo que nosotros somos?— Decidme, señor Naaman, ¿quién vota esos fondos, i cómo están administradas vuestras escuelas?

—El voto es comunal, me respondió; el conjunto de los

habitantes es el que fija la cifra del impuesto; talvez es este el único gasto que aumenta siempre, aplaudiendo su aumento los que lo pagan. En este punto no hai partidos en América; todas las comuniones, todas las opiniones rivalizan por hacer de nuestras escuelas el establecimiento mas rico i mejor dotado del pais.

—I naturalmente, dije, cada comunion quiere dominar en ellas.

—Nó, me contestó; ello os admirará talvez, ninguna influencia relijiosa traspasa estas paredes. Cada leccion comienza por la Oracion dominical i una lectura de la Biblia; pero no la acompaña ninguna reflexion. La enseñanza es cristiana por el espíritu de nuestros maestros; no es ni católica ni protestante. Aquí proporcionamos a nuestros hijos los medios de buscar la verdad, los armamos contra la ignorancia, los preparamos a combatir por la buena causa; en cuanto a la enseñanza dogmática, ella está reservada a la iglesia i a las escuelas dominicales. Así es como evitamos turbar esas conciencias jóvenes, i como acostumbramos, no obstante, a nuestros hijos a considerarse todos como hermanos en Jesucristo.

—Bien está; pero ¿quién os responde de los maestros?

—La inspeccion de educacion, dijo Naaman; inspeccion elejida libremente por todos los ciudadanos de la misma municipalidad, i que depende de la inspeccion central del Estado. Tales asambleas reunen a los hombres mas notables delpais. Es una gloria ser llamado a vijilar la educacion; nuestros mejores ciudadanos, los Horacio Mann, los Barnard, han rehusado un asiento en el senado federal por quedar de directores de nuestras escuelas en el Massachusetts i el Connecticut.

—¿Es posible? esclamé.

—¿Qué hai en ello de raro? repuso el jóven ministro. ¿Creeis que en un pais como el nuestro, estamos preguntando todavia qué es lo que hace la prosperidad i la gran-

deza de las naciones? En una república, en un Estado en que el pueblo es soberano, es preciso vencer a la ignorancia o ser muerto por ella; no hai término medio. Para educar a un pueblo que cree en la verdad i que la ama, nuestros políticos no han encontrado mas que un modo: ilustrarlo; hacer del menor de los ciudadanos un hombre bastante instruido para que no se le engañe, bastante cuerdo para que se gobierne a sí mismo.

—¿I habeis resuelto el problema?

—Sí, me dijo; el problema ha sido resuelto el dia en que comenzamos a tener escuelas tan bien establecidas i tan completamente gratuitas, que ya no hubo un padre que se atreviese a rehusarnos sus hijos. Cuando el municipio lo proporciona todo, hasta los libros, el papel i las plumas, ¿quién seria tan loco o tan culpable que no aprovechase la munificencia nacional, i condenase a sus hijos a la ignorancia i a la miseria?

—Espero, le dije, que la educacacion sea obligatoria. Despues de tales sacrificios, el Estado tiene el derecho de obligar a los hombres a instruirse. No puede tolerar brutos en la sociedad.

—Hemos rechazado toda compresion, respondió el jóven pastor. I esto, no porque hayamos dudado de nuestro derecho, sino porque hemos temido unir a una buena accion una idea odiosa. La multa i la prision harian aborrecer nuestras escuelas; esas durezas las dejamos a los gobiernos que cuentan mas con la obediencia, que con el amor de los ciudadanos. Hacer la educacion universal, he aquí toda la cuestion; hemos llegado a este excelente resultado sin tocar para nada la libertad. Nuestras escuelas, abiertas para todos los niños hasta la edad de diez i seis años, seducen i atraen a los mas rebeldes. En la Nueva Inglaterra no encontraréis un ciudadano, nacido en el pais, que no haya recibido de nosotros la instruccion.

—Bravo! esclamé, esa es una obra que honra en el mas alto grado a los cristianos de América.

—La política gana con ello, no ménos que la relijion, repuso; hemos llegado a un resultado capaz de sorprender á los modernos. Por medio de la perfeccion de nuestras escuelas, hemos restablecido sin saberlo la educacion comun, tan cara a la antigüedad. Nuestra enseñanza es bastante elevada para preparar al hijo del rico a entrar en el colejio; es bastante sencilla para no retraer al hijo del pobre, bastante sustancial para ponerle en estado de ocupar su puesto en la sociedad, sin tener que avergonzarse jamas de su ignorancia. Aquí es adonde toda la juventud (entended bien esta palabra: toda la juventud) viene a aprender lectura, escritura, aritmética, jeometría i dibujo. Agregamos un poco de jeografía, de historia, de física i de química; i no tememos hablar a estos niños de moral i de política. Les esplicamos la constitucion de su pais, ya que son ciudadanos. Gracias a la riqueza i a la solidez de nuestras lecciones, el hijo del millonario viene a instruirse codeándose con el hijo del obrero irlandés. Por allí diviso a una de las hijas de Green que juega con la niña de una pobre frutera de la calle de los Nogales. Aquí es donde reina la verdadera igualdad, la igualdad hácia arriba, la igualdad que eleva; aquí es donde se fomenta el patriotismo i el amor a la libertad. Formar una jeneracion es formar un pueblo; tal es nuestra divisa, tal es lo que convierte nuestras escuelas en un lugar querido de todos i sagrado para todos.

—Eso es bueno, esclamé, eso es grande; pero perdonadme un postrer escrúpulo. Cuando habeis instruido a los hijos del pueblo, ¿no temeis haberles inspirado al mismo tiempo una ambicion perversa? No lanzais en la sociedad hombres descontentos de su suerte; no les habeis dado deseos i necesidades superiores a su condicion?

—Esa es, dijo Naaman, una objecion que hace mucho tiempo ha dejado de tener valor en América. Si abandonásemos a nuestros jóvenes al salir de este recinto, serian fundados vuestros temores; pero recordad que nuestra sociedad i nuestro gobierno son dos escuelas que no se cierran nunca. Por una parte, cuantos hombres ilustrados poseemos, tienen a honor i a satisfaccion el instruir a los ciudadanos. Ved nuestras paredes cubiertas de carteles: no hai noche en que no se dé alguna lectura política, literaria, científica. La luz nos inunda; es preciso ser dos veces ciego para permanecer ignorante. Al lado de esta enseñanza libre, colocad la Iglesia, siempre activa, i esas mil reuniones en que pobres i ricos se ven asociados incesantemente para obras de propaganda i de caridad. Añadid a eso la vida política, que remueve todas las ideas i fecunda todas las almas. Por fin, i en primer lugar, poned la prensa, es decir, la palabra pública que jamas se agota. No hai una iglesia, una asociacion, un cuerpo, un individuo que no tenga su diario; hasta los niños tienen el suyo, el *Child's Paper*, fundado cuatro años há, tiene ahora trescientos mil lectores, el mayor de los cuales no cuenta quince años. ¿Quién, pues, resistiria a esa marea que siempre sube? Quién no seria arrebatado por esa oleada de civilizacion que empuja a la humanidad hácia un porvenir mejor?

—¿Así es que sois un pueblo de sabios?

—Nó, dijo sonriendo. La erudicion como las artes es un lujo de las naciones viejas que todavía no poseemos. Somos advenedizos; acaso necesitarémos un siglo ántes de alcanzar los ocios que permiten una cultura desinteresada; pero me atreveré a decir que somos el pueblo ménos ignorante que vió jamas el sol. Mirad a vuestro alrededor; aquí no hai campesinos, sino colonos; no hai peones, sino artesanos. Al salir de su fragua, el obrero se pone un frac negro, i va a oir una lectura sobre Washington o sobre los recientes descubrimientos de Livingstone, en Africa. Su vecino, el

joyero, irá a trabajar en una escuela de dibujo o seguirá un curso de química. Apesar de sus manos tostadas, los dos son *gentlemen*; gustan de los placeres del espíritu tanto como vos podeis gustar de ellos. Id al Oeste, entrad en algun *log-house* (1) perdido en el fondo de los bosques; seréis recibido por la mujer del azadonero; la veréis amasando pan o haciendo mantequilla. Aguardad a la noche, i esa misma mujer se sentará al piano, conversará con vos de política, de moral, i quizá de metafísica. Leer el *Perfecto cocinero* no le impide apreciar a Emerson o gustar de Channing. No damos a todos la riqueza material, aunque el bienestar sea mas fácil de adquirirse en América que en cualquier otro pais, pero ofrecemos a todos esa riqueza que no teme al moho ni a los ladrones; ponemos al alcance del mas pobre esos goces intelectuales que, en todas las edades i en todas las condiciones, son una fuerza i un consuelo. Procediendo así, creemos cumplir la palabra del divino Maestro i guiar a los hombres hácia Dios, cultivando su espíritu i su corazon.

Miraba a aquel jóven con una emocion de que ya no era dueño; jamas ví resplandecer en una fisonomía humana tanto entusiasmo i tanta fé. Para Naaman la ciencia i la relijion eran un doble nombre de la verdad; ámbas le tocaban el corazon con una misma fuerza; a ámbas las amaba con un mismo amor.

—Amigo, esclamé, me habeis vencido. Héme aquí, como San Pablo en el camino de Damasco, fulminado por la luz i oyendo la voz que me grita: "Vano es dar coces contra el aguijon." Me rindo, se abren mis ojos; veo, admiro la grandeza de este pais. ¡Qué intensa vida! El corazon, el pensamiento, todo está en accion; ninguna traba! ninguna barrera! el hombre es señor de su destino; tiene en sus

(1) Es una especie de chocilla, construida con troncos de árboles; la primera habitacion del azadonero americano.



manos su dicha i su virtud. Aquí no hai mentira oficial, la verdad es la que reina; aquí no hai preocupaciones, aquí no hai restricciones; por dondequiera resuena el grito de un pueblo embriagado de esperanza: Adelante! adelante hácia un mundo en que será curada la miseria, en que será abatida la fuerza, en que dominará el espíritu. Estoi orgulloso de ser ciudadano de este hermoso pais. Viva la libertad! vivan los Estados-Unidos! viva la gran república!

Mi voz fué apagada por un redoble de tambor seguido de sonoras músicas militares. Dos zuavos entraron en la escuela; el uno corrió a Susana i le tomó tiernamente la mano, era Alfredo; el otro se me colgó del cuello, era mi hijo Enrique.

—Padre, me dijo, los hombres del Sur han pasado el Potomac; Washington está amenazada; se moviliza a nuestras milicias, se llama a los voluntarios; esta tarde partimos. Venid pronto, que mi madre os aguarda.

CAPITULO XXVIII.

LA PARTIDA DE LOS VOLUNTARIOS.

Seguido de mis hijos, salí de aquel apacible retiro, en que por fin habia sorprendido el secreto de la grandeza americana. La ciudad habia cambiado de aspecto; las casas estaban empavesadas. En cada ventana, la bandera federal, ajitada por el viento, ostentaba sus listas encarnadas i azules i las treinta i cuatro estrellas como una protesta muda en favor de la Union. De trecho en trecho un cartel inmenso anunciaba el desastre del ejército federal i llamaba a los ciudadanos en socorro de la patria en peligro. Batallones armados marchaban por las calles al son de las cajas i trompetas. Las iglesias estaban atestadas de voluntarios que invocaban al Dios de sus padres ántes de

marchar al combate. Por dondequiera los cantos de gue rra se mezclaban con los himnos relijiosos; padres, ma dres, hermanas, acompañaban a los jóvenes milicianos infundiéndoles ánimos. Se tomaban las manos, lloraban, se abrazaban, levantaban al cielo los brazos. Era el fervor de una cruzada.

Llegué a mi casa mui ajitado. Parisiense como soi, he vivido, he crecido en medio de las asonadas i de la guerra civil, cuyos recuerdos me entristecen; pero allí, en aquella partida a las fronteras, en aquel entusiasmo que empujaba a todo un pueblo a los ejércitos, habia algo tan noble i tan grande, que me sentia poseido de exaltacion. Los peligros mismos que arrostraban Enrique i Alfredo, no me daban susto; una voz secreta me impulsaba a partir con ellos. ¿No tenia yo tambien un hogar i una familia que defender? La América, en que poseia bienes tan caros, ¿no era mi patria?

A mi puerta encontré todo un rejimiento de zuavos formado por los voluntarios del cuartel. Habian izado sobre un caballo blanco al viejo coronel Saint-John; el buen veterano olvidaba sus reumatismos i sus heridas para guiar a los jóvenes al combate. Al lado del coronel, Rose, vestido de capitan, marchaba acompañado de sus ocho hijos i de cuatro hermosos jóvenes, hijos de Green. Fox, convertido en teniente, estaba en medio de un grupo; peroraba, jesticulaba i no respiraba mas que sangre i matanza. Su cuello postizo i su caja de rapé no decian mui bien con su uniforme, i en otra ocasion me habrian dado que reir; pero hablaba con tanto fuego, que me pareció tener aire marcial. Era él otra cosa que un soldado de profesion; era un ciudadano decidido a morir por su pais.

—Vecino, me dijo Rose, contamos con vos; a los viejos toca dar el ejemplo. Necesitamos un cirujano para nuestro rejimiento de zuavos, i os han nombrado por unanimidad; solo nos falta vuestro consentimiento.

—Lo teneis, esclamé; sí, mis buenos amigos, parto con vosotros; allí estarémos para velar por estos muchachos, i si es necesario harémos fuego con ellos. Viva la union! viva la patria!

Aquel grito fué repetido en todas las filas, mezclado con el de viva Daniel! viva el mayor! Me sentia acariciado hasta el fondo del corazon por las aclamaciones de aquella valiente juventud; entré en mi casa con la cabeza erguida, con los ojos brillantes. Una vida nueva se despertaba en mi alma, era feliz!

Jenny, bañada en lágrimas, se arrojó en mis brazos, pero no intentó siquiera doblegar mi valor. Le parecia natural que el padre acompañase al hijo, i que solas las mujeres se quedasen en la casa. Susana no era ménos resuelta; por su palidez se veia que estaba profundamente conmovida; sus labios oraban, sus ojos miraban al cielo; pero no dijo una palabra que pudiese turbar a Alfredo, i no pareció ocupada mas que en preparar nuestra partida. Queridas mujeres! tambien ellas comprendian el deber i amaban a la patria!

Algunas horas bastaron para proporcionarme un uniforme de cirujano; Rose me regaló un estuche excelente; compré revólvers, un sable, un caballo; a las tres estaba listo; partíamos la misma tarde.

Hasta entónces no habia reflexionado, arrebatado como estaba por la impetuosidad francesa. Pero en el momento de dejar aquella casa en que habia pasado dias tan felices i tan bien ocupados, esperimenté no sé qué tristeza; me parecia que saliendo de allí, ya no volveria. I si volvia, ¿traeria conmigo a mi Enrique, i a aquel Alfredo a quien comenzaba a amar como a un hijo?

Sacudia tan tristes pensamientos, que, siempre rechazados, volvian sin cesar al asalto, cuando entró en mi casa el viejo coronel. Su presencia me hizo bien; era uno de esos bravos soldados, pródigos de su sangre, económicos de la

sangre ajena; no podíamos tener un jefe mas honorable i mas seguro.

—Coronel, le dije, despues de haber recibido sus felicitaciones, ya que estamos solos, puedo hablaros con el corazon en la mano. Aquí para entre los dos, ¿qué importancia dais a estos nuevos reclutas? El entusiasmo es mui bello, pero ¿qué vale al lado del ejercicio i de la disciplina? A pesar del valor de esos buenos jóvenes, tenemos unos batallones que se desbandarán a los primeros tiros.

—Paciencia, mayor, respondió el veterano. Soi ménos severo que vos, i sin embargo he hecho toda mi vida la guerra. Dos meses pasados detras de los fuertes de Washington convertirán a esos voluntarios en soldados. Sin duda que vale mucho la disciplína, pero es un oficio al alcance del mas ignorante. Lo que no se da, es el corazon, es la fé, es el amor a la patria. Ahí está el resorte supremo, por mas que digan los que arrastran sable. Para manejar la bayoneta se necesita un brazo hábil i vigoroso; pero el alma es la que constituye la fuerza del brazo. Algunos años de guerra i de sufrimientos bastan para formar la educacion de un pueblo i poner a un mismo nivel a los dos enemigos. Queda entónces la enerjía moral: ella es quien decide en último resultado; por eso los mejores ejércitos son ejércitos de ciudadanos.

—Dispensad, coronel, pero creia que nada equivalia à los soldados veteranos.

—Error, dijo Saint-John. En una revista, o en una parada, puede ser; en la guerra sucede de otro modo. Buenos cuadros, soldados jóvenes i viejos jenerales, hé ahí lo que se necesita. Para marchar sin quejarse, para obedecer sin murmurar, para afrontar el peligro con la frente erguida, para correr a la muerte sonriendo, no hai como la juventud. Miéntras mas intelijente, mas piadosa, mas patriótica es esa juventud, mas se puede contar con ella. En la vieja Europa se piensa de otra manera; allá reinan to-

davía la preocupacion i la adoracion en la fuerza brutal. Aquí la civilizacion nos ha alumbrado. Sin duda que la victoria será siempre del jeneral que, en el momento decisivo, lance sobre un punto dado batallones mas numerosos. Pero en circunstancias iguales, un soldado jóven i patriota valdrá mas que un mercenario envejecido en el oficio. Ahí teneis la guerra de Crimea; ciertamente, los veteranos rusos e ingleses se batieron bien; pero ¿a quién pertenece la corona, sino a los conscritos franceses, heróicos muchachos, arrancados por un dia del arado, campesinos la víspera, ciudadanos al dia siguiente. Tal es nuestro modelo, tal es lo que harémos nosotros tambien de nuestros jóvenes americanos.

—No teneis jenerales, le dije; vuestro pais es una tierra pacífica que hasta ahora ha producido mas colonos i mercaderes, que Césares.

—Perded cuidado, respondió el coronel, tendréis jenerales, i mas de los que quisiérais. La guerra es como la caza, un oficio mui comun, en que ciertos hombres descuellan desde el primer dia. Tal que es hoi herrero, mecánico, abogado, médico quizá, mañana en el campo se despertará jeneral. Abrid la historia: hai épocas estériles en que las letras, las artes, la industria están muertas; no hai ninguna que haya carecido de soldados. El hombre tiene instintos cazadores i sanguinarios que la paz comprime, pero no destruye. Venga la guerra, i tendréis héroes; ¡permita el cielo que el pueblo los estime en su justo valor, i no les sacrifique la libertad!

—En verdad, coronel, le dije, hablais de la guerra con poco respeto.

—Es porque la he hecho, dijo tristemente; sé lo que vale ese juego sangriento. Cuando retóricos sentados tranquilamente al amor de la lumbre se entretienen en celebrar los combates i la gloria, me encojo de hombros ante semejantes paradojas; la guerra es la mayor de las plagas, la

enemiga del trabajo i de la libertad, la ruina de la civilizacion. ¡Desgraciados de aquellos cuya ambicion desencadena sobre la tierra esa abominable peste, pero una i mil veces malditos los que levantan sobre la patria una mano parricida! Ayúdenos Dios, i les harémos pagar su crímen. La guerra es tambien el castigo del orgullo i de la locura; cruel leccion que no se comprende hasta que no es demasiado tarde.

El ruido de los clarines nos anunció la hora del adios.

Bajé tomado de las manos de Enrique i de Alfredo. Jenny nos abrazó a todos tres con el valor de una mujer i de una madre cristiana. Susana, silenciosa i ajitada, nos dió a cada uno una Biblia que en adelante no debia abandonarnos. Marta habia preparado un sermon profético, pero a la primera palabra la pobre muchacha despidió un sollozo terrible, i tomando en los brazos a Enrique, como a un niño, le inundó de lágrimas i besos. Yo le apreté la mano, i ella se me colgó del cuello; cuando monté a caballo, estaba medio estrangulado.

En el mismo instante se presentó Zambo con un atavio ridículo, un cinturon encarnado i azul, un sombrero con plumas i un sable que arrastraba por el empedrado.

—Massa, gritaba, llevadme con vos, yo soi un valiente. Si tengo negra la piel, tengo roja la sangre. Si no me matan ántes de la victoria, los batiré a todos.

No sin trabajo pude desprenderme de aquel pobre mozo. Le hice las reflexiones mas cuerdas para probarle que su valor era ridículo. El que tiene el pelo crespo, ha nacido, no para batirse, sino para ser golpeado (1). Palabras perdidas! Zambo tenia demasiado agudo el ángulo facial para comprender los grandes descubrimientos de nuestros sabios. El pobre diablo se creia hombre, cristiano, ciudadano, i tenia negra la piel! Qué locura! Fué preciso em-

(1) En frances *battu*, que significa *golpeado* i tambien *batido*. (N. del T.)



plear las amenazas para hacerle entrar en la casa, donde se metió dando alaridos. Era tiempo de poner término a aquella triste comedia, las filas estaban formadas, sonaban los tambores; partimos.

Miéntras estuve cerca de mi casa no me atreví a volver la cara; tenia en los ojos lágrimas que no queria que corriesen; pero al volver la calle miré hácia atras; las tres mujeres ajitaban los pañuelos i nos seguian con una larga mirada. Mi corazon latió con fuerza:

—¡Oh, Dios mio! esclamé, te encomiendo todo lo que amo.— Por vez primera lloré, recé, i me sentí consolado.

A las cuatro estábamos formados en batalla en la plaza de la Alcaidía. Green nos pasó revista, i nos habló de la patria con una emocion que rayaba en elocuencia. Su voz fué apagada por nuestras aclamaciones. En seguida todo volvió al silencio; cada cual se recojió dentro de sí mismo. Yo era talvez el único del rejimiento que estaba ajitado; ¡estraña cosa! me sentia impaciente por marchar a la pelea. En un momento de sosiego, pasé por delante de mis compañeros riendo, hablando, jesticulando, diciendo una palabra a cada soldado; me burlaba de los que estaban conmovidos, alentaba a les que trataban de sonreirse, prometia a todos mi asistencia en el momento del peligro; tenia ya la fiebre del combate.

Humbug, que se me habia juntado en la plaza, me miraba con aire asombrado.

—Qué hombre sois vos, doctor! me dijo suspirando. Admiro vuestro buen humor i vuestra alegría. Erais un ciudadano tímido, i os habeis vuelto un soldado atrevido. Sois irlandés? Teneis en las venas la sangre

Non paventis funera Galliæ?

Nosotros los sajones llevamos al campo de batalla

Devota morti pectora liberæ,

pero no tenemos ni esa gracia, ni esa elegancia, ni ese denuedo. En verdad que al veros, parece que el combate sea una fiesta, i el peligro un placer. Dariais ganas de morir al mas desganado.

El redoble de los tambores apagó mi respuesta; Humbug me abrazó tiernamente i me llamó en latin la mitad de su alma; un instante despues me habia separado de mi viejo amigo, i para siempre.

La noche era hermosa; la luna, que habia salido temprano, alumbraba a lo léjos praderas marjenadas de álamos i cortadas por sauces; en el horizonte un rio estendia sus corrientes arjentadas; habia cierto encanto en dejarse llevar por el caballo, i en abandonarse a las imajinaciones en medio de aquella hermosa campiña. La felicidad del soldado es gozar de la hora presente i no inquietarse por la que ha de venir. Hacia un rato que estaba entregado al placer de soñar con los ojos abiertos, cuando dos jinetes se pusieron a mi lado. Levanté la cabeza i con gran sorpresa reconocí al sombrío Brown i al amable Truth.

—Qué haceis aquí? esclamé. ¿Qué significa ese gran sombrero, esa levita abotonada, ese sable al costado? ese no es vestido ni de soldado ni de pastor.

—Doctor, dijo el puritano, la guerra es una cruel enfermedad, en que el alma está en peligro no ménos que el cuerpo; vos cuidais del uno, nosotros cuidamos de la otra; somos médicos como vos.

—Celebro mucho teneros por cofrades, respondí; pero el oficio es penoso. Un cirujano se acostumbra a él; la ternura le es un mal desconocido; para que no tiemble la mano, conviene que el corazon se calle; pero vos, Truth, ¿cómo resistiréis al grito de los heridos, a la desesperacion de los moribundos?

—Ese es mi deber, dijo; Dios me dará fuerza para ello miéntras juzgue útil o necesario mi servicio. Es al Señor a quien pertenezco.

La jornada no era larga; hicimos alto a las ocho. El coronel habia querido enseñarnos a marchar; leccion que no era inútil, pues el rejimiento parecia una manada de carneros en derrota. Sin embargo, el bravo Saint-John felicitó a todos los novicios, acostumbrándolos poco a poco a mirarle como padre i a poner en él su confianza.

—Mayor, me dijo, no os riais. Antes de un mes valdrémos tanto como los prusianos. Cuando un hombre se cree soldado, ya lo es a medias; veréis lo que llega a ser un ejército de ciudadanos.

El vivac se situó en medio de los campos. Encendidos los fuegos, atados a las estacas los caballos, cenamos alegremente con las provisiones que cada cual habia traido. Para conscritos, era una fiesta aquella primer comida al aire libre; todavía no les habia inspirado la guerra el pesar por el bienestar perdido i el amor al hogar de la familia.

Cuando se acabó la cena, que no duró mucho, los soldados, en vez de reir i gritar, se sentaron en silencio sobre sus capas para escuchar a los ministros. Nuestro estado mayor formó la rueda; Truth se puso en medio de nosotros, i abriendo la Biblia, leyó con voz inspirada el himno que cantó David cuando Dios lo hubo librado de la mano de sus enemigos:

"El Señor es mi fortaleza; es mi fuerza, es mi salvador.

"Mi Dios es mi apoyo; espero en él; es mi escudo, es mi salud.

"El es quien me ha encumbrado a la honra, él es mi refujio. Salvador mio, vos me libraréis de la mano de los perversos.

"......Hai otro Dios que nuestro Señor? Hai otro fuerte que nuestro Dios?

"...... El es quien adiestra mis manos para combatir, i quien vuelve mis brazos firmes como un arco de bronce.

"...... Perseguiré a mis enemigos, i los convertiré en polvo; no volveré hasta que no los haya destruido. Los destruiré, i los romperé sin que puedan volver a levantarse; caerán bajo mi planta.

"......Llamarán i nadie vendrá en su socorro; llamarán al Señor, i el Señor no les escuchará.

"......Los disiparé como el polvo; los aplastaré, los pisotearé como el fango.

"...... Viva el Señor! i que mi Dios sea bendecido; que el Dios fuerte, el Dios que salva, sea glorificado!" (1)

Miéntras que Truth recitaba aquella bella poesía, miraba yo al rededor mio. Todos los oficiales escuchaban orando; sus ojos brillaban de entusiasmo i de fé. Las últimas llamas de nuestros fuegos próximos a apagarse iluminaban aquellas nobles fisonomías, en que esparcian no sé qué misterioso resplandor. Me creia en medio del siglo diez i seis, i trasportado a un campamento de Cabezas Redondas.— ¡ I es este, pensé, es este el pueblo a quien nuestros diarios de Paris niegan todo patriotismo i toda relijion! Nó, la tiranía militar no se establecerá jamas en esta tierra jenerosa; este suelo, abierto i fecundado por los Puritanos, no puede producir mas que la libertad.

Terminada la lectura, apreté la mano a Truth, i aprovechándome de mi privilejio, inspeccioné todas las compañías para buscar a mi hijo i Alfredo. Los encontré a los dos, acostados en el suelo, envueltos en sus capas i conversando en voz baja. De quién hablaban? yo lo sabia.

—Hijos, les dije, el que es soldado debe economizar sus fuerzas; i la primera condicion es dormir. Dadme lugar entre vosotros dos, i soñad con los ojos cerrados.

Así diciendo, abracé tiernamente a mis dos hijos, me cerré la capa con cuidado, me eché a la cara la capucha, i me dormí tan tranquilo i con el corazon tan lijero como si estuviese en mi casa. Cuando uno se consagra a la patria, cuando le es permitido sacrificarse por lo que ama, la fatiga es dulce, el peligro mismo tiene atractivos.

---

(1) II Reyes, cap. XXII.

CAPITULO XXIX.

UN VIAJE DE RECREO.

En medio de mi apacible sueño, tuve una vision. Un hombre, o mas bien un fantasma, de ojos burlones, de frente arrugada, estaba acostado encima de mí i me sufocaba. Reconocí a Jonathan Dream; solo él tenia aquella terrible mirada.

—I bien, doctor, dijo con voz frájil, está hecha la prueba; ya no dudais del magnetismo i sus milagros; os habeis vuelto Yankee en ocho dias.

—Sí, sí, murmuré; i me enorgullezco de serlo. Tengo mujer e hijos segun mi corazon; tengo una patria que amar, la libertad a quien servir i defender, soi dueño de mi vida, creo en el Evanjelio, soi feliz; si este es un sueño, por piedad, no me desperteis.

—Bravo! gritó la voz, estoi vengado. Ahora en camino para Francia; a Paris!

Sentí una mano que apartaba mi capa i se deslizaba por dentro de mi capucha. Me levanté sobresaltado, quise gritar, ¡esfuerzo inútil! estaba magnetizado. Un brazo invisible me asió de la única mecha de cabellos que quedase en mi frente calva, i me arrebató por los aires con espantable rapidez.

Aun no me habia recobrado de una emocion mui natural, cuando me encontré cerniéndome en el cielo como un pájaro, i revoloteando encima de mi casa. El traidor, que me habia quitado la palabra, i que me tenia siempre suspenso, me hizo bajar hasta la ventana de la sala de recibo. En aquella habitacion querida, divisé, reunidas en torno de una mesa de labor, a mi Jenny, a mi Susana i a Marta; el pobre Zambo estaba sentado en el suelo i sollozaba en un

rincon. Susana, con voz entrecortada, leia el Evanjelio, Jenny i Marta cortaban vendas i hacian hilas.

Mi corazon las llamó i las bendijo. Jenny levantó al punto la cabeza.

—Susana, dijo toda trémula, me parece que oigo a tu padre; estoi cierta de que en este momento piensa en nosotras.

—Mamá, repuso Susana, es raro lo que decis; tengo el mismo presentimiento.

—Efecto del magnetismo, murmuró Jonathan, riendo de un modo siniestro. ¿Qué decis de esta esperiencia, sabio doctor?

—Dios mio, dijo Jenny levantándose, vos que me habeis dado a Daniel, i que me habeis dicho que le ame, protejedle, os lo pido. Léjos de él, léjos de mis hijos, apartad el peligro i la muerte. Pero ante todo, Señor, que se haga vuestra voluntad, i que vuestro nombre sea bendecido.

—Amen, dijo Susana; amen, dijo Marta, i las tres mujeres se echaron a llorar, miéntras que Zambo se metia en la boca un pañuelo de narices para sufocar sus gritos.

Oh prendas queridas! os abria los brazos, cuando por segunda vez fuí lanzado en el espacio i arrebatado por una fuerza irresistible. En un abrir i cerrar de ojos desapareció la gran ciudad con sus luces vacilantes; despues de la ciudad se desvanecieron los campos, las praderas, los bosques, la tierra; ya no oí mas que el soplo del viento i los jemidos de la ola. Como en el fondo de un abismo, divisaba las ondas que temblaban bajo los pálidos rayos de la luna; me hallaba a diez mil piés sobre el Océano.

—Ahora conversemos, dijo el espantoso brujo, que se cernia encima de mí como un águila que tiene entre las garras una paloma. Doctor Lefebvre, os devuelvo la palabra; me gustaria mucho gozar de vuestra amable conversacion.

—Monstruo, esclamé. ¿Por cuánto tiempo seré tu víctima?

—Mi buen amigo, respondió riéndose burlonamente, no sois bien criado. Tutear a un hombre a quien se ha visto dos veces, es una grosería, i ademas poca cordura; me bastaria abrir los dedos para precipitaros en las olas, i no creo que la jendarmería francesa, a pesar de toda su vijilancia, os fuese aquí de grande utilidad. Sed, pues, complaciente, i divertidme. Estoi cansado, he perdido mucho fluido, me es difícil andar mas de cien leguas por hora; no estarémos en Paris ántes de mañana al amanecer. Nos queda toda una noche que vivir juntos; el tiempo es bueno, el camino agradable, seamos amigos i conversemos.

De qué se puede conversar en las nubes, sino de metafísica.

—Señor Jonathan, dije tomando el tono mas respetuoso, ¿creeis en Dios?

—Dios, esclamó con tono de profesor, i como si repitiese una leccion, Dios es una añeja palabra: es la personalizacion de la idealidad.

—Hablad frances, esclamé.

—Sea, dijo, Dios es la idealizacion de la personalidad.

—Si ese es vuestro frances, señor brujo, habladme en griego por compasion.

—Pues bien, dijo con tono complaciente, Dios es la categoría del ideal, nada mas.

—No comprendo, le dije.

—Es porque no sabeis aleman, respondió. La filosofía es una lengua mística que nos viene de ultra-Rin. He conocido ilustres sabios que la han hablado veinte años sin entenderla palabra, i que no por eso han dejado de ser aplaudidos.

—Esplicadme vuestro sistema, repuse con una dulzura forzada. Sois un grande hombre, un jenio, me gustaria mucho instruirme en vuestra escuela. Tened tambien la bondad de tirarme un poco ménos los cabellos, porque ten-

go sensible la cabeza, i estoi cierto de que Absalon, colgado de su árbol, tenia alguna dificultad para filosofar.

—Soi discípulo de Spinoza, dijo Jonathan, pero he ido mas léjos que mi maestro. No hai en el mundo ni materia ni espíritu, no hai mas que un conjunto de fuerzas organizadas que se diversifican hasta el infinito; la planta, el animal, el hombre, otras tantas formas de esa vida universal, otras tantas burbujas de agua que vienen a deshacerse en la superficie del océano de los seres, i que vuelven al abismo para salir de nuevo. La vida, la muerte son simples fenómenos sin importancia; desaparece el individuo, la especie dura: eso es lo esencial. Poco importa lo que aplasta la rueda, con tal que la rueda siempre dé vuelta. Hé ahí mi sistema, que todo lo acepta.

—I no esplica nada, esclamé. Esas fuerzas, quién las ha creado?

—En qué estais pensando? doctor, respondió el májico. Crear seria turbar el órden universal i fatal de las cosas; jamás hubo creacion. Suponer un principio es suponer una voluntad; lo que desarreglaria todo el sistema.

—Creia, le dije, que los sistemas se acomodaban a los hechos observados?

—Eso está bueno para los físicos, repuso. Nosotros, por el contrario, acomodamos los hechos al sistema; somos filósofos.

—Ello es mui injenioso, dije, pero sacadme de una duda; creia que el hombre no era mui antiguo sobre la tierra.

—Es mi opinion, repuso; hace doce o quince mil años a lo sumo que apareció el hombre; pero esa no es una creacion. La naturaleza....

—¿Qué es la naturaleza, señor Dream?

—Es otro nombre de la fuerza universal.

—¿Qué es la fuerza universal?

—Es otro nombre de la naturaleza.

—Os doi las gracias por esa esplicacion filosófica.

—La naturaleza, repuso, esperimenta en ciertas épocas un acrecentamiento de enerjía, una especie de fiebre, i entónces retoca, i en caso necesario transforma ciertas especies. Así es como el hombre apareció sobre la tierra; segun todas las apariencias, es un mono o un perro dejenerado.

—I la palabra, i la conciencia? esclamé.

—Poca cosa, dijo. Ello depende de una simple modificacion fisiolójica. Un poco mas de finura en la composicion de la larinje ha convertido un grito bestial en un lenguaje articulado. No hai conciencia posible sin un aparato nervioso; por consiguiente, la conciencia es asunto de nervios. Ha bastado una acumulacion de la sustancia gris, un juego de la naturaleza, para producir al señor de la creacion.

—Pobre señor por cierto, si no es mas que el primero i el peor de los animales.

—Nó, dijo Jonathan; porque, gracias a su aparato nervioso, tiene ideas jenerales, i hé ahí lo que constituye al hombre una especie aparte. Es el único animal a quien se divierte i se engaña con palabras. El hombre vé ciertos hechos que se reproducen en série regular, i a los cuales llama verdades; imajina una verdad universal que comprende i sostiene todas las verdades particulares; percibe cosas bellas, i se figura una belleza que es el modelo i el tipo de todas las demas. Hé ahí el ideal que le seduce i le consuela; es lo que la jente sencilla llama Dios.

—Mui bien, le dije, comienzo a entrever lo que es la categoría del ideal. El alma es un espejo que refleja lo que no existe; o, si mas os place, el hombre se vé a sí mismo en ese espejo de aumento, i ante su imájen agrandada se pone de rodillas, cual otro Narciso.

—No está tan mal para ser novicio, dijo el brujo.

—¿Así es que en el universo no hai nada superior al hombre?

—Conclusion lójica, dijo Jonathan.

—Si nunca hubiera habido hombres sobre la tierra, no habria habido idea de Dios, i de consiguiente Dios no existiría.

—Perfectamente, dijo, vais siendo filósofo.

—Nó, por cierto, esclamé; no sé si mi manera de ver dependa de mi estraña posicion, pero me parece que toda esa metafísica está como yo, suspensa en el aire i por un cabello. ¿Qué es esa naturaleza que tiene acrecentamientos de enerjía? Una palabra, para reemplazar al ser supremo que en su bondad crea libremente al hombre i el mundo. ¿Qué es ese cambio de tejidos, esa metamórfosis de aparatos, sino una frase sonora que esplica lo desconocido por medio de lo imposible? ¿Qué es esa fuerza inconsciente e inmoral que produce una criatura dotada de conciencia i de moralidad? Una quimera. A la altura en que me hallo, juzga uno las cosas de otra manera mui diferente, no se paga de vanas palabras; las leyes físicas, es decir un órden intelijente, una creacion constante i contínua, me revelan i me gritan que una voluntad siempre activa i siempre presente sostiene el universo i le impide disolverse. La naturaleza, no la veo en ninguna parte, i siento a Dios por donde quiera.

—Bravo, bravísimo! dijo el májico.

—¿No es entónces vuestro sistema el que esponiais? repuse mui maravillado.

—Ese sistema es mio, dijo, puesto que me lo he robado; pero apénas si creo en él. Ayer, al pasar por Tubinga, adonde habia ido a visitar a un buen amigo, honrado teólogo que está siempre soñando, divisé a un gran metafísico que, a fuerza de escribir, se habia dormido sobre Hegel. Le tomé de un golpe su pipa, sus gafas i su sistema; cuando haya despertado, ya no habrá encontrado mas que sus ojos para ver, i su espíritu para razonar.

—Pobre hombre! esclamé; ¿qué hará con esos instrumentos que jamas le han servido?

—Bah! dijo el brujo, no conoceis a los filósofos alemanes. Son gusanos de seda que viven en los libros; sacan de cualquier librote una hebra con la cual se envuelven en un buen sistema, a prueba de la luz i del ruido. Mi hombre saldrá del paso tejiendo un nuevo capullo. La verdad no es nada, la lójica es todo. Hegel ha muerto, viva Schopenhauer! Siempre hai un rei en aquella dinastía de soñadores.

—Señor, le dije, vuestras chanzas son crueles. No se tiene a un hombre a diez mil piés en el aire para burlarse de él.

—Señor, dijo en tono seco, vuestras preguntas son impertinentes. ¿Cómo osais preguntar a un espiritado si crée en Dios? Nosotros solos sabemos lo que es el alma, nosotros solos tenemos en la mano la prueba de su inmortalidad.

—Qué es, pues, el alma? pregunté con impaciencia.

—Es una fuerza magnética, respondió Jonathan. Esta nómade creada por Dios i dotada de conciencia, se forma a sí misma una envoltura, como el grano de trigo arrojado en la tierra se forma raices, tallo i espiga. Cuando el cuerpo ha envejecido, el alma siempre jóven i siempre activa desecha una envoltura decrépita, i se va a buscar en un mundo mejor una forma nueva para su inmortal enerjía. Mirad aquellos globos que brillan en el espacio: Júpiter, Saturno, Sirio! otras tantas esferas habitadas por espíritus que se elevan. Subir la escala infinita de la creacion, acercarse siempre a Dios sin alcanzarlo jamas, tal es nuestro glorioso destino. La muerte no es mas que el tránsito a una vida mas intensa. Nada se aniquila aquí abajo, nó, ni siquiera un átomo de polvo; ¿cómo entónces se estinguiria la conciencia? Es Dios un artista caprichoso que destruya la obra maestra de su grandeza i de su bondad?

—Señor, esclamé, esas palabras son bellas, i me tocan el corazon; pero la prueba, esa prueba que la humanidad está pidiendo de seis mil años acá, dádmela.

—Nada es mas fácil, repuso Jonathan; volémonos a Sirio, que resplandece allá arriba encima de nuestras cabezas, i veréis una de las estaciones que habitaréis algun dia. No há mucho tiempo, he estado allí a visitar a Washington.

La oferta era capaz de tentar a un curioso, pero el maldito brujo ya me habia jugado una, i me recelaba de su májia. Temiendo las contrariedades de un nuevo viaje, rehusé, en lo que hice mal; era aquella una ocasion que quizá no volverá a presentárseme.

—Llegarémos pronto? pregunté a Jonathan.

—Hé ahí una pregunta poco amable, me dijo. Mirad hácia abajo; no veis en el mar una lucecita? Es el fanal del *Arabia*, que salia de Boston el dia en que os llevé a América; está a medio camino de Europa; son todavía seiscientas leguas las que nos quedan por andar, o sea, seis horas de camino.

Suspiré i dejé de hablar.

—Mi buen amigo, dijo el odioso májico, sois desapacible. Si no os gusta la discusion, si la metafísica os ataca los nervios, elejid algun asunto familiar en que sea fácil estar de acuerdo. Habladme de política.

—Qué pensais de la esclavitud? esclamé; qué pensais de la guerra fratricida que destroza los Estados-Unidos? En este punto no hai mas que una opinion entre los hombres de bien; supongo que detestaréis el despotismo, i que aborreceréis la servidumbre, vos, señor espiritado, que sin duda respetais un alma inmortal, cualquiera que sea la piel que la cubre?

—Hé ahí una cuestion enteramente pacífica; pero es mas delicada de lo que pensais. No son las leyes las que hacen que un hombre mande u obedezca.

—Qué es entónces?

—Es el fluido magnético, respondió con una flema insoportable. Lo que los filósofos llaman voluntad, enerjía,

poder, no es otra cosa que ese fluido, que constituye nuestra alma. Cada cual lo posée en cantidad diversa i desigual. La mujer, por ejemplo, es un ser mas magnético que el hombre; por eso observaréis que en la mayor parte de los matrimonios, por mas que diga el Código, el marido es quien obedece. Los niños, a quienes la lei somete tambien a sus padres, son tiranos domésticos que imponen sus caprichos a toda la casa i convierten a su madre en esclava. Por qué? Porque son mui ricos de magnetismo. Los ancianos, por el contrario, tienen helada la sangre, i carecen ya de influencia sobre los que se les acercan. Los enamorados......

—Piedad, dije bostezando; no hablemos de medicina, hablemos de política.

—Paciencia, dijo Jonathan en tono burlon. Si está probado que los negros tienen ménos fluido que los blancos, está decidida la cuestion, la esclavitud es lejítima.

—Señor, le dije, vuestras paradojas me fatigan.

—Paradojas! esclamó. No perteneceis a vuestra época, doctor Rancio; leed a vuestros grandes historiadores i a vuestros grandes políticos, estudiad la cuestion de las razas, i veréis que hoi la moral no es mas que fisiolojía.

Soi naturalmente mui benigno, lo que reconocen todos, escepto mis amigos íntimos, que, segun costumbre, no ven mas que mis defectos; pero póngase cualquiera en mi lugar, i comprenderá que podia agotárseme la paciencia. Colgado por los cabellos hacia seis horas, arrebatado no sé a dónde, por no sé quién, tenia bastantes contrariedades sin que por añadidura se opinase en política de otra manera que yo.

—Señor, dije secamente a mi enemigo, idos a otra parte con vuestro talento. No puedo rogaros que salgais, pero os declaro que no os escucharé en adelante.

—I cómo os compondreis? repuso con voz de mofa.

—Una palabra mas, esclamé, es un insulto de que me daréis satisfaccion.

—Un duelo en estas alturas serenas, dijo el brujo, seria cosa orijinal; lo pensaré; entretanto vos me escucharéis de grado o por fuerza, os desafío a que abandoneis mi compañía.

—No sabeis, dije apretando los dientes, no sabeis de lo que un frances es capaz.

—Le creo capaz de todas las locuras, respondió Jonathan, escepto de las locuras imposibles.

—Imposible! esclamé, esa palabra no es francesa.

Mas pronto que el relámpago, saqué de mi estuche un par de tijeras, i corté el mechon de cabellos que me ponia en manos de aquel miserable.

Al punto caí, dando vueltas a derecha e izquierda, como una cometa (volantin) que viene al suelo. En el primer momento, entregado todo entero al placer de la libertad reconquistada, no me inquieté por aquella descension rápida; me volvió la reflexion cuando oí el mujido de las olas i el silbido del viento. Era demasiado tarde; la mar se abrió para recibirme en sus abismos, i ménos feliz que Jonás, me hizo rebotar sobre las ondas, jadeante i helado. No perdí los ánimos, me puse a nadar con desesperado ardor. Andar quinientas leguas de aquella manera primitiva, era mucho, pero ¿no podria encontrar algun vapor en aquel gran camino del océano? Miraba a lo léjos, buscando alguna luz, i no viendo mas que noche, cuando el horrible fantasma, pronto a arrebatarme, cayó sobre mí como una golondrina que toma una mosca en la superficie del agua.

—Doctor, me dijo riendo zumbonamente, espero que este baño os haya refrescado la sangre; volvamos a tomar la discusion en el punto que la hemos dejado.

—Antes morir que oir tus detestables sofismas, esclamé, i cerrando el puño, asesté a mi enemigo un golpe tan te-

rrible, que me crujieron todos los huesos de la mano. Exhalé un grito de dolor i......

CAPITULO XXX.

EL MAS CORTO DEL LIBRO I EL MAS INTERESANTE PARA EL LECTOR.

......me desperté en mi cama.

CAPITULO XXXI.

ALGUNOS INCONVENIENTES DE UN VIAJE A AMERICA.

Al salir de aquel peligro, o de aquella pesadilla, no sé cual de los dos, necesité algun tiempo para orientarme. Dónde estaba? En qué pais me habia arrojado mi verdugo? Las cortinas de la cama estaban cerradas, las abrí; la habitacion estaba sombría i muda; habia el silencio i la media luz que rodean a un enfermo. Cuando se me hubo acostumbrado la vista a la oscuridad, miré en torno de mí. Una mesa cubierta de papeles, de libros, de folletos, apilados al acaso; una librería llena de libros a la rústica, empastados, con tapas de carton, los unos de pié, acostados los otros; un rimero de libros viejos que se alzaban del suelo i formaban una pirámide movediza que a cada instante amenazaba desmoronarse: todo estaba en su sitio; aquel era realmente mi gabinete! Me hallaba en Paris, en Francia, i por fin de vuelta de mis caravanas. Lo diré? aquella vuelta al centro de la civilizacion me causó un placer mediocre; le habia tomado aficion a la libertad.

Llamé, entró Jenny sobre las puntas de los piés, i preguntó en voz baja si habia llamado.

—Sin duda, querida amiga, le dije, dadme luz, os lo ruego, esta habitacion es un sepulcro.

Jenny entreabrió las cortinas i llamó a Susana, que suavemente asomó la cabeza por la puerta, i se detuvo para mirarme con ojos inquietos.

—I bien! señorita, le dije alegremente, ¿no abrazais hoi a vuestro padre?

En vez de arrojarse en mis brazos, se acercó con pasos tímidos i me tomó llorando la mano.

—¿Cómo os sentis, papá? murmuró.

—Mui bien, hija mia, salvo la fatiga i la emocion del viaje.

—Ah! dijo Susana.—Ah! dijo Jenny.

Habia en aquel grito un acento tan estraño, que miré alternativamente a mi mujer i a mi hija; sus semblantes estaban demudados.

—Qué teneis pues? les pregunté. Qué he dicho para que os asusteis?

—Amigo mio, dijo Jenny, os lo suplico, guardad silencio, lo ha recomendado el doctor Olybrius.

—Quién es ese doctor Olybrius? No es aquel necio que compuso un gran volúmen sobre *la Cuaresma considerada bajo el punto de vista de la hijiene i de la navegacion?* Qué tengo yo que ver con ese pedante de sacristía?

—Daniel, repuso Jenny con tono seco, el doctor Olybrius es el médico a quien consultan todos. Desde hace ocho dias os ha prestado los cuidados de un cofrade i de un amigo.

—Desde hace ocho dias! grité incorporándome en la cama. Estais soñando, hija mia ¿Cómo me habria asistido vuestro doctor en Paris, cuando estábamos en América?

—Escuchadme, Daniel, dijo mi mujer con voz conmovida, escuchadme sin interrumpirme; en ello está interesada vuestra salud i quizá vuestra vida.

—Ayer mártes hizo ocho dias desde que os recojísteis a casa en un estado deplorable. Habiais consultado a no sé qué charlatan; si he de creer al doctor, aquel hombre os hizo tomar una pocion de opio o de haschisch que debia

mataros. La fuerza de vuestra constitucion, nuestros cuidados tal vez, os han salvado. Habeis pasado toda la semana en un letargo completo, o en un delirio espantoso. Habeis tenido visiones terribles, que mas de una vez nos han hecho temer por vuestro juicio. Hoi os hallais repuesto, lo que había predicho el doctor Olibrius; pero ha agregado que esta mejoría necesitaba de las mayores precauciones ; que, segun todas las apariencias, pasaria algun tiempo ántes de disiparse vuestros sueños i volveros a habituar a la vida real, i que en una crísis semejante el reposo i el silencio eran de absoluta necesidad.

A mi turno miré a mi mujer con espanto. ¿Qué significaba aquella fábula, relatada con tanto aplomo? Yo me hallaba seguro de haber estado en América; ningun cerebro frances habria imajinado jamas lo que yo habia visto; por otra parte, el delirio es incoherente i no deja recuerdos. Pero si Jenny se habia quedado en Francia miéntras yo vivia en el Massachusetts, ¿quién era entónces aquella Jenny americana a quien estrechaba tan tiernamente contra mi corazon? Habria sido bígamo sin sospecharlo? Habia dos Susanas i dos Enriques, el uno en Paris de Francia, el otro en Paris de América? Era yo doble? Tenia una sola alma en dos cuerpos? Qué confusion! qué cáos!

—Maldito Jonathan! murmuré, cargue el diablo contigo i con el espiritismo! Héme aquí en buenos apuros!

La verdad me alumbró repentinamente, me reprendí de haber escuchado a mi mujer, aunque no hubiera sido mas que un instante. ¿No me habia dicho Jonathan que yo solo conservaria la memoria, i que mi familia se volveria yankee de nacimiento? Todo se esplicaba de la manera mas natural; Jenny era juguete de una ilusion. Si alguno soñaba en mi casa, no era yo, sino mi mujer.

Aquella reflexion tan sencilla me devolvió el valor i la dignidad.

—Querida mia, dije a Jenny, no os fieis de las apariencias. Vuestro Olybrius es un necio; jamas he estado yo enfermo. Prueba de ello es que mi pulso no tiene mas de sesenta pulsaciones, que me muero de hambre, i que, con vuestro permiso, voi a levantarme i almorzar.

Por toda respuesta mi mujer se echó a llorar a mares: manera de razonar que Aristóteles cometió la falta de omitir, i que hace mucho papel en la retórica de los matrimonios; un marido halagado está ya medio vencido.

Como niña bien educada, Susana no dejó de secundar a su madre, se me colgó del cuello sollozando:

—Papá! gritó, papacito, no nos hagais padecer; aguardad al doctor.

—Le aguardaré en pié i no en ayunas, respondí; por lo demas, hijas mias, no quiero aflijiros. Soi médico, os do mi palabra de honor de que estoi mui bien; si no os basta con mi aserto, enviad a llamar al vecino Rose; es doctor i mui luego os tranquilizará.

Fué aceptada la transaccion. Llamado inmediatamente, Rose entró con una traza tan desgraciada i tan solemne que me reí en sus barbas.

—Buenos dias, mi antiguo amigo, dije tendiéndole la mano.

—Me favoreceis mucho, señor doctor, respondió sentándose en mi gran poltrona.

—Tened la bondad de tomarme el pulso, i decir a estas señoras si no estoi en perfecta salud.

Me tomó el brazo, contó gravemente las pulsaciones de la arteria, i volviéndose a Jenny con aire asombrado:

—Si me fuera permitido tener una opinion, dijo, me atreveria a decir que este es un pulso que no tiene nada de intermitente. Es regular, i hasta un poco débil, como el de un hombre que no ha comido. La crísis ha pasado, si es que ha habido crísis, lo que no osaria afirmar. Creo, añadió desarrugando la frente, que un pollo frio i algunos va-

sos de vino añejo de Burdeos están indicados naturalmente; prescripcion es esta que, enfermo o no, el señor doctor puede aceptar.

Las dos mujeres salieron para disponer mi almuerzo; Rose, levantándose, se acercó a mí con el dedo en la boca.

—Confesad, doctor, dijo mui bajo, que en adelante no volveréis a jugaros con los opiáceos?

—*Tu quoque?* esclamé. Mi querido señor, el opio no tiene nada que hacer en todo este asunto; he sido magnetizado.

—Vaya, dijo; vos, doctor, un hombre de una pieza, un espíritu despreocupado, ¿creeis en el magnetismo, cuando la Academia de medicina le niega el estado civil?

—Ha sido preciso ceder a la evidencia, respondí suspirando. Aquí teneis una víctima de esa deplorable invencion. He sido trasportado a América.

Rose retrocedió, pálido i desconcertado.

—Sí, repuse, he sido trasportado a América, con la casa i la calle. Allí os ví, señor Rose; erais un patriota, un valiente, un capitan de zuavos.

—Calláos, en nombre del cielo, dijo, calláos; si otro que yo os oyera!

—Dudais de mi palabra? le dije; necesitais pruebas?

– No permita Dios que os dé un desmentido, esclamó el boticario; hemos servido juntos en las filas de la guardia nacional, os tengo por un hombre cumplido, i me desagradaria que os sucediese nada desagradable. Oid, pues, el consejo que me dicta el respeto que os profeso. Sed prudente; sed discreto. Habeis estado en América, sea; vos lo decis, yo lo creo; pero en vuestra casa todos creen lo contrario. Vos sois el único de vuestra opinion. Ahora bien, conoceis el proverbio:

Cuando todos se engañan, todos tienen razon.

Si os obstinais en hablar de ese viaje magnético, temo mu-

cho que algunos incrédulos se venguen a su modo, i os hagan pasar por un hombre que....

Se detuvo, llevóse un dedo a la frente, meneó la cabeza i me miró con aire de lástima.

—Cómo! esclamé, ¿pensais por ventura que tengo trastornado el cerebro?

—Nó, por cierto; sé a qué atenerme, pero quién puede poner coto a imajinaciones demasiado vivas? Vuestra aventura es tan estraordinaria, que seria prudente guardar el secreto para vos solo.

—Señor Rose, respondí, sentaos i conversemos, ya veréis que jamas tuve mas sano el juicio. ¿Cómo están vuestros nueve hijos?

—Mui bien, dijo, os doi las gracias; los teneis a todos colocados, hasta a mi Benjamin.

—Alfredo, no es verdad?

—Sí, dijo sonriendo, un hermoso muchacho de veinte i cuatro años. Es mucha alegría para un padre el haber establecido al fin, i establecido bien a toda su familia.

—Qué hacen todos vuestros hijos? Contadme, vecino; hablad, incrédulo; cercioráos de que tengo el corazon i el espíritu mas jóvenes que a los veinte años.

— El mayor, dijo, es el único que me ha dado que sentir. Era el vivo retrato de su finada madre. Porfiado, ambicioso, siempre con ideas suyas, sin querer ceder a nadie, no me era posible sacar provecho de él. Así es que me ví obligado a ponerlo en la Escuela politécnica, de donde salió uno de los primeros. Podia tener un buen empleo en los tabacos; pero es un caballo desbocado a quien no se puede enfrenar. Fl caballero ha corrido el mundo con invenciones en la faltriquera; hoi es director de una fábrica i pretende que hace fortuna. Quiéralo Dios! pero la industria es un oficio pérfido; hasta que se muere no está uno seguro de haber acertado. Siempre estoi temiendo por ese muchacho.

—Mis otros hijos, educados todos por mis cuidados, no me han dado mas que alegría. Han recibido una educacion literaria, i gracias a protecciones hábilmente empleadas, los he introducido a todos en la administracion. Tengo dos en las aduanas, otros dos en los derechos reunidos; otros dos son ya preceptores, el octavo está en las aguas i bosques; en cuanto a mi Alfredo, le teneis de secretario particular de un prefecto, i en el camino de las grandezas. Antes de dos años, si le consigo algunas recomendaciones, será consejero de prefectura con mil ochocientos francos de sueldo.

—Cómo! esclamé, vos, Rose, un patriota, habeis hecho empleados a vuestros hijos, cuando podiais abrirles una carrera independiente i hacerlos ciudadanos?

—Doctor, respondió el boticario, he seguido el consejo i el ejemplo de los hombres de talento. Si el servicio del Estado no es brillante, es seguro. No tiene uno inquietudes, apénas si se fatiga; si tiene alguna fortunita, juega en la Bolsa, para mejorar su haber; trata de casarse con una mujer que tenga una bonita dote i padres que no sean demasiado jóvenes; vive apaciblemente i envejece a sus anchas, con un buen sueldecito de retiro, en el fondo de alguna ciudad de provincia.

—Esa es la vida de una ostra.

—Las ostras son felices, repuso; que es lo principal. Haceos fabricante, comerciante, armador. Hoi os arruina la revolucion, mañana un gobierno fuerte, que hace la guerra sin advertiros. I los impuestos que aumentan siempre, i las crísis, i la concurrencia! todo está conjurado contra el hombre que trabaja. No se ha hecho para él nuestra sociedad. Loco del que corre semejantes azares, cuando nada es mas fácil que vivir tranquilo i honrado, sirviendo a su pais. La administracion es la Francia. Ladren cuanto quieran los republicanos i los delicados, que yo prefiero que

mis hijos esten entre los que comen, ántes que entre los que son comidos.

—I para conseguirlo habeis tenido que solicitar, que tender la mano.

—Sí, dijo riendo, se han hecho algunas bajezas. Reinas de la mano derecha, reinas de la mano izquierda, a todas he implorado, a todas he lisonjeado, pero he salido bien; que es lo esencial. No abrais los ojos, doctor; he hecho lo que todos, i vos haréis lo que yo. No por eso dejo de ser un patriota, i de estar siempre en la oposicion; soi centro izquierdo, con toda la Francia, i lo tengo a gloria, aquí para los dos; pero cuando está de por medio el porvenir de mis hijos, me meto en el bolsillo unas opiniones que de nada me sirven.

—Para volver a sacarlas cualquier dia de revolucion, ¿no es cierto? le dije con ironía.

—Sin duda, repuso con tono plácido. Una cosa es servir a un gobierno, otra es perderse con él. Una de las grandes ventajas de la administracion es que le son útiles las revoluciones; la cabeza se va, los jóvenes suben; cada quince años hai una crísis, para felicidad del que está en aptitud de aprovechar la ocasion i atrapar el buen número!

—Sois un sabio, señor Rose.

—No soi mas que un hombre de sentido, repuso con orgullosa modestia. Ahí teneis, por ejemplo, a mi Alfredo; ha hecho estudios admirables; se ha sacado el premio de discurso frances en el gran concurso. Si le hubiera hecho caso, le habria dejado ser abogado, hermosa carrera, pero larga, difícil, laboriosa, i que ahora no conduce a nada. Al paso que con su talento, su buena presencia i un poco de maña, no necesita el mozo mas que dos o tres buenas oportunidades para ser sub-prefecto dentro de diez años, dentro de quince prefecto, i tal vez senador.

—Ah, Dios mio! esclamé, no ois el ruido que hai en la calle?

Rose corrió a la ventana.

—No es nada, dijo, es un caballo que ha ido al suelo, i un hombre que ha caido por sobre la cabeza del caballo.

—Estoi perdido: he vuelto a caer en otros quinientos dollars.

—Qué teneis, querido señor? dijo el boticario sobrecojido por mi espanto. Un desconocido que se rompe las piernas en la calle, es cosa que se vé todos los dias; qué os importa? es una de esas desgracias de que a nadie se puede acusar.

—Ello incumbe, a lo ménos, a vuestra administracion, le dije volviendo en mí i pensando que ya no estaba en América.

—La administracion jamas es responsable, repuso Rose en tono chocarrero. Nos cuida por nuestra cuenta i riesgo.

—Hai un inspector.

—Sin duda, dijo, pero el inspector depende del prefecto, que depende del gobierno, que no depende mas que de Dios i de su espada. Como decia mi finado padre, hai tres casos fortuitos, i sin remedio: naufrajio, incendio, acto del príncipe. Contra el naufrajio i el incendio existen hoi los seguros; contra el acto del príncipe nos queda lo que tenian nuestros abuelos: la resignacion.

—No es así, esclamé, como pasan las cosas en......

Rose me miró, yo me mordí los labios i callé.

—Por lo demas, repuso el boticario, mui pronto estaréis libre de ese empedrado detestable, que hace diez años desespera a los cocheros; el mes que viene os espropian.

—Cómo! me espropian?

—No lo sabeis? repuso; el espediente se ha entablado hace ocho dias.

—Me opongo a ello, reclamo.

—Reclamar, con qué fin? dijo con aire paternal. Mi querido vecino, ya conoceis la historia de la olla de barro i de la olla de fierro. No hagais el testarudo, que es inútil, i

a veces nocivo; componéos con la administracion, que os dará por vuestra casa un precio razonable: qué mas quereis?

—No quiero que me arrojen de la casa de mi padre; hai diarios, escribiré.

—Diarios! dijo el boticario. Querria que los suprimiesen todos. Para qué sirven desde hace diez años? En otro tiempo, en el reinado anterior, decian su merecido a los ministros, lo que era divertido; hoi, no sé qué enfermedad les han inoculado, que están mudos como peces. Ya no son mas que carteles. ¿Qué necesidad tengo de pagar cincuenta francos anuales para que me envíen a domicilio el prospecto de todos los negocios averiados, cuyas perfecciones se decantan a cien centavos por renglon? Si fuera gobierno, obligaria a los diarios a decir la verdad; de no ser así, el *Moniteur* me basta, i sobra!

—I sois vos liberal?

—Liberal i fracmason hasta la muerte, dijo, levantando la mano con grotesca seriedad. En cuarenta años, mi *Credo* político no ha cambiado un ápice. ¡Viva nuestra inmortal revolucion i el Imperio que llevó hasta Moscou los gloriosos principios de 89! Abajo los aristócratas i los emigrados! Abajo los jesuitas, que son la causa de todas nuestras miserias! No soi enemigo de la relijion, tan necesaria al pueblo, pero quiero curas patriotas i buenos muchachos. Aborrezco a la pérfida Albion, maldigo al autócrata ruso; quiero que la Francia emancipe a todos los oprimidos: polacos, húngaros, válacos, serbios, griegos, maronitas, italianos i negros. Por lo demas, me gustan la paz i las artes; jamas se protejerá bastante nuestra primera escena nacional, la Comedia francesa, en que he aplaudido a Talma en *Sylla:*

Sin miedo he gobernado i abdico sin temor.

Quiero un gobierno fuerte i patriótico, que dé oidos a

los hombres de bien e imponga silencio a los abogados i a los parlanchines. Quiero un ejército que pueda tenérselas con la Europa, una marina que desafíe a la Inglaterra, canales por dondequiera, caminos de hierro por dondequiera; quiero que el gobierno dé trabajo i pan a todos los obreros. Al mismo tiempo, quiero un corto presupuesto i pocos impuestos. No me gusta que el Estado engorde con el sudor del pueblo. Hé ahí mi símbolo, que es el de todos los buenos franceses.

—I la libertad? le pregunté, no la veo en vuestro programa.

—Os engañais, repuso. ¿No os he dicho que queria un gobierno enérjico, una administracion que destrozase todas las resistencias individuales? El dia en que el Poder, ilustrado acerca de sus verdaderos intereses, nos fuerce a ser libres, tendrémos libertad, i la impondrémos al universo.

—¿Qué entendeis por libertad? le pregunté.

—Vecino, hé ahí una pregunta que prueba cuán sano teneis el juicio. Hai un enjambre de tontos que gritan libertad! libertad! sin ver el lazo que les tienden el fanatismo i la aristocracia. No quiero esas falsas libertades que no son mas que el privilejio de la riqueza i de la supersticion. Patriota, amigo de las luces, no quiero una libertad relijiosa que no seria útil mas que a la jente de manteo. Es preciso, para que el pueblo sea libre, abozalar a los sacerdotes. No quiero una libertad de asociacion que serviria a los capuchinos; no quiero que en nombre de la caridad se corrompa al pobre con limosnas políticas, i que se le dé un pan emponzoñado. No quiero una libertad de educacion que entregaria a los jesuitas nuestros hijos. No quiero una libertad departamental que reconstituiria el federalismo provincial; no quiero una libertad comunal que resuscitaria el despotismo del señor i del cura, i nos convertiria en siervos i villanos. Mas vale la mano del Estado que unos derechos anárquicos de que abusarian los hom-

bres inquietos, los aristócratas, los fanáticos i los gazmoños. Estoi por el pueblo, viva la igualdad!

Miraba con horror a aquel honrado Beocio. ¡ Imajinar, me decia por lo bajo, que ántes de mi viaje a América, me hallaba yo en el mismo grado de imbecilidad! Tambien yo cifraba mi patriotismo en la igualdad de la servidumbre; yo tambien hacia consistir la libertad pública en la destruccion de todas las libertades particulares, como si, despues de tal aniquilamiento, quedase otra cosa que el brutal mecanismo de la administracion. Jonathan! Jonathan! maldito brujo! por qué me habeis vuelto estranjero en mi pais, o por qué no trasportais a América a todos los franceses, por unos ocho dias?

—I bien, vecino, dijo el boticario, sorprendido de mi silencio, qué os parecen mis principios? Soi hombre del siglo? Soi patriota i frances de tomo i lomo? No son esas las doctrinas que siempre habeis defendido?

—Decis verdad, respondí, pero al hacer la enumeracion de todas las libertades a que tenemos miedo, no veo mui claro las que nos queden.

—Bah! me dijo, os estais chanceando. I la libertad de la panadería, ¿por acaso no es nada? I el sufrajio universal, ¿no es todo? En el momento de la votacion es cuando se reconoce a los hombres que nunca adulan al poder. Durante cuarenta años, puedo hacerme justicia en este punto, jamas he votado sino con la oposicion. Pueden romperme, que yo no me doblegaré.

—Entretanto, os dejais espropiar sin decir palabra?

—Hablando francamente, ello me molesta, repuso el boticario. Pero qué quereis, si no soi mas que un individuo. Como ciudadano, desafío a los déspotas; como simple comerciante que paga patente, no iré a ponerme mal con la administracion, a quien necesito todos los dias. Por otra parte, ahí están los principios; el interes privado debe ceder al interes jeneral. Pensad que vuestra casa, si la deja-

sen en pié, sobresaldria dos centímetros a lo ménos de la alineacion jeneral. ¿Quién podria soportar semejante falta de simetría? Nosotros los parisienses nacemos todos con el compás en la vista. No hai transeunte a quien tal enormidad no chocase, i que no se desatase en censuras contra nuestra edilidad.

—Sí, dije, los derechos no son nada, la línea recta es todo.

—Señor, dijo el boticario, no hableis mal de la línea recta, que me dariais mala idea de vuestras luces i de vuestro gusto.

—¿Con que os gusta tanto ese camino mas corto de un punto a otro, que le sacrificariais sin pesar vuestra industria?

—Si me gusta? dijo; escuchadme, vecino, voi a haceros una confidencia que, estoi cierto, celebraréis como ya la han celebrado todos mis amigos.

—Soi todo oidos, como hombre que nada desea mas que convertirse.

—Ya veis, dijo, lo que se está volviendo Paris. Antiguas casas, antiguos recuerdos, todos los restos de un pasado bárbaro caen dia a dia bajo el martillo de los demoledores i son reemplazados por calles rectas i por palacios nacidos ayer. Ello es magnífico; hasta un parisiense se encuentra ya desorientado. Antes de diez años, Paris será una ciudad toda flamante: el teatro, la posada i el café del mundo entero. Pues bien! partiendo de las mismas ideas, he concebido un proyecto mas atrevido i mas bello; coloco en Paris la Francia entera. Se acaba la provincia, ya no hai ni auvernates, ni gascones, ni saboyanos; ni siquiera hai ya franceses; somos todos parisienses.

—La obra es grande, continuó; se pretende fortificar i concentrar la unidad nacional, que deja mucho que desear todavía; pero el medio es de los mas sencillos; prolongo el baluarte de Sebastopol, por un lado, hasta Bayo-

na, por otro hasta Dunquerque; llevo la calle de Rivoli, por un estremo hasta Brest, por otro hasta Niza. Al mismo tiempo, todo lo derribo, para que nada se oponga a la línea recta. Qué perspectiva! Qué horizonte! I no penseis que sea mucho el gasto! Las espropiaciones no costarán caro, i el aumento de valor de los terrenos será enorme, puesto que siempre estarémos en Paris. Todas las ciudades no serán mas que arrabales.

— En medio de la via coloco un ferrocarril; a uno i otro lado hai casas con arquerías para que el caminante de a pié no sufra ni por la lluvia, ni por el fango; pongo teatros de trecho en trecho, i cafés por dondequiera. Paris se convierte así en el paseo del jénero humano. No paro ahí, llamo en mi ayuda a las artes para dar estilo a mis construcciones. En la estremidad de aquel baluarte de doscientas leguas, hácia Bayona, levanto una estátua de ciento veinte piés: la Gloria; en la otra estremidad, hácia Dunquerque: la Victoria. Al fin de la calle de Rivoli, hácia Brest: un grupo de guerreros; por el lado opuesto, hácia Niza, ninfas que ofrecen laureles. Finalmente, en el centro, es decir hácia Bourges, establezco un Walhalla, un Panteon jigantesco. Una columna, o mas bien un promontorio inmenso, formado con cañones superpuestos, elevará hasta las nubes una especie de Minerva con lanza, casco i coraza. Será la Francia, reina de la civilizacion, de las artes i de la paz. Al rededor de la columna dispongo un vasto pórtico coronado de granadas i bombas que estallan; en el interior coloco las estátuas de todas nuestras glorias nacionales: Duguesclin, Dunois, Condé, Turenne, Hoche, Kléber, Massena, Murat, etc.; encima establezco estátuas simbólicas, cada una de las cuales tendrá veinticinco piés de alto. Por un lado, la Guerra protejiendo a la Industria i a las Artes; por el otro, la Conquista llevando al estranjero la Libertad; en el medio, la Fortuna i la Belleza coronando al Valor. Aquello será noble, será gran-

dioso; tendrémos uno de esos monumentos que inmortalizan un siglo i engrandecen el espíritu de veinte jeneraciones. La inmensidad en la uniformidad, qué ideal!

—Los griegos, respondí, hacian, a lo que creo, consistir la belleza en la proporcion i la variedad.

—Los franceses no son griegos, esclamó; somos romanos; nada nos complace tanto como la enormidad i la simetría; lo bello es lo jigantesco.

Suspiré, bajé la cabeza, i no respondí.

—I bien, doctor, nada decis? Qué os parece mi proyecto?

—Me parece, le dije, encojiéndome de hombros, que vengo de un pais en que se ocupan en educar hombres, en vez de remover piedras i levantar monumentos. Los pórticos, las columnas, las estátuas, los arcos de triunfo, forman en el horizonte hermosas perspectivas; pero hai algo mas hermoso, mas grande, algo viviente que derrama en la calle mas angosta no sé qué benéfica luz, i que convierte en palacio el mas sombrío aposento: es la libertad.

—Vamos, repuso en tono de autor irritado, volveis a vuestra tema; veo que mi presencia es indiscreta.

Se levantó, le dejé irse. ¿Qué podia decir a aquel viejo loco? Le oí hablar a mi mujer en el salon; percibí el nombre de Olybrius i estas palabras:—Dáos prisa, que urje. —Qué significaban tales palabras? No me inquieté por ellas, en lo que hice mal. Conviene desconfiar siempre de los tontos.

CAPITULO XXXII.

UNA FAMILIA PARISIENSE.

Por fin me levanté i me vestí, pero no sin echar de ménos mas de una vez mi casita de América. No habia baño en que reposar mis miembros fatigados, no habia fuego en

mi habitacion, no habia agua caliente; aun no han comprendido los franceses que la primera de las libertades domésticas es tener todo a la mano i no tener necesidad de nadie. Me era preciso llamar incesantemente, i a cada campanillazo se presentaba un lacayo solemne i estirado, que me miraba desde lo alto de su corbata blanca i me servia con una majestuosa compasion. ¿Qué te habias hecho, mi pobre Zambo? Tú eras desmañado i ridículo, pero me amabas.

Cuando me hube afeitado, me miré al espejo: tuve gran placer en volver a encontrarme el semblante de antaño. Esto no quiere decir que fuese hermoso, pero me habia acostumbrado a él; nada es tan molesto como buscarse bajo una máscara estraña. En el comedor encontré a mi mujer i a mi hija, que me aguardaban con mal disimulada inquietud. Jenny bordaba un tapiz para parecer ocupada; Susana festoneaba i de tiempo en tiempo me dirijia miradas tristes i asustadas. Me senté a la mesa, i a pesar de todo me desayuné con buen apetito. Ocho dias de emocion i de agua clara me permitian saborear deliciosamente un almuerzo frances i mi vino añejo de Burdeos. Volvia a encontrar la patria; se me volvia a encender el corazon; tenia ideas poéticas, lo que jamas me habia sucedido en el Massachusetts.—Oh patria mia! a quien amo como un enamorado ama a su dama, riñéndola siempre, deseándole todas las bellezas i todas las virtudes; oh mi querida Francia! tienes mas de un defecto de educacion, pero la naturaleza te ha tratado como a niño mimado. Nada equivale a la suavidad de tu cielo, a la riqueza de tus mieses, a la belleza de tus frutos, al calor de tus vinos. Cuando la fiebre de las revoluciones no los vuelve locos, tus hijos son corteses, amables, injeniosos; tus hijas son mas sagaces que sus maridos. ¿Qué te falta entónces para ser la mas dichosa i la mas noble nacion del mundo? nada mas que esa libertad de que te burlas i que no conoces!

—En qué piensas, Susana mia? dije a mi hija, cuyo silencio me tomaba de nuevo. Por lo comun gorjeaba como una avecilla.

—No pienso en nada, padre mio.

—De veras? mi dedo meñique me está diciendo que la señorita se afana por causa de su mas antiguo amigo.

—No digo que nó, padre mio.

—Vamos! criatura, es preciso desechar esos malos pensamientos. Me siento tan bien, que no me ocupo mas que en tu dicha. Apropósito, hija mia, cuándo te casas?

Jenny se levantó como empujada por un resorte. Susana se puso colorada hasta lo blanco de los ojos.

—A un lado niñerías! esclamé. Vas a cumplir veinte años, Susanilla; no eres de esas tontuelas que, al nombre de marido, se ponen bizcas mirándose la punta de la nariz. Si ha hablado tu corazon, dímelo; tengo plena confianza en tí, amiga mia; adopto de antemano al yerno que me hayas escojido.

—Susana, dijo mi mujer con voz conmovida, id a mi cuarto a buscarme lana para mi labor.

Así diciendo, hizo a mi hija una señal de intelijencia que, traducida en buen frances, queria decir: "Déjanos."

Apénas salió Susana, Jenny estalló.

—Daniel, dijo, sois cruel. Qué os ha hecho esa niña?

—Cómo! no puedo preguntar a mi hija si ama?

—Mi hija, repuso Jenny, no ama a nadie, señor. Es una mujer honrada que hará lo que hizo su madre; aguardará al dia de su matrimonio para amar al esposo que sus padres le hayan escojido.

—El dia de su matrimonio, esclamé? Es un poco tarde. Si el amor no entra la primera noche, encontrará cerrada la puerta al dia siguiente. Dejar la felicidad a eleccion de los padres es peligroso. Una niña se casa para sí, no para su madre. El deber es una buena cosa, pero no se

reemplaza por él aquella primera i santa ternura de un corazon que se entrega libremente.

—No sé de dónde sacais vuestras doctrinas, dijo Jenny en tono seco; deberiais respetar vuestra casa lo bastante para no traer a ella tan tristes paradojas.

—Pero, amiga mia, en todos los paises del mundo las niñas escojen a sus maridos. Ahí está la América.

—Somos acaso Iroqueses? interrumpió mi mujer.

—Ahí está la Inglaterra, la Alemania, la España misma, en que cada una se casa con el que ama; i no veo que los matrimonios sean allí ménos felices que en Paris.

—No teneis sentido comun, Daniel.

—Quiere decir, señora, que hai uno de los dos que está cegado por la preocupacion i que razona a tuertas.

—Sí, señor, con la diferencia de que vos sois el único de vuestro parecer, i que en Francia todos piensan como yo.

—Ah! murmuré, hé ahí a mi tirano, el señor *todos*, a quien vuelvo a encontrar en casa. ¡Cuánto mas valia mi mujer en América!

Discutir era inútil, disputar me es odioso; apelé a un remedio que no tenia Sócrates; encendí mi pipa, i me puse a soñar.

La paz no duró mucho tiempo. Enrique entró en la habitacion i llegó a abrazarme tímidamente. Miré a mi hijo; me costó algun trabajo reconocerle. Ya no era mi atrevido voluntario siempre dispuesto a partir para la India o para la guerra, era un bello jovencito con cara de muñeca. Tenia una raya en medio de la cabeza, como mujer; con mas una camisa bordada, un cuello recto, una cinta escocesa que le servia de corbata; parecia una niña con paletó; toda su persona tenia un no sé qué de gracioso, de delicado e indolente.

—De dónde vienes, querido mio? le dijo su madre.

—De casa de mi peluquero, mamá.

Su peluquero! Mi hijo tenia necesidad de peluquero! le contemplé como una curiosidad.

—¿Has estado por la mañana en el picadero? continuó Jenny.

—Sí, mamá, i en la sala de armas.

—Mui bien, dije, me gustan esos varoniles ejercicios. Conviene que un mozo monte a caballo, nade, se ejercite en el pujilato, tire la espada i la pistola; conviene que el hombre civilizado combata sin cesar la molicie de una vida que le enerva; pero, mi querido Enrique, eso no es todo, conviene tambien tomar un estado. Tienes diez i seis años; eres un hombre. Qué vas a hacer?

—Pobrecito! esclamó Jenny, dejadle gozar de sus alegres años; aun no es siquiera bachiller.

—Pues bien! que se haga bachiller.

—Tengo tiempo, papá, dijo Enrique bostezando. El año que viene me pagarás un pasante.

—Con qué fin? le pregunté.

—Todos pagan pasantes, dijo Jenny encojiéndose de hombros. Ahí está el hijo de M. Petit, el banquero. No sabia nada, era un idiota. En tres meses, un hombre del oficio le ha embutido en la cabeza una enciclopedia entera; ha sido el asombro de sus examinadores mismos.

—I tres meses despues era tan ignbrante como el primer dia.

—Qué importa? dijo Jenny, era bachiller, título que lleva a todas partes.

—Sé, pues, bachiller, hijo mio, i no esperes al año que viene; quiero que a los diez i siete años tengas una profesion.

—Es preciso que estudie primero el derecho! dijo mi mujer.

—Sí, tres años para pasearse en el Bosque i en otros lugares, salvo una enfermedad crónica que se llama el exámen. ¡Tres años, los mejores de la vida, neciamente perdidos

en la ociosidad o en tristes placeres! No quiero tal cosa. Que Enrique tenga desde luego un estado, i despues, que estudie sériamente el derecho. Habla, hijo mio, ¿qué profesion elijes?

—La que querais, papá, respondió abrazando a su madre. Jenny le sonreia i parecia decirle: "Paciencia, hijo mio, tu padre no tiene sentido comun."

—¿No te sientes con ninguna aficion, con ninguna vocacion? pregunté a Enrique.

—Nó, papá, lo dejo a vuestra eleccion. Con tal que me quede en Paris, que monte a caballo, i que me divierta con mis amigos, lo demas me es indiferente.

—Pobre chico, cuánto nos ama! dijo Jenny alisándole los cabellos.

—Divertirte, esclamé, quién te ha enseñado semejantes principios? Amigo mio, no venimos al mundo para divertirnos. El trabajo es el mandato de Dios, el freno de nuestras pasiones, la gloria i la felicidad de la vida. En América, no hai un solo hombre de tu edad que no se valga ya a sí mismo, i no tenga el sentimiento de su deber i de su dignidad.

—Daniel, dijo Jenny con visible impaciencia, ¿por qué atormentar así a este niño que solo pretende complaceros? Aguardad un poco; hará lo que hacen todos.

—Es decir que no hará nada.

—Tendrá un empleo.

—Lo que yo decia, repuse indignado por aquella flaqueza maternal. Un empleo, hé ahí la palabra con que se llenan la boca, mi hijo será empleado!

—Todos lo son en el dia, dijo mi mujer. Señaladme un hijo de familia que haga otra cosa! Por qué singularizarse?

—Cómo! dije a Enrique, ¿no prefeririais ser el artífice de tu fortuna, i no deber tu posicion mas que a tu trabajo i a tu talento? Por ventura no vale nada la independencia?

No quieres ser abogado, médico, fabricante, comerciante?

—¿Por qué no le proponeis que sea lonjista? dijo Jenny con un desprecio que me hirió.

—Mui bien, señora! Pesar azúcar por cuenta propia es vergonzoso; pero cerrar cartas i ensartar finiquitos por cuenta del Gobierno, es noble i glorioso! I para conseguirlo, es preciso suplicar, solicitar, renegar de sus opiniones, adular a personas a quienes no se daria la mano.

—Todos hacen lo mismo, dijo Jenny. ¿Os creeis mas discreto o mas virtuoso que todo el mundo?

—Oh preocupacion! preocupacion! esclamé. Pablo-Luis, tienes razon: somos un pueblo de criados!

Estaba furioso, me paseaba por la habitacion a largos pasos, golpeaba con el puño en la mesa; Enrique bajaba la cabeza i callaba, Jenny, pálida i con los labios apretados, me seguia con la vista.

—Daniel, dijo, acabemos, os lo pido, esta escena ridícula; os olvidais de que sois incapaz de sufrir semejantes emociones. Cuando esteis a sangre fria, espero que oiréis razon. En este momento, ya no sabeis lo que decis.

—Señora, le dije, me parece que en presencia de mi hijo tales palabras son intempestivas; faltais al respeto que me debeis.

—Amigo mio, dijo, estais enfermo.

—Basta! esclamé; esa compasion es de lo mas impropio. Os enseñaré lo que es el jefe de una familia. Apesar de vuestras preocupaciones i de vuestras desesperaciones, obligaré a mi hija a contraer un matrimonio por inclinacion, obligaré a mi hijo a elejir un estado de su gusto, i un estado independiente.

—Daniel, estais loco, dijo Jenny juntando las manos.

—Estoi en mis sentidos, señora, i os enseñaré que soi señor en mi casa.

—Está loco, gritó mi mujer deshaciendose en lágrimas; i se echó al cuello de Enrique, que se puso a llorar.

En aquel momento se abrió de par en par la puerta, i una voz anunció al señor doctor Olybrius.

CAPITULO XXXIII.

EL DOCTOR OLYBRIUS.

Entró, todavia lo veo. Una frente calva, con mechones de cabellos bermejos que flotaban a derecha e izquierda, anteojos de oro, una sonrisa de beatitud, una triple barba perdida en las profundidades de una ancha corbata, un fraque verde con una cinta llena de los colores del arco íris, todo anunciaba al necio afortunado. Detras de él venian, como dos alguaciles, el abogado Reynard, que con sus ojos de garduña parecia siempre estar buscando un agujero en que meterse, i el gordo coronel Saint-Jean, apoyado en su muleta, i arrastrando su vientre i su gota. ¿Qué tenia que hacer conmigo aquel cortejo grotesco? Aí! iba a saberlo a mis espensas.

—Buenos dias, hermosa señora, dijo Olybrius tomándole a mi mujer la mano i poniendo en ella los labios; ¿estais algo repuesta de vuestras fatigas i emociones? Cuidaos; el corazon es el órgano débil en las mujeres; no os dejeis asesinar por vuestra sensibilidad.

—Buenos dias, doctor, volvió a decir en tono desenvuelto tendiéndome una mano que no osé rechazar; celebro mucho encontraros en pié. Tampoco me presento como médico, sino como amigo. Se lo he dicho a estos señores, que venian como vecinos a saber de vos, i que no se atrevian a entrar conmigo.

—Buenos dias, señor Lefebvre, dijo el coronel. Pardiez! con que hemos estado enfermos? Pero hai buen tronco; tengo mucho gusto de veros, pardiez!

Reynard no echó votos, pero en el tono mas melífluo me

hizo un cumplimiento tan ambíguo, que me sentí lastimado sin saber por qué.

—Cómo seguís? me dijo Olybrius.

—Mui bien, contesté.

—Tanto peor, dijo, eso no es natural; es prueba de que el veneno no se ha agotado todavía. Despues de ocho dias de devastaciones causadas por el opio, debiérais estar medio muerto, sin pulso i sin voz.

—Es de fierro, dijo el coronel. Pardiez! bueno para carabinero.

—Querido cofrade, dije a Olybrius, os ha engañado vuestro diagnóstico. Mi caso es tan estraordinario, que puesto en vuestro lugar cualquiera otro sabio la habria errado del mismo modo. Yo no he sido envenenado por el opio; he sido magnetizado i trasportado a América, de donde volví anoche.

—Cáspita! gritó el coronel, la cosa es gorda; he mandado un rejimiento de gascones que no tenian parejas para la *broma* i la guerra; pero os doi a vos la palma!

—Querido cofrade, dijo Olybrius con voz agridulce, siempre sé yo lo que digo. Ahí están los hechos; nada es tan brutal como un hecho. Que os imajineis haber estado en América, apénas si me asombra, pues es efecto del opio; pero yo, que os he asistido durante ocho dias i ocho noches, os afirmo que habeis estado en carne i hueso en vuestra cama, i que no habeis salido de Paris.

—Señor, respondí, vengo de un pais en que la verdad reina sin rival. Allí he cobrado horror a las mentiras oficiosas u oficiales; creed lo que os plazca, que yo no puedo decir mas que una cosa: en carne o en espíritu, no sé de qué manera, he pasado ocho dias en América.

—Efecto del opio, dijo Olybrius sacando su caja de rapé i saboreando una narigada de polvos. No está libre el cerebro, la ilusion persiste. Mi querido señor, es preciso combatir el mal con vuestra razon, pues de otro modo los

lóbulos cerebrales vendrian a ser el teatro de un desórden grave i persistente. En semejante caso, bien lo sabeis, el primer remedio es desechar una idea fija, i creer las cosas bajo la palabra del médico. Vos no ha-beis es-ta-do en A-mér-i-ca, agregó, escandiendo cada una de sus palabras con tono imperioso.

—Señor, le dije, me permitiréis que conserve mi opinion.

—Daniel, esclamó mi mujer desolada, ¡en nombre del cielo no insistais, que os perdeis!

—Buen Dios! querida amiga, con qué voz me lo decis! Me parece que oyera a la pobre Rachel en el papel de ***Roxane***:

> Ecoutez Bajazet! je sens que je vous aime,
> Vous vous perdez; gardez de me laisser sortir. (1)

Por toda respuesta Jenny levantó al cielo los brazos, i tomando por la mano a Enrique, huyó de la habitacion ocultándose la cabeza en el pañuelo de narices.

—Pardiez! dijo el coronel, aflijis a vuestra mujer. Qué diablos! bien se puede mentir para agradar a las damas. No sois entónces frances! Pardiez!

—Querido vecino, dijo el abogado, hablando a media voz, como si empezase un alegato, razonemos. Si habeis estado en América, habreis visto aquel pais detenidamente, le conoceréis a fondo; si habeis soñado, no tendréis en el particular mas que ideas incompletas, confusas, i para decirlo todo de una vez, quiméricas. Permitidme que os dirija algunas preguntas que os volverán a la vida real, i que os permitirán convenceros por vos mismo de la falsedad o de la verdad de vuestras impresiones.

—Hablad, señor, ya os escucho.

---

(1) *Dad oidos a Bayaceto! conozco que os amo, os perdeis; guardaos de dejarme salir.*

—Durante vuestra residencia en América, habeis visto a los hombres tirarse de pistoletazos en la calle? Han ahorcado dos o tres personas diariamente en virtud de aquella lei del farol, de aquella *Linch law,* para la cual nos han tomado los americanos el nombre i talvez la idea?

—Señor, contesté, dejad a los diarios semejantes patrañas. Los americanos son cien veces mas apacibles i mas civilizados que nosotros. El duelo mismo es desconocido entre ellos.

—Pardiez! gritó el coronel, la cosa es demasiado gorda. Un pais en que los hombres no se baten, dónde puede existir! No hai entónces en aquel convento mas que relijiosas del Sagrado-Corazon?

—Efecto del opio! dijo Olybrius; se vé todo hermoso.

—Feo querréis decir, repuso el coronel. Pardiez! si estuviese en aquel aduar los abofetearia a todos para ver si tienen sangre en las venas.

—¿Hai gobierno en América, dijo el abogado, o por lo ménos habeis encontrado por casualidad algunos rastros?

—Señor, dije, hai el mas hermoso de los gobiernos: el que administra ménos; el que deja a los ciudadanos mas libertad para gobernarse por sí mismos.

—Efecto del opio! repuso Olybrius. ¿Quién no sabe que la América es pura anarquía?

—Señor, dije impacientado, tomaos el trabajo de ir a los Estados-Unidos, i encontraréis allí un gobierno central, treinta i cuatro Estados particulares, treinta i cinco senados i treinta i cinco cámaras de representantes. No es de suponer que sean salvajes los que han imajinado semejantes combinaciones.

—Pardiez! dijo el coronel, treinta i cinco madrigueras de abogados i de charlatanes! Si fuesen posibles semejantes locuras, haria viaje espresamente para hacer saltar las treinta i cinco camadas! Al hombro armas, apunten, fuego, i todos los pájaros echan a volar; entónces, pardiez! se tiene un gobierno que no refunfuña.

—Hai ministerios? continuó el abogado con su vòz ménos aguda.

—Sin duda.

—Un ministerio de los cultos, por ejemplo?

—Nó, las Iglesias son sociedades independientes. Cada cual puede abrir un templo sin tener que temer nada sino de la lei.

—Es imposible, dijo el abogado. Tanto valdria entregar la sociedad a los sacerdotes, a todos los odios de relijion. Habria todos los dias una San Bartolomé.

—Señor, respondí, ello es quizá imposible, pero existe; i agrego que en ningun pais hai mas tolerancia ni mas caridad.

—Efecto del opio! dijo Olybrius.

—I no solamente la Iglesia es libre, continué animándome, sino que la escuela, el hospicio lo son igualmente. Todos pueden enseñar, todos pueden aliviar la miseria sin tener necesidad de tender la mano al gobierno, i de dirijirse a la policía como si se tratase de abrir un lugar prohibido.

—Es un sueño, dijo el abogado, es materialmente imposible.

—Efecto del opio! dijo Olybrius.

—Doctor Olybrius, esclamé, si alguien tiene en este momento una idea fija, me parece que no soi yo.

—Yo no tengo idea, doctor Daniel, repuso, i apelo al testimonio de estos honorables señores; me basta con hacer constar que hasta ahora no habeis dicho una palabra que tenga sentido comun.

—¿Hai Consejo de Estado en América? repuso el abogado, que tenia toda la tenacidad de un juez instructor.

—Nó, señor, la justicia basta para todo, la administracion le está sometida.

—Qué quimera! dijo Reynard; un pueblo no viviria seis meses sin la admirable separacion de poderes que for-

ma la gloria de nuestra inmortal Constituyente. Suponed que la salud del Estado exija que os arresten sin forma de proceso, ¿qué harian entónces en vuestro pais de Hurones?

—Lo que harian? respondí. El procedimiento está marcado; se citaria al audaz que se sobrepone a las leyes, se le haria condenar a unos cien mil francos de daños i perjuicios.

—Pensais lo que decis? para qué servirian entónces los prefectos? seria un oficio perdido.

—Los prefectos, repuse, si no los hai.

—No hai prefectos, esclamó riéndose; no hai prefectos? Qué queréis que hagan así los ciudadanos, cuando no se obra por ellos?

—Dios mio, repuse, desempeñarán por sí mismos sus propios negocios. ¿No habiais caido en ello, señor hombre de Estado?

—Nó, dijo secamente, no caigo sino en lo que es posible. ¿Quién dirije por allá el espíritu público i enseña a pensar a los ciudadanos?

—Por cierto que nadie.

—¿Con que no hai una direccion de la prensa?

—Nó, señor. En aquel pais de Hurones, como vos le llamais, todos dicen e imprimen lo que quieren, bajo la única garantía de la justicia i de las leyes. Los diarios se consideran como un beneficio. Se les favorece, se les multiplica a diestra i siniestra. No hai fianza, no hai timbre, nada que impida a la luz difundirse, nada que moleste a la libertad.

—Cáspita! dijo el coronel; hé ahí un pais en que la jendarmería ha de tener bastante que hacer.

—No hai jendarmes, señor coronel.

—No hai jendarmes! esclamó. Pardiez! me basta con eso, no pido mas. Si no sois loco de atar, vecino, propongo que Charenton sea demolido. Jamas los ví de vuestro

calibre; no hai jendarmes! Por qué no decir de una vez: no hai ejército, no hai infantería, no hai caballería, no hai artillería, no hai jenerales, no hai coroneles, no hai capitatanes; una sociedad de paisanos o de Iroqueses, tal como nunca vió el mundo!

—Coronel, le dije, por espacio de setenta años la América no ha tenido ejército; que vengan la paz i el restablecimiento de la Union, i volverá a pasar sin él. Como vos decis, es una sociedad de paisanos.

—Basta, jóven, dijo frunciendo el ceño. Respetad mis bigotes blancos. Soi buen muchacho, pardiez! pero he atravesado de una estocada a muchos que no me *embromaban* la mitad de lo que vos me estais *embromando* hace un cuarto de hora.

—Efecto del opio, dijo Olybrius. Cómo podria vivirse sin jendarmes i sin ejército? Podrian entónces a cualquier hora del dia reunirse en la calle, o en otra parte, hablar de política, criticar al gobierno, salir armados, i quién sabe qué mas?

—En realidad, señor, repuse, todo eso se hace, i no por eso se turba la paz. Los ciudadanos libres i habituados a la libertad saben conducirse por sí mismos. En caso necesario, existe la lei; basta con un oficial de policía i con un juez para que el órden sea mantenido o vengado.

—Es bastante, dijo Reynard, lanzando una mirada a Olybrius. Doctor, estoi convencido.

—I la medicina, dijo el solemne imbécil, revolviendo entre los dedos la caja de rapé, ¿cómo se ejerce en vuestra tierra de pipiripao?

—Es, respondí, una de las cosas que me han llamado mas la atencion; las mujeres practican allí la medicina, i con buen resultado.

—Cáspita! dijo el coronel, no haber tenido un cirujano con faldas cuando estuve tres meses de espaldas en Constantina, con una bala en la pantorrilla! Habria dado todos

los médicos (*médecins*) por una médica (*médecine*, que significa *medicina*). Es un retruécano, pero es bueno, pardiez!

—I, agregué, no es la única profesion que ejercen las mujeres; se han apoderado de la enseñanza; son ellas las que educan a la jóven América.

—Así se formarán lindos militares! dijo el coronel. Hé ahí una escuela en que debe de aprenderse a dar de puñadas, primer aprendizaje de la guerra i de la civilizacion! ¿Qué es lo que sale de aquellas tiendas? Minutas i percalas.

—Salen setecientos mil voluntarios que se baten como héroes.

—Pardiez! dijo el coronel, no me reciteis el diario. Hace dos años que mi gaceta me habla todas las mañanas de esos famosos conscritos que corren el uno en pos del otro sin atraparse jamas. Ah! si yo estuviese allí, nada mas que con mi décimo cuarto lijero, cómo daria sobre cualquiera de los dos indiferentemente, segun el deseo del gobierno! La América me tiene ya cansado; quiero que se ponga la revolucion en otro pais, para variar un poco i divertirme.

—Coronel, no supongo que defendais la esclavitud?

—Me rio lindamente de vuestros negrillos. Pero a vuestros americanos, los execro! Son un hato de bribones i de demócratas que están dando a la Europa el peor ejemplo i manchando la civilizacion. Por eso deseo que el Norte se trague al Sur, i que se ahogue al tragárselo. Hé ahí, mi política, i no soi yo el único que así piensa, pardiez!

—Señor, me dijo Olybrius levantándose con majestad, permitidme resumir en algunas palabras nuestra conversacion. Las respuestas de estos señores, vuestros amigos, vuestros vecinos, respuestas llenas de sentido i de verdad, han debido convenceros de que vuestro cerebro no está en un estado normal. Una sociedad sin administracion, sin ejército, sin jendarmes, con la libertad salvaje de orar, de

pensar, de hablar, de obrar cada cual a su modo, convendréis en que es una de esas abominables pesadillas que solo el opio puede producir Vuestro sistema no duraria un cuarto de hora; es la negacion de todos los principios i de todas las condiciones de esa civilizacion que constituye la unidad de nuestra gran nacion. Estableciendo una administracion jerárquica i centralizada, hace mucho tiempo que la cordura de nuestros padres elevó la Francia al primer rango, i enseñó a los franceses que la libertad es la obediencia. Tal es nuestra gloria i nuestra fuerza; no lo olvideis, querido cofrade, i volved en vos. Esas ideas anárquicas que turban vuestro cerebro, i que jamas entraron en una cabeza francesa, os dicen bien claro que estais enfermo, i tanto mas enfermo cuanto que no lo conoceis. Es urjente curaros; digo mas: solo un tratamiento enérjico puede devolveros la posesion de vos mismo i la calma que habeis perdido.

—¿Por qué no decis de una vez que estoi loco i que es preciso encerrarme?

Olybrius suspiró, tomó rapé entre el índice i el pulgar, lo aspiró lentamente, i me miró con aire contrito.

—Pobre amigo, dijo, estais gravemente atacado; pero yo os curaré, yo os salvaré a pesar vuestro.

Sentia rebosar la cólera en mi corazon, me costaba trabajo contenerme.

—Señor, le dije, concluyamos esta comedia; hace mucho tiempo que dura, estoi cansado.

Olybrius se puso colorado hasta las orejas.

—Señor, dijo ahuecando la voz, tomais la cosa de una manera singular.

—No os enfadeis, querido doctor, que vais a acarrearos un ataque de apoplejía.

—Doctor Daniel, dijo apretando los dientes, no soporto impertinencias. ¿Sabeis a quién estais hablando, caballerito?

—Sí, gordo caballero, a un necio.

—Señor, dijo, no olvideis que teneis delante a un hombre a quien han condecorado todos los soberanos de Europa.

—Veamos! esclamé. Se manda encuadernar en tafilete encarnado un volúmen de simplezas, i se deposita en la embajada, con lo cual se recibe el nombramiento de comendador o caballero del Hipopótamo o del Cóndor. Las cruces! son una limosna que los príncipes arrojan a los mendigos de la literatura.

—¿Sabeis, señor, repuso Olybrius echando espuma de rabia, sabeis que a los treinta i dos años fuí nombrado miembro de la Academia de medicina, por unanimidad?

—Pardiez, repuse, tengo mas razon de lo que pensaba. Si hubiérais tenido talento, hubiérais tenido enemigos; os habrian dejado afuera hasta los cincuenta años; i no habriais sido recibido sino por un voto de mayoría. Los necios no ofuscan a nadie, por eso entran a la Academia como a su casa.

Me habia propasado, i lo sentia. El coronel se reia a mas i mejor, pero Reynard me miraba de un modo estraño, i Olybrius se sufocaba. Ví llegar el momento en que, cambiados los papeles, era el enfermo quien iba a sangrar al médico. El abogado tenia indudablemente algun talisman en el gaznate; dos palabras vertidas en el oido de Olybrius devolvieron a mi imbécil toda su serenidad. Una sonrisa diabólica iluminó los pliegues de su semblante. Se acercó al coronel, le golpeó el hombro i le llevó a un rincon, siempre seguido de Reynard, su fiel consejero.

Aquella manera de proceder, aquel conciliábulo celebrado en mi casa i sin mi participacion, me pareció estraño. Me paseaba a largos pasos, próximo a estallar, cuando Olybrius salió sin saludarme. Reynard, por el contrario, me hizo una profunda cortesía. El coronel se me acercó con semblante alegre. Le brillaban los ojos.

—Sabeis, dijo frotándose las manos, que habeis puesto de oro i azul al amigo?

—Me he portado mal, contesté.

—No digo tal, repuso Saint-Jean; me habeis dado un sensible placer, pardiez! Detesto a esos paisanos que se hacen cubrir de condecoraciones sin haber arriesgado nunca mas que el pellejo del prójimo; pero, aquí para los dos, nuestro hombre no está contento. Es natural, ¿no es verdad? Dice que le habeis insultado; exije que le deis escusas.

—Yó? esclamé.

—Perded cuidado, dijo el coronel, le he hablado claro; es razonable; he arreglado el asunto.

—Mui bien.

—Os batis.

—Nos batimos? dije mui asombrado. I cuándo?

—Ahora mismo. *Sobre caliente*, como se decia en el rejimiento. Nada es tan peligroso como dejar enfriarse estas cosas. Por haber esperado veinte i cuatro horas, he perdido diez ocasiones. Mi carruaje está abajo; podemos partir; tengo pistolas excelentes, que os gustarán mucho. A treinta pasos le he llevado la oreja a un caballerito que me miraba atravesado, a pretesto de que era bizco. Vamos, compañero, los momentos son contados. En marcha, voto a sanes!

—Soi con vos en un instante, respondí.

—¿Vais a abrazar a vuestra mujer i a vuestros hijos? Mal sistema! viene la emocion, la mano tiembla. Dejad trájicos adioses; bebed un vaso de Madera i fumad dos cigarros; eso es lo que realza el moral i da nervio al antebrazo.

No tenia necesidad alguna de realzar mi valor; la cólera me arrebataba. Entré en el salon; Jenny, pálida i muda, estaba allí con sus hijos agrupados a su alrededor; habian oido todo.

—Partis con el doctor? me dijo Jenny con voz moribunda.

—Sí, querida amiga; es probable que me ausente por algunos dias.

—Volveréis en breve, dijo; en seguida se detuvo como asustada.

—Sí, respondí, volveré en breve, si Dios lo permite. Dejadme abrazaros a todos ántes de partir.

—Adios, mi querido Enrique, acuérdate de mis consejos. No se ha hecho nada para darte voluntad, lo que es una gran desgracia; las pasiones toman en nuestra alma el lugar que la voluntad no ocupa. Lábrate, pues, convicciones razonadas i un carácter enérjico, que es el medio de llegar a ser hombre. Escoje un estado independiente; no esperes la fortuna sino de tí mismo. No dobles la cabeza delante de nadie, no tengas nunca por que avergonzarte delante de Dios, i no te afanes por lo futuro. La felicidad no está en las cosas de la tierra, sino en la alegría de una buena conciencia. La verdadera grandeza es la de un hombre de bien que se ha elevado por medio del trabajo i de la virtud. Adios, sé cristiano i ciudadano; recuerda que para vencer el egoismo que nos devora, hai dos fuerzas invencibles: el amor a Dios i el amor a la libertad.

—Adios, Susana mia, escójete por tí misma un marido. No atiendas ni a la posicion ni al dinero; atiende al corazon, que es donde está la única riqueza que nada tiene que temer del tiempo ni de la fortuna. Elije sobre todo un hombre a quien estimes i que piense como tú; muéstrate orgullosa del padre de tus hijos. El amor se va, la confianza i el respeto quedan en el hogar, i a medida que se envejece, llegan a ser algo mas dulce i mas santo que el amor. Cuando tengas hijos, deja que se dilaten sus almas; no les enseñes la cruel cordura de esta sociedad que reduce todo al interes; déjales soñar como su abuelo, aunque como él tengan que sufrir. Los mas desgraciados de este mundo no son los que lloran.

—Adios, mi querida Jenny, perdonadme si os he ofen-

dido, i permitid que os dé un consejo mas. Vosotras las francesas teneis demasiado injenio i sagacidad; es menester mas sencillez para ser feliz. Por qué salir siempre? el mundo no puede ofreceros mas que ajitacion i tedio. Recordad lo que dijo San Pablo: "El hombre no ha sido criado para la mujer, sino que la mujer ha sido criada para el hombre." Desposáos con vuestro hogar, cifrad vuestro gusto en llenar la voluntad de un marido, sed la reina de esta colmena en que Dios os ha colocado: aquí es donde está esa felicidad que vais a buscar tan léjos, i que os aguarda en vano en una casa desierta. Ah! Jenny mia, no encontrarnos en América, donde estaban el amor i la felicidad!

Mi mujer se hallaba mui ajitada; estaba llorando, pero a aquellas últimas palabras se retiró de mis brazos, i se estremeció cuando la abracé. Enrique recibió mis caricias con aire frio i embarazado; sola Susana se me colgó del cuello i me inundó con sus lágrimas.

Una vez mas los estreché a todos contra mi seno, i partí para no volver. Bajar la escalera i subir al carruaje, en que me aguardaba el coronel con sus pistolas, fué negocio de un instante. Pregunté a Saint-Jean a dónde íbamos.

—No sé absolutamente, dijo; vamos siguiedo el carruaje de Olybrius; me parece que nos lleva a Saint-Mandé, a algun jardin particular. Desde que han desfigurado a Vincennes i el bosque de Bolonia para convertirlos en parques ingleses, ya no hai placer. A ver si vais a batiros en una avenida llena de vueltas; si ahuyentais a toda esa jente que os sigue el rastro para raspar la huella de vuestras pisadas. Nos hace falta en Paris un palenque; ¡es una vergüenza para el viejo honor frances, voto a sanes!

El coronel era monótono i se repetia mucho; me apresuré a ofrecerle un cigarro, que le tapó la boca, i sepultándome en un rincon del carruaje, seguí la moda francesa, que pretende que se reflexione cuando ya no es tiempo. A

mi edad, i por semejante causa, aquel duelo era una locura, a que me habia dejado arrastrar por un brutal i por un tonto. Estaba resuelto a no responder al tiro de Olybrius; pero eso no me justificaba. Cómo ! no habia tenido fuerzas para resistir a una estúpida preocupacion! Cómo me arrastraban entónces a América mis reflexiones i mis remordimientos! volvia a ver aquellos dulces i leales semblantes, a aquellos buenos i sinceros amigos que me habian alzado hasta sí. Truth, Humbug, Naaman, Green, Brown mismo me sonreian, i con ellos toda aquella familia americana que era la alegría de mi corazon, sin olvidar ni a Marta ni a Zambo. ¡Qué diferencia entre los dos paises! El Paris en que estaba me parecia una ciudad estranjera, las calles de mi infancia habian desaparecido, i con ellas mis recuerdos; mis vecinos me parecian ignorantes, vanidosos, egoistas; sus actos, su lenguaje, todo era de convencion; ninguna verdad, ninguna sencillez. En ocho dias, al aire libre de la libertad, habia vivido mas en el Massachusetts que en cincuenta años de Paris. Se me habian abierto los ojos, habia desnudado al antiguo hombre; mi patria estaba allí, donde era amado, donde vivia; mi alma volaba allende el océano.

Entregado enteramente a tales imajinaciones, no volví en mí sino al bajar del carruaje. Estábamos en el patio de una gran casa de ventanas con rejas, algo como un convento, un colejio o una cárcel. En el fondo habia un jardin que Reynard me señaló como el lugar del combate; me invitó a pasar a él, miéntras que él arreglaba con el coronel i dos amigos todas las condiciones del duelo.

Me adelanté sin desconfianza; de repente cerraron una reja detras de mí; volví la cara, i cuatro hombres vigorosos me tomaron por los brazos i las piernas; resistí como un desesperado, grité, sufocaron mi voz. En un abrir i cerrar de ojos fuí llevado a una sala baja, echado, retenido, amarrado en un sillon. En seguida todo se puso a ji-

rar de lante de mí con increible rapidez; una masa de agua helada me cayó sobre la cabeza, i me desmayé.

CAPITULO XXXIV.

UN LOCO.

Saint-Mandé, casa del doctor Olybrius.

20 de abril de 1862.

—Hai tres clases de personas a quienes la lei desprecia i abandona a la administracion: las muchachas, los locos i los diaristas. Pero cualquiera que sea su perversidad (hablo de los diaristas), o cualquiera que sea su culpa, considero que esos miserables no son indignos ni de justicia ni de compasion. Si son culpables, ¿por qué no juzgarlos? Si son desgraciados, ¿por qué tratarlos como culpables? Es esta una cuestion que recomiendo a los filántropos desocupados. Es bueno rescatar chinitos; es bueno salvar del fuego a las viudas de Malabar que siguen a sus esposos hasta en la muerte (ejemplo que seria contajioso), pero no fuera malo tal vez defender en Francia a la humanidad, i dar las garantías del derecho comun a pobres criaturas víctimas de la educacion, del nacimiento o de la sociedad. ¡Un sueño mas que es menester guardar para mi capote, o de nó, cuenta con los baños de lluvia i la sangría!

—Mi suerte está echada; he jugado contra la preocupacion una partida peligrosa, i he perdido. Un necio, que se titula médico, me ha declarado loco; mis buenos amigos han confirmado con alegría la sentencia de la ignorancia. Héme aquí encerrado, i para siempre. ¿Puedo apagar en mi cerebro la llama que lo ilumina? Puedo renegar de la verdad? Nó! he conocido la libertad, he probado con el borde de los labios esa miel que embriaga, he entrevisto el eterno ideal, soi un loco! no quiero sanar!

—Los franceses tienen todavía mas injénio del que se atribuyen. Encarcelar a los hombres que piensan, que razonan i que hablan, es un golpe de mayoría de un buen suceso infalible. Donde está la fuerza, allí está la opinion. Id en paz, venturosos carneros! paced en silencio; decíos balando que sois los reyes del mundo; no serán vuestros pastores quienes os nieguen placer tan inocente. Divertíos, gozad de la vida, que no teneis nada que temer; los insensatos están detras de cerrojos, pues turbarian vuestra quietud; el que es mas cuerdo, es el que mas se rie.

—Mi mujer no viene a verme; es tan sensible! la mataria la compasion! No quiero ver a mis hijos. Pobre Enrique, si contrajese mi enfermedad, ¿cómo haria fortuna? I tú, Susana mia, te amo demasiado para hacerte llorar. Las lágrimas de una hija son la única prueba que puede doblegar a un mártir.

—Mis vecinos no me han olvidado. Rose me escribe que mi desgracia no le ha sorprendido. Vé en ella la mano de los jesuitas; mi mujer iba a misa con demasiada frecuencia! Está siguiendo la pista a un vasto complot tramado por los reverendos padres; son ellos, dice, quienes empujan al Norte sobre el Sur, quienes remueven la Europa, quienes preparan la caida del sultan. Todas las revoluciones son obra suya; ellos son la causa de todas las miserias; su diario le ha revelado aquel misterio de horror e iniquidad. Rose es un hombre sensato, puesto que se pasea por la calle, yo soi un loco, puesto que me tienen encerrado!

—Hé aquí una carta del coronel. El guapo Saint-Jean se disculpa de haber ayudado a mi arresto sin saberlo.

—Queria, dice, cortar a Olybrius las orejas, pero el tuno se ha resistido a la operacion. El coronel agrega que si me ha hecho ofensas, está pronto a repararlas. Para quitarme el derecho de quejarme, me propone que nos destapemos mútuamente los sesos. La partida no es igual; no

puedo aceptar tan amable proposicion. Saint-Jean me habla de política; vé que en la primavera la guerra va a estallar por todas partes, su alegría es inmensa. Es un soldado: está convencido de que los hombres han venido al mundo para matarse unos a otros. Si las madres, a costa de agonías infinitas, forman a sus hijos hasta los veinte años, es para enviarlos al matadero. El coronel está en libertad; es un hombre razonable, yo soi un loco!

Leamos el diario; ya no soi mas que un espectador que, desde su palco enrejado, mira la comedia i a los actores de su tiempo. Usemos del único derecho que me queda, silbemos!

"Acaba de aparecer una nueva obra de M. Reynard, nuestro grande orador, nuestro célebre publicista. Este libro, que no puede dejar de abrir al autor las puertas de la Academia de ciencias morales i políticas, se intitula la *Unidad.* M. Reynard demuestra de una manera invencible que todos los sufrimientos i todas las revoluciones de la Francia dependen de una causa única: la debilidad de la centralizacion. Hoi que los ferrocarriles i los telégrafos han suprimido la distancia, la Francia, el pais modelo, puede encontrar por fin una constitucion que le permita llenar sus grandes destinos. El autor reune el poder espiritual i el poder temporal en unas mismas manos, admirable secreto para concluir con esas disensiones que destrozan el mundo hace quince siglos; suprime los consejos municipales, los consejos jenerales, las cámaras, la prensa, i todos aquellos medios de oposicion disculpables talvez en una época crítica, en una edad de lucha i de transicion, pero que ya no tienen razon de ser en un siglo orgánico tal como el nuestro, i con la primera raza centralista del globo. Un solo hombre, un papa civilizador, colocado en el foco del Estado, con el nudo de la red telegráfica en su gabinete, gobernará a toda la Francia por medio de su infalible e irresistible voluntad. Organo de la soberanía popular, será la democracia personificada, la nacion hecha hombre. En adelante nada podrá poner trabas al progreso; cesarán todas las divisiones; todas las cabezas de la anarquía serán cortadas de un solo golpe.

"Desde que uno entra en los pormenores, es imposible que no le seduzca la sencillez del sistema, que es el distintivo de todos los grandes inventos. Ya no habrá en Francia mas que un alma i un pensamiento. El pais entero será una grande e injeniosa mecánica, conducida i reglada por un solo motor. ¿Quién podria interrumpir aquella grande armonía formada por el acuerdo de una sola nota? Un mismo mensaje, repetido en las cuarenta mil comunas, transformará a cuarenta millones de ciudadanos, de la noche a la mañana.—"Trabajad," dirá el telégrafo; al punto habrá trabajo para todos.—"Sed instruidos," cesará la ignorancia.—"Sed virtuosos," se cerrará la Bolsa.—"Sed felices," nuestra felicidad estará hecha.

"Es increíble que la humanidad haya vivido tanto tiempo sin realizar este maravilloso descubrimiento, que inmortalizará el nombre de M. Reynard. Pero qué! el vapor es de ayer; i el telégrafo eléctrico es de hoi! Por lo demas, nuestros reyes tuvieron el sentimiento de la verdad que un hombre de jenio pone en completa transparencia. Sin afanarse jamas por el derecho ni por la justicia, nuestros grandes soberanos derribaron siempre las resistencias que les molestaban; por eso admira la historia a los Francisco I, los Richelieu, los Luis XIV i los Napoleon. Saint-Simon entrevió esta bella reforma; pero la gloria de ser su profeta pertenece esclusivamente al ilustre i profundo Reynard. No hai un frances que no le envidie su descubrimiento i su triunfo."

—Ai! pensé, M. Reynard se pasea i va a donde quiere; se le admira i se le envidia; es mas que un filósofo, es un grande hombre, i yo soi un loco!

—Qué veo! el nombre de mi verdugo. Qué ha podido hacer este intrigante? leamos:

"Ayer la Academia de medicina ha recibido una comunicacion del mas alto interes. Una de nuestras eminencias médicas, el celebre doctor alienista Olybrius, ha leido una memoria sobre el talento, el jenio i la locura. Ha demostrado que, por efecto del nudo simpático, que une en nosotros las funciones del cerebro con las del estómago, este último órgano es el que, en último resultado, produce i domina todas esas fuerzas nerviosas que se llaman jeneralmente *facultades*. El talento es una neurósis, el jenio una gastritis crónica, i la locura una gastrítis aguda. En corroboracion de su sistema el doctor ha citado un ejemplo de los mas curiosos. En este momento tiene en su poder un sujeto de los mas preciosos para la esperimentacion. Es cierto doctor L., que en su locura se imajina que ha sido transportado súbitamente a América, i que ha pasado allí toda una semana. Hai en el delirio del pobre hombre una mezcla de alucinaciones, de recuerdos i de ideas orijinales que el doctor Olybrius sigue i observa con el mayor cuidado. La enfermedad es aguda en el mas alto grado; el sabio Olybrius no desespera de reducirla al estado crónico, i de transformarla a fuerza de sangrías, de baños de lluvia, i por medio de una alimentacion hábilmente reglada. Si lo consigue, el problema está resuelto. De un loco a medias curado se sacará un hombre de jénio. Así que se termine la esperiencia, el sabio alienista pondrá el sujeto a vista de la Academia. No hai necesidad de hacer notar las consecuencias de esta prodijiosa invencion. La Francia carece de grandes hombres cuando nada le seria mas fácil que fabricarlos i proveer de ellos al mundo entero. Tan solo en Charenton hai tres mil enfermos que con un buen réjimen, i en ménos de seis meses, podrian ser transformados en poetas, en músicos, en artistas de toda clase. Allí hai a centenares Mozartes i Rafaeles desconocidos.

"Esta lectura, salpicada de chistes i de palabras injeniosas, ha sido escuchada en medio de un profundo silencio, frecuentemente interrumpido por mur-

mullos lisonjeros. No es posible tener mas talento que el doctor Olybrius; al oirle, temeríamos por su salud; pero al verle, nos tranquilizan la solidez de sus músculos i el vigor de sus pulmones.»

—Tonto de capirote! esclamé; ménos necio, sin embargo, que los que te escuchan! tú eres un sabio, un académico, un filósofo, i yo, que te silbo, soi un loco!

—Nó, no volveré a esa sociedad vanidosa que tiene miedo a la verdad, i a quien se caza con un espejo como a las alondras, ofuscándola. Si el vulgo me desecha, yo lo destierro de mi apacible morada; la soledad me devuelve la libertad. Aquí es donde quiero vivir i morir, consolado por el Evanjelio, rodeado de estos antiguos amigos que son siempre fieles, i que no mienten jamas: Sócrates, Demóstenes, Ciceron, Dante, Cervantes, Luis de Leon, Milton. A vosotros tambien, poetas, oradores, ciudadanos, los hombres os han desdeñado, maldecido, perseguido, encarcelado, asesinado. Locos i sediciosos en vida, habeis venido a ser discretos i patriotas despues de muertos. A las víctimas que inmola, el mundo erije altares. La historia de la humanidad es la historia de los mártires.

—Por qué no tendria yo mi hora? Si no soi un grande hombre, ¿no he sostenido una gran causa? Quién sabe si mi pais, disgustado de las insipideces que lo enervan, no me perdonará mi salvaje aspereza? *Lo que es amargo al gusto, es dulce al corazon,* dice un proverbio; lo mismo pasa con la verdad. Es sana como el olor de las yerbas i de los bosques, como el viento que pasa por las nieves i por los mares; el que ha vivido en medio de aquel aire vivo, se ahoga en las hondonadas i en los pantanos.

—Espero contra toda esperanza; soi loco. Si fuese cuerdo, obraria como los hábiles, me resignaria, gritaria con el vulgo. No quiero unas alegrías que entristecen, me gustan mas mi prision i mis sueños.

—Todas las mañanas, en el silencio de mi pobre celda, me consuela una vision. Diviso a lo léjos cimas que blan-

quean; es la aurora que se levanta, la aurora de un dia que yo no veré; pero qué importa? Qué es aquel punto luminoso que asoma en el horizonte i parece disipar la oscuridad que huye? Es la nueva Jerusalen, la ciudad del porvenir. Allí todo ha cambiado; han desaparecido los últimos vestijios del Estado pagano; el individuo manda, es rei. Respetado por todos, como a todos respeta, es único dueño de sus acciones, único responsable de su vida; no tiene nada que temer sino de las leyes. La Iglesia ha reconquistado la independencia evanjélica, ha roto aquella cadena adúltera que, para desgracia del mundo, le impuso Constantino. Devuelta a su divino esposo, es el freno, el consuelo i la esperanza de todas las almas; el Evanjelio es la carta fundamental de la libertad. Difundida a manos llenas, la educacion abre los corazones a la verdad; la caridad, obra de todos, da campo a ese instinto de union, a esa necesidad de accion comun que constituye la grandeza de las sociedades. La provincia ha recuperado su antiguo vigor; el amor a la patria pequeña ha redoblado, fortificándolo, el amor a la grande. El municipio ha cortado los lazos que le encadenaban; vive, obra, llama i retiene a su lado a sus hijos. El *Times* no es ya el órgano de la Francia; la prensa es libre; cada cual dice lo que piensa i piensa lo que dice. Encerrado dentro de sus límites, el Estado no es ya mas que un beneficio. En el esterior es la espada del pais, en el interior es la lei, nada ménos, nada mas. Verdad, justicia, libertad, brillais en aquel otro cielo como astros pacíficos; ante vosotras se han eclipsado los azotes de la vieja Europa: la arbitrariedad, la intriga i la mentira. La Francia, feliz i orgullosa, se dilata en medio de la abundancia i de la paz, es ejemplo i envidia de las naciones; allí es donde es hermoso vivir; allí es donde es dulce morir.

—Hé ahí mi sueño: arroja en mi prision no sé qué serena claridad que me reanima el alma. ¡Qué bello será

aquel dia en que, quitadas las máscaras, los locos serán los cuerdos, los cuerdos serán los locos! Entónces es cuando, por el año 2,000, piadosos peregrinos, tan numerosos como las hormigas, visitarán la celda en que, cual otro Daniel, anunciaba yo el porvenir. Entónces tambien, algunos curiosos, algunos eruditos que trabajan siempre en no hacer nada, buscarán entre los escombros del pasado lo que podian ser ciertas variedades de los franceses del siglo XIX, variedades perdidas para siempre como el perro doguino, eterno pesar de las porteras. Se preguntarán lo que era el come-jesuitas, el calzon de piel, el inventor de las razas centralistas, el adorador del Dios-Estado. I el padre de familias, recorriendo las salas del Museo de historia natural, señalará con el dedo a sus hijos, llenos de asombro, un jigantesco bocal, en que, embalsamado en vinagre, con sus cruces i sus diplomas, reposará el último de los Olybrius.

Amen, *amen*, AMEN, **AMEN**!

CAPITULO XXXV.

UN CUERDO.

El doctor Olybrius, etc., etc., a madama Daniel Lefebvre.

22 de abril de 1862.

"Querida Señora:

"Nuestro pobre amigo ha sufrido mucho; está un poco mejor; bebe, come, duerme; ya no tiene voluntad, que es lo esencial!

"La crísis ha sido terrible; desde que quisimos asistirle, se puso furioso. Es uno de los síntomas mas característicos de esta funesta enfermedad. El frances es naturalmente apacible, amable, cortés, siempre dispuesto a hacer lo que sus señores, sus amigos o su mujer le ordenan. Ahí está la historia de nuestra gloriosa Revolucion. Para salvar a la

Francia, e inocularle el amor a la igualdad, a la justicia i a la fraternidad, la Convencion puso fuera de la lei a todos los franceses. Los arruinó, persiguió, deportó, ametralló, fusiló, guillotinó. ¿Hubo uno solo que resistiese? Hai en el dia nada mas justamente popular que aquella inmortal Asamblea? Pero, ai! desde que le acomete la locura, el frances se vuelve voluntarioso i maligno. Si se le aprehende, resiste; si se le encierra, se subleva; no piensa ni habla mas que de libertad. Tal es la degradacion moral e intelectual que produce una violenta neurósis en sujetos debilitados.

"A ese punto habia llegado nuestro pobre amigo. Por dicha suya, velaba yo. Dos sangrías abundantes, tres purgantes enérjicos, baños de lluvia helados, le han restituido la calma de que tenia necesidad. La enfermedad, a lo que espero, sale del período agudo; en haciéndose crónica dará resultados pasmosos, en los cuales fundo la esperanza de mi reputacion.

"En este momento está tranquilo; se ocupa en borronear papel, prueba, ai! demasiado segura de que todavía se halla léjos de la curacion. Os envío ese fárrago, que titula Paris en América; no he querido suprimirle nada, ni aun las injurias que me dirije, i que caen a mis piés. Caballero de veintisiete órdenes, miembro de treinta i tres academias estranjeras i de ochenta i dos sociedades de provincia, mi nombre no tiene nada que temer del tiempo ni de la envidia. La Francia ha venerado siempre a los Olybrius. Guardáos sin embargo de hacer circular o de imprimir semejantes locuras; nada es mas contajioso que lo quimérico; el cerebro del hombre es débil, la neurósis es una enfermedad de que conviene recelarse. Guardad esos papeles; os servirán para conseguir que se decrete una interdiccion demasiado necesaria. Me parece que ningun frances razonable, que conozca su siglo i su pais, podrá leer dos pájinas de semejantes desvaríos sin declarar que su autor es loco, i que es urjente encerrarlo.

41

"Hablemos de vos, querida señora: permitidme tocar un punto delicado. Sensible como sois, necesitais de las mayores precauciones: frecuentad la sociedad, recibid visitas, procurad distraeros, el tedio os seria mortal. Os ordeno las distracciones i el placer. Volved a entrar en la vida, habituáos a una independencia i a una soledad que todos vuestros amigos tratarán de haceros mas llevaderas. No alimenteis vanas esperanzas; son emociones que debilitarian vuestra salud, ya demasiado quebrantada. El pobre doctor no volverá jamas a su casa. Cualquiera que sea la forma que tome su enfermedad, aunque se convirtiese en una locura literaria parecida al jénio, siempre será prudente i necesario vijilar de cerca a un hombre tan peligroso para su familia como para la sociedad. Podeis creerme, querida señora, la ciencia es infalible, i un Olybrius no se engaña jamas. De la locura de amor, se sana cuando uno es jóven, pues los viejos mueren de ella; la locura de ambicion cede algunas veces a la edad i al desprecio de los hombres; de la locura de libertad, no se sana jamas.

"Me pongo a vuestros piés, querida señora," etc.

FIN.

INDICE.